



H. S. OLCOTT

HOJAS DE UN
VIEJO DIARIO

Segunda Serie 1878-83

HOJAS DE UN VIEJO DIARIO HISTORIA DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Por
HENRY STEEL OLCOTT
Presidente-Fundador de la Sociedad

Segunda Serie:
Estados Unidos de América
1878-83

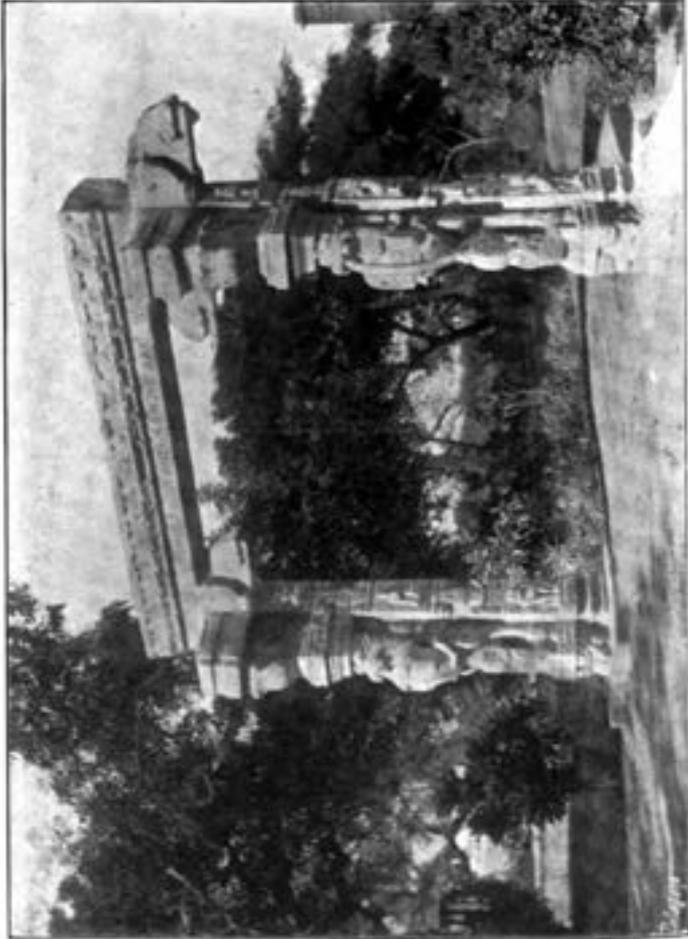
«...Nada cansa,
ni ha lugar a la malicia.»

Traducido de la edición de 2002 por
THE THEOSOPHICAL PUBLISHING HOUSE

Traducción: *Carlos Vicente Fernández*
Miembro de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica

Edición: *José Rubio Sánchez*
Grupo de Estudios Teosóficos, Valencia





Antiguo portal del templo en ruinas, Adyar. (*Frontispicio*)



PREFACIO

El diario que ha permitido la compilación de la presente serie de capítulos fue iniciado en enero de 1878, tres años después de la formación de la Sociedad Teosófica en Nueva York por la difunta Madame Blavatsky, yo mismo y otras personas, y desde entonces se ha continuado escribiendo. Bajo el título: «Hojas de un Viejo Diario: La Verdadera Historia de la Sociedad Teosófica», un volumen con ilustraciones, fue publicado en el año de 1895 por los Sres. G.P. Putnam & Sons (Londres y Nueva York) y ha tenido una amplia circulación. Abarca el período desde mi primer encuentro con mi gran colega en el año de 1874, hasta la partida de nuestro grupo desde Nueva York hacia Bombay en diciembre de 1878. El hilo de nuestra narración, ahora retomado, nos lleva a partir de ese punto hasta el otoño de 1883, abarcando los novedosos y apasionantes incidentes del establecimiento de nuestro movimiento en la India y Ceilán, a partir de lo cual se han logrado tan importantes resultados. No se ha omitido ningún acontecimiento importante, ni se ha falsificado ningún registro. Otros volúmenes serán publicados de vez en cuando si existe la demanda. Me enorgullece el hecho de que, aunque estas memorias han estado apareciendo mensualmente en el *Theosophist* desde marzo de 1892 y han sido leídas por cientos de testigos vivos de los acontecimientos citados, mi vera-

ciudad no ha sido cuestionada ni una sola vez, solo ha sido señalada una pequeña inexactitud. El crecimiento de la Sociedad ha sido tan firme en los últimos cuatro años como lo ha sido hasta la época de la publicación del primer volumen de estas memorias; la cifra de certificados otorgados a nuevas ramas es de 148 y el total, desde el principio hasta el cierre del año (1898), es de 592, a diferencia de los 394 correspondientes al cierre del año 1894. Estas ramas se agrupan ahora en ocho secciones administrativas, cuyas oficinas centrales se encuentran, respectivamente, en Benarés, Londres, París, Ámsterdam, Estocolmo, Nueva York, Sídney y Auckland (N.Z.). Los Cuarteles Generales de toda la Sociedad y la residencia oficial del Presidente-Fundador están en Adyar, Madrás. El trabajo, por lo tanto, abarca casi la mayor parte del mundo civilizado, mientras que su literatura se abre camino en un área cada vez mayor, se lee en los campos de mineros y exploradores, en las cabañas de los pioneros y en los camarotes de barcos que navegan por todo el mundo.

Por ello, un movimiento mundial y una Sociedad que tienen una base tan firme, están acreditados para ser tomados en serio por los hombres de pensamiento, y puesto que el diario de uno de los dos principales fundadores ofrece los datos para una historia veraz de su surgimiento y desarrollo y solo él, el sobreviviente, conoce los hechos, parece que no quedan dudas en cuanto a su deber de escribirlo mientras su memoria es aún excelente y su fortaleza, íntegra.

Uno de los motivos que me impulsó a comenzar fue el de poder dejar detrás de mí, para el uso del futuro historiador, un bosquejo lo más preciso posible de esa gran y enigmática personalidad, Helena Petrovna Blavatsky, cofundadora de la Sociedad Teosófica. Declaro por mi honor que no he escrito una sola palabra sobre ella o sobre sus acciones salvo en espíritu de lealtad a su memoria y por la verdad. No he escrito una sola línea con mala intención. La conocí como compañera, amiga, colaboradora, mi igual, en el

plano de la personalidad; todos sus otros colegas mantenían con ella una relación de discípulo a maestro, como amigos casuales, conocidos fugaces o simples corresponsales. Nadie la conoció tan íntimamente como yo, pues nadie salvo yo presencié todos sus ánimos cambiantes, de mente y de características personales. La Helena Petrovna humana, con su inmutable naturaleza rusa, la Madame Blavatsky acabada de llegar de los círculos bohemios de París y la «Madame Laura» –cuyos triunfos y ramos de flores de sus giras de concierto de 1872-3 como pianista en Italia, Rusia y otros lugares, no se habían marchitado cuando llegó a Nueva York desde París– también me era conocida como, más tarde, la que se convirtió en la «H.P.B.» de la Teosofía. Conociéndola tan bien, por lo tanto, no fue para mí como lo que fue para tantos otros, toda divinidad, imaculada, infalible, la igual de los Maestros de Sabiduría, sino una mujer asombrosa convertida en el canal de grandes enseñanzas, el agente para la realización de una gran obra. Precisamente porque la conocí muchísimo mejor que muchos otros, era un misterio mayor para mí que para ellos. Era fácil, para los que solo la veían haciendo oráculos, escribiendo profundos aforismos u ofreciendo pista tras pista de la oculta sabiduría de las antiguas Escrituras, considerarla como un *angelos* de visita en la tierra y adorarla a sus pies; no era un misterio para ellos. Pero para mí, su más íntimo colega, que tenía que tratar con los vulgares detalles de su ordinaria vida diaria y observarla en todos sus aspectos, fue desde el principio, y lo continuó siendo hasta el fin, un enigma insoluble. ¿Cuánto de su vida en vigilia fue la de una personalidad responsable, cuánto la de un cuerpo ocupado por una entidad que la eclipsaba? No lo sé. Ateniéndonos a la hipótesis de que fue un vehículo de los Grandes Maestros, solo eso y nada más, entonces el enigma es fácil de descifrar, pues entonces se pueden comprender las alteraciones mentales, de carácter, de gustos y predilecciones que han sido mencionadas en capítulos anteriores; así, la H.P.B. de los últimos días se ajusta a la Helena

Petrovna de Nueva York, París, Italia y de todos los otros países y épocas. ¿Y qué significa, sino eso, el siguiente pasaje (escrito en mi diario por su mano en la página del 6 de diciembre de 1878)? Dice así: «*Estamos* resfriados otra vez, creo. ¡Oh, desafortunado, vacío, corrupto, viejo cuerpo!». ¿Estaba este «vacío» cuerpo, vacío de su propio inquilino? Si no, ¿por qué habría escrito la frase con su propia mano utilizando una variante de su propia escritura? Nunca sabremos la verdad. Si vuelvo una y otra vez al problema se debe a que mientras más profundamente voy a estos incidentes del pasado, más excitante y desconcertante se hace el misterio. Por lo tanto, desistamos una vez más y reunámonos con los peregrinos en Nueva York, en el camarote del excelente vapor «Canada», de la National Line, destinados a Londres en el amargo mes de diciembre.

ADYAR, 1899.





CAPÍTULO I

EL VIAJE

Aunque dejamos la tierra norteamericana el 17 de diciembre (1878), no salimos de sus aguas hasta las 12:30 pm. del día 19, pues perdimos la marea del día 18 y tuvimos que anclar en la bahía baja. ¡Imaginad si podéis el estado de ánimo de H.P.B! La emprendió contra el capitán, el piloto, los ingenieros, los propietarios e incluso contra las mareas. Mi diario debió haber permanecido en su equipaje, pues en este escribió:

Magnífico día. Claro, azul, (cielo) sin nubes, afuera un frío de mil diablos. Los ataques de miedo duraron hasta las 11. *Es difícil controlar el cuerpo...* Finalmente el piloto condujo el vapor a través de la barrera de Sandy Hook. ¡Afortunadamente no encallamos!... Todo el día comiendo, a las 8, a las 12, a las 4 y a las 7. H.P.B come como tres cerdos.

Nunca supe el significado de la frase escrita en mi diario por la mano de H.P.B., el 17 de diciembre, 1878: «Todo oscuro, pero en calma», hasta que llegamos a Londres, donde su sobrina me tradujo un extracto escrito por su tía dirigido a su madre (Mme. Zheli-

hovsky) desde Londres el 14 de enero, 1879, y que ella amablemente había copiado para ese propósito. H.P.B. le escribe a su hermana:

Viajo a la India. Solo la Providencia conoce lo que el futuro nos tiene reservado. Posiblemente estos retratos sean los últimos. No olvides a tu hermana *huérfana*, ahora en el sentido pleno de la palabra.

Adiós. Zarpamos de Liverpool el día 18. ¡Que los poderes invisibles os protejan a todos! Escribiré desde Bombay *si alguna vez llego*.

ELENA.

LONDRES, 14 de enero, 1879.

¿Si algún día llega? Entonces no estaba segura de que lo lograría, de que las predicciones de Nueva York eran auténticas. Muy bien, pero ¿cómo queda entonces todo este romance que habíamos estado circulando, de que ella poseía total clarividencia sobre nuestra carrera india? Ambas ideas colisionan.

Solo éramos diez pasajeros a bordo; nosotros tres, H.P.B., Wimbridge y yo; un clérigo de la Iglesia de Inglaterra y su esposa; un joven alegre y rubicundo: hacendado de Yorkshire; un capitán del ejército anglo-indio y su esposa; y otra dama y un caballero. ¡Nadie puede imaginar lo que soportó aquél pobre clérigo, el mareo, las picaduras, el húmedo frío, y los diarios altercados con H.P.B.! Y aunque ella le ofrecía su opinión sin reservas acerca de su profesión, en ocasiones lo hacía utilizando expresiones adecuadas para coagular su sangre. Él poseía la amplitud de mente necesaria para advertir sus nobles cualidades, y al separarnos casi lloró al perderla. Incluso le envió su retrato y le pidió el suyo a cambio.

Gozamos de buen tiempo solo tres días enteros. El día 22 cambió, y –tal como lo registra H.P.B.–: «Viento y temporal. La lluvia y

la niebla empaparon a las alondras del salón (sic). Todos mareados con la excepción de la Sra. Wise y H.P.B.: Maloney (yo) canta». La mañana siguiente fue buena otra vez, pero un terrible temporal estalló sobre nosotros en la tarde, y el capitán, durante toda la velada, contaba historias pavorosas sobre naufragios y ahogamientos. La Sra... y el Sr... se aterrorizaron tremendamente». Después que los demonios de la tormenta nos hubieron perseguido como si estuvieran al servicio de los oponentes de nuestra S.T., parecía como si todos los vientos que Eoló embolsó para Ulises se hubieran soltado en masa. Existe una entrada mía, que sigue a lo largo de las páginas 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30 y 31 de diciembre, a saber: «Aquí continúa una serie de días y noches de aburrimento, agitación y angustia. En las noches, sacudidos como una pelota de bád-minton entre las raquetas. Por el día, las horas transcurren tan pesadamente que cada una parece en sí misma un día entero. Un pequeño grupo de pasajeros incompatibles, hastiados de la visión del rostro de los demás». H.P.B. escribe en la página correspondiente a un determinado día: «Una noche de sacudidas y rodamientos; H.S.O. enfermo en cama; monotonía, estupidez, agotamiento. ¡Oh, la Tierra! ¡Oh, por la India y el HOGAR!». Esperamos el fin de año y le dimos la bienvenida al nuevo. Las campanas de la nave sonaron dos veces ocho repiques, y abajo, en el cuarto de máquinas, de acuerdo a la costumbre, se escuchó una algarabía de campanadas, cacerolas, barras de acero y otros objetos sonoros. El día de Año Nuevo, 1979, entramos en el Canal de la Mancha por un mar de niebla, típico de nuestro futuro aun no manifestado. Maniobrando muy cuidadosamente y rozados por muchos veleros, retiramos al piloto, un tipo de hombre muy viejo y rancio, a las 2:30 p.m. y a las 5:30 tuvimos que echar anclas en las afueras de Deal. Como el capitán descubrió después, su visión se había deteriorado tanto que no podía distinguir con claridad una luz verde de una roja, y ciertamente hubiéramos tenido razones para lamentarnos, si no hubiera sido por la vigilan-

cia infatigable del capitán Summer, un tipo espléndido, ornato del servicio mercante británico. Si el piloto no se hubiera vuelto corto de vista con la edad, hubiera guiado nuestro barco directamente a través de Thames Haven, ahorrándonos así todo un día de disgustos en el canal.

Una densa niebla se cerró sobre nosotros, y continuamos nuestro recorrido tan cautamente que tuvimos que echar anclas de nuevo la noche siguiente, y solo alcanzamos Gravesend en la mañana, donde tomamos el tren hasta Londres y así finalizamos la primera etapa de nuestro largo viaje. Fuimos recibidos con encantadora hospitalidad por el Dr. y la Sra. Billing en su casa suburbana de Norwood Park, la cual se convirtió en el centro focal de todos nuestros amigos y corresponsales londinenses, entre ellos Stainton Moses, Massey, el Dr. Wýld, el Rev. y la Sra. Aytoun, Henry Hood, Palmer Thomas, los Ellises, A.R. Wallace, varios estudiantes hindúes de leyes y medicina, la Sra. Knowles y otras damas y caballeros. El 5 de enero presidí una reunión de la S.T. Británica en la cual se llevó a cabo una elección de cargos.

Nuestra estancia en Londres estuvo completamente ocupada con todo tipo de asuntos relacionados con la Sociedad, recibimiento de visitantes y visitas al Museo Británico y otros lugares; todo condimentado con los fenómenos que hacía H.P.B. y con sesiones con el guía espiritual de la Sra. Hollis-Billing, «Ski», cuyo nombre es conocido por todo el mundo de los espiritistas.

El incidente más notable de nuestra estancia en Londres fue el encuentro de tres de nosotros con un Maestro mientras caminábamos por la calle Cannon. Esa mañana había una niebla tan densa que difícilmente se podía ver a través de la calle, y Londres ofrecía su peor aspecto. Los dos que estaban conmigo le vieron primero, pues yo estaba junto al borde de la acera y justo entonces mis ojos estaban ocupados en otra cosa. Pero cuando ellos lanzaron una

exclamación, volví la cabeza rápidamente y encontré la mirada del Maestro cuando este me miraba sobre su hombro. No me era conocido, pero reconocí el rostro como el de uno de los Gloriosos, pues una vez visto, el tipo no puede confundirse. Como existe una gloria en el sol y otra gloria en la luna, igualmente existe un brillo en los rostros del hombre y de la mujer ordinarios, y otro, trascendente, en el rostro de un Adepto, que surge a través de la lámpara de barro del cuerpo, como lo llama el erudito Maimónides; la luz interior del espíritu despierto irradia refulgentemente. Nuestro grupo continuó unido por la City y juntos regresamos a la casa del Dr. Billing; y al entrar tanto la Sra. Billing como H.P.B. nos dijeron que el Hermano había estado allí y que mencionó que nos había visto a los tres –nombrándonos– en la City. El relato de la Sra. Billing es interesante. Dijo que la puerta principal estaba cerrada con llave como de costumbre, por lo que nadie podía entrar sin tocar la campanilla. Pero cuando dejó su salón para dirigirse al cuarto de H.P.B. a través del vestíbulo, casi tropieza con un extraño de alta estatura que se encontraba parado entre la puerta del vestíbulo y la habitación de H.P.B. Lo describió como un hindú muy alto y apuesto, con una mirada particularmente penetrante que parecía atravesarla. Por un momento permaneció tan perpleja que no pudo proferir una palabra, pero el extraño dijo: «Deseo ver a Madame Blavatsky», y se dirigió hacia la puerta de la habitación donde esta estaba sentada. La Sra. Billing la abrió y lo invitó a pasar. Así lo hizo, y caminó directamente hacia H.P.B., le hizo un saludo oriental y comenzó a hablarle en un idioma cuyos sonidos le eran totalmente extraños a la Sra. Billing, a pesar de que su larga práctica como médium público le había proporcionado contactos ocasionales con personas de diferentes naciones. Naturalmente, la Sra. B. se levantó para abandonar la habitación, pero H.P.B. le pidió que permaneciera y que no se preocupara porque hablaran en un lenguaje extranjero, pues tenían algunos asuntos ocultos que arreglar.

No podría decir si este oscuro y misterioso visitante hindú le transfirió a H.P.B. un refuerzo para su poder psíquico, pero esa noche, durante la cena, alegró el corazón de su anfitriona extrayendo, de debajo de la mesa, una tetera japonesa de una ligereza extrema, creo que a petición suya, aunque no estoy seguro al respecto. También provocó que Massey encontrara, en un bolsillo de su abrigo que colgaba en el vestíbulo, un estuche incrustado para tarjetas; pero esto solo lo menciono de pasada, pues podría explicarse mediante la hipótesis del truco, si es que uno está dispuesto a desafiar su buena fe. Trataré de la misma forma un hecho que nos sorprendió a todos –debido a nuestra entonces mentalidad acrítica– como muy maravilloso. La noche del 6 de enero, Ski me pidió que fuera a la exposición de Madame Tussaud, y dijo que bajo el pie izquierdo de la figura 1581, encontraría una nota dirigida a mí por parte de cierto personaje. A la mañana siguiente, el Rev. Aytoun, el Dr. Billing, el Sr. Wimbridge y yo, fuimos a la exposición de las obras de cera y realmente encontramos la nota descrita en el lugar designado. Pero en mi diario está registrado que en la mañana del 6 de enero, H.P.B. y la Sra. Billing fueron juntas al Museo Británico, y puesto que estaban fuera, nada les impidió ir a lo de Madame Tussaud, si así lo habían planificado. Así pues, en tanto evidencia –como dirían los desconfiados de la S.P.G. (NOTA: *Society for the Propagation of the Gospel in Foreign Parts. Sociedad para la propagación del Evangelio en el extranjero; sociedad misionera de la Iglesia Anglicana. –El Traductor: FINAL NOTA*)– este caso no tiene valor, aunque entonces pensé, y aún pienso que fue un fenómeno genuino. La noche siguiente estábamos participando de nuevo en una sesión con Ski, y nos complació mucho escucharle reconocer que era un mensajero de los Maestros, y pronunciar los nombres de algunos de ellos. También me lanzó en la oscuridad un gran pañuelo de seda, sobre el cual estaban escritos varios de sus nombres. Era cuadrado y tenía el tamaño de una yarda y un cuarto.

La noche siguiente, después de la cena, H.P.B. nos explicó, y a dos visitantes, la dualidad de su personalidad y la ley que la ilustraba. Admitió, sin hacer valoraciones, que era un hecho el que ella fuera una persona en un momento dado y en el siguiente, otra. Nos ofreció un sorprendente bocado como prueba para apoyar su afirmación. Mientras estábamos sentados conversando en el crepúsculo, ella silenciosa cerca de la ventana con sus dos manos descansando sobre sus rodillas, nos llamó y dirigió su mirada a sus manos. Una de ellas era tan blanca, tan escultórica como de costumbre; pero la otra era la mano más grande de un hombre, cubierta con la piel oscura del hindú y, mirando maravillados a su rostro, observamos que sus cabellos y cejas también habían cambiado de color, ¡y de rubio claro se habían vuelto negro azabache! Digamos que fue un maya hipnótico, aun así, cuan bueno fue: ¡producido sin pronunciar una palabra que provocara la sugestión! Puede haber sido un maya, pues recuerdo que a la mañana siguiente su cabello aún era más oscuro que lo natural, y sus cejas bastante negras. Ella misma se dio cuenta de esto al mirarse en el espejo del salón, y observó que se había olvidado de eliminar todas las trazas del cambio; se volvió, pasó sus manos sobre su rostro y cabello dos o tres veces, y al volverse hacia mí de nuevo, era ella misma otra vez.

El 15 de enero enviamos nuestro pesado equipaje a Liverpool; el 17 publiqué una Nota Ejecutiva nombrando, *ad interim* (NOTA: Interinamente, en latín.—*El Traductor*: FINAL NOTA), al Mayor General A. Doubleday, U.S.A., F.T.S. (NOTA: Acrónimos, respectivamente, de United States of America y Fellow Theosophical Society. Indican que el caballero mencionado es ciudadano norteamericano y miembro de la S.T.—*El Traductor*: FINAL NOTA), Presidente Interino de la S.T.; al Sr. David A. Curtis, Secretario de Correspondencia Interino; y al Sr. G.V. Maynard, Tesorero; W.Q. Judge ya había sido elegido Secretario de Actas. Este arreglo tenía

el propósito de llevar a cabo el trabajo en los Cuarteles Generales de Nueva York, hasta que se decidiera la futura disposición de la Sociedad, de acuerdo con lo que sucediera después que nos estableciéramos en Bombay. La misma noche, a las 9:40, dejamos Euston camino a Liverpool, luego de una deliciosa estancia de quince días con y entre nuestros amables amigos y colegas. Muchos estuvieron allí para despedirnos, y recuerdo, como si hubiera sucedido ayer, caminar a todo lo largo de la vasta sala de espera con el Dr. George Wyld, e intercambiar opiniones sobre temas religiosos. El día siguiente lo pasamos en el Great Western Hotel, en Liverpool, y a las 5 p.m. embarcamos en el «Speke Hall» bajo un aguacero. El velero lucía sucio y desagradable, y a esto se le agregaba la caída de la lluvia, el olor de las húmedas colgaduras y alfombras en el salón y los camarotes, más los desamparados rostros de nuestros cuarenta compañeros de viaje, todos tan disgustados como nosotros mismos; era un desgraciado presagio para nuestro largo viaje hasta la India. Suciedad y ruido cuando nos embarcamos en Nueva York, suciedad y malos olores cuando nos embarcamos en Liverpool; eran necesarios todos los brillantes sueños sobre la soleada India y las fantasmales imágenes mentales de nuestros anticipados amigos hindúes, para mantener nuestro coraje.

Permanecemos anclados en el Mersey toda la noche del día 18, pero zarpamos al amanecer. Mi diario muestra la forma en que nos pareció: «A bordo todo está en lamentables condiciones. El velero está abarrotado casi hasta el borde del agua –se diría– con hierro para ferrocarriles. La mar agitada y casi todas las olas llegan a bordo. Wimbridge y yo estamos atrincherados en un camarote delantero sobre el puente y no tenemos comunicación con el salón en la popa. Para un hombre de tierra firme resultaría un riesgo intentar el paso. Cuan desfavorable es esto para los camareros, lo demuestra el hecho de que no nos sirvieron nada para comer hasta las 3

p.m.». La misma desgracia continuó el día siguiente, y de no haber sido por una canasta de pan y mantequilla que nos habían ofrecido en Londres, y que afortunadamente se encontraba en nuestro camarote, hubiéramos pasado mucha hambre. Entretanto, H.P.B. se las ingeniaba para animar a los sirvientes y al resto de los pasajeros quienes, con una o dos excepciones, estaban escandalizados por su lenguaje fuerte, ultrajados por su heterodoxia religiosa, y unánimemente la votaron como un fastidio. Cuando al barco lo golpeó un fuerte oleaje, H.P.B. fue lanzada contra una pata de la mesa del comedor y se lesionó seriamente la rodilla.

Al tercer día los dos recibimos su orden perentoria para presentarnos en la popa, por lo que nos enrollamos los pantalones hasta las rodillas, llevamos nuestros zapatos y calcetines en nuestras manos, y nos apresuramos a través del negligentemente resbaladizo puente, entre los balanceos del buque. Encontramos el salón en confusión, retiradas las alfombras, agua y cosas mojadas por doquier, y los olores que uno podría esperar después de que el camarote de un barco hubiera permanecido cerrado durante dos o tres días. H.P.B. yacía en su camarote con la rodilla afectada, y a través del espacio confinado de los pequeños camarotes su fuerte voz clamaba el nombre de la camarera, «Seeñoora Yetz» (Sra. Yates) con entonación estentórea. ¡Oh, Golfo de Vizcaya, bajo que poco encantador aspecto fuiste presentado a nosotros, pobres miserables mareados!

Pasamos el cabo de Finisterre la noche del 23 de enero, y así nos libramos del enfurecido golfo. Pero no apareció el sol ese día, y el transitar de nuestro camarote al salón era como abrirse camino a través de una húmeda zanja o por la cañada de un molino. Al siguiente día el tiempo cambió y tuvimos un cielo azul y un mar de zafiro. El aire era fragante y primaveral, y nuestros sucios pasajeros salieron a rastras para solearse en el brillo del día. Las costas africanas de color rosa y ópalo, vistas a través de una niebla perlada, se al-

zaban como acantilados de fantasía desde el mar. A la velocidad de 250 o 300 millas al día, navegamos por el Mediterráneo, pasamos Gibraltar y Argel, en dirección a Malta, donde anclamos la noche del 28 de enero, y llenamos los depósitos de carbón. Bajamos a tierra y vimos la pintoresca fortaleza y la ciudad, tan famosa en la historia por los hechos de heroísmo que protagonizaron tanto sus sitiadores como sus defensores. Zarpamos de nuevo a la mañana siguiente, con el buque manchado de polvo de carbón hasta cada rincón y grieta, y para variar, tuvimos mal tiempo casi tan pronto dejamos puerto. El maltrecho barco volteaba y cabeceaba como una persona, y lo cubrían olas que no se hubieran notado en un buque menos cargado. Toda la brillantez se escapó, desde luego, de los rostros de los pasajeros, y estábamos miserablemente mareados; fue nuestra única compensación que la misma H.P.B., quien nos había estado ridiculizando por nuestra débil voluntad y presentándose como ejemplo, fue alcanzada por el Karma y también fue víctima del mareo. Nos tocó entonces mofarnos y burlarnos, y así le pagamos con la misma moneda.

Llegamos a Port Said el 2 de febrero, todos lo visitamos, y así llegó en el Canal de Suez el bendito descanso para los sacudidos por la tormenta de dos días con sus noches. Esto, hay que recordar, ocurrió en los días anteriores al uso de los reflectores eléctricos que hacen posible el paso a través del canal. El «Speke Hall» entró en él a las 10:30 pm. del día 2; se detuvo esa noche frente a la población de Khandara, donde en un café árabe, bebimos genuino café negro y dimos algunas fumadas a los narguiles; la noche siguiente nos detuvimos en un apeadero a cinco millas de Suez, donde disfruté de una alegre velada en la casa del jefe, en compañía de dos pilotos corsos quienes hablaban francés con fluidez, y al final, a comienzos del amanecer, aparecí en el Mar Rojo y comenzó la tercera y final etapa de nuestro peregrinaje marino hacia la Tierra del Deseo. En Suez

nos esperaban cartas de nuestros amigos hindúes, quienes alentarón nuestra febril ansiedad para llegar a nuestro destino lo más pronto posible. Esa noche la luna pavimentó con plata las aguas del golfo de Suez, y sentimos como si estuviéramos navegando en un mar de sueños. Nada importante sucedió hasta el 12, cuando un tubo de chimenea estalló en la caldera, y tuvimos que detenernos para repararlo. Arreglado, estalló de nuevo al día siguiente, y hubo dos largas esperas, muchas horas preciosas perdidas y sentimos mucha irritación por estar retenidos de esa manera, cuando debíamos estar cerca de las luces de Bombay. El 15, al mediodía, solo estábamos a 160 millas de ellas, y a la mañana siguiente entramos en el puerto de Bombay. Yo había estado sentado en cubierta hasta la una de la mañana, mirando la majestad del cielo indio y esforzando mi mirada para obtener la primera visión de la luz de Bombay.

Llegó finalmente, por así decir, una lámpara alzándose del mar, y fui a la cama para descansar mi agotado cuerpo para el trabajo del día siguiente. Antes de la salida del sol ya estaba de nuevo sobre cubierta, y mientras nos dirigíamos rápidamente hacia nuestro fondeadero, disfruté del panorama del puerto que se extendió ante mí. Elefanta, delante de nosotros, fue la primera localidad que pedimos se nos mostrara, pues se trataba del tipo y representación visible de esa India antigua, esa sagrada Bharatavarsha (**NOTA: Antigua denominación de la India por el nombre del emperador Bharata.—El Traductor: FINAL NOTA**), que nuestros corazones habían ansiado ver resucitada en la India de hoy. ¡Ay! Cuando nos dirigimos hacia el promontorio de la colina Malabar el sueño se disipó. La india que vimos allí era la de los suntuosos bungalows, enmarcados con el lujo de floridos jardines ingleses, y rodeados de todos los signos de la riqueza ganada en el comercio extranjero. La Aryavarta (**NOTA: Nombre de la India en la literatura clásica sánscrita.—El Traductor: FINAL NOTA**) de la era de Elefanta había sido exterminada por

el esplendor chillón de un nuevo orden de cosas, en el cual la religión y la filosofía no tenían lugar, y la adoración más sincera se le ofrece a la imagen de la reina en la rupia actual. Ahora nos hemos acostumbrado a ello, pero en aquél primer instante fue la dolorosa sensación de nuestro primer desencanto.

Apenas había el buque echado anclas cuando fuimos abordados por tres caballeros hindúes que nos buscaban. Todos nos parecían extraños, pero cuando pronunciaron sus nombres abrí mis brazos y los apreté contra mi pecho. Se trataba de Moolje Thackersey, el pandit (NOTA: En el hinduismo, erudito y maestro versado en sánscrito.—*El Traductor*: FINAL NOTA) Shyamji Krishnavarma, y el Sr. Ballajee Sitaram, todos poseedores de los diplomas de nuestra sociedad. No es de extrañar que no reconociera a Moolje, ataviado como estaba con la artística vestidura de su casta bhattia (NOTA: Casta originaria del Punjab, del Rajastán, de Sindh y de Gujarat.—*El Traductor*: FINAL NOTA) el dhoti (NOTA: Prenda de vestir masculina usada en la India, Pakistán y Bangladesh.—*El Traductor*: FINAL NOTA), y la capa superior de muselina blanca y el turbante rojo con su curiosa forma de casco y cuerno apuntando hacia adelante sobre la frente. Cuando él y yo cruzamos juntos el Atlántico en 1870, llevaba ropa europea, y para nada se parecía a su aspecto actual. El nombre de Shyamji se ha hecho desde entonces famoso por toda Europa como un erudito pandit que ha instruido al Profesor Monier Williams; H.P.B. y yo sentimos por él, desde el principio hasta el fin, una suerte de cariño paternal. Nuestros tres amigos habían pasado la noche a bordo de una barcaza, esperando por nosotros, y estaban tan alegres por nuestra llegada como nosotros por llegar. Fue una gran decepción el no haber sido recibidos por Hurrychund Chintamon, nuestro corresponsal principal y, hasta entonces, el más respetado; aun no lo habíamos calado bien. Como no apareció, bajamos a tierra con los otros en su barcaza y desem-

barcamos en el muelle Apollo. Lo primero que hice al llegar a tierra fue detenerme y besar el escalón de granito, ¡Mi acción instintiva de puja (NOTA: Ritual hindú de adoración.—*El Traductor*: FINAL NOTA)! Pues aquí estábamos finalmente en suelo sagrado, nuestro pasado olvidado, nuestra peligrosa y desagradable travesía marina fuera de nuestra mente, la agonía de las esperanzas largamente pospuestas reemplazada por la alegría emocionante de estar en la tierra de los Rishis (NOTA: Sabios, en sánscrito.—*El Traductor*: FINAL NOTA), el país cuna de las religiones, la casa de los Maestros, el hogar de nuestros oscuros hermanos y hermanas, con quienes el vivir y el morir era todo lo que podíamos desear. Todas las cosas crueles que nuestros compañeros de viaje nos habían contado sobre su debilidad moral, su servilismo, su incapacidad para mantener la fe y ganarse el respeto de los europeos, ya se habían olvidado, pues los amábamos por su prosapia y por sus muy reales imperfecciones, incluso, estábamos preparados para amarlos por ellos mismos. Y, al menos en mi caso, este sentimiento se ha mantenido hasta el día de hoy. Para mí, en un sentido muy real, ellos son mi pueblo, su país mi país. ¡Que las bendiciones de los Sabios sean y moren con ellos y con este siempre!





CAPÍTULO II

INSTALÁNDONOS EN BOMBAY

Fue una mano ardiente la que el indio Surya Deva (NOTA: En el hinduismo, suprema deidad solar.—*El Traductor*: FINAL NOTA) colocó sobre nuestras cabezas mientras aguardábamos en el muelle Apollo. El sol del mediodía de Bombay es una sorpresa para un visitante occidental, y tuvimos el tiempo suficiente para sentir todo su poder antes de que el Sr. Hurrychund viniera a rescatarnos. Había subido al buque justo después de que habíamos desembarcado, y así nos obligó a esperarlo en el ardiente malecón, con el aire caliente vibrando alrededor nuestro.

Junto a Hurrychund y los tres caballeros antes mencionados, no recuerdo a ningún otro que hubiera venido a recibirnos al desembarcar, un hecho que fue amargamente resentido por los miembros de la Arya Samaj (NOTA: Secta reformista del hinduismo. Véase su relación con la S.T. en la Primera Serie.—*El Traductor*: FINAL NOTA) quienes culparon a su entonces presidente, Hurrychund, de abrigar propósitos egoístas al mantener desinformados a sus coreligionarios sobre nuestros movimientos, para así poder disfrutar él solo de nuestra compañía en los primeros momentos.

Las calles de Bombay nos encantaron con su sorprendente carácter oriental. Las altas casas de viviendas estucadas, la novedosa vestimenta de la abigarrada población asiática, los raros vehículos, la irresistible influencia de toda esa imagen en nuestras percepciones artísticas, y el delicioso sentido de estar finalmente establecidos en el objetivo de nuestras largamente alimentadas expectativas, entre nuestros queridos «paganos», para conocer y vivir con quienes habíamos cruzado tantos mares y golpeado tantas tormentas; todas estas vívidas impresiones nos llenaron de regocijo.

Antes de dejar Nueva York yo le había escrito a Hurrychund que nos arrendara una casa pequeña y limpia en el barrio hindú, solo con los sirvientes más indispensables, pues no deseábamos gastar un centavo en lujos. Nos llevaron a una casa de su propiedad en la calle Girgaum Back, que se levantaba en un terreno relativamente abandonado y que quedaba junto a su estudio fotográfico de techo de cristal. Ciertamente era bastante pequeña, pero al estar dispuestos a encontrar todo encantador, nos sentimos perfectamente satisfechos. Los cocoteros inclinaban sus frondas sobre nuestro techo, y flores indias de dulces olores alegraban nuestro sentido del olfato; después del sombrío viaje por mar parecía el paraíso. Las damas de las familias de nuestros amigos visitaron a H.P.B. y a la Srta. Bates, y numerosos caballeros hindúes y parsis a todos nosotros; pero la ráfaga de visitantes comenzó la mañana siguiente, pues ya se habían extendido las nuevas de nuestra llegada. Wimbridge –un artista– y yo nos sentamos durante horas observando juntos la muchedumbre que pasaba por la calle, ebrios con los innumerables temas para el lápiz y el color que veíamos, todo lo que pasaba, buey, carreta o figura humana constituía un estudio artístico.

Habíamos establecido una relación en el «Speke Hall» que terminó en una duradera amistad, la del Sr. Ross Scott, B.C.S. (NOTA: Acrónimo de Bachelor of Comercial Sciences. En caste-

llano, Licenciado en Ciencias Comerciales.--*El Traductor*. FINAL NOTA) un tipo noble e irlandés de la mejor clase. Sus largas conversaciones con nosotros sobre filosofía oriental tuvieron como resultado que se hiciera miembro de nuestra sociedad. Vino de visita la primera noche de nuestro primer día en tierra, y provocó que H.P.B. hiciera un fenómeno que fue muy novedoso para mí. Estaban sentados juntos en un sofá y yo estaba de pie con Hurrychund junto a la mesa de centro, en el momento en que Scott le reprochaba a H.P.B. su evidente intención de dejarlo marchar al norte para ocupar su puesto oficial, sin darle la menor prueba de la existencia de los poderes psíquicos en el hombre, de los cuales ella había hablado tanto. Él le agradaba mucho a ella, por lo que consintió en acceder a su petición. «¿Qué puedo hacer por usted?» preguntó. Él tomó el pañuelo que ella sostenía y, señalando a su nombre «Heliona» bordado en una esquina, dijo: «Bien, haga desaparecer ese nombre y que otro tome su lugar». «¿Qué nombre desea usted?» preguntó. Mirando hacia nosotros, que nos encontrábamos a una distancia de unos pocos pasos, señaló a nuestro anfitrión y dijo: «Que sea el de Hurrychund». Al escuchar esto nos acercamos, y vimos lo que sucedió. Ella le pidió a Scott que sostuviera con firmeza en su mano la esquina bordada del pañuelo, manteniendo ella misma la esquina opuesta. Después de un minuto más o menos le pidió que mirara. Así lo hizo y encontró que se había realizado la sustitución de nombres, estando allí el de Hurrychund en el mismo tipo de bordado, y en el primer impulso de excitación gritó: «¿Cómo queda ahora la ciencia física? ¡Esto apalea a todos los profesores del mundo! Madame, si usted me regala este pañuelo, le ofreceré £5 al tesoro de la Arya Samaj!». «Tómelo, y agradecida», dijo ella, y entonces él depositó en las manos de Hurrychund cinco soberanos de oro. No recuerdo que este hecho se comunicara a la prensa, pero al momento el relato fue esparcido por una docena o más de testigos oculares, y contribuyó a intensificar el interés que el arribo de nuestro grupo

se había producido entre los caballeros indios educados.

La noche del 17 de febrero tuvo lugar una recepción en el estudio fotográfico, donde estuvieron presentes unos 300 invitados. Se nos ofreció la alocución habitual de bienvenida con guirnaldas, limón y agua de rosas como acompañamiento, y H.P.B., Scott, Wimbridge y yo, respondimos lo mejor que pudimos, con la emoción profunda que nos conmovía. Mi diario dice: «La ocasión hizo que se me humedecieran los ojos. El largamente esperado momento llega finalmente, y me encuentro frente a frente con mis parientes espirituales». Era una felicidad sin impurezas, que nacía del sentimiento del corazón, bajo el control del intelecto, no una vaga efusión emotiva, destinada a desaparecer enseguida para reaccionar como un sentido de desencanto y disgusto.

Al día siguiente, se organizó una partida para presenciar la celebración del aniversario de Shivarātri (NOTA: Festival hindú que se celebra en honor a Shiva.—*El Traductor*: FINAL NOTA) en las grutas de Elefanta. Disfrutamos de la excursión como escolares, pues el día nos ofreció muchas sorpresas y nuevas sensaciones. Para empezar, el barco: «Sultán», con sus extraños aparejos y modelo, su tripulación musulmana, su peculiar camarote, su primitiva chimenea, donde se cocinaba muy hábilmente el arroz y el curry. Después las antiguas grutas, con esculturas gigantescas que se apreciaban en claroscuro; enormes lingams (NOTA: Representación fálica del dios hindú Shiva.—*El Traductor*: FINAL NOTA) embadurnados de pintura, siempre chorreantes de oblacones y ornamentados con flores; las abluciones de los peregrinos en el estanque adyacente y su vuelta en redondo alrededor del Shivalingam; los *pujāris* (NOTA: Sacerdotes de los templos hindúes.—*El Traductor*: FINAL NOTA) tocando las sienes de los adoradores con el agua que había bañado el símbolo de piedra; las multitudes, con sus —para nosotros— novedosas vestiduras orientales; los *sanyāsis* (NOTA: Renunciantes, en

sánscrito.—*El Traductor: FINAL NOTA*) pintados y cubiertos de cenizas en dolorosas posturas y apelando exitosamente a la caridad piadosa; el recuento de niños indios; los vendedores de confites; una tropa de prestidigitadores haciendo el truco del mango y otros *tours de force* (*NOTA: Proezas, en francés.—El Traductor: FINAL NOTA*) tan pésimamente que no podían embaucar a ningún ojo perspicaz; y nuestro almuerzo en la veranda del chalet del guardián, desde donde vimos, en una sola imagen en primer plano, a la multitud parlante en movimiento, y la gran expansión del puerto bajo un cielo azul sin nubes, con las torres y tejados del distante Bombay en la línea del horizonte. Después, el regreso a casa navegando con viento en popa, nuestro barco deslizándose como un pájaro y derrotando a un yate europeo que llevaba la misma dirección. Después de veinte años, todo vuelve vívidamente a los ojos de mi mente como un panorama acabado de pintar.

La multitud de visitantes llegaba diariamente en número creciente; a una habitación atestada de caballeros parsis con sus esposas e hijos le seguía, inmediatamente después, un número similar de familias hindúes. Vino un oscuro monje jainista, con el cráneo rasurado y el cuerpo desnudo hasta la cintura quien, mediante un intérprete, me interrogó pródigamente sobre religión. Regalos de frutas maduras fueron enviados junto a los mensajes de saludo. Se ofreció en nuestro honor una representación especial del drama hindú «Sitaram» en el teatro de Elphinstone. Nos alojaron en el palco más llamativo, engalanado con guirnaldas de jazmines y rosas, se nos ofrecieron grandes bouquets y refrigerios, y al levantarnos para salir tuvimos que escuchar un discurso, ¡que se nos leyó desde el escenario! En realidad la obra no había terminado, pero nuestra capacidad de aguante había alcanzado su límite; fuimos a las 9 p.m. y salimos del teatro a las 2:45 a.m.

A la dulzura de esta velada le siguió, a la mañana siguiente,

nuestro primer trago de amargura. El Sr. Hurrychund, después de una presión agotadora, rindió sus cuentas. Había terminado la gentileza: nuestro supuesto hospitalario anfitrión nos presentó una enorme factura por el alquiler, la comida, la concurrencia, las reparaciones a la casa, incluso por el alquiler de las trescientas sillas utilizadas en nuestra recepción, más el precio de un cablegrama que nos había enviado ¡apremiándonos a venir! Esta «condenación total» me hizo mirar de hito en hito pues, con esas tarifas, pronto nos encontraríamos con los bolsillos vacíos. ¡Y se había publicado y entendido de manera general que éramos sus huéspedes personales! Comenzaron las protestas, una cosa llevó a la otra y finalmente descubrimos que la suma considerable de unas seiscientas rupias (que entonces no eran un simple disco de plata sino una muestra sustancialmente valiosa) que le habíamos enviado por su intermedio a la Arya Samaj, no había llegado más lejos que sus manos, y un gran clamor se levantó entre sus colegas samajistas. Nunca olvidaré la escena cuando H.P.B., en una reunión de la Arya Samaj, le descargó los rayos de su desprecio, y le obligó a prometer la restitución. El dinero fue devuelto, pero nuestros tratos con el hombre cesaron abruptamente. Nos dedicamos a la tarea de encontrar una casa, y conseguimos una por la mitad de la renta que él nos había estado cobrando por la suya, pues se había constituido a sí mismo como nuestro casero. Cambiamos de domicilio, compramos muebles y otras cosas imprescindibles y el 7 de marzo nos acomodamos en la pequeña casa, en el número 108 de la calle Guirgaum Back, durante los dos años siguientes. Así se destrozó nuestro primer ideal del hindú progresista, patriota, ferviente religioso y, para ser sinceros, la lección llegó a nuestros corazones. El ser engañados y utilizados de esa manera al comienzo de nuestra carrera india, fue una tristeza dolorosa, pero por la causa querida de la India, nos desembarazamos del sentimiento de depresión y continuamos nuestro camino. Entretanto, el 2 de marzo nuestro amigo Moolje Thackersey nos

había encontrado un sirviente, un chico gujarati (NOTA: De Gujarat, estado de la India.—*El Traductor*: FINAL NOTA), llamado Babula, cuya fidelidad a H.P.B., hasta el día en que ella abandonó la India, es de todos conocida y quien aún es mi pensionista. Tenía un raro don para los idiomas, y en el entorno de Magliabecchi (NOTA: Antonio Magliabecchi o Magliabecchi, bibliotecario, bibliófilo y erudito italiano de los siglos XVII y XVIII.—*El Traductor*: FINAL NOTA) pudiera haberse convertido en un gran lingüista. Cuando entró a nuestro servicio hablaba inglés y francés, konkani, gujarati, e indostánico aunque solo tenía unos quince años, y posteriormente adquirió un perfecto conocimiento del tamil, cuando nos mudamos a Madrás.

Todas las noches organizábamos un improvisado durbar (NOTA: Reunión ceremonial.—*El Traductor*: FINAL NOTA), donde se discutían los más complejos problemas de filosofía, metafísica y ciencia. Vivíamos y respirábamos en una atmósfera mental, entre ideales espirituales superiores. Veo entradas en mi diario sobre la primera aparición en nuestra escena de amigos que, desde entonces, han permanecido junto a nosotros en el ascenso del movimiento teosófico. Por ejemplo, el 18 de marzo comenzó nuestra relación y amistad con Janardhah Sakkharam Gadgil, uno de los más brillantes graduados de la Universidad de Bombay; entonces era, y lo fue hasta su reciente retiro de las ocupaciones mundanas para asumir la vida religiosa, un juez de la ciudad de Baroda. Mis notas sobre él atestiguan la inmediata y profunda impresión que me hicieron sus conocimientos, su dignidad de ideales, y su sed por el conocimiento espiritual. Incluso parece que tuve alguna premonición sobre lo improbable de que se convirtiera en un colaborador práctico junto a nosotros, pues escribí en mi diario: «Un hombre mucho más sabio e inteligente que yo. Puede convertirse en un gran aliado, *si tiene el coraje*». Nunca lo tuvo en realidad, por encontrarse

obstaculizado por su ambiente oficial y la impopularidad que, desde el principio, tuvo nuestra causa en la casta gobernante. Mentalmente no estaba maduro para el martirio oficial, aunque su corazón lo empujaba en ese sentido. Pero siempre fue un miembro abiertamente declarado de nuestra Sociedad, soportando usualmente con indiferencia afable los vituperios de sus amigos, especialmente los de su funcionario superior, el Dewan (NOTA: Título utilizado en algunos reinos hindúes.—*El Traductor*: FINAL NOTA) de Baroda, el difunto Sir T. Madhava Row, K.C.S.I. (NOTA: Acrónimo de una de las clases de La Muy Excelsa Orden de la Estrella de la India, en este caso Knight Commander, o Caballero Comandante.—*El Traductor*: FINAL NOTA), gran hombre de estado, pero confirmado escéptico y prisionero moral del Sirkar (NOTA: Gobierno, en hindi y bengalí.—*El Traductor*: FINAL NOTA).

Por esa época llegó a nosotros, M.B. Namjoshi, de la ciudad de Puna, y Sorabji J. Padshah; el primero conocido como un activo político de la Sarvajanic Sabbha (NOTA: Organización sociopolítica fundada en la India Británica en 1870.—*El Traductor*: FINAL NOTA) de Puna, el segundo un brillante joven persa, cuya devoción a la Sociedad y a nosotros mismos personalmente nunca se ha debilitado ni vacilado un solo día. El 18 de marzo, nuestro joven Shyamji Krishnavarma zarpó para Inglaterra para unirse al Profesor Monier Willimas en Oxford, beneficiándolo, y a sí mismo, con la fama. Pues Shyamji asistió a uno de los Congresos Orientales y —aunque por su casta no era un brahmán— sorprendió a los sabios por sus recitaciones de mantras; regresó a casa convertido en un pandit, y más tarde fue Dewan de un estado nativo (NOTA: Durante el dominio británico se le llamó así a algunos estados indios nominalmente soberanos.—*El Traductor*: FINAL NOTA). Otras dos amistades notables fueron los hermanos M.M. y A.M. Kunte, el primero un famoso pandit y profesor de sánscrito, el otro M.D.

(NOTA: Acrónimo de *Medicine Doctor*, en inglés.—*El Traductor: FINAL NOTA*) y Profesor de Anatomía en el Grant Medical College de Bombay. De todos nuestros recientes amigos, estos fueron los más efusivos y obsequiosos; pero de todos los que conocimos en la India, el doctor mostró la más inquietante ausencia de valor moral y el que más provocó mi desprecio. Era miembro de nuestro Consejo, mantenía los términos de la mayor intimidad con nosotros, era muy espléndido en ofertas de ayuda, su casa era la nuestra, así como su fortuna, caballos y coche: en realidad éramos sus hermanos. Una noche, en una reunión del Consejo, a petición mía fungió como presidente, mientras yo presentaba ciertos graves cargos formales hechos por Swami Dayānand contra Hurrychund, y al terminar nos despedimos como excelentes amigos. Dos días después, el criado del doctor me trajo una carta en la que este manifestaba el fin de su relación con la sociedad, sin una palabra de explicación. No podía creer lo que leía y supuse que se trataba de alguna broma estúpida; pero apresurándome hacia su casa, me quedé consternado cuando él mismo me dijo que había sido muy serio. Luego de repetidas peticiones de una explicación, la verdad salió a flote: El director del Colegio Médico le había aconsejado que su nombre no tuviera relación con nosotros, ¡pues el gobierno sospechaba que nuestra Sociedad tenía propósitos políticos! Y así, en lugar de defendernos con hombría y declarar nuestra perfecta indiferencia hacia la política, cosa que él, como uno de nuestros íntimos amigos y consejero podía haber hecho fácilmente, este doctor de riqueza y larga práctica, quien para nada dependía de su miserable puesto en la universidad, ¡se fue derecho a casa y puso su cobardía por escrito! Todo norteamericano e inglés decente comprenderá el sentimiento de desprecio con el que le volví la espalda para siempre. Al día siguiente, escocado por este sentimiento de injusticia, le escribí al profesor que, como su hermano vaticinaba posibles inconvenientes si permanecía en nuestra sociedad, esperaba que

ningún sentimiento de delicadeza le obstaculizara su propio retiro si compartía su inquietud. ¡Su respuesta fue su renuncia escrita! Le dije a otro amigo hindú, de quien sabía que era realmente dependiente de su miserable puesto gubernamental de 40 rupias al mes: «Martandrao Bhay, suponga, que mañana por la mañana al llegar a su oficina, encuentra sobre su escritorio una nota al efecto de que debe usted escoger entre su membresía en la Sociedad Teosófica y su puesto, pues estamos bajo la sospecha de propósitos políticos, ¿qué haría usted?». El rostro del hombre se puso serio, parecía que consideraba las probabilidades, y después, con una suerte de tartamudeo al hablar que le era peculiar, con una sacudida de la cabeza y apretando los labios, contestó: «¡Yo, yo no podría ir contra mis principios!». Lancé mis brazos en torno a él y le grité a H.P.B. que estaba en el cuarto de al lado: «¡Venga! Venga y vea a un verdadero hindú y hombre valiente!». El nombre de ese hombre es Martandrao Babaji Nagnath; es un brahmán de Maratha (**NOTA: Casta guerrera hindú. -El Traductor. FINAL NOTA**).

Los visitantes continuaron atestando nuestro bungalow, y quedándose hasta tarde todas las noches para conversar sobre asuntos religiosos. Viejos y jóvenes, daba lo mismo; y así llegamos, muy tempranamente en nuestra relación con los hindúes, a conocer la diferencia entre los ideales de vida occidentales y orientales, y la mayor dignidad del último. Asuntos sobre la riqueza, el color, los negocios o la política raramente cruzaron nuestro umbral; el Alma era el punto culminante de los debates, y entonces, por vez primera, H.P.B. y yo nos vimos absorbidos por los problemas de sus progresiones y reencarnaciones cíclicas. Éramos completamente felices en nuestro retirado chalet bajo los cocoteros. Las llegadas y partidas de vapores bien cargados, el alboroto del mercado de Bombay, la agónica contienda de los mercados de algodón, las mezquinas rivalidades de la oficialidad, las recepciones en la Casa de Gobierno,

ni siquiera entraban en nuestros pensamientos: estábamos satisfechos de estar

El mundo olvidando, por el mundo olvidados.

Fanáticos, si gustáis, locos entusiastas, soñadores de sueños impracticables, ¡devotos de un pasatiempo! Crédulos de nuestras imaginaciones. Pero nuestros sueños eran sobre la perfectibilidad humana, nuestras búsquedas las de la sabiduría divina, nuestra única esperanza la de ayudar a la humanidad para que alcanzara pensamientos superiores y una vida más noble. Y, bajo aquellas umbrías palmeras, fuimos visitados personalmente por los Mahātmas; y su presencia edificante nos fortaleció para proseguir en el sendero que estábamos hollando, y nos premiaron cien veces por todas las felonías, burlas y vigilancia policial, y por las calumnias y persecuciones que tuvimos que sufrir. Mientras permanecieran junto a nosotros, ¿qué importaba quien estuviera en contra nuestra? El mundo no nos había conquistado, pero estábamos destinados por nuestro karma a vencer su indiferencia y finalmente merecer su respeto.

No lo sabíamos, pero los Adeptos sí, que ambos íbamos a servir como el necesario núcleo para la concentración y difusión de esa corriente akāsica del viejo pensamiento ario que la revolución de los ciclos había traído de nuevo bajo la luz de las necesidades humanas. Un agente es siempre indispensable como vórtice de esos recrudescimientos intelectuales y espirituales pero, aunque imperfectos, éramos lo suficientemente buenos para servir a ese propósito, pues al menos poseíamos el entusiasmo de la devoción y la cualidad de la obediencia. Nuestros defectos personales no contaban nada en la balanza de la necesidad pública. Alejandro Dumas, hijo, en *Les Hommes de Fer* (NOTA: Los hombres de hierro, en francés.–*El Traductor*. FINAL NOTA) presenta poéticamente esta idea. «Hay momentos», dice, «cuando vagas ideas, buscando un cuerpo para

convertirse en un hombre, flotan sobre las sociedades como una niebla sobre la superficie de la tierra: mientras el viento la empuja hacia el espejo de los lagos y la alfombra de las llanuras, solo es un vapor sin sombra, sin consistencia ni color; pero si tropieza con una alta colina, se adhiere a su cúspide, el vapor se convierte en nube, la nube en lluvia, y mientras la cima de la montaña se ciñe con su aureola de relámpagos, el agua que se filtra misteriosamente se reúne en las cavidades profundas y emerge a sus pies, como la fuente de un gran río que, siempre creciente, cruza el país o la sociedad, y el cual se llama sí mismo el «Nilo o la *Iliada*, el Po o la *Divina Commedia*».

En aquellos días, un hombre de ciencia exhibió grandes y hermosas perlas, las cuales obtuvo de algunas ostras cautivas colocando bolitas de cera dentro de sus conchas, y dejando a las criaturas que las cubrieran con una capa de hermoso nácar rosado, obedeciendo a su instinto natural. La pizca de cera, en este caso, era intrínsecamente nada, pero fue el núcleo sin el cual las perlas no hubieran sido formadas por el animal. Así, en cierto sentido, nosotros, los pioneros de este movimiento teosófico, servimos como núcleos alrededor de los cuales fue formada la brillante esfera de la sabiduría ariá, la misma que ahora estimula la maravilla de la erudición contemporánea por su belleza y su precioso valor. Personalmente, pudiéramos haber tenido tan poco valor como las bolitas de cera del científico, pero aquello que se ha reunido alrededor de este movimiento nuestro es lo que más necesitaba el mundo. Y cada uno de nuestros más ardientes colegas está sirviendo como un núcleo separado para la cristalización de éste nácar espiritual.





CAPÍTULO III

ESTABLECIMIENTO DE LAS BASES

Aunque el Sr. A.P. Sinnett ha gozado de una larga intimidad con los fundadores de la Sociedad Teosófica, y durante años su nombre se ha identificado tan cercanamente con sus nombres, fama y literatura, nuestra amistad, como el resto de las cosas tuvo un inicio. Comenzó con una carta, fechada el 25 de febrero, 1879 –nueve días después de nuestro desembarco en Bombay– en la cual, como editor del *Pioneer*, me expresaba su deseo de conocer a H.P.B. y a mí mismo, en el caso de que viajáramos por el país, además de su voluntad de publicar cualesquiera hechos interesantes sobre nuestra misión en la India. En común con todas las publicaciones indias, el *Pioneer* había reparado en nuestra llegada. El Sr. Sinnett escribe que, habiendo tenido en Londres muchas ocasiones para investigar ciertos fenómenos mediumnísticos notables, se sentía más interesado que el periodista promedio en las cuestiones ocultas. Su curiosidad aún no había sido cabalmente satisfecha ni su razón convencida, pues las leyes de los fenómenos seguían siendo desconocidas y las manifestaciones se ofrecían principalmente bajo condiciones poco satisfactorias, y la inteligencia

detrás de ellas constituía una confusa masa de afirmaciones y teorías. Contesté el día 27, e incluso si en otras circunstancias este número no fuera un signo de buena suerte, ciertamente en este caso fue la señal del comienzo de una muy valiosa relación y gratificante amistad. Los buenos oficios del Sr. Sinnett llegaron en el momento cuando más se necesitaban, y nunca he olvidado ni nunca podré olvidar que nosotros personalmente, y la Sociedad, tenemos una profunda deuda de obligación hacia él. Recién llegados, conocidos por estar identificados con los pensamientos asiáticos y poco comprensivos con los ideales de la comunidad angloindia, habiéndonos acomodados en un retirado bungalow en el corazón del barrio nativo de Bombay, habiendo sido entusiastamente bienvenidos y aceptados por los hindúes como campeones de sus antiguas filosofías y exponentes de sus religiones, no presentándonos en la Casa de Gobierno ni habiendo hecho avances entre la clase europea, por ser esta tan tremendamente ignorante del hinduismo y los hindúes como lo eran de nosotros y nuestros planes, no teníamos ciertamente el menor derecho a esperar ningún favor de nuestros congéneres raciales, ni de sorprendernos de que el gobierno sospechara de nosotros motivos ulteriores. Ningún otro editor angloindio estaba dispuesto a ser amable con nosotros, ni a ser justo en su discusión de nuestras opiniones e ideales. Solo el Sr. Sinnett fue nuestro amigo verdadero y consciente crítico, pero era un aliado poderoso, pues controlaba el periódico más influyente de la India y más que otro periodista poseía la confianza y el respeto de los principales funcionarios del gobierno. Más adelante se dirá mucho más sobre el desarrollo de nuestra amistad, pero por el momento solo será necesario mencionar que una activa correspondencia se mantuvo entre el Sr. y la Sra. Sinnett y nosotros dos y que, a comienzos del siguiente diciembre, les visitamos en Allahabad, donde ocurrieron muchas circunstancias interesantes, que serán referidas en su lugar.

Ya se ha señalado que los parsis de Bombay fueron amistosos desde el inicio, visitándonos con sus familias en gran número, invitándonos a sus casas, cenando con nosotros y presionándome para que presidiera y distribuyera premios en el aniversario de una escuela parsi para niñas. Cuando aún estaba en los Estados Unidos, le había hecho propuestas amistosas al Sr. K.M. Shroff, quien acababa de concluir una gira de conferencias en mi país y había regresado a casa. Él aceptó la membresía, y en todas las ocasiones después de nuestra llegada a Bombay nos brindó una ayuda leal. En aquella época era joven, y no era tan influyente en su comunidad como lo fue después, pero tenía innata esa capacidad para el trabajo duro que constituye el factor primario del éxito en la vida. Nos visitaron caballeros parsis mucho más influyentes que él, entre ellos el Sr. K.R. Cama, el orientalista, y su famoso suegro, el difunto Sr. Maneckjee Curtsetjee, el pionero reformador, cuyas encantadoras hijas fueron recibidas junto a él en varias cortes europeas y admiradas universalmente. Veo en mi diario que nuestro primer encuentro –el 6 de marzo, 1879– llamé la atención del Sr. Cama sobre la necesidad de organizar el trabajo religioso parsi junto a las líneas teosóficas. Y nunca he cesado de hacer lo mismo siempre que he obtenido la atención de un parsi influyente. Es una gran vergüenza y desgracia para su comunidad, que sus shetts (**NOTA: Título honorífico utilizado en la costa occidental de la India.–El Traductor: FINAL NOTA**) estén tan narcotizados por ganar dinero y éxito mundial, que dejan pasar año tras año sin utilizar al menos algunas pequeñas porciones de su gran riqueza para buscar los fragmentos de sus libros sagrados en las cuatro esquinas de su patria, y lograr para su fe, mediante la investigación y la exploración arqueológica, lo que los cristianos han hecho para la suya en Egipto y Palestina. Es una pérdida para todo el mundo que el esplendor de tan magnífica religión no sea ampliamente conocida. La caridad parsi es principesca, pero con todo el tesoro que ellos han entregado para

objetos de utilidad pública, es triste pensar que ningún millonario de entre ellos, no importa cuán pío y ortodoxo, no haya separado un pequeño lakh (NOTA: Unidad del sistema numérico en sur de Asia.—*El Traductor. FINAL NOTA*) para dotar a una Sociedad de Investigación Parsi del tipo que se señaló anteriormente, aunque esto hubiera sido de más ayuda al zoroastrianismo que todas sus bibliotecas, hospitales, escuelas de arte, gymkhanas (NOTA: Lugar de reunión, en algunas lenguas de la India.—*El Traductor. FINAL NOTA*), fuentes para beber o estatuas del Príncipe de Gales.

Siempre me ha maravillado, al hablar con angloindios, constatar en qué diferentes mundos vivimos ellos y nosotros en el Oriente: el de ellos es solo una extensión de su vida inglesa, colmada con raudas diversiones y distracciones para que sus horas de descanso pasen con un mínimo de aburrimiento; la nuestra una vida de ideales orientales y una aspiración de reflexiones orientales, sin tiempo libre para diversiones, ni sentir necesidad por las distracciones que aportan los juegos, las fiestas, y el ejercicio violento. Sin la experiencia personal, no se puede imaginar que exista un contraste tal. Mientras escribo, regresan los recuerdos de aquellas primeras semanas en Bombay, y sin esfuerzo parece que soy capaz de recordar los menores incidentes de nuestra vida en la Girgaum sombreada por palmas. Recuerdo el compulsivo despertar al amanecer por el vociferante graznar de cientos de cuervos. Recuerdo cómo mi instinto artístico estaba constantemente estimulado, al mirar en torno a nuestro cuarto de recibo o veranda observando la imagen de las vestiduras y tipos raciales que veía. Recuerdo las ininterrumpidas conversaciones en inglés, que era el medio de comunicación común entre las razas del Imperio Indio, y las conversaciones y consultas aparte en gujarati, marathi e indostánico, entre miembros de una tribu y con descastados. Puedo ver con la imaginación a las linternas centelleando entre los matorrales, y los troncos como

columnas de la arboleda de cocoteros mostrándose en brillante relieve por su luz. Veo a nosotros mismos ataviados con vestiduras ligeras y abanicados con pintados punkahs (NOTA: Abanico, en indostánico.—*El Traductor*. FINAL NOTA) por sirvientes indios, a menudo preguntándonos todo el tiempo cómo podía ser tan fragante y cálido aquí, y el aire tan perfumado con olores, mientras en casa el helado viento de marzo barría las calles, las aceras heladas repiqueteaban bajo los cascos de los caballos y los hambrientos pobres se apiñaban en su miseria. Era casi la aceptación diaria de un sueño placentero. El único vínculo entre nosotros y nuestros hogares en el Occidente, eran las cartas que llegaban en cada correo, y el lazo de simpatía en el trabajo común entre nosotros y nuestros entonces pocos colegas en Nueva York, Londres y Corfú.

Durante una velada, la conversación versaba sobre el problema de la difusión universal de la inteligencia a través del universo y en ese momento, se nos ofreció una divertida prueba de su existencia en una de las aves más estúpidas. Teníamos un corral para aves detrás de nuestra cocina, habitada por una bandada de gallinas y una familia de patos, constituida por el torpe padre de raza muskovy más sus tres esposas. La Srta. Bates, de nuestro cuarteto, era la responsable de las aves de corral, y como de costumbre, estas corrían hacia ella siempre que se dirigía allí. Una cierta noche, después de concluir nuestra cena, nos quedamos conversando en la mesa cuando un largo graznido que se escuchó debajo de la silla de la Srta. B. nos hizo saltar de asombro. Se trataba del bamboleante, torpe y viejo pato, el cual, tan pronto vio que la Srta. Bates reparaba en él, graznó una y otra vez, movió su cola y sacudió sus alas como si algo le preocupara. Se dirigía, aun graznando, hacia la puerta, mirando hacia atrás como pidiéndole a la Srta. Bates que lo siguiera. Advertimos que este extraño comportamiento significaba algo, por lo que todos lo seguimos afuera. Nos guió hasta el gallinero, donde tenía

lugar una gran barahúnda, las gallinas gritando, los patos graznando enloquecidos. Evidentemente habían estado, o aún estaban, amenazados por las ratas. Entonces, a la luz de la linterna, vimos que una de las viejas esposas del pato había deslizado su cabeza y cuello a través de las barras de bambú de la jaula, y quedó atrapada allí al resbalarse hasta el punto donde un nudo prominente de uno de los bambúes había estrechado la abertura hasta trabar su cuello rápidamente: debió haber sido atacada por alguna alimaña y escapando aterrorizada contra las barras, pasó el cuello a través de ellas, pero se golpeó el cuello contra ellas y cayó. Se hubiera estrangulado si sus dos hermanas esposas no hubieran colocado sus lomos bajo ella, y allí estaban sosteniendo su peso, mientras que el pato, escapando a través de una puerta mal cerrada, ¡vino a pedir la ayuda de la Srta. Bates! Se invita la atención de los Sres. Romanes y Herbert Spencer a esta prueba de inteligencia animal.

Poco después de asentarnos en Girgaum ocurrió un incidente que H.P.B. ha preservado permanentemente en sus deliciosas *Gru-tas y Selvas del Indostán*. Al ofrecer los hechos simples y escuetos, el lector podrá advertir como el brillo de su espléndida imaginación los ha transformado más allá de poder reconocerlos, y de un incidente ordinario ha creado una novela pintoresca y pavorosa. Estando sentados, al empezar la noche, llamó mi atención un sonido como el del golpeteo monótono de un tambor. Continuó en el mismo tono, sin tocar ninguna melodía, como una sucesión aburrida de pulsaciones apagadas en el aire nocturno. Se envió a uno de los sirvientes para que lo localizara, regresó después de un rato y reportó que era un tam-tam que se tocaba en una casa vecina, para anunciar que una «mujer sabia» iba a ser poseída por una «diosa» y respondería preguntas sobre asuntos de interés personal. La tentación para «asistir» a una actuación tan peculiar nos estimuló a ir al lugar y ver lo que sucedía. H.P.B. tomó mi brazo y fuimos hasta la

casa. En una habitación enlucida de barro de unos quince o veinte pies cuadrados, vimos treinta o cuarenta hindúes de casta inferior de pie alrededor de las paredes, algunas lámparas de aceite de coco colgaban a los lados, y acuclillada en el centro del suelo, bamboleaba su cuerpo una mujer de aspecto salvaje, con el cabello suelto, y sacudía su cabeza con movimientos circulares que hacían que sus negros mechones formaran remolinos alrededor de ella, a veces de forma horizontal, como azores de látigo. Un joven entró por la puerta trasera, portando una bandeja ancha, circular, de bordes bajos, en la cual ardían algunos trozos de alcanfor con algunas pizcas de polvo rojo y algunas hojas verde brillante. La sostuvo cerca del rostro de la sibila, el cual ella sumergió dentro del humo de alcanfor y lo sorbió con placer. Al momento se levantó, aferró la bandeja de cobre, la movió de derecha a izquierda, retomó los giros de su cabeza, y entonces, con paso flexible manteniendo el tiempo de los golpeteos del tam-tam, cruzó la habitación mirando los rostros sobrecogidos de los espectadores hindúes. Habiendo hecho el circuito varias veces, se lanzó de repente hacia una mujer en la multitud, le lanzó la bandeja y le dijo algo en marathi, lo que, desde luego no comprendimos, pero que al parecer tenía relación con asuntos privados. Lo que fuera, el efecto fue evidente, pues la mujer retrocedió asustada, levantó sus manos asidas hacia la profetiza danzante y parecía profundamente conmovida. Se repitió lo mismo con otros espectadores, después de lo cual la vidente se arrojó en el medio de la habitación, giró de un lado a otro durante un rato, cantó lo que parecía un mantra, y después salió corriendo del cuarto por la puerta trasera. Regresó después de unos minutos, con el pelo chorreando agua, se arrojó de nuevo en el suelo, giró su cabeza como antes, de nuevo recibió la bandeja de ardiente alcanfor, y repitió la actuación de arrojarse hacia la gente y decirles lo que querían saber. Pero su voz era algo diferente esta vez y sus movimientos menos convulsos, lo cual, se nos explicó, se debía al hecho que de que había pasado bajo

el control de otra diosa cuando hundió su cabeza dentro del recipiente de agua que estaba dispuesto fuera de la puerta. La novedad del asunto pronto desapareció para nosotros, y regresamos a casa. Solo esto, y nada más. Son los hechos simples, y nada más sucedió. Pero ahora, si el lector hojea *From the Caves and Jungles of Hindustan* («A Witch's den») (NOTA: Por las Grutas y Selvas del Indostán, («Un antro brujesco»).—*El Traductor*. FINAL NOTA), verá lo que hizo de esto H.P.B. En lugar de una miserable casucha en el más poblado barrio de Bombay, con un público de culíes, se nos llevó a lomos de elefante, con antorchas, a través de una tupida selva; «dos mil pies por encima de la cordillera de Vindhya»; el silencio total se rompe por la pisada regular de los elefantes, se escuchan «extrañas voces y murmullos»; descabalgamos de los elefantes y bregamos a través de espesos cactus; éramos un grupo de treinta, incluyendo los portadores de antorchas; el Coronel (o sea, yo) ordenó que todos los rifles y revólveres fueran cargados; después de dejar casi toda nuestra ropa en las espinas de los cactus, escalando una colina y descendiendo por otro barranco llegamos a la «caverna» de la *Kangarin*, la «pitia del Indostán» quien «lleva una vida santa» y es una profetisa». Su caverna de Trofonio (NOTA: Dios o héroe griego a quien se le rendía un culto oracular.—*El Traductor*. FINAL NOTA) está en un arruinado templo hindú de «granito rojo», su cuarto en un corredor subterráneo, donde las personas creen que ella ha vivido trescientos años. En el espacio cuadrado bajo el templo se enciende una enorme hoguera y está poblado por «desnudos salvajes parecidos a gnomos», quienes se lanzan en algún tipo de danza demoniaca al sonido de tambores y panderos. Un anciano de barba blanca aparece y se pone a girar por el lugar, con los brazos extendidos como alas y mostrando sus dientes lobunos, hasta que cae sin sentido. Un gigantesco cráneo de cuatro cuernos del «sivatherium» (NOTA: Sivaterio. Género extinto de jiráfido.—*El Traductor*. FINAL NOTA) yace en el suelo, lleno de flores. De repente,

aparece la bruja, de dónde y cómo nadie podría decir. Debió haber sido una belleza de acuerdo con la descripción de su primera visión: «un esqueleto de siete pies de altura, cubierto con una piel marrón, con la pequeña cabeza de un niño pegada a sus huesudos hombros; los ojos tan hundidos y al mismo tiempo centelleantes con llamas tan diabólicas dirigidas a todo vuestro cuerpo que comenzáis a sentir que vuestro cerebro cesa de funcionar, vuestros pensamientos se vuelven tan embrollados y vuestra sangre se congela en vuestras venas». ¡Un muy embarazoso tipo del peor género del bribón astral! Permanece quieta por un tiempo, sosteniendo un plato de ardiente alcanfor en una mano y algo de arroz en la otra. Parece un ídolo tallado, con su arrugado cuello enrollado con «tres hileras de medallones de oro» su cabeza «adornada con una serpiente dorada», su «cuerpo grotesco, difícilmente humano, cubierto por una pieza de muselina amarillo-azafrán». Después le sigue una descripción de la posesión del cuerpo de la bruja por una diosa, sus movimientos convulsos, su danza vertiginosa, en la cual ella se mueve más rápido que una hoja seca en un huracán; el resplandor enloquecido de sus ojos dirigidos hacia uno; sus convulsiones, saltos y movimientos salvajes e infernales; los cambios de una diosa posesora a otra, hasta la cantidad de siete; sus revelaciones y abjuraciones, una espectral danza con su propia sombra; el golpearse la cabeza contra los pedregales de granito, y así durante veinte páginas con el lenguaje más pintoresco que puede encontrarse en nuestro idioma: La mente que pudo hacer esta maravilla es la de un verdadero genio. Lo que hizo ella en este caso, lo hizo a lo largo de todo el libro, un mínimo de los hechos yace en cada caso, utilizado para cubrir una gran área de fantasía, como la pequeña lámpara en el faro de la locomotora que se hace brillar mediante reflectores parabólicos sobre la línea como una suerte de sol sobre ruedas.

Pronto se disipó cualquier esperanza que pudiéramos haber

abrigado de disfrutar una vida retirada. No solo nos encontramos sitiados por visitantes, muchos fervorosos y con derecho a nuestra ayuda, pero también nos vimos inmersos en una rápidamente creciente correspondencia, principalmente con hindúes, sobre asuntos teosóficos. Nuestros objetivos fueron descritos de forma tan distorsionada por la hostil prensa angloindia y por aquella fracción de la prensa vernácula que para debilitar los ideales indios se alimenta en el pesebre del «progreso» desfigurado, que nos encontramos por fuerza apremiados a amenazar con procesos legales al editor del *Dnyanodaya*, órgano de la Misión Presbiteriana Marathi, por un grosero libelo. Se ofreció entonces una amplia apología, pero todos los misioneros no fueron calumniadores *ab initio* (NOTA: Desde el principio, en latín.—*El Traductor*. FINAL NOTA), pues el *Bombay Guardian*, un órgano misionero dijo *à propos* (NOTA: A propósito, en latín.—*El Traductor*. FINAL NOTA) del discurso mencionado abajo: «Aquellos que anticiparon que la conferencia consistiría en una diatriba contra el cristianismo estaban equivocados. El reporte ofrecido es breve, pero alguien nos dijo que lo escuchado en la conferencia fue con mucho un ataque al hinduismo tal como es, más que contra el cristianismo». También tuvimos que hacer una declaración pública. De acuerdo con esto, el 23 de marzo, ofrecí mi primera conferencia pública en la India en el Framji Cowasji Hall, de Dhobitallao (el barrio de los lavaderos). Por lo novedoso y pintoresco, la escena fue la culminación del placer: el contraste entre el mar de turbantes multicolores, los blanquísimos trajes musulmanes, los penetrantes ojos de ónice en los hermosos rostros morenos y el público occidental vestido de negro, con rostros pálidos y las cabezas descubiertas, sin un toque de color brillante salvo en los sombreros de las damas; fue muy chocante. La multitud era tan densa que atiborraba la galería, los balcones y las escaleras, hasta no haber ni un solo hombre más, sin embargo, se mantuvo tan tranquila, centrada y atenta como si cada cual tuviera

amplio espacio. Nuestro cuarteto se sentó en la tribuna, que estaba atestada por los principales personajes de las diferentes comunidades nativas de Bombay y mi discurso fue escuchado conteniendo el aliento, con una atención interrumpida en ocasiones por aplausos. Fue realmente un evento histórico el que, por vez primera en el recuerdo del habitante de más edad, un occidental defendiera la majestad y suficiencia de la escrituras orientales, y apelara al sentimiento de lealtad patriótica en la memoria de sus antecesores, mantenerse fieles a sus propias religiones; no rechazando nada hasta después que su falta de valor hubiera sido demostrada por un estudio imparcial. El espíritu de la ocasión poseyó igualmente a oradores y auditores, y hubo un momento –recuerdo– cuando no pude impedir mi emoción y tuve que hacer un alto porque ahogados sollozos apagaron mi alocución. Me sentí como un tonto por perder así mi auto-control, pero no lo pude evitar; la voz encerrada en mi corazón enmudeció mis labios, a pesar de todo lo que podía hacer. Mi tema era: «La Sociedad Teosófica y sus Metas» (NOTA: Publicado por la S.T. FINAL NOTA) y contenía explicaciones tan exhaustivas como las que podía ofrecer. Debe advertirse que el punto de vista asumido entonces fue el de que la redención de cualquier nación debe llegar a través de sus propios líderes auto-evolucionados, no desde afuera, y que si había que detener la caída de la India, el agente inspirado debía buscarse dentro de sus fronteras, no en tierras extranjeras, ni entre extranjeros. En cuanto a nosotros, rechazamos claramente toda pretensión de liderazgo o calificaciones para el caso. Creo, después de veinte años de experiencia en la India, que este es el punto de vista correcto y el único que se justifica. También creo, como entonces afirmé, que el necesario maestro espiritual existe, y que con el tiempo aparecerá. Pues en verdad, los signos de su venida se multiplican diariamente, y ¿quién dirá que nuestra sociedad, la Sra. Besant, Vivekananda, Dharmapala y otros no son los *avant couriers* (NOTA: Precursores, en francés. –*El Traductor: FI*

NAL NOTA) del bendito día cuando las ansias espirituales llenen de nuevo al corazón oriental, y los serviles materialistas sean cosas del negro pasado?

Naturalmente, bajo las circunstancias, el evento anterior hizo una muy fuerte impresión. El *Indian Spectator* dijo: «Una misión mayor nunca fue concebida antes. Que los arios hagan causa común, que los hindúes, parsis, mahometanos, cristianos, olviden sus diferencias y el día de la regeneración de la India no estará lejos». Se apreció como una coincidencia que el discurso tuvo lugar el día en que comenzaba un nuevo año y una nueva era, de acuerdo con el Sak Salivan, el calendario utilizado en Bombay. El *Amrita Bazaar Patrika* (8 de mayo, 1879), dijo que nuestra meta era «la mayor jamás emprendida por el hombre», y nos rogaba que viniéramos a vivir a Calcuta. En el año de la India de 1899, después de los cambios que han ocurrido en la opinión nativa, sonará como vetusto pesimismo la siguiente declaración del editor del *Patrika*. Nos dio la bienvenida, pero dijo que habíamos llegado muy tarde:

¿Qué puede hacer el doctor», pregunta, «cuando el paciente ya está rígido y frío? La India está muerta a todo sentido de honor y gloria. La India es una masa inerte que ningún poder antiguo ha sido hasta ahora capaz de mover... la India no tiene corazón, y aquellos de sus hijos en quienes aún queda una porción están insensibles por la total desesperanza. ¿Hablar de regenerar la india a los indios? Igual podéis hablar a las arenas del mar.

Esto es debilidad emocional del corazón, no la perspicacia y la premonición del estadista. Shishir Babu olvidó lo que incluso el conocimiento elemental de agricultura, tal como se practica en su aldea natal, debió haberle enseñado, a saber, que la semilla debe ser plantada antes de que se pueda disfrutar de la sombra del árbol, o que la cosecha del cereal esté disponible como comida diaria. Los

acontecimientos han desmentido su lúgubre pronóstico y los pueblos indios ya están indagando juntos en el pasado las fuentes de los ideales arios. Solo han caminado un poco, es cierto, pero el «cadáver inerte» de la India, que describió el Jeremías de Calcuta en 1879, ha demostrado ser una entidad muy viva, así como el llamado a sus hijos para buscar las antiguas escrituras una vez más para el beneficio de la humanidad.





CAPÍTULO IV

MUCHOS MILAGROS

A partir del 29 de marzo (1879) sucedieron una serie de extrañas circunstancias en las cuales Mooljee Thackersey fue un testigo esencial, a veces el principal, excluyendo a H.P.B. El día en cuestión le dijo a Mooljee que buscara un coche y cuando llegó se montó en este junto con él. Se negó a contestar sus preguntas en cuanto al lugar al cual se dirigían, diciéndole simplemente que le ordenara al cochero que girara a la derecha, a la izquierda o que siguiera derecho, según su dictado. Lo que sucedió nos lo contó Mooljee a su regreso en la noche. Ella había dirigido el trayecto por numerosas calles sinuosas y caminos vecinales, hasta que se encontraron en un suburbio de Bombay, a una distancia de diez millas, en un bosque de coníferas. El nombre no está escrito en mi diario, pero creo que fue Parel, aunque puedo estar equivocado. En cualquier caso, Mooljee conocía el lugar, pues había cremado en ese vecindario el cuerpo de su madre. Calles y caminos se cruzaban confusamente en el bosque, pero H.P.B. nunca vaciló en cuanto al trayecto, y le pedía al cochero que girara y girara hasta que llegaron a la playa. Finalmente, para la sorpresa de Mooljee, fueron

conducidos hasta la puerta de entrada de una propiedad privada, con un magnífico jardín de rosas en el frente y un hermoso bungalow con espaciosas verandas orientales en el lado posterior. H.P.B. descendió y le pidió a Mooljee que la esperara allí, y que por ninguna razón del mundo se atreviera a entrar en la casa. Allí esperó en total confusión, pues sobre una propiedad como esa él, residente de larga data en Bombay, nunca había escuchado antes. Llamó a uno de los varios jardineros que estaban cultivando las flores, pero el hombre no le supo decir nada acerca del nombre de su patrón, ni por cuanto tiempo había vivido allí, o cuando fue construido el bungalow: algo muy inusual entre los hindúes. H.P.B. había caminado directamente hacia la casa, había sido recibida cordialmente por un alto hindú de apariencia distinguida y atractiva, vestido todo de blanco y habían entrado. Después de algún tiempo ambos reaparecieron, el misterioso extraño la despidió y le entregó un gran ramo de rosas, el cual uno de los jardineros le había traído a su patrón con ese propósito, y H.P.B. volvió al lado de su acompañante, se montó en el coche de nuevo, y le ordenó al cochero regresar a casa. Todo lo que Mooljee pudo obtener de H.P.B. fue que el extranjero era un ocultista con el cual ella tenía relaciones y asuntos que arreglar ese día. Las rosas, dijo, él las había enviado para mí mediante ella. Para nosotros, la parte más extraña de esta historia fue que, hasta donde podíamos saber, no había posibilidad de que H.P.B. tuviera algún conocimiento acerca de ese suburbio y como llegar a este, en cualquier caso desde nuestra llegada a Bombay, pues nunca había salido sola de la casa, aunque había mostrado la mayor familiaridad con ambos. Si existía ese bungalow o no, no teníamos manera de saberlo con la excepción del testimonio de Mooljee. Él estaba tan asombrado con su experiencia que la contó a sus amigos de la ciudad, lo que indujo a uno de ellos, quien pretendía conocer perfectamente el suburbio en cuestión, a apostar Rs. 100 a que no existía tal bungalow en la playa y que no podría llevar a nadie hasta este.

Cuando H.P.B. se enteró, le advirtió a Moolje que perdería la apuesta; entonces él, declarando que podría desandar cada paso por el cual había ido, cerró la oferta; llamé un coche al momento y los tres nos subimos a él. Mediante otro intérprete hindú le ordené al cochero seguir estrictamente las indicaciones del Sr. M. en cuanto a nuestra ruta, y partimos. Después de un largo recorrido por senderos tortuosos, llegamos al bosque en cuyas umbrías profundidades se suponía que se alzaba el misterioso bungalow. El suelo era casi pura arena marina, cubierto por una alfombra marrón de agujas de pino, o de alguna otra conífera, posiblemente la casuarina. Pudimos ver muchos senderos corriendo en direcciones diferentes, y le dije a Moolje que debería poner mucha atención, o seguramente se perdería. Sin embargo, se mostraba tan confiado como le era posible, a pesar de las burlas que le lanzaba H.P.B. acerca de su estado de desconcierto y la segura pérdida de sus Rs. 100 Seguimos conduciendo durante una hora, primero por este lado, luego por este otro, después para que descendiera a echar un vistazo alrededor. Finalmente –justo un minuto antes de que declarara que estaba perfectamente seguro de que estábamos conduciendo directamente hacia el bungalow al borde del mar– rechinó un tren en un cercano malecón, ¡y así mostró al pobre Moolje que nos había llevado a la dirección opuesta de la deseada! Le ofrecimos todo el tiempo que quisiera para proseguir su búsqueda, pero se sentía completamente desconcertado y se rindió vencido. Y regresamos a casa. H.P.B. nos contó a todos que Mooljee hubiera encontrado el bungalow místico si un hechizo no hubiera sido lanzado sobre su visión, e incluso, que el bungalow, como todos los lugares habitados por los Adeptos, estaba siempre protegido de la intrusión de extraños por un círculo de ilusión formado en torno a este, y guardado y protegido potentemente por servidores elementales. Este bungalow en particular estaba bajo la constante vigilancia de un agente en quien se podía confiar, y se utilizaba como un lugar ocasional de descanso

y para reuniones por gurús y chelas cuando estaban viajando. Todas las antiguas bibliotecas enterradas y aquellos vastos acervos de tesoros que deben mantenerse ocultos hasta que su karma requiera su restauración para el uso humano, están, dijo ella, protegidos del descubrimiento por parte del profano mediante imágenes ilusorias de sólidas rocas, de sólido terreno intacto, de un gran abismo u otros obstáculos de este tipo, que hacen volverse sobre sus pasos a los hombres inapropiados, pero que el maya disuelve cuando el descubridor predestinado llega al lugar en el momento adecuado. Este relato coincide con una tradición folclórica, y cualquiera que haya visto incluso una sola de las cientos de pruebas registradas de inhibición hipnótica en los modernos hospitales y clínicas, puede aceptar prontamente lo razonable de este tipo de relatos de adorno mayáutico: ya el Diablo no es aceptado (con excepción del Vaticano) como el único hipnotizador de la humanidad, y Charcot, Liébault, de Rochas y otros nos han mostrado la sensatez científica de los viejos cuentos de brujería y magia. En cualquier caso, ofrezco esta historia por lo que pueda valer, como lo hago en todos los casos donde yo mismo no fui un testigo presencial, ofrezco mi punto de vista con toda sinceridad, y dejo al público el creerlo o no: no significa nada para mí. Si se me pregunta mi opinión personal, diría que la historia del bungalow parece probablemente cierta, pues, como se mencionó en un capítulo anterior, fuimos visitados en nuestro chalet de Girgaum por más de un Adepto en persona, y una noche a la luz de la luna, Damodar y yo estábamos con H.P.B. en el camino que conduce a la casa oculta, cuando alguien vino y nos saludó a una distancia de no más del largo de un brazo. Pero no es necesario mencionar los detalles aquí, pues tengo otras cosas que contar primero.

En orden cronológico seguimos ahora con un importante viaje por el país, cuyos incidentes han sido expandidos y glorificados

a través de unas sesenta páginas en las *Grutas y Selvas del Indostán*. Hasta hace un tiempo comparativamente corto, permanecía en mi memoria como un capítulo de lo más confiable, así como uno de los episodios excitantes en mis relaciones con H.P.B. Como la perfecta sinceridad es mi meta, narraré mis hechos, tal como el estado de mi mente me permiten ofrecer sus comentarios en el presente.

H.P.B., Mooljee y yo dejamos Bombay por tren el 4 de abril, 1879, para viajar a las cavernas de Karli. Nos acompañaba nuestro sirviente Babula. Este era todo nuestro grupo. No llevábamos con nosotros a ningún «Brahmán de Puna, de Mudelliar, de Madrás, ni ningún singalés de Kegalla, ni a un zemindar (NOTA: *Aristócrata terrateniente del subcontinente indio.*—*El Traductor.* FINAL NOTA) bengalí, o a un gigante de Rajput», en cualquier caso, visibles para mí. En la estación de Narel dejamos el tren, y tomamos palanquines cuesta arriba hasta Matheran, el sanatorio más importante de Bombay. Se me dio a entender que habíamos sido invitados a Karli por un cierto Adepto con quien yo había tenido cercanas relaciones en los Estados Unidos durante la escritura de *Isis*, y que las surtidas provisiones para nuestra comodidad *en route* (NOTA: *Durante el camino, en francés.*—*El Traductor.* FINAL NOTA) habían sido enviadas por él. No estaba para nada sorprendido, pues, al encontrar en la estación de Narel a un sirviente hindú de la mejor clase, o sea, no un lacayo doméstico, que se adelantó y después de saludar entregó un mensaje en marathi, que Mooljee tradujo como los saludos de su amo junto a una petición en cuanto a que nosotros, amablemente, deberíamos escoger entre palanquines o ponis para el ascenso, pues ambos estaban disponibles. H.P.B. y yo escogimos palanquines, y Mooljee y Babula, ponis. Así partimos, bajo la brillantísima luz de la luna, doce portadores para cada «palkee», hombres de buen tamaño, fuertes, musculosos, oscuros, del clan Thakur, quienes trotaron con paso apagado (para no bambolear a la perso-

na en el palkee), manteniendo el tiempo mediante una cadencia de voz dulce y mesurada que, por su novedad fue extremadamente placentera de escuchar, pero que se volvió aburridamente monótona después de un rato. Nunca antes había hecho un viaje tan poético como este esa noche tropical, con el cielo llameante con vívidas estrellas brillantes antes de que se elevara la luna, miríadas de insectos chirriando, las aves nocturnas clamando a sus parejas, los grandes murciélagos volando silenciosamente en giros tortuosos en busca de alimento, las frondas de las palmeras crujiendo y las hojas de la selva susurrando, el olor de la tierra, mezclándose de vez en vez con el de retoños especiados en una cálida corriente de aire a través de la cual pasamos, y con todo el canto de los jadeantes portadores mientras columpiaban ágilmente. En cuanto al acompañamiento de innumerables monos parlanchines, el «atronador rugido de los tigres» y la «posada portuguesa, tejida como el nido de un águila con bambú», lo menos que se diga es lo mejor en una sobria narración histórica. Ciertamente alcanzamos el Hotel Alexandria a su debido tiempo, cenamos a las 11, fuimos tranquilamente a la cama, nos levantamos temprano a la mañana siguiente y disfrutamos de la espléndida vista desde la veranda. Mooljee había salido cuando me desperté, pero regresó una hora después con la historia de que había sido despertado antes de la salida del sol por el hombre que nos había recibido en Narel y le había mostrado un bungalow completamente amueblado el cual, dijo, estaba a nuestra disposición libre de pago, por todo el tiempo que quisiéramos ocuparlo. Pero a la hora del desayuno H.P.B. ya se sentía «con náuseas» por lo que ella llamaba «el aura de la civilización angloindia», y se negó a permanecer un solo día. Así, a pesar de la advertencia del propietario contra el fiero calor del sol, salimos de nuevo y conducimos hasta Narel otra vez, con una temperatura como la de la sala de calderas de un vapor. Afortunadamente ninguno sufrió una insolación y a tiempo tomamos el tren y continuamos hasta Khandalla, un delicioso lu-

gar en las colinas. Nuestro mismo proveedor universal también nos recibió allí, con un espacioso carro de bueyes en el cual nos llevó hasta la posada para viajeros (dāk bungalow), donde pasamos el día y la noche siguientes. La noche de nuestra llegada, Moolje se paseó hasta la estación de ferrocarriles para conversar con el jefe, un viejo conocido, y recibió una sorpresa. Llegó un tren desde Bombay y se detuvo en el andén, cuando escuchó que llamaban su nombre en alta voz. Mirando de coche en coche vio a un hindú gesticulando y fue hasta su ventana. ¡El desconocido resultó ser aquél que H.P.B. había visitado! Este le entregó un fresco bouquet de lo que parecía ser el mismo tipo de rosas que había visto en el misterioso jardín de los taciturnos jardineros, y que eran las más hermosas que hubiera visto jamás. «Estas», dijo el caballero, mientras el tren se movía, «son para el Coronel Olcott, dádselas por favor». Moolje me las entregó y me contó la historia. Una hora más tarde le dije a H.P.B. que desearía agradecer al Adepto por sus gentilezas con nuestro grupo, y que, si ella se la podía entregar, la escribiría. Ella consintió, por lo que escribí la nota y se la di. Ella se la dio a Mooljee y le pidió bajar a la calle y entregarla. «Pero», preguntó, «¿a quién y dónde, no tiene nombre ni dirección en el sobre?». «No importa, tómalala y verás a quien se la debes entregar». Él fue hasta la calle, pero después de diez minutos regresó corriendo, sin aliento y mostrando signos de sorpresa. «¡Desapareció!» se tambaleaba. «¿Qué?» «La carta, él la tomó». «¿Quién la tomó?». Pregunté. «No lo sé Coronel, a menos que fuera un pisācha (NOTA: **Demonio de la mitología hindú.**—*El Traductor*. FINAL NOTA): surgió del suelo, o así me lo pareció. Estaba caminando despacio, mirando a derecha e izquierda, y no sabiendo que hacer para llevar a cabo las órdenes de H.P.B. No había árboles ni arbustos que permitieran que una persona se escondiera, sino solo la blanca y polvorienta calle. Pero de repente, como saliendo del suelo a unas yardas estaba un hombre, dirigiéndose hacia mí. ¡Era el hombre del bungalow de rosas, el

hombre que me dio las flores para usted en la estación de Khandalla y a quien vi partir en el tren hacia Puna!». «No seas absurdo», contesté, «has estado soñando». «No, estaba tan completamente despierto como nunca en mi vida. El caballero dijo: <Tienes una carta para mí, esa en tu mano, ¿no es cierto?>. Casi no podía hablar, pero dije: <No lo sé, Maharaj (NOTA: Gran rey, en sánscrito.—*El Traductor*. FINAL NOTA), no tiene dirección>. <Es para mí, entrégala>. La tomé y dije: <Ahora regresa>. Le di la espalda por un instante y miré para ver si estaba allí, pero había desaparecido; ¡la calle estaba vacía! Asustado, me di la vuelta y corrí, pero no había alcanzado cincuenta yardas cuando dijo una voz en mi oído: <No seas tonto, hombre; mantente tranquilo; todo está bien>. Esto me asustó aún más, pues no había nadie a la vista. Escapé, y aquí estoy». Este fue el relato de Mooljee, el cual repito exactamente como me lo contó. Si las apariencias sirven para algo, debió haber sido sincero, pues su miedo y excitación eran demasiado evidentes para ser simulados por un actor tan torpe como él. En cualquier caso, una cierta petición contenida en esa carta fue respondida en una carta de este mismo Adepto, que recibí después, en la posada para viajeros en Bhurtpore, Rajputana, a más de mil millas de distancia de este lugar de la aventura de Mooljee. Y esto tiene su valor.

Fue una noche de luna, gloriosa más allá de cualquier cosa que vemos en las frías tierras occidentales, y el aire dulce, claro y puro, haciendo la existencia física un encanto. Los tres nos sentábamos sobre el césped disfrutando hasta tarde, planeando nuestra visita a las cavernas de Karli para el día siguiente.

Al final de la velada, H.P.B. salió con un estado de abstracción mental en el cual había permanecido sentada durante algunos minutos, y me dijo que a las 5 p.m. del día siguiente, un sanyāsi o sanyāsis nos visitarían en las cuevas. Registré la advertencia antes de retirarme, la secuela se verá a continuación.

A las 4 en punto de la mañana, Baburao, el supuesto agente del Adepto, entró silenciosamente en la habitación donde Moolje y yo dormíamos, me despertó con un toque, colocó en mi mano una caja pequeña, redonda y laqueada que contenía *pān supāri*, u hoja de betel acompañada con especias, como la que se entrega a los invitados, y murmuró en mi oído el nombre del Adepto bajo cuya protección supuestamente estábamos en ese viaje. La significación del obsequio radicaba en que en la escuela mística con la cual teníamos relación, era el signo de aceptación de un nuevo discípulo. Nos levantamos, nos bañamos, tomamos café, y a las 5 salimos en el carro de bueyes (*shigram*) para Karli, adonde llegamos a las 10. A esa hora llameaba el sol, y experimentamos una penosa subida por el sendero desde el pie de la colina hasta las cavernas. H.P.B. se sintió tan falta de aliento que finalmente algunos culíes trajeron una silla y la llevaron durante la última mitad del ascenso. Es ajeno a mi propósito entrar en la descripción del grandioso e impresionante templo de roca y sus cavernas-dormitorios adyacentes, pues se encuentra en todas las guías, con todos los detalles de las medidas. Mi relato se preocupa solo con las aventuras personales de nuestro pequeño grupo.

En la aldea cercana se celebraba un festival en honor a Rama, con una gran multitud, y encontré muy divertido observar sus características novedosas. Cansados por nuestra caliente subida, entramos en la gran caverna, y extendiendo nuestras mantas acampamos en el suelo rocoso. Más tarde almorzamos, aunque sintiéndonos algo avergonzados por estar satisfaciendo las vulgares demandas del estómago en la nave de un templo donde, siglos antes de nuestra era, miles de reclusos ascetas habían adorado, y con cantos de slokas (NOTA: Verso o canción, en sánscrito.–*El Traductor*: FINAL NOTA) y gathas (NOTA: Himnos atribuidos a Zoroastro.–*El Traductor*: FINAL NOTA) sagrados, unidos para ayudarse mutua-

mente para dominar el ser animal y desarrollar su poder espiritual. Nuestra conversación, desde luego, transcurrió sobre el noble tema del ascenso, progreso y decadencia de la Brahma Vidya (NOTA: Ciencia divina, en sánscrito.–*El Traductor*. FINAL NOTA) en la India, y sobre nuestras esperanzas en cuanto a su intensificación. Discursando sobre estos dignos aspectos pasamos el tiempo hasta que, mirando mi reloj, vi que faltaban solo seis minutos para las 5 de la tarde, por lo que Mooljee y yo dejamos a H.P.B. y fuimos a la garita que guarda la entrada a la caverna y esperamos. No se veía a ningún asceta, pero después de diez minutos, llegó uno que acarrea una vaca, la cual estaba deformada por una quinta pata corta que crecía de su giba. Lo acompañaba un sirviente. El rostro del asceta era amable y atractivo. Tenía un largo cabello negro y barba cerrada, partida bajo el mentón a la moda de Rajput, con las puntas sobre las orejas e introducidas en los cabellos de la cabeza. Vestía las ropas azafranadas (*bhagwa*) de su orden. A través de su frente intelectual estaba el embadurnado de cenizas grises (*vibbuti*) que indica al seguidor de Shiva. Esperamos algún signo o mirada de reconocimiento, pero no ocurriendo ninguno, al final nos acercamos a él y conversamos. Explicó su presencia allí cuando en realidad debería estarse dirigiendo a Hardwar, diciendo que el día anterior, en camino a ese destacado santuario, su gurú le había ordenado estar allí a las 5 en punto este día, pues tenía que conocer algunas personas. No se le habían dado otras órdenes aparte de aquella. Si lo estábamos esperando, entonces debíamos ser las personas que su gurú tenía en mente, pero en realidad no tenía ningún mensaje para nosotros. No, su gurú no se lo había dicho en persona, sino –y esto lo obtuvimos de él después de muchas preguntas, interrogando y luego de un intervalo de silencio en el cual parecía estar escuchando a una persona invivible– mediante una voz, como hablada a su oído. Esta era la forma en que siempre recibía las órdenes mientras viajaba. Viendo que no obtendríamos más nada de él, nos despedimos momentá-

neamente y regresamos junto a H.P.B. Nuestra determinación de pasar la noche en la colina se le hizo saber a Baburao, él y Mooljee salieron a buscar un alojamiento apropiado, y al regresar nosotros y nuestro equipaje fuimos llevados a una pequeña gruta-dormitorio tallada en la colina, a cierta distancia a la derecha de la gran caverna-templo. Los antiguos escultores habían construido un pequeño pórtico de dos columnas en la entrada, y dentro diez cubículos, con puertas abiertas que daban a un salón central cuadrado o cámara de reuniones. A la izquierda del porche un tazón, cortado en la roca, recibía las aguas de una fuente de una deliciosa y fría agua. H.P.B. nos dijo que desde uno de los cubículos de una de estas pequeñas cavernas, una puerta secreta comunicaba con otras cuevas en el corazón de la montaña, donde aún vivía una escuela de adeptos, pero cuya existencia ni siquiera era sospechada por el público y que si yo podía encontrar la roca correcta, y manipularla de una manera particular, no encontraría obstáculos a mi entrada, ¡una oferta liberal, dadas las circunstancias! Sin embargo, lo intenté, y en otra pequeña cueva algo alejado puse realmente mi mano sobre un lugar y estaba a punto de moverla cuando H.P.B. comenzó a llamarme de prisa. El Adepto escritor de la carta de Bhurtpore me dijo que realmente había topado con el lugar adecuado y hubiera entrado prematuramente en su retiro si no se me hubiera llamado. Sin embargo, esto es imposible de demostrar en el presente, por lo que dejadme proseguir. Mooljee y Babula habían ido al bazar de la aldea con Baburao para comprar provisiones, y H.P.B. y yo nos quedamos solos. Nos sentamos en el pórtico fumando y conversando, hasta que ella me pidió que me quedara donde estaba por unos minutos y no mirara alrededor hasta que no me dijera. Ella entonces entró en la cueva, y yo pensé que para ir a tomar una siesta sobre el bloque tallado en la roca que sirvió de cama al antiguo monje. Seguí fumando y mirando al amplio paisaje que se ofrecía ante mí como un gran mapa cuando, de súbito, desde dentro de la cueva, escuché un sonido

como el portazo de una puerta pesada y un estallido de risa mordaz. Naturalmente, volví la cabeza, pero H.P.B. había desaparecido. No estaba en ninguna de las celdas, las cuales examiné en detalle, ni pude, buscando minuciosamente en cada pulgada de la superficie rocosa de sus paredes, encontrar la menor hendedura u otro signo de puerta; no había nada palpable al ojo o al tacto sino roca viva. Yo había tenido tantas y tan variadas experiencias de las excentricidades psicológicas de H.P.P. que pronto cesé de molestarme con este misterio y regresé al pórtico y a mi pipa, en plácida disposición para esperar por lo que fuera a ocurrir. Ya había transcurrido media hora de su desaparición, cuando escuché pasos justo detrás de mí y H.P.B. en persona se dirigió a mí, en un tono natural, como si nada hubiera ocurrido fuera de lo común. En respuesta a mi pregunta sobre donde había estado, simplemente dijo que había «tenido asuntos» con... (mencionando al Adepto) y había ido a verlo en sus cámaras secretas. Muy curiosamente, sostenía en su mano un viejo y oxidado puñal de forma extraña, el cual dijo que había recogido en uno de los pasadizos camuflados y lo había traído a propósito. No me dejó guardarlo, sino que lo lanzó al aire con toda su fuerza, y lo vi caer lejos en un matorral de la ladera de la colina. No explico el acontecimiento anterior, dejando a cada lector que haga lo que entienda con estos hechos. Sin embargo, para anticipar lo que indudablemente le sucederá a muchas mentes prejuiciadas, puedo decir que, salvo el mohoso cuchillo, todo se explica por la teoría de la sugestión hipnótica. El sonido de la puerta de roca dando un portazo y el estallido de risa, la aparente desaparición de H.P.B. y la subsecuente aparición súbita, todos pueden explicarse por un maya hipnótico lanzado sobre mí por ella. Pudo haber atravesado el pórtico pasando por mi lado, haber ido a cualquier lugar y regresar ante mis propios ojos sin que yo la viera. Esta es una explicación, que será muy endeble para cualquiera que haya tenido que ver, en el estado de pupilaje, con un adepto real de la magia oriental.

A su tiempo regresó nuestra gente, disfrutamos de una cena caliente servida en el pórtico de la caverna y después de admirar el panorama a la luz de la luna, y con la última fumada, todos nos envolvimos en nuestras mantas y nos acostamos en el suelo de roca y dormimos tranquilamente hasta la mañana. Baburao se sentó en la entrada del pórtico y encendió una fogata que mantuvimos encendida como protección contra las bestias salvajes. Pero –salvo un pobre pequeño chacal que se escabulló en la noche– ninguna vino a perturbar nuestro descanso. El relato de *Cavernas y Selvas* sobre mi caída por un precipicio y ser recatado por el sanyāsi y su vaca de cinco patas es pura ficción, así también los «lejanos rugidos de los tigres desde el valle», el ataque nocturno por un gran tigre, el lanzarlo al abismo mediante el poder de voluntad del Adepto, y el llanto de «Miss X.», cosas totalmente desconocidas. Estos fueron las flores y condimentos que H.P.B. puso en su encantador libro indio de maravillas para hacerlo interesante al público ruso, en cuya lengua fue escrito originalmente. Igualmente engañoso es el relato sobre el espectáculo de un encantador de serpientes, ocurrido en las cavernas de Karli, cuando la verdad es que ocurrió en nuestra propia casa de Girgaum, como se verá más adelante, cuando refiera este caso en su debido orden.

Mooljee y yo estábamos de pie antes que H.P.B. a la mañana siguiente, y luego de lavarnos en la fuente, bajamos a la aldea, yo me detuve en el camino disfrutando la vista mañanera de las llanuras. Después de un rato, para mi placer, vi al sanyāsi propietario de la vaca que venía hacia mí con la evidente intención de hablarme. No sabía qué hacer, pues ni H.P.B. ni yo sabíamos una palabra de la lengua local. Pero mi duda al respecto pronto se disipó cuando se me acercó, tomando mi mano y ofreciendo nuestras contraseñas privadas de hermandad ¡y pronunciando en mi oído el nombre del Adepto! Después, saludándome muy gentilmente, se inclinó y si-

guió su camino. No lo volvimos a ver.

Pasamos ese día explorando las cavernas, y a las 4:30 p.m. regresamos a la casa de descanso de Khandalla. Pero mientras aún estábamos en la gran caverna, H.P.B. me pasó una orden, recibida telepáticamente, dijo, del Adepto, en la que nos conminaba para ir a Rajputana, en el Punjab. Después de cenar nos volvimos a sentar en el césped glorificado por la luna del bungalow de los viajeros, esta vez en compañía de otros dos viajeros –angloindios– quienes se retiraron temprano, dejándonos solos. Mis dos compañeros se pasearon conversando juntos y desaparecieron detrás de la casa, pero Moolje regresó rápidamente mostrando un estado de confusión, diciendo que ella había desaparecido ante sus propios ojos mientras él estaba de pie hablándole en la plena luz de la luna. Parecía estar a punto de tener un ataque de histeria, tanto temblaba. Le pedí que se sentara y se quedara quieto, y no hiciera el ridículo, pues simplemente había sido el sujeto de un hechizo, lo que era un asunto muy inofensivo, como el que cualquier hipnotizador puede hacer con su sujeto sensitivo (NOTA: Ella misma explica, con toda sinceridad, en la p. 588 del vol. II de *Isis*, este poder de lanzar una ilusión como una de las funciones adquiridas por un taumaturgo, de esta manera: «El taumaturgo, bien experto en la ciencia oculta, puede causarse a sí mismo (o sea, su cuerpo físico) la apariencia de desaparecer, o aparentemente tomar cualquier forma que escoja. Puede hacer visible su forma astral, o puede darle una apariencia múltiple. En ambos casos, estos resultados serán alcanzados por una alucinación hipnótica de los sentidos de todos los testigos, lograda simultáneamente. Esta alucinación es tan perfecta que el sujeto de ella jurará por su vida que vio una cosa real, cuando fue solo una imagen de su propia mente, impresa sobre su conciencia por la irresistible voluntad del hipnotizador». FINAL NOTA). Pronto ella reapareció y volvió a sentarse y continuó nuestra conversación.

Entonces, vimos a dos hindúes vestidos de blanco atravesando el césped oblicuamente a nosotros, a una distancia de unas cincuenta yardas. Se detuvieron cuando alcanzaron el sitio opuesto a nosotros y H.P.B. envió a Mooljee a hablar con ellos. Mientras permaneció con ellos, ella me repitió lo que dijo había sido su conversación y la cual Mooljee corroboró un momento después cuando se reunió con nosotros. Era un mensaje para mí al efecto de que mi carta al Adepto había sido recibida y aceptada, y que recibiría la respuesta al llegar a Rajputana. Antes de que Mooljee pudiera terminar este breve reporte, vi a los dos mensajeros-discípulos alejarse una corta distancia, pasar por detrás de un pequeño arbusto nada espeso ni lo suficientemente grande como para cubrir a un hombre vestido de blanco, especialmente en aquella vívida luz de la luna, y desaparecer: alrededor del arbusto solo había un prado abierto, pero los dos se desvanecieron de la vista muy evidentemente. Naturalmente, obedecí a mi primer impulso de correr por el prado y buscar detrás del arbusto alguna señal de un lugar de escondite subterráneo, pero no encontré nada, el césped estaba intacto, el arbusto no tenía una rama doblada fuera de su posición natural. Simplemente había sido hipnotizado.

Salimos para Bombay a la mañana siguiente en el tren correo, pero nuestras aventuras aun no acababan. Baburao nos despidió en la estación de Kandhalla después de rechazar el *douceur* (NOTA: Amabilidad, detalle, en francés.–*El Traductor*. FINAL NOTA) intenté entregarle, raro ejemplo de auto-negación, como declarará cualquiera que esté familiarizado con los hindúes sirvientes. Nosotros tres teníamos para nosotros un coche de segunda clase; Babula encontró lugar en tercera clase. Después de un rato, Mooljee se extendió en uno de los bancos y se durmió, mientras que H.P.B. y yo, sentados uno al lado del otro en el banco transversal –ella junto a la ventana del lado izquierdo– hablábamos sobre asuntos ocultos en

general. Finalmente dijo: «¡Deseo que... (el Adepto) no me pida que le transmita verbalmente a usted su mensaje sobre Rajputana!» «¿Por qué?» «Porque Wimbridge y la Srta. Bates pensarán que todo es una farsa, un truco para que usted me llevara a un viaje placentero y dejarlos deprimidos en casa». «¿Tonterías!», dije, «no necesito más que su palabra sobre ello». «Pero le digo», respondió: «ellos van a pensar mal de mí». «Entonces», dije, «hubiera sido mucho mejor si él le hubiera entregado una nota, lo cual hubiera podido hacer fácilmente. Bien, es demasiado tarde para preocuparse por ello ahora. Khandalla queda a unas quince o veinte millas detrás de nosotros, así que olvidémoslo». Ella caviló la idea unos minutos y entonces dijo: «Bueno, trataré, de todas formas, no es demasiado tarde». Escribió entonces sobre una página de su libro de bolsillo con dos tipos de caracteres, en la mitad superior en senzar –el idioma de todos sus escritos personales con los mahātmas– y la mitad inferior en inglés, lo cual me permitió leer. Decía así:

Pídale a Gulab Singh que telegrafie a Olcott las órdenes que se le dieron a través de mí ayer en la caverna, que sea una prueba para otros igual que para él mismo.

Rompiendo la hoja, doblándola en forma triangular y escribiendo sobre ella algunos signos simbólicos peculiares (los cuales, explicó, dominaban a los elementales), la tomó entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, como si fuera a lanzarla por la ventana. Sin embargo, yo agarré su mano, diciendo: «¿Quiere usted que esto sea una prueba para mí? Entonces déjeme reabrir el billete, y ver lo que hace usted con él». Ella consintió, yo miré dentro de la nota, se la devolví, y por su expresa invitación, observé cuando la lanzó desde el tren. Fue tocada en el borde exterior por la corriente de aire producida por el tren, y dio vueltas hacia afuera hasta un árbol solitario cercano a los rieles. Entonces nos encontrábamos a una altura de

3.000 pies, entre los picos de los Ghats Occidentales, sin ninguna morada humana a la vista en ese momento, y solo muy pocos árboles junto a las vías del ferrocarril. Un momento antes de que la dejara lanzar el billete, desperté a Mooljee, le dije lo que ella estaba a punto de hacer, con él tomé el tiempo por mi reloj, y él se me unió para firmar un certificado en el propio cuaderno, el cual ahora está frente a mí, y gracias al cual he refrescado mi memoria en cuanto a estos detalles. El certificado está fechado en la «Estación Kurjeet, G.I.P.R. (NOTA: Acrónimo de **Great Indian Peninsula Railway**. En castellano, **Gran Ferrocarril de la Península India**.—*El Traductor: FINAL NOTA*), 8 de abril, 1879, a las 12:45 p.m.», y firmado por Mooljee Thackersey como testigo.

En Kurjeet, Mooljee y yo quisimos descender y estirar las piernas un poco en el andén, pero H.P.B. dijo que ninguno de los dos podíamos dejar el tren hasta que llegáramos a Bombay: ella tenía sus órdenes, y las comprenderíamos a su debido tiempo. Por lo que permanecemos con ella dentro del coche. Llegamos a casa en el tiempo programado, y fui directamente a atender un asunto en la calle Kalbadevi y estuve fuera por una hora. Al regresar fui recibido por la Srta. Bates, quien me entregó un sobre sellado del telégrafo del gobierno, diciendo que lo había recibido del mensajero (criado) y lo había recibido en mi nombre. Dice lo siguiente:

Hora 2 p.m. Fecha 8-4-1879.

De Kurjeet a Byculla.

De Gulab Singh a H.S. Olcott.

Carta recibida. Respuesta Rajputana. Comience inmediatamente.

Como dije antes, hasta hace pocos meses, consideraba esto como una de las pruebas más innegablemente genuinas que yo hubiera recibido de las relaciones ocultas de H.P.B. Impresionó mu-

chísimo a todos mis amigos, entre ellos uno en Londres y otro en Nueva York, a quien lo reenvié para su examen. El amigo de Nueva York incluso reportó un hecho extraño que me alegra haber registrado en mi diario el siguiente 1.º de julio, después de recibir el correo terrestre de ese día: El Sr. John Judge, hermano de W.Q. Judge –el amigo en cuestión– escribió que el nombre del remitente del telegrama (Gulab Singh) se había desvanecido completamente y por lo tanto no tenía idea con respecto al remitente. Adjuntó el envío original en su carta y yo encontré que el nombre se había hecho perfectamente visible de nuevo, tal como está hoy en día. El único punto débil en toda la serie de fenómenos es que –como me enteré muy recientemente– ¡Baburao había sido encargado por Moljee para que cuidara de nuestro grupo en Matheran, Khandalla y la caverna de Karli! Es por esta razón que yo he descrito tan minuciosamente los incidentes de nuestro placentero viaje, dejando a cada lector que juzgue por sí mismo.





CAPÍTULO V

UN VIAJE AL NORTE DE LA INDIA

La extensión de nuestro movimiento a otros países me obligó a organizar un plan para su expansión basado en líneas cosmopolitas y hacer algunos cambios en sus reglas. Esto ocurrió en Bombay, y al ser aprobado el nuevo borrador por varios de nuestros más sabios colegas indios, fue publicado junto con el texto de mi conferencia en el Instituto Framji Cowasji. Desde entonces se han hecho otras modificaciones ocasionales, según lo sugirió la experiencia, y eventos recientes señalan la necesidad de realizar aún más modificaciones. El ideal que siempre debe tenerse presente es el de hacer una Federación bajo la cual las secciones locales puedan disfrutar de la más completa autonomía, manteniendo siempre un fuerte sentido de la independencia de todo el movimiento con respecto al núcleo central, y de la estricta preservación y efectiva administración del interés común.

El Viernes Santo –11 de abril, 1879– H.P.B., Mooljee Thackersey y yo, junto con nuestro sirviente Babula, dejamos Bombay para visitar Rajputana de acuerdo a las órdenes recibidas en las cavernas de Karli. La temperatura era sofocantemente caliente y junto con el polvo, nos hizo sufrir muchísimo en el tren. Si se debió o no a mi

incomodidad física, no lo puedo decir, pero esa noche viajé en mi cuerpo astral a visitar los subterráneos de Karli, pero no penetré en su santuario interno. Todo lo que recuerdo es lo que aparece en mi diario, a saber, que entré en una de las galerías que parten desde el dormitorio donde acampó nuestro grupo, con Baburao sentado de guardia en la puerta de entrada.

Llegamos a Allahabad el día 13, y fuimos recibidos en la estación por el discípulo principal local de Swami Dayānand, el Pandit Sunderlal, quien nos ofreció poco ánimo en cuanto al futuro de nuestro trabajo en las provincias noroccidentales, un pronóstico desde entonces felizmente negativo, gracias a los resultados de veintidós años de cambio en la opinión pública india. Nos instalamos en la residencia de huéspedes (bungalow dāk) de la Compañía de Ferrocarriles que se levanta dentro del complejo de la estación, y recuerdo muy bien que el calor era tan terrible que incluso el hindú Mooljee tomó aliento cuando nos aventuramos fuera de la casa. Un jovial francés, amo anterior de Babula, antiguo dispensero del Club Byculla de Bombay –y no, como se afirma a menudo, un ilusionista profesional– estaba a cargo de la cantina de la estación, ¡y alegró nuestras comidas contando historias de las frecuentes muertes de europeos en el tren por apoplejía! Esto era muy tranquilizador para personas corpulentas como H.P.B. y yo. En la calma del día fuimos a la orilla del Jumna a visitar a un notorio anciano asceta llamado Babu Surdass, seguidor del Sikh Guru Nanak, que ejemplificaba en su persona en grado sobresaliente las posibilidades que procura un propósito obstinadamente fijo. Desde el año 1827, o sea, durante cincuenta y dos años, había permanecido sentado durante todas las estaciones de calor, lluvia y frío, sobre un estrado bajo de ladrillo cerca del Fuerte, sin un abrigo sobre su cabeza, desafiando a todos los violentos extremos de temperatura y siempre meditando sobre cuestiones religiosas. Allí estuvo sentado durante el Motín

(NOTA: Se refiere a la rebelión de 1857 contra el poder colonial británico.—*El Traductor*. FINAL NOTA), sin prestarle atención al cañón atronador de las luchas que enfurecían a todo ese distrito del país; sus rumores turbulentos no pudieron penetrar dentro del reino de pensamiento en el que transcurría su existencia. El día de nuestra visita el sol resplandecía sobre nosotros como un fuego feroz, pero su cabeza estaba descubierta y no parecía sentir ninguna molestia. Durante todo el día permanecía en cucullas en su sitio, al igual que durante la noche, con excepción de la medianoche, momento en que se dirigía a la confluencia de las dos corrientes sagradas, el Ganges y el Jumna, para bañarse y adorar. Las penurias de su prolongada penitencia lo habían dejado ciego y lo conducían a la orilla del río, pero su rostro expresaba alegría y su sonrisa era franca y dulce. Si los neoyorquinos recuerdan el rostro del difunto Sr. George Jones, fundador del *N.Y. Times*, tendrán una excelente idea de la apariencia de este sanyāsi sikh (NOTA: Seguidor de la religión sikh, o sikhismo.—*El Traductor*. FINAL NOTA). Con Mooljee como intérprete, H.P.B. y yo conversamos con el anciano. Nos dijo que tenía 100 años de edad, lo que podía ser cierto o no, no importa, pero en lo que se refiere al tiempo de su estancia sobre ese gadi (NOTA: Asiento o trono de una institución hindú.—*El Traductor*. FINAL NOTA) de ladrillo, es cuestión de historia. Y qué comentario tan curioso resultó su punto de vista sobre los ideales de nuestra sociedad mundana, cuan impresionante el hecho de que se mantuviera sentado silenciosamente y sin moverse, en introspección religiosa, a través de medio siglo de pasiones humanas, enfurecidas en torno a él, pero tan impotentes de afectarle para bien o para mal, como si las olas que golpean la base de un acantilado pudieran moverlo. Su conversación incluyó algunas imágenes poéticas, como cuando dijo, por ejemplo, que los Sabios atrapan y se apropian de granos de verdad, del mismo modo que la ostra atrapa una gota de lluvia para convertirla en una perla. Se quedó tan tranquilo cuando le expliqué

como se formaban las perlas realmente; la ciencia se equivoca, dijo, y se mantuvo fiel a su comparación. Usando una imagen familiar de los Shāstras (NOTA: Regla, tratado, en sánscrito.—*El Traductor: FINAL NOTA*), nos recordó que solo manteniendo la mente en calma y el alma imperturbable se puede percibir la verdad, como la imagen del sol puede verse solamente en el agua aquietada. Y con respecto a las adversidades y los problemas: el experimentarlos manifiesta la esencia más dulce del conocimiento humano, al igual que se obtiene el aceite de rosas exprimiendo y destilando los pétalos de las rosas. Cuando se le preguntó si podía mostrarnos un fenómeno, dirigió sus órbitas sin vista hacia el interlocutor y tristemente observó que el Sabio nunca permite que su atención se desvíe de la búsqueda del espíritu por causa de esos juguetes del ignorante, pues juguetes eran, en realidad. Cuando se sentía con el ánimo apropiado, tenía la facultad de ver hacia adelante y hacia atrás en el tiempo, pero declinó ofrecernos alguna prueba práctica de su clarividencia. Siempre que he vuelto a Allahabad desde aquella primera ocasión, he tenido la costumbre de ofrecer mis respetos al anciano sanyāsi, pero la última vez me enteré que había muerto. Sería muy instructivo saber hasta qué punto su auto-abstinencia física de toda una vida ha modificado su condición en la siguiente esfera de conciencia.

De Allahabad nos fuimos hasta Cawnpore, donde conocimos a nuestro nuevo amigo Ross Scott y a su hermano, ingeniero al servicio del gobierno. Le hicimos una visita temprano en la mañana a otro sanyāsi, que había estado viviendo en estado de desnudez en la llanura arenosa al otro lado del Ganges cerca de un año. Tenía un rostro refinado, espiritual, un cuerpo extremadamente delgado, y un aire de perfecta indiferencia hacia las cosas del mundo. Yo me sentí impresionado por la compresión de su estómago, lo que sugería que rara vez las funciones digestivas eran llamadas a la acción. También rechazó hacer fenómenos con una expresión de

aparente desprecio; evidentemente estos buscadores hindúes del espíritu están en un nivel diferente de los nuestros occidentales, y no le darán importancia al mejor de los milagros de nuestros mejores médiums. Por lo menos, en cualquier caso esto fue lo que me pareció. Sin embargo, nos contó sobre un famoso asceta, llamado Jungli Shah, a quien se le cree haber hecho más de una vez el milagro de «los panes y los peces», multiplicando la comida de una sola persona hasta una cantidad capaz de alimentar a cientos, ofreciendo a cada uno una ración completa. Desde entonces he escuchado varias veces lo mismo, realizado por diferentes sanyāsis. Aquellos que son reconocidos como superiores en magia consideran algo comparativamente fácil el multiplicar una sola cosa, como un grano de arroz, una fruta, una cantidad de agua, etc., el requisito principal es que exista un núcleo alrededor del cual el adepto pueda recoger materia del espacio. Pero me gustaría muchísimo saber si estos milagrosos aumentos de comida y bebida son algo más que ilusiones, y en el caso de que no lo sean, si aquellos que participan de la comida maravillosa se nutren con ella. Recuerdo al Profesor Bernheim mostrándome cómo, mediante la sugestión, podía hacer que un paciente hipnotizado sintiera su estómago lleno de comida en un momento dado, y en el siguiente sentirlo vacío y estar vorazmente hambriento. Nuestro joven sanyāsi también le atribuyó a Lukhi Bāwā y a otro asceta, el poder de cambiar el agua en *ghee* (mantequilla clara). También nos contó que él mismo había visto, hacía veinte años, a otro sanyāsi hacer que un árbol cortado recuperara todo el vigor de su tronco y sus hojas; y un hecho menos maravilloso –siempre que fuera un simple caso de parálisis de los nervios ópticos– el de su propia visión restaurada por un gurú en Muttra, la ciudad sagrada de Shrí Krishna.

A las 3 p.m. nos montamos sobre un elefante para visitar Jajmow, una antigua ciudad en ruinas a cuatro millas de Cawnpore,

de la cual se cuenta que fue la capital de la raza lunar en el año 5.000 a.c. Aparece en *Cavernas y Junglas* en una manera muy disfrazada. Nuestro objetivo allí era el *āshram* del anciano sanyāsi llamado Lukhi Bāwā, antes mencionado. Nos encontramos ante un hombre de presencia venerable, erudito astrólogo y filósofo. Se parecía al difunto Sr. John W. Mitchell, el abogado de Nueva York, como si fuera su hermano gemelo. Y aquí puedo decir, entre paréntesis, que por toda el Asia he encontrado estos sorprendentes parecidos con amigos, conocidos y personajes públicos occidentales. El color de la piel hace a los parecidos mucho más impresionantes, y sugieren la cuestión de si una paridad de fuerzas psíquicas evolutivas, bajo la guía del karma, produce el mismo tipo de rasgos sin importar las peculiaridades raciales. La semejanza también ha llamado mi atención si el tipo local era caucásico, mongol, semítico o negroide.

De nuevo se nos negó nuestra petición de milagros; este tercer asceta rechazó durante muchos días producir fenómenos para nosotros, o el ayudarnos a encontrar un hacedor de milagros. Hasta aquí la parte sería de esta excursión, pero tiene su parte divertida. No había howdah (caseta) sobre el elefante (cuyo florido nombre era Chendal Peri, el Hada Activa), sino solo un «almohadón» o gran colchoneta fajada mediante grandes cinchas y sujeta bajo el cuerpo del animal. Requiere alguna habilidad y un buen equilibrio el mantenerse en este lugar cuando el animal se está moviendo, y dejo a los conocidos de H.P.B. que imaginen lo que sucedió cuando ella se volvió jinete junto con otros cuatro neófitos, compartiendo la limitada área del cojín. Por cortesía primero la ayudamos a subir la pequeña escalera, desde luego esperando que ella jugara limpio, pero no, por supuesto: se plantó en medio del colchón y no se movió una pulgada para darnos una oportunidad. De hecho, sus expresiones fueron terriblemente enérgicas cuando le pedimos que recordara que el colchón no era solo para ella. Así, cuando las orejas

de Chenchal Peri comenzaron a agitarse y ella mostró otros signos de impaciencia ante nuestro pleito, nosotros cuatro –W. Scott, Mooljee, Babula y yo– subimos y nos aferramos a las esquinas lo mejor que pudimos apañarnos. Scott se sentó en la parte de atrás, y dejando colgada una pierna, la elefanta benevolentemente lanzó su cola sobre su tobillo y lo sostuvo firmemente en su asiento. Entonces partimos, H.P.B. fumando, radiante como si hubiera sido un jinete de elefantes desde su juventud. Pero el primer cuarto de milla le arrebató el engreimiento. Se removía torpemente, provocando las sacudidas de su gordura y su respiración se agitaba, hasta que se enfureció y nos hizo reír de corazón junto con el elefante y su mahout (NOTA: Conductor de elefantes, en hindi y otras lenguas indostánicas.–*El Traductor*: FINAL NOTA). Ross Scott montaba en uno de los raros vehículos campestres llamados *ekkas*, un artificio con un asiento plano mayor que un sellos de correos, pero no tan grande como la puerta de un establo, que permite ir sentado con una pierna doblada o colgando sobre la rueda; tiene muchos discos de cobre pegados al rechinante eje, un baldaquín bamboleante de digamos, dos pies cuadrados en la parte superior, y las astas sobre el lomo del poni, que al juntarse en un punto, descansan en una muleta sobre la silla. Ross Scott tenía la pierna lisiada y no podía cabalgar sobre el elefante como hubiéramos deseado. Durante las cuatro millas –que H.P.B. juraba eran veinte– conducimos penosamente y ella iracunda; pero cuando llegó el momento de regresar, ningún tipo de persuasión pudo inducir a H.P.B. a retomar su lugar en el colchón del elefante; hizo que Scott se apretara en un lado del asiento de su pequeño *ekka* y ella tomó el otro, y como lo dice Pepys (NOTA: Samuel Pepys (1633-1703) Administrador Naval inglés y Miembro del Parlamento.–*El Traductor*: FINAL NOTA), pues a casa.

De allí hacia Bhurtpore, Rajputana, por el camino de Agra. Es-

tábamos ahora en lo que para mi «compinche» y yo era un país clásico, pues estaba asociado con la historia de la espléndida raza solar de los rajputs, a la cual pertenece nuestro maestro y que merece todas nuestras simpatías. El Maharajah no estaba en casa, pero el Dewan nos ofreció las hospitalidades; nos hospedó en el bungalow dāk, nos envió carruajes, mantuvo conversaciones con nosotros sobre temas filosóficos, y nos ofreció facilidades para visitar el antiguo palacio de Suraj Mull en Digh situado a veintitrés millas de distancia. Aquí casi nos encontramos por primera vez en el Oriente ideal, el este de la poesía. Nueve palacios, que llevaban cada uno el nombre de un dios diferente, se alzaban en un cuadrángulo alrededor de un jardín umbroso: todo el conjunto se llama Bhawan. Comenzando por la esquina noreste se llaman en este orden: Kissun, Hardev, Suraj, Samun, Gopal, Bhaduri, Nunda, Keshub y Ram. El centro del jardín está señalado por un templete acuático con cúpula de mármol, rodeado por un estanque poco profundo del cual surgen 175 chorros de agua, que se juntan con corrientes que caen de un igual número de aberturas que se proyectan desde la parte interior de la cornisa de la estructura y que, cuando están funcionando, ocultan a los ocupantes de la vista por una translúcida pared de agua, que mantiene dentro el aire deliciosamente fresco en el día más cálido, y centellea a la luz del sol como un velo de plata bordado con gemas. De este centro parten senderos en todas las direcciones y uno se pasea bajo la fresca sombra del nim, el tamarindo, el mango, el babul, el baniano y los árboles de pipul. No menos de cien grandes pavorreales se pavoneaban el día de nuestra visita, veloces loros volaban en destellos esmeraldas, ardillas rayadas brincaban de árbol en árbol, y bandadas de palomas se llamaban unas a las otras suavemente en el denso follaje, completando un cuadro idealmente bello. La arquitectura del palacio es del todo india, las tallas en piedra exquisitas en su diseño, y los ángulos tan afilados como si hubieran sido terminados ayer. En el palacio Zenana (NOTA:

En las tradiciones hindú y musulmana del sur de la India, el lugar reservado a las mujeres en una casa.—*El Traductor*. FINAL NOTA), Suraj Mull, todas las habitaciones tienen un piso de mármol teselado con un diseño diferente del resto; los dinteles y marcos son de puro mármol estatuario, decorados con moldes de parras en ascenso tallados en altorrelieve. Pero, ¡qué pena! Entre toda esta belleza florecía la deformidad moral, y escuchamos tales historias de vulgares depravaciones como las que prevalecen en Bhurtpore y otras poblaciones de Rajput, que nos sentimos contentos de marcharnos lo más pronto posible. Regresamos a la ciudad la misma noche y pernoctamos en el bungalow dāk, donde tuve la aventura mencionada en el último capítulo. H.P.B. y yo estábamos sentados solos en la veranda posterior cuando un anciano hindú, vestido de blanco, llegó desde la esquina de la casa, me hizo zalemas, me entregó una carta y se retiró de la vista. Al abrirla encontré que era la prometeda respuesta a mi carta enviada a Gulab Singh en Khandalla y la cual, según me escribió en su telegrama de Kurjeet, iba a recibir en Rajputana. Estaba bellamente redactada y para fue mí la carta más importante, en tanto señalaba el hecho de que el camino más seguro para buscar al Maestro era a través del canal del trabajo leal en la Sociedad Teosófica. He viajado persistentemente por ese camino, e incluso si la carta era falsa, ha demostrado ser una bendición y un perpetuo consuelo en tiempos de problemas.

Nuestra próxima parada era Jeypore, donde llegamos a las 9 p.m. del 20 de abril, y solicitamos alojamiento en el bungalow dāk. Lamentamos no haber permanecido allí, pues fuimos seducidos a aceptar la invitación de un tío del Maharajah para ir hasta su palacio y aceptar su ofrecida hospitalidad. Pagamos muy caro por nuestro deseo de conocer lo que era ser huésped de un rajah embaucador. Las habitaciones que se nos asignaron constituían un cobertizo abierto en la azotea del palacio, sin una cama, silla, mesa,

colchón, baño, o la más mínima comodidad. El rajah se retiró después de prometer alojarnos confortablemente, y esperamos hora tras hora con admirable paciencia, sentados sobre nuestras maletas, observando por encima del parapeto las pintorescas multitudes de la calle y fumando para matar el tiempo. Pasó la hora del almuerzo y también la de la cena, sin embargo, ninguna comida hizo su aparición ni nada que sirviera para comer. Finalmente, enviamos a Babula a comprar comida y traer madera para hacer un fuego y cocinarla, y a la hora debida saciamos nuestra hambre. No llegando ni catres ni colchones, abrimos una silla-cama de hierro para H.P.B. y el resto de nosotros desplegó su manta y se acostó sobre la dura terraza, pasando una noche miserable, con calor, polvo y mosquitos. Lo primero que sucedió en la mañana fue que nuestro brutal y sinvergüenza anfitrión hizo llamar a Mooljee y literalmente nos echó sin una palabra de explicación. Tenemos razones para creer, sin embargo, que fue porque entonces éramos sospechosos de ser espías rusos (¡) y teníamos a un oficial de policía tras nuestros pasos dondequiera que íbamos. ¡Imaginaos eso! Fui directamente a ver al Coronel Beynon, S.C. (NOTA: Acrónimo de Senior Counsel. En castellano, abogado de mayor categoría.–*El Traductor*: FINAL NOTA) quien era el Residente (NOTA: Título de funcionario gubernamental.–*El Traductor*: FINAL NOTA) Británico, y protesté, como naturalmente haría un verdadero norteamericano, contra esta furtiva policía que era tan evidentemente inútil, considerando que no teníamos nada que esconder, y expresé que el gobierno era bienvenido a leer cada uno de nuestros papeles, examinar a cada uno de nuestros conocidos, e incluso, si lo deseaba, recibir reportes diarios de lo que cenábamos. El Residente fue muy cortés, lamentó que hubiéramos sido incomodados y me ofreció un coche y elefantes si deseábamos visitar la antigua capital del estado de Jeypore, Amber. Con gusto regresamos al bungalow de los viajeros, donde otra vez, disfrutamos de una comida confortable y disfrutamos de

un buen descanso nocturno.

Ambēr fue evacuada por capricho del antiguo Maharajah, quien construyó una ciudad entera, la capital actual, Jeypore, según su propio gusto arquitectónico, y cuando estuvo terminada ordenó a toda la población de Ambēr que se mudara allí, ¡con todas sus pertenencias! No existe otra ciudad en la India que se le compare. Ingeniosamente, H.P.B. dijo que lucía «como París hecho con crema de frambuesas». Es una ciudad de ladrillo y estuco rosa, donde se observan en las fachadas casi todos los estilos concebibles de arquitectura. Las calles son anchas y de ángulos rectos, con bulevares y fuentes funcionando en el cruce de calles; tiene aceras pavimentadas –algo muy inusual en la India– luz de gas, una universidad grande y bien equipada, una biblioteca pública, soberbios jardines públicos con una excelente colección zoológica, y muchos palacios pertenecientes a Su Alteza y sus jefes vasallos de las tribus de Rajput.

Nuestro guía en Ambēr era un tipo estúpido, muy ignorante de las cosas que más nos interesaba conocer, lleno de toda clase de mezquindades y chachareaba como la mayoría de los *valets de place* (NOTA: Guía de extranjeros y viajeros, en francés.–*El Traductor: FINAL NOTA*). Pero le sacamos algo que *fue* interesante. Existe (o existía entonces) al parecer, un Mahātma que vive no lejos de la capital, y aparece ocasionalmente ante el príncipe reinante o a un par de personas más. Hay subterráneos de los cuales el Maharajah tiene el secreto, pero que no se le permite visitar o explorar salvo en alguna desesperada contingencia, como por ejemplo, la rebelión de sus súbditos o alguna catástrofe dinástica parecida. Cuan verdadera era la historia yo, desde luego, no tenía forma de saber. Se dice de este Mahātma que, en una ocasión en que el príncipe se disponía a viajar, le dijo que le acompañaría durante una parte del trayecto. No se le vio en el momento de la partida, pero se le apareció de repente

a una considerable distancia en el camino.

Hicimos muchos conocidos agradables entre los funcionarios del Durbar en Jeypore, entre ellos un pariente cercano de nuestro experimentado colega, Babu Norendronath Sen, de Calcuta. Pasamos horas deliciosas en su compañía y nuestro tema fue siempre las ideas hindúes y occidentales, sus ideales y aspectos sociales. Los rajputs son de un magnífico tipo étnico, y una multitud del Punjab excede en belleza a cualquier concurrencia pública que yo haya visto. Un número considerable de jefes feudatarios estaba en la ciudad en el momento de nuestra visita, y el paso frecuente de sus séquitos armados, sobre caballos y elefantes alegremente enjaezados hacia y desde el palacio del Maharajah era, a mis ojos norteamericanos, como llamar desde el libro de registros del mundo astral escenas de las Cruzadas. El Presidente de la Corte Suprema de Bhurtpore me había entregado cartas para varios de estos jefes, y visité a dos de ellos en sus campamentos, pero al contarme el Residente Británico que el más apuesto y aparentemente más independiente, sincero y hospitalario de ellos le había inquirido privadamente si éramos relaciones seguras, me disgusté tanto que dejé a los otros en la seguridad de su servilismo policial. La raza de los príncipes de Rajput se ha degenerado bajo el gobierno extranjero y matan el tiempo con placeres vulgares.

Babu Mohendranath Sen, uno de los más importantes de los Durbaris de Jeypore nos contó sobre un yogui (que en ese momento estaba peregrinando en Hardwar) experto en la práctica de *samādhi*. En presencia y bajo la supervisión de nuestro informante, había sido enterrado durante veintisiete días, y después, en presencia de cientos de testigos había sido desenterrado. Los oídos, fosas nasales y otros orificios de su cuerpo se habían taponeado con ghee y la lengua retirada hacia la faringe. En el momento de su resucitación un sonido jadeante como la salida del vapor de un radiador

acompañó el llenado con aire de sus pulmones. El incidente puede ser corroborado por muchos testigos creíbles vivientes. Mohendranath Babu nos habló de otro yogui –también ausente en Hardwar– cuya frente brilla con luz espiritual (*tejasá*) cuando se sienta en contemplación.





CAPÍTULO VI

ANDANZAS NORTEÑAS, DAYĀNAND SARASWATI, EN-
CANTAMIENTO DE SERPIENTES, LOS COMIENZOS DEL
«THEOSOPHIST».

Agra fue nuestra siguiente parada, y allí permanecimos tres días. ¿Qué puedo decir del Taj que no lo hayan hecho muchos viajeros más inteligentes? La afirmación única de Banyard Taylor de que es «un poema en mármol», lo abarca todo. Nuestro guía local nos contó una leyenda que encarna prácticamente la misma idea. El plan, dijo, había estado en la visión de un anciano faquir quien se lo había transmitido a Shah Jehan, y este la había seguido implícitamente. ¡Es la réplica materializada de un templo del paraíso de Mahoma! Esperemos que el original celestial no haya sido construido con el costo de tanto sufrimiento humano, ni sus piedras cementadas con tanta hecatombe de vidas, como este sepulcro incomparable de la encantadora Nurmahal. Las palabras son absolutamente inadecuadas para expresar las sensaciones que siente una mente estética al entrar en el jardín del Taj a través de su espléndido pórtico de piedra arenisca roja, en sí mismo un palacio. Como un blanco sueño de hadas se levanta contra el cielo azul lapislázuli indio de abril, sugiriendo un mundo espiritual no alcanzado por la suciedad de este grosero mundo. Pero basta: dejemos que

se levante como una maravilla del mundo para los futuros turistas, indescriptible, único, un pensamiento de mármol.

El mismo guía nos contó acerca de otro faquir (NOTA: Para quien se interese repito que *faquir* y *sanyási* son, respectivamente, el nombre mahometano e hindú para el mismo personaje, o sea, el asceta vagabundo y célibe. FINAL NOTA) quien, para satisfacer la credulidad de un Maharajah de Bhurtpore, había provocado que un montón de sus mohours (monedas) de oro desaparecieran antes sus ojos, ¡y reaparecieran en forma de lluvia sobre sus reinas en la sección Zenana de su palacio!

Mientras permanecemos en Agra fuimos visitados por el agente local de Swami Dayānand Saraswati, quien nos ofreció sus opiniones sobre ese gran jefe religioso. Sus explicaciones están anotadas en mi diario como «tan satisfactorias que decidimos viajar a Saharanpore para conocer al Swamiji a su regreso de Hardwar». Parece que en cada etapa fuimos engañados con respecto a sus enseñanzas.

En Saharanpore, los samajistas de la Arya nos recibieron cordialísimamente y nos ofrecieron regalos de frutas y dulces. El único inconveniente para nuestra felicidad fue la presencia del policía espía y su criado, quienes observaban nuestros movimientos, interceptaban nuestras notas, leían nuestros telegramas y nos hacían sentir como si hubiéramos caído por error dentro del alcance de la Tercera Sección Rusa (NOTA: Departamento gubernamental de la Rusia imperial, que servía como policía secreta.—*El Traductor*: FINAL NOTA). La ciudad estaba poblada por la corriente de peregrinos que regresaban de Hardwar, una vista muy interesante para nosotros como extranjeros; nos impresionaron particularmente la multitud de ascetas (o presuntos ascetas, como probablemente deberían ser llamados la inmensa mayoría de ellos, hombres y mujeres, ascetas solamente en sus atavíos de color azafrán). Me percaté de «un hombre joven de aspecto muy atractivo, era un caballero

ornado con cuentas y bañado con cal. Los ojos extremadamente brillantes y hermosos, la barba cuidadosamente engalanada, los dientes blancos, de alta estatura; parece un rey».

La Samaj nos ofreció una recepción formal y un banquete a la manera india; los platos de hojas yacían en el suelo, de los cuales por fuerza comíamos con nuestra (lavada) mano derecha. El Swamiji llegó a la mañana siguiente al amanecer, y Mooljee y yo fuimos a presentar nuestros respetos. Me impresionó inmensamente su apariencia, maneras, armoniosa voz, gestos sencillos y dignidad personal. Había acabado de tomar un baño en una fuente de una arboleda frondosa, y se ponía su ropa limpia cuando nos encontramos. Igualmente predispuesto a mi favor como yo al de suyo, nuestros saludos fueron, desde luego, los más cordiales. Me tomó de la mano, me condujo a una terraza cementada al aire libre, hizo traer un catre indio (*charpoy*) y me pidió que me sentara junto a él. Una vez intercambiados algunos cumplidos nos despedimos, y después de una hora más o menos vino al bungalow *dāk* y fue presentado a H.P.B. En la larga conversación que siguió definió sus puntos de vista sobre el Nirvana, Moksha y Dios en términos en los cuales no podíamos discrepar. A la mañana siguiente hablamos sobre las nuevas reglas de la S.T., aceptó un puesto en el Consejo, me otorgó por escrito plenos poderes, recomendó la expulsión de Hurrichund Chintamon, y aprobó completamente nuestro esquema de tener secciones compuestas por sectarios como los budistas, los parsis, los musulmanes, los hindúes, etc. Como las notas de mi diario fueron hechas en aquél momento, no pueden estar equivocadas sobre esto, y aquellos que han seguido esta narración desde el principio, apreciarán nuestra pesadumbre cuando, más tarde, su eclecticismo altruista se transformó en exclusividad sectaria y su gentil amabilidad en amargo atropello.

Tomamos el tren para Meerut al día siguiente en su compañía,

y durante el trayecto se llegó a un acuerdo con él para que hiciera un borrador y nos enviara los tres grados masónicos que pretendíamos para clasificar a nuestros miembros avanzados, de acuerdo con sus capacidades mentales y espirituales. Al llegar se nos condujo a la casa de Babu Sheonarain, un rico contratista del gobierno y samajista, quien puso a nuestra disposición su casa y todo lo suyo. La noche siguiente, a las 6:30, participamos en una reunión colmada de la Arya Samaj, que fue de lo más interesante para nuestros no habituados ojos: una reunión pintoresca más allá de las concepciones occidentales. Tuvo lugar en un patio oblongo, abierto al cielo y rodeado por edificios. En el extremo más alejado se alzaba una tribuna de ladrillos de 50 x 100 pies, cubierta por moquetas y alfombras orientales, un estrado bajo para el Swami con un atril de lectura y libros sobre este; el Maestro se sentó sobre una alfombra recostándose sobre uno de los gruesos cojines redondos o almohadas traseras del país. En digna calma dominó la asamblea, que en silencio total escuchó lo que tenía que decir, único sonido audible era el gorjeo de los colibríes. Nuestro grupo había sido conducido a asientos destinados para nosotros, el Swami hundió la mejilla sobre sobre su pecho, se abstrajo por algunos minutos y después, levantando su rostro hacia el cielo, su sonora y dulce voz entonó las palabras: «¡Om, Om, Shānti, Shānti, Shānti!», y mientras el sonido se apagaba comenzó un discurso sobre el tema de la oración. Definió la oración como trabajo, no se trataba de tonto balbuceo de palabras, ni de vibraciones labiales, ni de adular o amenazar a Dios, pues nada de esto tenía la menor eficacia. Una vez escuchó a un brahmosamajista perder dos horas repitiendo las palabras: «¡Tu Dios, eres todo compasión y justicia!» ¿De qué sirvió aquello? Algunos le hablan a Dios como le hace un hombre a su sepoy (NOTA: **Soldado raso, en persa.**—*El Traductor*. FINAL NOTA) ¡como si tuvieran el derecho a ordenarle! Locura inútil; dejad a aquél que ora con efectividad, que trabaje, trabaje, trabaje; todo lo que está más allá de

nuestro alcance debe buscarse por la contemplación y el desarrollo de los poderes espirituales. Así continuó, elocuente, con tanta facilidad de palabra como el flujo de una corriente de agua. Antes de terminar, la luna plateada tocaba la cornisa estucada de la casa frente a nosotros, mientras nuestro lado quedaba en total oscuridad, el cielo colgaba en pleno azul sobre las copas de los árboles, y un haz de luz de la radiante luna se esparcía detrás del Swami como una bruñida pantalla plateada, destacando su hermosa figura en altorrelieve.

Al día siguiente fue mi turno como conferencista, y el evento ocurrió bajo un *shamianah* (dosel de rayas azules y blancas, sujetado por extremos pintados y fijados mediante cuerdas clavadas en el suelo), en los terrenos de la casa de Sheonarain. El suelo estaba cubierto con durries (alfombras de algodón indias) y por aquí y por allá con alfombras persas e indias. Había una mesa para mí y unas cuantas sillas para los europeos; el resto del público, incluyendo al Swami, se acuclillaba en el piso. Algunos funcionarios ingleses estuvieron presentes y nuestro policía espía con su bigote afeitado –aparentemente con el objetivo de disfrazarse– honraba la escena. Mis observaciones estaban dirigidas a una exposición de los beneficios mutuos que probablemente resultarían de una mezcla de los intereses y dones respectivos del Occidente y el Oriente. Mooljee sirvió de intérprete.

Al día siguiente, el Swami nos contó muchos hechos interesantes de su experiencia en la selva y la de otros yoguis. Estuvo siete años desnudo (con excepción del *langouti*, pequeña tela o taparrabos, como lo llamaríamos nosotros), durmiendo sobre el suelo o sobre una roca, comiendo lo que podía obtener de la selva, hasta que su cuerpo se hizo insensible al calor, al frío, a los cortes y las quemaduras. No sufrió daño entre animales salvajes y serpientes mortales. Una vez se tropezó con un oso hambriento y el animal se alzó

ante él, pero lo alejó con un gesto de su mano y su sendero se despejó. Un adepto que vio en el monte Abu, de nombre Bhavani Gihir, podía beberse toda una botella de veneno, del cual una sola gota mataría a un hombre ordinario: podía ayunar fácilmente cuarenta días y hacer otras cosas extraordinarias. Esa noche tuvo lugar otra gran reunión para que nos vieran, y sobrevino una conversación entre el Swami y el Maestro Principal de la escuela local gubernamental sobre las pruebas de la existencia de un dios. El viernes 7 de mayo, volvimos la cabeza hacia el hogar (o sea, hacia Bombay, pues el occidente nunca había sido «hogar» para nosotros desde que lo dejamos para ir a la India) y fuimos acompañados a la estación por el Swami y un gran número de sus seguidores, quienes arrojaron flores detrás de nosotros y proclamaron sus amistosos namastés (NOTA: Saludo de bienvenida o despedida, en sánscrito.—*El Traductor*: FINAL NOTA) mientras el tren arrancaba.

Días y noches de tórrida incomodidad nos llevaron finalmente hasta Bombay, pero antes de que H.P.B se ocupara de sus maletas y paquetes, se dirigió hacia nuestro espía pegajoso, y entonces y allí, sobre el andén, le ofreció un ejemplo de su imaginación. Con sarcasmo le felicitó por el gran resultado que debió haber obtenido de su caro viaje en primera clase y en carruajes, y le pidió que presentara sus mayores felicitaciones y agradecimientos a las autoridades ¡con una petición de promoción! El pobre hombre se sonrojó y balbuceó algo, y nos alejamos dejándolo allí. Después, en lugar de dirigirnos a casa en busca del baño y el desayuno, de los cuales teníamos tanta necesidad, nos dirigimos al consulado de los E.U. y pedimos que el cónsul enviara una vigorosa protesta al Jefe de Policía por su tratamiento insultante y ofensivo a ciudadanos norteamericanos inofensivos.

La corriente de nuestra existencia corría plácidamente, los rasgos pintorescos se imprimían cada vez más profundamente sobre

nuestros sentidos mientras los días se volvían semanas y las semanas meses. Diariamente, el círculo de nuestras amistades con los indios se ampliaba pero, con la excepción de un simple puñado, no entramos en contacto con europeos. Qué nos importaba si les gustábamos a ellos o no, no podían enseñarnos nada que nos interesara conocer, y su rutina de ocupaciones no tenía ningún interés para nosotros. Mientras mi tiempo me lo permitió, escribí cartas semanales a un periódico de Nueva York descriptivas de nuestras aventuras y observaciones. Veo por las notas de mi diario, que mientras aparecían, yo caminaba casi por el mismo terreno que ahora vuelvo a recorrer. La protesta que le formulé al gobierno de Bombay a través del Sr. Farnham, cónsul de los Estados Unidos, provocó como respuesta una negación de cualquier descortesía intencional al colocar sus espías policiales para observar nuestras idas y venidas. Después supe en Simla, por las autoridades virreinales, que se sentían vejados, pues el espionaje se había realizado tan torpemente que llamó nuestra atención, y que vigilarnos no era nada fuera de lo común, pues es regla en la India el espiar a todos los extranjeros que mostraban una particular intimidad con los hindúes y evitaban relacionarse con la clase gobernante.

En aquella época tomé notas extensas de los incidentes relacionados con la visita a nuestro bungalow de un inteligente encantador de serpientes, y como una versión muy fantasiosa de la historia aparece en *Cavernas y Junglas*, puedo contar la pura verdad, la cual es lo suficientemente interesante. El nombre del individuo era Bishunath, nativo de Indore, y el asunto ocurrió el 15 de junio, 1879. Su aparición fue de lo más pintoresca. Tenía una melena de cabello negrísimo, una gran barba partida bajo su mentón, a la moda de Rajput con las puntas sobre las orejas; su enjuto cuerpo marrón estaba desnudo hasta la cintura, llevaba un *dboti*, o tela, que lo envolvía desde las caderas hasta los pies, sobre sus hombros otra tela doblada

colgaba hasta la cintura, un turbante blanco cubría su cabeza y sus rasgos regulares y brillantes ojos eran del puro tipo ario. En una cesta redonda y plana tenía algunas cobras, una de las cuales colocó en el enlucido suelo del cuarto de Wimbridge. El reptil se enrolló tranquilamente sin intentar ninguna demostración hostil al principio, ¡pero el efecto de su aparición hizo que H.P.B. y la Srta. Bates se subieran sobre dos sillas y sujetaran sus faldas! El encantador, sacando una rechinante flauta con orificios cortados en el gollete, comenzó a tocar una nota suave y rítmica no del todo desagradable de escuchar. Parecía tener un sorpresivo efecto sobre la serpiente, que se alzó, abrió su capucha doble en forma de abanico, sacó su fina lengua y movió la cabeza de un lado a otro siguiendo el compás. Como recientemente había leído las declaraciones de varios autores, en cuanto a que estas serpientes ejecutantes se hacían inofensivas por la extracción de sus colmillos, le pregunté al encantador a través de uno de los caballeros parsis presentes, si esto se había hecho en este caso. Lo negó, y agarrando a la serpiente por el cuello, la obligó a abrir la boca con un palo, y nos mostró los dientes finos y curvos con sus bolsas de veneno en las esquinas de la boca. Nos ofrecería la mejor demostración posible si podíamos traer una gallina para el experimento. Se le trajo una y entonces, el encantador, aferrando su cuerpo por las alas, la lanzó hacia la serpiente después de haberla irritado mediante movimientos amenazantes. La serpiente devino muy nerviosa y enojada, moviendo su lengua cual hilo, expandiendo su capucha, y siseando con un ruido parecido a una respiración estertórea. Al final, teniendo al ave lo suficientemente cerca, de repente se echó hacia atrás e instantáneamente lanzó un veloz golpe a su víctima, se retiró y se enrolló otra vez. Pero esta vez se sobrepasó, y en lugar de golpear sobre el lomo de la gallina clavó uno de sus colmillos en la mano del encantador. Una pequeña gota de sangre corrió de la herida, y no pudimos reprimir exclamaciones de terror. Pero Bishunath lanzó la gallina al suelo, abrió una oxidada caja de

latón, sacó de ella un disco óseo, lo colocó en la mancha de sangre, y después de mantener su mano quieta por un minuto o dos, la movió tan libremente como la otra. El disco huesudo se adhirió a la piel como el pegamento o cola más «instantánea». La pobre gallina no se ofreció para levantarse, sino que yacía donde había caído, dio algunas patadas, sacudió su cuerpo y murió. Evidentemente, los colmillos de la serpiente *no* habían sido extraídos. Pero ahora observábamos al encantador con doloroso interés, conociendo que él también podía caer víctima de su temeridad. Este, sin embargo, explicó el asunto, diciendo que «la piedra de serpiente» infaliblemente quitaba todo el veneno. Excitada mi curiosidad al ver como se pegaba en la mano del hombre, le pedí que me permitiera tomarla. El consintió, lo hice, y encontré que su adhesividad era tan fuerte que toda la piel del dorso de la mano se levantó cuando tiré de la «piedra», todos lo pudimos ver muy claramente. Después de algunos minutos ella misma se desprendió y el encañador dijo que no se sentía peor. Entonces, como respuesta a nuestras preguntas, nos informó lo siguiente. El disco maravilloso es solo un pedazo de hueso –del tamaño aproximado de un botón de un abrigo– y crece en la boca de una cobra de entre cincuenta o cien, entre la piel y el hueso de la mandíbula superior. Las otras no lo tienen. Su presencia hace de esta serpiente el rey entre sus congéneres y se le da al nombre de Cobra Rajah. Los encantadores de serpientes abren la boca de todas las serpientes que atrapan para comprobar si tienen el precioso hueso. Lo mismo sucede con la anaconda, con una especie de sapo grande, venenoso y amarillo, e incluso con el elefante. Su poseedor en cada caso es el rey de la especie. ¡Cuan curioso, en verdad! Y nos ofreció alguna prueba de que posee alguna virtud. Primero excitó a la cobra antes de que la obligara a atacar, sisear y expandir su capucha marcada con anteojos. Después, tomando el disco entre sus dedos índice y pulgar, lo sostuvo hacia el reptil, el cual, para nuestra total sorpresa, se asustó como haríamos si nos acercaran al

rostro un hierro candente. Moviéndose de derecha a izquierda, parecía estar aterrorizada por el misterioso objeto o estar bajo la suerte de una influencia hipnotizadora. El encantador siguió de cerca sus movimientos, no dándole respiro; la serpiente dejó de sisear, contrajo su capucha, se balanceó cada vez más débilmente y finalmente se enrolló en el suelo. El encantador terminó su experimento tocando la cabeza de la cobra con la «piedra». Al considerar el asunto etapa por etapa, solo puedo ver una alternativa, o la piedra tenía el efecto aparente en la serpiente, por lo que posee un interés científico, o el mortal reptil había sido entrenado para realizar esta actuación por el amo que conocía. Para probar esta teoría tomé el disco del encantador y yo mismo hice la prueba. Al ser mi piel blanca, argumenté, si solo la serpiente actúa solo para pieles oscuras, probablemente intentará mordirme en lugar de relajar sus energías y acomodarse para una siesta. Primero la hice enojar como lo hizo el encantador, manteniendo, me podéis creer, una cercana vigilancia sobre sus movimientos, e instantáneamente retirando mi mano cuando vi el movimiento preliminar de su repliegue atrás antes del dar el golpe. Las damas, desde su terreno de ventaja sobre las sillas, protestaron por mi temeridad –como la denominaron– y H.P.B. estuvo más poco halagüeña que nunca. Sin embargo, por causa de la ciencia, fui obstinado. Estando la cobra en el correcto estado de ira le lancé «la piedra de serpiente» y me complació ver que se comportó como antes; la excitación cedió, sus movimientos se hicieron más y más indolentes y finalmente se acomodó lánguida y yo toqué su cabeza con el disco de poder. Después del regateo correspondiente, sin el cual ninguna transacción se puede hacer en el Oriente, compramos la piedra de serpiente por unas pocas rupias, y solía llevarla en mi maletín en el caso de que cualquiera fuera mordido por una cobra y vinera a buscarme por la cura. Pero la oportunidad para probar su eficacia no volvió a ocurrir y al final se la di al Dr. Mennell, de Londres, quien le había otorgado mucha atención

al tema del funcionamiento de todo tipo de venenos. Bishunath no acudió a la cita el domingo siguiente, cuando debía venir y experimentar con dos perros sarnosos, decepcionando así a una compañía bastante distinguida de europeos e indios a quienes había invitado. Sin embargo, nuestro tiempo no se perdió completamente, pues un amigo trajo a un tal Ghulam Goss, prestidigitador musulmán, para que nos mostrara sus inteligentes trucos. Tengo notas sobre dos de ellos que vale la pena mencionar. Hacía que una bola perforada de madera se levantara despacio y cayera sobre una cuerda vertical, de la cual una punta era sostenida por el juglar con su mano y la otra con su gran dedo gordo del pie. Cuando le ordenaba subir lo hacía, y cuando lo contrario, descendía despacio. Sostenía un fuerte arco de bambú, del tamaño aproximado de un bajo doble, pero con solo dos cuerdas, ambas hacia arriba, presionando un extremo contra su lado derecho. Sobre las cuerdas yacían tres esferas sueltas de igual tamaño, una al lado de la otra. A la palabra de orden las bolas se movían según él les ordenaba, ahora ascendiendo a la parte superior del arco, ahora descendiendo cada una a su turno, o dos o tres a la vez; o una ascendía mientras las otras descendían para reunirse en una distancia intermedia. Ninguno de nosotros pudo comprender aquello. El juglar se mantuvo dando vueltas sobre sus pies todo el tiempo, y desde luego era fácil asumir la idea de que el efecto observado debía atribuirse a una fuerza centrífuga, pero tendría que haber sido una fuerza centrípeta, o gravitacional, la que se mostraba en el caso de las bolas cayendo, y cómo el juglar girante podía hacer que una bola subiera bajo impulso centrífugo, mientras las otras caían por la cuerda por virtud de la fuerza opuesta, desconcertó al grupo.

Un raro remedio para la ictericia me fue reportado por un amigo hindú a quien su madre lo había curado diez veces mediante el mismo, realmente. Se enhebra una aguja, se pincha la frente del pacien-

te con la punta de la aguja varias veces, mientras el operador repite un mantra; después la aguja se coloca en una taza de agua, se pone al paciente a dieta por un día o dos; la aguja y el hilo se vuelven de un color amarillo profundo ¡y el paciente se recupera! Si alguien lo intenta y tiene éxito entonces espero que tenga la bondad de decírmelo. El mantra no lo puedo ofrecer, pero presumo que cualquiera lo logrará con tal de que lo repita con «intención hipnotizadora», o sea, con concentración de pensamiento y fe en el remedio. Aun así, puedo equivocarme, pues en la India existen muchos conjuros mántricos para múltiples propósitos. Pues para un propósito deseado será invocada una diosa (un elemental) mediante un mantra específico, para otro objeto, otra diosa y con otra fórmula. En cada caso, sin embargo, según lo entiendo, es un espíritu elemental el que el adorador ha buscado como ayuda. Un ensayo muy instructivo podría escribirse sobre este tema. Y espero que se haga.

He aquí una entrada del 23 de junio, de la cual no recuerdo el significado: «A las 10:30 fui a la habitación de H.P.B. y trabajé con ella hasta las 2:30 a.m. sobre el ideal del Antetypion o máquina para rescatar del espacio las imágenes y voces del pasado». Es todo lo que dice sobre el asunto, y que tipo de máquina teníamos en mente se ha desvanecido completamente de mis recuerdos. Existen varias entradas sobre ayudar a H.P.B. a escribir «su nuevo libro sobre Teosofía». El 23 de mayo, parece que ella «desbrozó el camino» para esto; el 24 «le di, a petición suya, el esbozo de un libro de con las ideas tan en bruto como pueden ser las de alguien que no intenta ser su escritor»; el 25 «la ayudé a preparar el prefacio», el 4 de junio lo terminamos; y esa semilla quedó en la mano de la momia cinco o seis años antes de que brotara como *La Doctrina Secreta*, para la cual lo único que hice entonces fue inventar el título y escribir el anuncio original. Después de venir a Bombay tuve demasiado trabajo rutinario como para poder ayudar a escribir otro libro de

carácter enciclopédico.

Con la mejor de las intenciones nuestro cuarteto comenzó a aprender hindi para el bien de la Sociedad, pero como no se puede estudiar un nuevo lenguaje y al mismo tiempo recibir diariamente a multitudes de visitantes y escribiendo cartas, el intento pronto fue abandonado a regañadientes. Pero el conocimiento del inglés está tan extendido en la India entre la clase educada con la cual se basaba principalmente nuestro trabajo, que no creo que nuestra causa sufrió materialmente por nuestra ignorancia de las lenguas vernáculas.

El 18 de mayo, hablé delante de la Arya Samaj de Bombay por vez primera. Fue una reunión al aire libre y la concurrencia fue grande. Parece que el reverendo editor del órgano marathi de la Misión Presbiteriana estaba presente, y lo reté a dar el paso al frente y probar ciertas insinuaciones calumniosas que se había permitido ofrecer sobre nuestros caracteres y por las cuales nuestro abogado, el Sr. Turner, más tarde le hizo disculparse en su periódico. Pero solo murmuró algo en tono embarazado, por lo que el presidente de la reunión, el venerable Sr. Atmaram Dalvi, perdió su ecuanimidad y le dirigió algunos calificativos. Después H.P.B. –dice mi diario– «se lanzó hacia él con paso rápido. Alboroto. Risas. ¡Los misioneros aplastados!». Y así lo fueron.

Unos días después, H.P.B. la Srta. Bates, y yo visitamos por invitación a un Sirdar (NOTA: Rango indo-ario asignado al Comandante en Jefe británico.–*El Traductor*. FINAL NOTA) del Decán para conocer al Juez (parsi) de la Corte Suprema de Baroda, y cuando este caballero se retiraba y estábamos a punto de marcharnos, nuestro anfitrión se excusó por un momento. Retornó, llevando de la mano a una encantadora criatura de diez años, a quien supusimos su nieta. Estaba ricamente vestida a la moda hindú con un *sari* muy caro de seda (enagua) y chaqueta, y su pelo de ébano, alisado como

chorro pulido sobre su cabeza, estaba casi oculto por ornamentos de oro. Llevaba pesadas joyas en sus orejas, alrededor de su cuello, muñecas y tobillos, y –para nuestra sorpresa– en una fosa nasal llevaba el anillo enjoyado que, en Bombay, indica matrimonio. El rostro de H.P.B. se relajó en una dulce sonrisa mientras se acercaba la niña, pero cuando el noble de barba gris y cabello blanco, tomando la mano de la niña dijo: «Madame, permítame presentarle a mi pequeña esposa», la sonrisa cedió lugar a un ceño fruncido, y en tonos de disgusto inexpresable gritó: «¿Vuestra ESPOSA?». «¡Viejo animal! ¡Deberíais sentir vergüenza!» Dejamos al anfitrión tratando de sonreír.

Nuestra relación con el editor del famoso periódico opositor de Calcuta, el *Amrita Bazaar Patrika*, comenzó con una carta suya que recibimos el 12 de mayo. Había leído un reporte de mi conferencia en el Framji Cowasji Hall y solicitaba nuestra amistad. Desde entonces la ha conservado, pues es un ferviente patriota y un devoto de su religión, dos excelentes cualidades para cualquier hombre. La correspondencia culminó en su visita desde Calcuta para conocernos, pernoctando en un bungalow vecino al nuestro que habíamos alquilado para la biblioteca. Ashe estaba muy sinceramente interesado en nuestras interpretaciones y defensa de sus libros sagrados y H.P.B. hizo algunos fenómenos para él; por ejemplo, sacó algunos cabellos negros de su propia cabeza, hizo sonar las campanillas astrales y –(el 8 de septiembre) registra mi diario– «duplicó en su presencia y a petición suya un espejo mágico con un marco negro y mango, que ella recibió hoy de parte de un Maestro». Yo estaba presente y así sucedió. Él debía marcharse en dos días, y le pidió a ella que le mostrara el fenómeno de duplicación para poder comprender cabalmente sus enseñanzas en cuanto a la naturaleza de la materia y la fuerza, y su relación potencial con el poder de la voluntad entrenada. Ella se negó persistentemente durante algún tiempo,

pero al final, cuando él tomó el espejo y le pidió que lo duplicara, dijo que lo haría si le prometía no molestarla más con peticiones tales. Prometido esto, tomó el espejo en su mano, se levantó de la silla, nos dio la espalda, y en un momento lanzó sobre el asiento *dos* espejos idénticos. Entonces, cansada, se dejó caer en la silla y se quedó callada por algunos minutos hasta recuperarse. Shishir Babu, quien aún vive felizmente, estará dispuesto de corregirme si he cometido algún error al contar la historia.

Para los norteamericanos podrá parecer una coincidencia interesante el hecho de que la conversación que nos decidió a fundar el *Theosophist*, sucedió el 4 de julio de ese año, Día de la Independencia. Como se ha explicado en otros lugares, fuimos llevados a ello por la necesidad de divulgar el creciente interés por la teosofía por medios más eficaces que la correspondencia epistolar. Era simplemente imposible para nosotros mantener la tensión de ese constante trabajo arduo. Las entradas de mi diario muestran que a veces trabajaba desde las 6 a.m. hasta las 9 p.m. y noche tras noche hasta las 2 y 3 a.m. pero en vano. La misma pregunta era repetida por la mayoría de nuestros corresponsales, y estar atravesando eternamente el mismo terreno era una faena agotadora. Discutimos el asunto y sus consecuencias, calculamos los pros y los contras, y finalmente apostamos por la aventura. Pero las dificultades eran serias, siendo una de ellas que la sociedad no poseía un centavo de capital ni un ápice de crédito mercantil sobre el cual pedir prestado. Propuse la condición imperiosa de que deberíamos lanzar la revista en los términos de las mejores publicaciones americanas e inglesas, a saber, con pagos adelantados y ninguna deuda asentada en los libros. Estaba deseoso de publicar puntualmente los números correspondientes a un año, incluso si no registrábamos un solo suscriptor; pues no estaba dispuesto a pasar una vida de molestias tratando de recuperar deudas atrasadas y estar así acosados hasta el punto de no poder dedicarnos al serio trabajo de pensar, aprender y escribir. Nuestros amigos indios se opusieron vigorosamente a esta in-

novación, pues así la consideraban, y particularmente Babu S.K. Ghose, de la *A.B. Patrika*, profetizó que nunca tendría éxito. Pero esto no alteró mi determinación. Así proveímos para el costo de los primeros doce números mensuales, y el 6 de julio escribí el anuncio y lo mandé a imprimir. Le pedimos a Sumangala Megittuwatte y a otros sacerdotes ceilaneses, a Swami Dayānand, a Babu Pramāda Dāsa Mitra, de Benarés, a Shankar Pandurang pandit, a Kashinath T. Telang, y a muchos otros, que nos enviaran artículos, y divulgamos ampliamente las noticias sobre nuestra intención. Esto nos mantuvo ocupados toda la temporada. Nuestros miembros activos se ocuparon de obtener suscriptores, uno –el Sr. Sreevai, nuestro entonces devoto Secretario– consiguió él solo cerca de doscientos. No antes del 20 de septiembre tuvimos los primeros tipos para corregir, el 22 enviamos los segundos a la prensa, el 27 los últimos, y en la noche del último día de ese mes los primeros 400 ejemplares de la nueva revista nos fueron entregados, lo que constituyó ocasión de mucho júbilo. Mi entrada del diario concluye con la salutación: «¡Bienvenido extraño!» La del día 1ro. de octubre, día de la publicación es: «¡*Sit Lux: Fiat Lux!*!» (NOTA: *Sea la luz, que se haga la luz, en latín.–El Traductor. FINAL NOTA*) Eso, lector, ocurrió hace ciento noventa y dos meses, y desde ese entonces nunca ha dejado de aparecer el *Theosophist*, nunca ha tenido problemas serios, nunca sus promotores han incurrido en un centavo de deuda. Desde el cuarto mes ha producido ganancias, pequeñas, es cierto, pero lo suficientes como para permitirnos contribuir con muchas miles de rupias a los gastos de la Sociedad, junto con nuestros servicios personales gratuitos. Lo cual es mucho decir para una publicación como la nuestra.





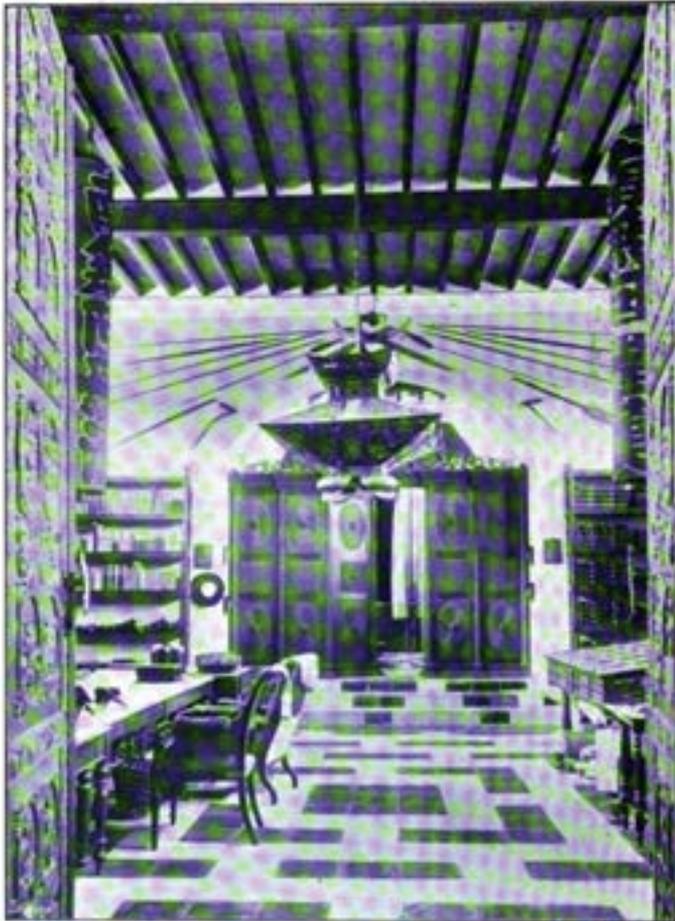
CAPÍTULO VII

COMIENZAN A LLEGAR LOS FUTUROS TRABAJADORES

Pasar las hojas de mi diario de 1879 y advertir cómo y cuándo nuestros experimentados y a menudo famosos colegas entraron en la corriente de nuestras vidas, resulta en verdad como ver las entradas y salidas de los actores en una obra, y es muy instructivo rastrear las causas que los trajeron a la Sociedad, y las de aquellos que en muchos casos los separó de ella. Me temo que tendré que decir que los últimos fueron de naturaleza personal, como el desencanto y el no llegar a conocer a los mahātmas o porque H.P.B. rompió sus promesas, o al disgusto debido a los ataques lanzados sobre su carácter, el descrédito de sus fenómenos, el fracaso por no adquirir deseados fenómenos psíquicos mediante algún sistema expedito, o debido a algo por el estilo. El Sr. Sinnett vino a conocernos y ahora, en la página del 3 de agosto, veo registrado que ese día yo hice miembro a Damodar K. Mavalankar. Era la estación de las lluvias y el querido muchacho solía venir a vernos en las noches, vestido con polainas e impermeable de goma, una gorra con alas que hacía juego, una linterna en su mano y el agua chorreando de la punta de su larga nariz. Era tan delgado como Sarah Bernhardt, tenía una larga cara y piernas –como solía decir H.P.B.– como dos lápices. Hasta donde llegaban las apariencias, parecía tan poco

apropiado como cualquier otro en la Sociedad para convertirse en un Mahātma o poder acercarse a mil millas de un verdadero *ashrama*. Pero las apariencias fueron tan falsas en este caso como lo han sido en los de aquellos otros miembros que parecían infinitamente sus superiores espirituales, pero que demostraron ser lo contrario.

Tres días después de la admisión de Damodar, recibí las solicitudes del Tte. Cor. (ahora May. Gen.) W. Gordon, B. Sc. (NOTA: Acrónimo de Bachelor of Science. En castellano, Licenciado en Ciencias.–*El Traductor*. FINAL NOTA) y la Sra. Gordon, de ellos, la última puede considerarse entre las más verdaderas amigas y más inmovibles protectores que ha tenido H.P.B. Un poco antes había llegado K.P. Cama, un joven parsi, que nos causó una fuerte impresión debido a su familiaridad con y su admirado entusiasmo por la filosofía india. Algunos de sus ensayos fueron publicados por nosotros en los primeros números del Theosophist. Si alguna vez existió un alma hindú nacida dentro de un cuerpo parsi este era el caso, y a él le parecía así. La primera aparición en nuestra escena de esa malvada persona, Madame Coulomb, fue en forma de una carta que H.P.B. recibió el 11 de agosto, 1879. Las noticias de nuestra llegada a Bombay habían sido reproducidas en los periódicos de Ceilán y ella, escribiendo desde Galle, le contó a su antigua conocida de Egipto que en la isla predominaba un estado de excitación con respecto a nosotros, se habían hecho grandes subscripciones para los gastos de nuestra bienvenida y que «los budistas estaban locos por vernos». Le envié a H.P.B. un ejemplar de uno de los diarios angloindios de Colombo, al cual había dirigido una carta defendiendo su reputación contra un ataque malicioso, diciendo que habiéndola conocida en El Cairo ¡podía testificar que era una dama de elevado carácter! Creo que se le olvidó incluir este documento histórico en su panfleto de 1884 donde atacaba el carácter de H.P.B. con las más escogidas frases que sus aliados misioneros le podían



Interior de la Sección Oriental de la Biblioteca, Adyar

aportar. Por lo que creo que la asentaré aquí para que conste:

No conozco a ningún miembro de la dicha Sociedad, con excepción de Madame Blavatsky. He conocido a esta dama durante los últimos ocho años y debo decir la verdad de que no hay nada que objetar contra su carácter. Vivíamos en la misma ciudad y, por el contrario, era considerada una de las más inteligentes damas del siglo. Madame B. es músico, pintora, lingüista, escritora, y puedo decir que pocas damas, y de hecho pocos caballeros tienen un conocimiento general de las cosas como Madame Blavatsky (Del *Ceylon Times*, 5 de junio, 1879).

Le escribió a H.P.B. una dolorosa exposición sobre las estrecheces en las que ella y su esposo habían sido reducidos, y le pedía ayuda: deseaba, dijo, venir a Bombay si podían conseguir un billete y encontrar algún tipo de trabajo. H.P.B. me contó su versión de la historia de su relación con los Coulomb en El Cairo, cómo Mme. C. había sido amable con ella allí después de la catástrofe a bordo del vapor que estalló en el Pireo y donde casi todo el que se encontraba a bordo resultó muerto. Por ello le ofrecí mi opinión de que por gratitud ella debería ayudar a la pareja, ahora que, por así decir, estaban hambrientos y desnudos. Estuvo de acuerdo y escribió a la mujer algunas cartas en las cuales, si no me equivoco, realmente daba a entender que ¡algún día Mme. Coulomb podría ser su sucesora en la S.T.! No quiero ser categórico, pero esta es mi impresión. Nada podía ser más parecido, pues esto era algo común en ella, y si las cartas enviadas en los navíos sucesivos se reunieran, formarían un divertido compendio.

El 4 de octubre nuestro grupo participó en un durbar organizado para nosotros en Bombay por Santi Saga Acharya, el más erudito de los sacerdotes jainistas y *jutti* (yogui) principal por su rango. Nos reunimos en una habitación grande, cuadrada, de dos

plantas, con suelo enyesado y algunos postes cuadrados de madera para soportar el piso de arriba. De la pared a la izquierda de la entrada colgaba un cortinaje de raso con figuras, el suelo era de un color amarillo (el de los *bbikkus* (NOTA: Monje ordenado, en sánscrito.–*El Traductor*: FINAL NOTA) jainistas y budistas) con un borde rojo. En lo alto estaba un pequeño baldaquín de seda india estampada. Bajo este, una estrecha tribuna, o estrado, cubierto por una alfombra rayada (*durrie*) extendida sobre un fino colchón indio de algodón, un cojín trasero para recostarse, dos pequeños cojines para las rodillas del hombre que se sentara con las piernas cruzadas para descansarlas, y un escabel para subirse completaban las preparaciones para la comodidad y dignidad del Acharya en la entrevista que se acercaba.

Fueron colocadas cuatro sillas para nosotros a un lado de la tribuna, y había unos 300 jainistas allí para darnos la bienvenida. Toda la asamblea se puso de pie, se abrió un camino desde una puerta, y entró un venerable sacerdote, saludando a la derecha y a la izquierda. Me saludó –como jefe del grupo, supongo– pero no le prestó atención a las dos damas, como se esperaba de un monje célibe de hábitos austeros. De todas maneras, en aquél momento y debido a mi ignorancia de estas nociones monásticas orientales, lo consideré irrespetuoso. Se sentó en su sitio con las piernas cruzadas y todo el mundo hizo lo mismo, cada uno sobre el suelo donde estaba parado. Mientras se acomodaban, tuve la oportunidad de echar una ojeada al monje. Tenía una cabeza grande y amplia, con mucho lugar en ella para el gran cerebro que, a primera vista, se suponía que debía poseer. Su cabello, o estaba cortado muy bajo, o estaba creciendo entre los dos meses de afeitado, como lo hace el cabello de un monje budista. Su barba estaba limpiamente afeitada, usaba el dhoti hindú y llevaba una pañoleta de muselina de Dacca –del tipo que debido a su maravillosamente fina textura ha sido llama-

da «rocío tejido»– colgando de sus hombros. No llevaba marcas de casta ni la menor pieza de joyería. Comenzó la entrevista interrogándome acerca de mi conocimiento de la doctrina jainista, llevándose a cabo el diálogo mediante dos intérpretes hindúes, los Sres. Pandurang y Krishna Row. Expliqué el estado de la religión en el Occidente, y señalé las diversas influencias que han tendido a disminuir la espiritualidad en las naciones occidentales. Afirmé la necesidad de extender las ideas religiosas del oriente en aquellos países. Para los hombres instruidos como él, señalé, constituía un gran llamado el tomar parte en este gran trabajo. No existía excusa para la indolencia indiferente, poseyendo aquella sabiduría que las personas occidentales más urgentemente necesitaban; para ellos era un pecado real el abstenerse de su difusión. Me siguió y me interpeló punto por punto, y ofreció una serie de excusas por su negativa a emprender este nuevo y gran campo de trabajo, pero yo me di el gusto de hablar claro todo el tiempo. El punto que finalmente ganó sus simpatías –o al menos, su expresión de ella– fue este: «Vosotros, jainistas» dije «tenéis la más tierna compasión por los seres brutos, los alimentáis cuando están hambrientas, los enterráis cuando mueren, los protegéis del tratamiento cruel, e incluso han abierto el Pinjrapole, un hospital para animales, donde a todos los brutos enfermos y sufrientes se les cuida amorosamente. Si cualquier caballero jainista aquí presente ve a un perro hambriento en su puerta, ¿no compartiría su alimento con él, en vez de verlo morir de hambre?». Un murmullo afirmativo corrió por el salón, y cuando miré alrededor todos movían la cabeza en señal de aprobación. «Entonces» dije, «el pan de la verdad religiosa es mucho más necesario para la salvación del hombre que un plato de comida lo es para alimentar el cuerpo de un perro; vosotros gente del oriente tenéis esa verdad, las naciones del mundo son, de acuerdo con vuestros dogmas, todas vuestras hermanas, ¿como os atrevéis a decir que no os molestaréis en enviar ese pan de verdad espiritual a aquellas

hambrientas naciones occidentales, cuyas ideas, esperanzas y percepciones espirituales están siendo destruidas por el materialismo científico irreligioso?” El anciano Acharya se irguió, y me dijo por medio de los intérpretes que le complacería ayudarnos y escribiría para la nueva revista que habíamos comenzado como un canal para tales enseñanzas. Nunca lo hizo. Pero, al mismo tiempo, hay que confesar que los jainistas fueron muy competentemente representados en el Parlamento de las Religiones de Chicago en 1893 por el Sr. Virchand Gandhi, quien presentó sus puntos de vista tan clara y elocuentemente que ganó el respeto y la simpatía general.

Cerré la discusión describiendo algunas de las formas en las que las así llamadas esclarecidas naciones occidentales demostraban su amorosa amabilidad con los animales. Mientras describía los horrores de la lidia de toros, de los señuelos para osos, de la cacería de zorros, ciervos y liebres, de las peleas de perros, ratas y gallos, fue curioso observar las expresiones de sus rostros. Estos 300 jainistas se miraban los unos a los otros en una suerte de consternación aterrizada, aguantaban la respiración, me devoraban con sus ojos como buscando en el fondo de mi corazón y comprobar si decía la verdad, y al final la tensión se hizo tan fuerte que percibí que no podían soportar más, y me detuve en medio de un silencio total. Entonces solicité permiso para marcharme, todos se levantaron para saludarme, las usuales guirnaldas fueron colgadas en nuestros cuellos, y nos marchamos: muchos nos siguieron a la calle e incluso algunos corrieron detrás de nuestro coche y nos gritaban bendiciones. Así comenzó nuestra agradable relación con la comunidad jainista.

Algunos días después me dirigí a un compacto auditorio, invitado por el «Daya Vashishta Mandlik» para disertar sobre la matanza de animales. Veo en mis notas que describí la verdadera Hermandad Universal como un común parentesco entre todos los seres sencientes que tienen manifiesta en ellos la chispa divina

en cualquier grado; la hormiga y el elefante la tienen igual que el hombre, y todos los hombres de cualquier raza y parentesco la tienen en común, solo que en diversos grados de manifestación; tenemos que ser amables con nuestros congéneres humanos y, por la misma razón, ser tiernos con los animales en proporción con su desamparo; el vivisector que tortura a un animal, atado indefenso a una mesa de disección o encerrado en una caliente cámara de hierro de la cual no puede escapar, no importa lo grande de su agonía física durante los experimentos científicos, no era un ápice menos de cruel, salvaje y diabólicamente malvado que el inquisidor que ata a su víctima humana al instrumento de tortura y en el nombre de la religión cristiana aplastaba sus miembros, desgajaba sus músculos y mataba al «escéptico» mediante los más ingeniosos métodos de una tortura lenta. Desde luego, se apreció mucha simpatía cuando el discurso fue traducido a la lengua gujerati. Pero nunca hablé bajo una aprensión tan grande sobre una posible calamidad como entonces. El cuarto de conferencias estaba en el tercer piso, con una escalera casi vertical, cuyos escalones eran tan escasamente anchos como para apoyarse en ellos para descender, y una cuerda suelta colgante era el único sustituto de un balaustré. El piso del vestíbulo del cuarto estaba completamente lleno con cientos de zapatos, dejados afuera según la costumbre oriental, y el salón estaba iluminado por muchas lámparas de pared de keroseno colocadas a una altura como para que tropezaran con el turbante de cualquier hombre de estatura ordinaria. Si hubiera ocurrido un accidente con una de esas lámparas y la frágil ropa de alguien se hubiera prendido, hubiera ocurrido un instante de pánico, los presentes en fuga hubieran tropezado con los zapatos, caído en masa unos sobre otros por la escalera perpendicular y hubiera sucedido un holocausto de víctimas. No es exagerado decir que estuve infinitamente aliviado al encontrarme otra vez en la calle.

El Sr. Keshava Narasinha Mavalankar, el padre de Damodar, fue admitido por mí como miembro el 19 de octubre, 1879, en presencia de su hijo y su hermano, el Sr. Krishna Row, quien le trajo a toda la familia de Damodar todos los problemas que sobrevinieron.

Nuestro amigo Gadgil nos visitó en noviembre, esto solo lo menciono debido a una entrada en el diario, al efecto de que nos mostró dos raíces de las que se decía poseían propiedades maravillosas. Una es una cura para veneno de serpiente, el otro para el de escorpión. La primera hay que macerarla en agua y beberla, lo cual es algo muy común, pero la otra implica algo diferente. Cuando la persona mordida viene a verte, solamente tocas el miembro con ella, usando pases descendentes, como en el tratamiento hipnótico, desde el punto extremo superior hasta donde se extiende el dolor, por todo lo largo de los nervios hasta la extremidad del miembro. Es la propiedad magnética (o mágica, quizás) de la raíz la que lleva el dolor hasta su fuente, la picadura del escorpión. Sosteniéndola entonces durante algunos minutos sobre la herida sin hacer contacto, el dolor se retira completamente y el paciente se cura. Es muy interesante y quizás verdadero, pues seguramente aun no conocemos una milésima parte de lo que la ciencia médica debería saber sobre los agentes curativos de la naturaleza; pero existe una cura para el aguijón del escorpión incluso más simple que esta. Los viejos lectores del *Theosophist* recordarán artículos sobre las propiedades curativas de la estrella de cinco puntas (Véase vols. II y III). Los escritores afirman que han curado muchos casos de este tipo solo dibujando con pluma y tinta una estrella de cinco puntas sobre la piel del paciente, en el punto extremo de la extensión del dolor y entonces, mientras la emoción de la angustia cede, siguiéndola con las inscripciones de la figura en la piel, hasta que ésta haya retornado al lugar de la picadura, donde la figura fue dibujada por última vez y el dolor desapareció. Las primeras afirmaciones de los escritores

fueron rápidamente corroboradas por otros corresponsales, quienes reportaron que habían repetido el experimento con todo éxito. Entre estos estaba el príncipe Harisinhji Rupsinhji, de la familia real de Bhavnagar, quien había curado muchos casos, y creo, ha dado alivio a cientos de enfermedades neurálgicas de todos tipos. Esto crea el dilema de que, o nos debemos adscribir a la cura por sugestión hipnótica o existe alguna propiedad mágica inherente en el símbolo estelar. De estas hipótesis, el materialista preferirá la primera, el mago, la última. El hecho importante es que la cura sucede. Lo único complicado parece intentar el dibujo sobre animales, niños, o imbéciles, en breve, sobre pacientes cuya imaginación no se verá afectada por la vista del dibujo o la conversación que se sostiene concerniente a este y sus supuestos poderes.

El festival de Diwali (otra forma de deletrear Divāpali) es una época de general iluminación y regocijo debido a que se mata al demonio Narakasura. Se hacen visitas, flores y luces iluminan toda la casa, se entregan regalos a familiares y amigos, nuevas ropas a los sirvientes y toda la familia renueva su guardarropa. Fuimos esa vez con amigos hindúes para ver las iluminaciones en los barrios nativos, y hacer algunas visitas. Al salir de una casa escuchamos una historia divertida. El implicado era un rico banquero, agente local y socio de un capitalista millonario que vivía en el interior. A intervalos de dos o tres años, sin anunciarse nunca previamente, aparece en Bombay, y visita a su agente para que le muestre los libros de cuentas. Revisa punto por punto, las columnas agregadas, verifica los totales y balances, y encontrándolo todo correcto al extremo. Entonces el viejo capitalista de apariencia suave e infantilmente simple, toma por el brazo a su preciso e intachable tenedor de libros y lo conduce a una gran habitación. Lo encierra después de decirle que sabe que le ha robado tantos lakhs, pero que si paga esa cantidad, será librado de una vil prisión, y los libros firmados como «auditados y encon-

trados correctos». Y hasta que esto se haga ¡solo se le dará pan y agua! Inútil protestar o implorar. El viejo jefe tiene su propia forma segura de saber lo que está pasando, y permanece firme hasta que su socio por fuerza cede, paga el rescate, se abrazan y se despiden como los mejores amigos. ¡Qué simpático!

Un día fui con mi amigo Panachand Anandji a ofrecer mis respetos a un viejo faquir musulmán, muy conocido en Bombay en aquella época, llamado Jungli Bāwā (literalmente, el asceta de la selva). Encontramos a un anciano con una expresión muy aguda e inquisitiva en el rostro, un gorro *mortier* (NOTA: Mortero, en francés.—*El Traductor*: FINAL NOTA) sobre su cabeza, un rostro lleno de arrugas y una barba muy recortada alrededor de su boca y el mentón afeitado. Llevaba un dhoti con hilo dorado tejido en los bordes y una banda de oro de una pulgada de ancho, le cruzaba la frente. Era un vedantino que tenía dos *gosains* (discípulos mendicantes) que le servían. Nos recibió en el suelo de una gran casa cuadrada con un pozo de ventilación en el medio. Estaba acucillado sobre una estera de paja con sus pequeños maja y mortero de cobre a su lado para preparar el pān (pasta de nuez de betel), junto con otros utensilios de cobre. Se extendió para los visitantes una alfombra de algodón de rayas azules, pero por consideración a mis rígidas rodillas tenía una silla para mi uso. Al entrar, cada visitante se postaba sobre el suelo y tocaba los pies del santo varón con su frente, pues esta es la forma más deferencial del saludo oriental. Nuestra larga conversación abarcó todo el ámbito de los dos yogas, el Hatha y el Rāja. Las ochenta y cuatro posturas del primero me fueron descritas, incluso con demasiados detalles. El anciano me preguntó confidencialmente qué fenómenos había visto, pero decliné satisfacer su curiosidad, pues tales experiencias, según se me había enseñado en la India, eran consideradas sagradas, y ciertamente no eran asuntos para ser tratados ligeramente en una asamblea varia-

da, como era el caso. El Bāwā sonrió y dijo que tenía toda la razón, pues tales ocurrencias, estando fuera de la experiencia común, no debían ser objeto de bromas triviales y de negación escéptica. ¡Ay! Si hubiéramos seguido esa regla desde los inicios, cuantas palabras de tristeza y dolor nos hubiéramos ahorrado todos. Dijo que si yo iba solo a verlo intercambiaría confidencias, y podría enseñarme algunos fenómenos. La entrevista me interesó muchísimo, pues el hombre era incuestionablemente un asceta genuino, y su cuerpo y mente parecían perfectamente saludables, a pesar de sus ayunos y otras prácticas ascéticas. Regresé a ver al faquir con el mismo amigo la noche siguiente. Esta vez nos recibió en la veranda, ocupando mi silla de la noche anterior, y Panachand y yo en un banco bajo. Una hermosa lámpara de pie de manufactura europea estaba en el suelo cerca de él, iluminaba su fuerte rostro y hacía que los hilos dorados de su turbante chispearan y brillaran. Llegaron visitantes hindúes uno tras otro, se postraban ante el faquir y se retiraban a la sombra del fondo de la veranda, donde se acuclillaban en claroscuro, silenciosos y quietos, como un grupo de fantasmas en sus blancos *puggaris* y *dhotis*. Afuera brillaba una luna india, cubriendo de plata las suaves superficies de las frondas de los cocoteros, y revistiendo con plata la punta pulida de nuestra berlina. El Bāwā continuaba la charla sobre los dos yogas. Dijo que había cultivado la facultad de *laghima* (extrema ligereza), por lo que podía sentarse suspendido en el aire, y caminar sobre el agua como si fuera tierra seca. Les había enseñado lo mismo a sus discípulos. Pero en realidad consideraba estas cosas como juegos de niños: solo le interesaba la filosofía, la sagrada e infatigable guía en el sendero de la sabiduría y la felicidad. Había aprendido ambos yogas. Al hablar de la relación entre chela y gurú, dijo que existían tres tipos de servicios reconocidos para el primero: debía entregar dinero, enseñar algo nuevo al Maestro, o servirlo en asuntos menores. Me contó una larga fábula sobre Deva y Daitya. El primero quería convertirse en discípulo del segundo

para poder aprender un secreto de la ciencia oculta. El último tenía el poder de restaurar la vida a los muertos. El discípulo Deva fue cortado en pedazos (con su consentimiento) y hervido, y el maestro comió algo del horrible guisado. Pero así el discípulo se incorpora al cuerpo y esencia del gurú. Mientras tanto su hija pierde la vida, pero al haber aprobado el padre el examen probatorio –el Deva– le restaura la vida cuando se separa a sí mismo una vez más del cuerpo del Maestro. Su mutilada armazón es reajustada y su vida corre de nuevo en corriente plena a través de sus venas y nervios. ¿Cuál de los tres modos de servicio escogería? Le respondí. Entonces pospuso la exhibición de sus supuestos poderes espirituales y nunca lo volví a ver.





CAPÍTULO VIII

VISITAS A ALLAHABAD Y BENARÉS

Por esta época se levantó la primera nube –sin contar el incidente de Hurrychund– en nuestro horizonte indio; la causa que finalmente rompió nuestro cuarteto de exiliados se comenzó a formar a fines de noviembre. En todo caso se trataba de una alianza rara y no natural, una trivialidad de H.P.B. quien estaba condenada a crear problemas. Ella y yo –como dije antes– teníamos absolutamente una única mente en cuanto a los maestros, a nuestra relación con ellos, y a nuestra prontitud de servicio. A pesar de cualquier fricción que surgiera entre nosotros debido a nuestras diferentes personalidades y maneras de ver las cosas, éramos completamente armoniosos con respecto a las excelencias de nuestra causa y a la necesidad de un estricto cumplimiento del deber. La situación era muy diferente con nuestros colegas, el Sr. Wimbridge y la Srta. Bates, quienes eran ingleses insulares en el fondo de su corazón, y asiáticos solo por el barniz fino y superficial con que el pincel del fascinante entusiasmo de H.P.B. los había cubierto. Él era un diseñador y arquitecto, ella maestra de escuela o gobernanta, de unos treinta y cinco años de edad. Ambos habían vivido algunos años en los Estados Unidos y habían sido presentados a H.P.B. por conocidos mutuos. La fortuna no les sonreía entonces a ninguno

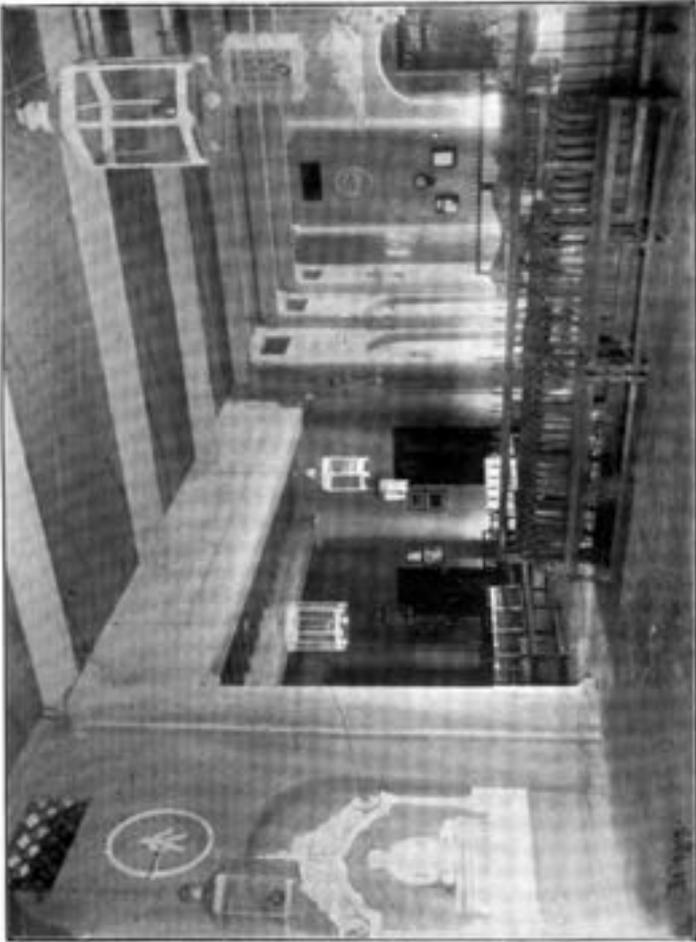
de los dos, por lo que ambos estuvieron de acuerdo con el proyecto de H.P.B. de viajar a la India con nosotros y practicar sus respectivas profesiones con la ayuda que pudiéramos brindarles mediante nuestra influencia con hindúes respetables. Nada tenía en contra de Wimbridge, pero sentía un presagio instintivo con respecto a la dama. Le rogué a H.P.B. que no la trajera con nosotros. Su respuesta invariable fue que los dos, al ser ingleses patriotas de corazón, proporcionarían con su compañía la mejor garantía posible a las autoridades angloindias de nuestra inocencia en cuanto a cualquier propósito político. Y dijo que asumiría todas las consecuencias, pues sabía que de esta relación solo florecería un bien. En este, como en cien ejemplos más, me rendí a su presunta premonición oculta superior, y los cuatro zarpamos y nos acomodamos juntos en Bombay. ¡Peor para nosotros! Ella comenzó fomentando un malentendido entre H.P.B. y una hermosa dama, joven teósofa de Nueva York; lo cual implicó después a Wimbridge y rompió la armonía en nuestra casa. Yo nada tenía que ver con la disputa, pero al final tuve que asumir la desagradable tarea de expulsar a la Srta. Bates de la Sociedad. Esta era siempre mi parte, ¡H.P.B. provocaba los embrollos y yo tenía que dar las patadas y sacar a los intrusos! Este es un hecho acreditado por todos nuestros conocidos. Mi colega siempre hablaba acerca de su «olfato oculto», que raramente la ayudó a olfatear a un traidor o a un enemigo predestinado que llegaba bajo el disfraz de la aparente amistad. Sin ir más lejos, los casos de madame Coulomb y Soloviov, el cruel traidor y espía quien se acusó a sí mismo, son suficientes para probar el hecho.

El 23 de noviembre se convocó una reunión en nuestro salón para organizar la Aryan Temperance Society (**NOTA: Podría traducirse como Sociedad de Abstinencia Arya.—El Traductor. FINAL NOTA**). Yo consideraba una lástima que los hindúes y parsis prominentes permanecieran pasivos e indiferentes ante la sorpren-

dente extensión del desenfreno y que solo los misioneros llevaran a cabo un contra-movimiento. El difunto Rao Bahadur Gopal Rao Hari Deshmuk, un muy influyente caballero brahmán de Maratha, ocupó la presidencia durante nuestra reunión. Aprobada la sociedad obtuvimos setenta y siete firmas para el programa de organización y se pospuso hasta volver a reunirnos al llamado del presidente. Se llevó a cabo otra reunión y obtuvimos cuarenta firmas más, pero el movimiento demostró ser infructuoso, pues nadie salvo yo mismo parecía muy interesado en él, y yo estaba demasiado ocupado con mis deberes oficiales como para dedicarle el tiempo requerido.

El 29 de noviembre ocurrió un evento de mucha importancia: celebrábamos con mucho éxito el cuarto aniversario de la formación de la Sociedad Teosófica. Era también nuestra primera gala pública de este tipo, y la única noticia previa sobre un aniversario, la del primer año, estuvo confinada a una reunión privada de miembros en el Mott Memorial Hall de Nueva York, con una alocución por mi parte. El traslado de nuestros cuarteles generales a la India y nuestra enormemente extendida publicidad, parecían una demanda para un cambio de política y un nuevo inicio a este respecto.

El Sr. Wimbridge diseñó y litografió una tarjeta artística de invitación, que exhortaba a nuestros amigos a «estar presentes en los Cuarteles Generales, 108 Girgaum Back Road, Bombay, a las 8:30 p.m. del 29 de noviembre, 1879, para una reunión conmemorativa del Cuarto Aniversario de la Sociedad, la fundación del *Theosophist* y la apertura de la biblioteca. Habrán alocuciones y una exhibición de maquinarias hechas por artesanos nativos». Firmado por mí como Presidente y por H.P. Blavatsky como Secretaria de Correspondencia. El terreno y el sendero desde la calle estaban brillantemente iluminados; arcos de fuego y pirámides de lámparas indias de colores estaban colocados en la entrada del sendero y del complejo; linternas chinas colgaban de alambres colocados



Sala de convenciones en Adyar.

entre las palmeras, un arco de chorros de gas que deletreaban la palabra «Bienvenidos» iluminaba la fachada de la biblioteca, todo el espacio estaba cubierto con alfombras indias rayadas; se colocaron 400 sillas para los huéspedes, una banda de veinte músicos tocaban melodías indias y extranjeras –entre las últimas, el himno nacional norteamericano– y la escena era hermosa en conjunto. Muy por encima de las palmas nos miraba el cielo azul tropical repleto de estrellas. Dentro del edificio de la biblioteca, las mesas y las paredes estaban cubiertas con exponentes del trabajo indígena en cobre, marfil, madera de sándalo y acero, los mosaicos de mármol de agra, los hermosos chales y suaves tejidos de Cachemira, muselinas tejidas a mano de Dacca y de otras partes, cubertería de Pandharpur, y obras de la Escuela de Artes de Baroda. El Dewan de Cutch, el ilustrado Sr. Manibhai Jasbjhai envió una completa colección de armas y algunos famosos trabajos en plata de ese estado. Unos 500 invitados –los más conocidos y respetados de Bombay– estaban presentes. Los Sres. Gopal Rao Hari Deshmuk (como Presidente), Naoroji Furdonji, un querido estadista parsi, Kashinath Trimbak Telang, posteriormente juez de la Suprema Corte de Bombay, Shantaram Narayan, un muy respetado abogado; Nurshunkar Lalshunkar, el «poeta gujerati» y yo mismo, ofrecimos nuestros discursos. En conjunto fue una muy apropiada y alentadora ayuda en nuestra carrera india. Los europeos presentes expresaron su encanto con la exposición industrial y ofrecieron merecidos elogios a las demostraciones mecánicas de Vishram Jehta.

Dos días después H.P.B., un amigo caballero europeo y yo cenamos a la manera india, por invitación, en casa de Gopalrao Vinayak Joshi, F.T.S. (NOTA: Acrónimo de Fellow Theosophical Society. En castellano, Miembro de la Sociedad Teosófica.–*El Traductor: FINAL NOTA*), esposo de la pobre Anandabai, quien viajó a los Estados Unidos en busca de su título de médico, lo obtuvo con ho-

nores y murió pronto a su regreso a la India, dejando a su sacrificado esposo con una vida marchita y el corazón roto. Los incidentes de la cena –en la cual participaron varios brahmanes, sentados en fila frente a nosotros– han sido simpáticamente descritos por H.P.B. con su cómica exageración, por lo que no necesito repetirlos. Una circunstancia que provocó mucha risa fue el que yo pidiera prestada la larga cadena de oro de H.P.B. y la usara a la manera del cordón del brahmán para completar mi parecido con ellos, mi ropa, como la suya, consistía solamente del dhoti desde la cintura hacia abajo, el torso quedando desnudo. Nuestro amigo europeo estaba similarmente ataviado, ¡pero H.P.B. respetuosamente declinó nuestra invitación burlesca de hacer lo mismo! El 2 de diciembre ella y yo, con Damnodar y Babula, fuimos en tren hasta Allahabad para visitar a los Sinnett, a quienes aún no conocíamos personalmente.

A la mañana siguiente llegamos temprano a Allahabad y fuimos recibidos por el Sr. Sinnett en la estación, junto con su coche, caballos, cochero y dos lacayos (*syces*) con elegantes libreas. La recepción de la Sra. Sinnett en la casa fue encantadora, y antes de que hubiera hablado una docena de oraciones sabíamos que habíamos logrado una amistad inapreciable. Estaban ese día entre los visitantes un juez de la Corte Suprema y el Director de Instrucción Pública, el Sr. A.O. Hume y la Sra. Hume vinieron a la mañana siguiente, la querida Sra. Gordon apareció el siete habiendo viajado una larga distancia para ver a H.P.B., y poco a poco fuimos relacionándonos a la mayoría de los angloindios del puesto que valía la pena conocer por su inteligencia y amplitud de mente. Algunos de ellos eran muy agradables, pero ninguno tan atractivo como los Sinnett y la Sra. Gordon, entonces en el esplendor de su belleza y chispeante de inteligencia. Pensé que había valido la pena viajar a la India para conocer a este trío. Y aún lo pienso.

Es de estricta etiqueta para los recién llegados a la India inglesa

visitar a los residentes, pero como H.P.B. no visitaba a nadie, aquellos que se interesaban por conocerla tenían que ignorar la costumbre y visitarla tan a menudo como quisieran. Nuestro tiempo estuvo muy ocupado con visitantes y cenas; la mención de esto último me recuerda un interesante hecho. Los Sinnett, H.P.B. y yo nos dirigíamos en coche para ir a cenar y teníamos que pasar a través de una parte de la ciudad que no habíamos visto antes. En el punto donde se cruzan dos calles, H.P.B. de repente se estremeció y dijo: «¡Dios mío! ¡Qué horrible sentimiento tengo! Parece como si un horrible crimen se haya cometido aquí y se derramó la sangre». Sinnett dijo: «¿Sabe usted dónde estamos?». «No tengo la menor idea», respondió ella, «¿cómo podría, siendo esta la primera vez que he salido de su casa?». Sinnett señaló entonces un gran edificio a nuestra derecha y le dijo que ese era la mismísima casa-establecimiento para comidas donde los oficiales de un determinado regimiento habían sido asesinados durante la cena por sus sepoys, durante el Motín. Esto sirvió como contenido para un pequeño discurso muy instructivo por parte de H.P.B. sobre la permanencia de los registros de los hechos humanos en la Luz Astral. Los Sinnett, el juez de la Corte Suprema y su familia y otros invitados a quienes los Sinnett contaron la historia tan pronto llegamos a la casa viven en Londres, y pueden corroborar mi relato. De hecho, este será el lugar apropiado para decir que, salvo los comparativamente pocos ejemplos donde H.P.B. y yo estábamos solos y que voy indicando según prosigo con la historia, sus fenómenos sucedieron en presencia de muchos testigos, la mayoría de los cuales, supongo, aún viven, y tienen todas las oportunidades para corregir cualquier afirmación errónea o exageraciones en las cuales, después de este largo tiempo, puedo incurrir involuntariamente. Al mismo tiempo, es satisfactorio saber que, aunque mis «Hojas de un Viejo Diario» han estado apareciendo en el *Theosophist* desde marzo, 1892, y han encontrado lectores y provocado correspondencia y comentarios editoriales por todo el

mundo, ni una sola negación de mis hechos se ha producido, ni una sola modificación sugerida, con excepción de la del Sr. Massey sobre algunos detalles del recuento de la mariposa-elemental, en uno de mis primeros capítulos. La convicción de mi ingenuidad se ha fijado innegablemente en muchas mentes debido a mis relatos, pero de estos críticos (NOTA: En el original en inglés, Olcott escribe *criticules*, lo cual parece ser un neologismo creado por él a partir de los vocablos *crítico* y *ridículo*.—*El Traductor*. FINAL NOTA), por ser ignorantes de los hechos, y posiblemente en la mayoría de los casos también de toda la ciencia física, su opinión no vale mucho. «La verdad es más extraña que la ficción», siempre, y aunque se ha vertido todo el descrédito posible sobre H.P.B. los bienes residuales de su crédito son abrumadoramente grandes.

Cuarenta y seis años de fenómenos mediumnísticos modernos no han enseñado aun a los científicos occidentales los principios de la ley de la relación con los espíritus, ni aquellas de la anomalía psicofisiológica. El modo auto-complaciente en que ellos discuten las capacidades de H.P.B. desde el punto de vista de su naturaleza moral personal constituye una triste prueba de su ignorancia de las lecciones enseñadas por Charcot y Liébault. No perderían su tiempo si dedicaran algunos meses también al estudio de la literatura oriental. Como un ejemplo de la falta de creencia prejuiciada de los científicos occidentales, ofrezco lo siguiente: Teníamos como invitado a cenar a un Profesor de Ciencia Física de la universidad local, individuo muy reconocido y encantador compañero. Discutía él con H.P.B. la teoría de los «golpeteos» y finalmente le pidió que produjera algunos. Así lo hizo ella en varias partes de la habitación, sobre el piso, las paredes, los cristales de las pinturas colgantes, sobre un periódico que le entregó el Sr. Sinnet o el profesor —me he olvidado cuál de los dos— y sobre la mano del profesor, a veces sin tocar siquiera la superficie que debería golpetear, sino por así decir,

lanzándole una corriente de fuerza psíquica desde lejos. Sinnett entonces colocó un gran cristal protector de reloj sobre la alfombra ante el fuego y ella golpeó sobre este. Finalmente, para ofrecer la mejor prueba posible de que su teoría (o más bien, la de Faraday, Tyndall y Carpenter) de que los golpeteos eran vibraciones mecánicas hechas por el empuje, deseado o intencional, del dedo del médium sobre el lugar, sugerí una prueba que fue aceptada. Hice que H.P.B. colocara las puntas de sus dedos contra uno de los cristales de una puerta que abría a la veranda, saqué la lámpara junto con el profesor, y la sostuve para que la carne de sus dedos estuviera bien iluminada y ella entonces produjo tantos golpes como los que él solicitó sucesivamente. Los dedos no se movieron de su lugar ni una pizca ni se contrajeron sus músculos, sino que él podía ver los nervios estremecerse antes de cada golpeteo, como si una fina corriente de fuerza nerviosa estuviera corriendo a través de ellos. El profesor no tenía nada que decir, salvo que todo era muy raro. Nos parecía a nosotros, sus amigos, como si no pudiera haber sido solicitada una prueba más conclusiva de su buena fe. Pero después el profesor la declaró como una tramposa. ¡Pobre hombre! Eso fue todo lo que ella obtuvo al tratar de ofrecer a un hombre científico los hechos sobre los cuales comenzar un estudio serio de psicología. Creo que la experiencia la disgustó tanto que se manifestó menos descosa que antes aun de tomarse el trabajo de convencer a esa clase de observadores.

Al día siguiente hablé ante una multitud sobre «La Teosofía y sus relaciones con la India». La presidencia la ocupaba el Sr. A.O. Hume, desde entonces conocido como «Padre de los Congresos», quien hizo una elocuente y excelente alocución, mucho mejor que la mía, pues H.P.B. estaba de mal humor ese día y me reñía incluso hasta el momento en que subimos a la tribuna, al extremo de que mi cerebro estaba confundido. Sinnett cuenta en sus *Incidentes*, etc., la ira con que iba en el coche de vuelta a casa. Escribe:

Apenas habíamos salido de los terrenos del pabellón en nuestro coche para regresar cuando ella abrió fuego contra él con excesiva amargura. El escucharla hablar sobre este tema a intervalos durante la velada, podría llevar a considerar comprometidas las aspiraciones de su vida... el Coronel Olcott aguantó todos estos berrinches con maravillosa fortaleza.

Por supuesto: yo amaba sus amorosas cualidades y sentía gratitud por haberme enseñado el sendero, y aguantaba su temperamento salvaje, pues el bien que ella estaba haciendo sobrepasaba todo sentido de sufrimiento personal. Pero había un decidido «método en su locura» que yo noté durante toda nuestra relación: ella maltrataba solo a sus más leales amigos, aquellos que ella sentía estaban tan apegados a ella y devotos a la Sociedad como para estar listos a soportar cualquier cosa; a otros como Wimbridge y demás a quienes puedo nombrar, y que ella sabía no soportarían tal tratamiento, nunca alzó la voz, ni les dirigió un epíteto. Parecía temer perderlos.

El 15 de diciembre fuimos con los Sinnett y la Sra. Gordon a Benarés, llegando a las 4 p.m. en tiempo. En la estación nos recibieron Damodar y Babula, y el Munshi (*Nota: Secretario, en persa.—El Traductor. FINAL NOTA*) del Maharajah de Vizianagaram, quien nos invitó en nombre de su señor ocupar una de sus residencias y ser sus huéspedes. Aceptando nos dirigimos al Ananda Bagh, un pequeño lugar que se levanta en un jardín de altas tapias sembrado con flores y árboles, en lechos cuadrados, y nos sentimos agradablemente acomodados. Swami Dayānand Saraswati nos aguardaba con cálidos saludos, y reparamos en que amablemente había supervisado que cada provisión se hubiera hecho para nuestra comodidad. Lucía muy delgado después de un ataque de cólera, pero este había refinado y espiritualizado su rostro notablemente. Se alojaba en un pequeño apartamento cerca de la entrada. El edificio principal comprendía muchas habitaciones pequeñas alrededor de un

gran salón central con un alto techo y ventanas de ático que daban al suelo escalonado. Pesadas cortinas colgaban entre ligeras columnas de mampostería entre los arcos en el frente, y pasándolas se salía a un estrado y un amplio tramo de escalera, todo de mampostería. Algunos sofás, una mesa de escribir y una docena de sillas comprendían el mobiliario del salón. Al caer la noche el aire era dulce con el perfume de las rosas, que venían del jardín, y la luna brillaba en amoroso fulgor en un estanque lleno de hierbas, con dos escalones que descendían al agua en ambos lados. El representante de Su Alteza, el erudito Dr. Lazarus había abastecido la casa para nosotros, traído sirvientes, y puesto dos coches a nuestra disposición.

Durante la velada surgió una fuerte discusión entre el Sr. Sinnett y H.P.B. sobre el tema de los fenómenos, insistiendo él con aparente razón, que si ella podía permitirse el gastar solo una cantidad dada de fuerza psíquica, debería utilizarla exclusivamente para hacer fenómenos ante los hombres de ciencia, bajo convincentes condiciones probatorias, pero ella rechazaba esto airadamente. Aunque me puse del lado de Sinnett, ella no se doblegaba, sino que destinó a toda la Real Sociedad a la perdición, aclarando que su experiencia en Allahabad había sido suficiente. Se separaron con reservas y Sinnett declaró que regresaría a la casa al día siguiente. La mañana trajo la paz, sin embargo, y fuimos a ver el palacio principal de Maharajah y el Durga Mandir, o celebrado Templo del Mono, donde innumerables simios traviesos eran alimentados y mimados. Esa noche, mientras nosotros y dos visitantes estábamos sentados en el salón de alto techo, cayeron fenoménicamente dos rosas entre nosotros y así todos éramos felices otra vez. Después de un temprano *Chota hazri* (té y tostadas) a la mañana siguiente todos fuimos al retiro de Majji (NOTA: Ya fallecida. FINAL NOTA), una muy conocida asceta femenina, erudita en la vedānta, que ocupaba un *guhā* (cueva excavada) con edificaciones sobre el suelo, en la margen del Gan-

ges, a una milla o dos abajo la ciudad de Benarés. Ella heredó este *asbrama* de su padre, junto a una casa en la ciudad y una extensa y valiosa biblioteca sánscrita. Es un delicioso lugar, temprano en la fresca mañana, lugar ideal para la tranquila meditación y el estudio. Situada al borde de la orilla, a cuarenta o cincuenta pies sobre el río, y abrigada por algunos grandes árboles, encontramos encantador el sentarnos en el estrado y establecer una conversación con esta destacada mujer: una de las muchas experiencias indias para las cuales la vida en los países occidentales nunca pueden prepararlo a uno. En esa época Majji parecía tener cuarenta años de edad, era de piel clara, con una tranquila dignidad y gracia de modales que imponía respeto. Su voz era tierna en el tono, su rostro y cuerpo regordetes, los ojos llenos de inteligencia y fuego. Rechazó mostrarnos fenómenos (siempre debe recordarse, nuestra primera petición en tales ocasiones), que H.P.B. y yo nos gustaría ver debido a la discusión de la noche anterior, pero sus razones para declinar todos las admitimos como suficientes, y la visita fue beneficiosa por sus efectos sobre nuestros buenos amigos. No sé si ella hubiera podido producirlos o no, pero siendo una sincera vedantina, habló muy enérgicamente sobre la locura de los anhelos de la gente por estas comparativamente distracciones infantiles, en lugar de disfrutar la calma deliciosa de reposar la mente con la realización de los ideales que describe la incomparable filosofía de Shankārachārya. Váyase adonde se desee por toda la India, siempre será la misma experiencia, los más ensalzados ascetas son aquellos que declinan exhibir aquellos poderes que puedan poseer salvo en circunstancias muy excepcionales. Los hacedores de milagros son considerados como de un grado mucho más inferior, principalmente como magos negros, y de por ello se dirigen a las clases más bajas en busca de patrocinio y notoriedad.

Los Sinnett se fueron a casa a las 2 p.m. Esa noche yo inicié a la

Sra. Gordon en la Sociedad con un simple ritual, en presencia de Swami Dayānand, y él le dio instrucciones para desarrollar los poderes yóguicos.

A la mañana siguiente, la Sra. Gordon y yo, acompañados por el Swami, fuimos hasta la Escuela para Niñas del Maharajah de Vizianagaram, la que nos fue mostrada por el Dr. Lazarus. Encontramos un gran número de niñas hindúes brillantes e inteligentes recibiendo instrucción, y su examen por parte del Swami fue muy interesante. Admiramos particularmente su escritura devanagari, la cual se hace sobre pizarras con un pedazo puntiagudo de madera mojado en una solución cremosa de tiza.

En la noche, el Swami, Damodar y yo examinamos juntos al ritual e hicimos muchas mejoras; pero en la práctica dudo si yo alguna vez he empleado la misma fórmula dos veces en los cientos de casos que yo he hecho de admisión en la sociedad. El ritual es en realidad, poco más que una seria explicación al candidato de la naturaleza de esta Sociedad, sus principios y objetivos, sus deberes para con los miembros, y los de estos a ella y a cada uno. Siempre me ha parecido que cuando un hombre pone el pie en el sendero no mundano para la búsqueda del ser más noble y los ideales más dignos de vida, es este el paso más importante que uno puede tomar, y la ocasión siempre me ha impresionado por su solemnidad. He admitido miembros en casi todas partes del mundo, y nunca he fallado en hacer una muy clara y franca explicación sobre la naturaleza de la empresa en la cual están emprendiendo.

Dos prestidigitadores musulmanes, infinitamente inferiores en cuanto al hacer de milagros (y que nunca existió) Govindaswamy descrito por Jacolliot (NOTA: Louis Jacolliot, abogado, juez colonial, escritor y conferencista francés del siglo XIX.—*El Traductor: FINAL NOTA*) se presentaron para mostrarnos sus habilidades. Además de los trucos habituales que todos hemos visto muchas veces, hicieron algunos que fueron novedosas y sorprendentes. Entre estos el detener mediante una orden esferas de madera moviéndose por una

fuertemente estirada cuerda perpendicular, y hacer que estas ascendieran o descendieran sin causa visible; el lanzar arena en una vasija de agua, tirar el agua y reproducir la arena perfectamente seca y la resucitación de una cobra luego de haber sido terriblemente mutilada por una mangosta y aparentemente muerta, tocándola con un pedazo de raíz seca. Esa misma tarde hablé a una multitud en el ayuntamiento; Babu Prāmada Dāsa Mitra, uno de los más respetados y altamente educados caballeros vedantinos de Benarés, ocupaba la presidencia y benefició al público con un luminoso discurso al final de mis observaciones. Mi tema fue las necesidades materiales y espirituales de la India, e ilustré las primeras exhibiendo una colección de las piezas en cobre grabado por las cuales es conocida la Ciudad Santa, y señalando la desaliñada ejecución como evidencia de la decadencia industrial que se había instaurado, y que esta requería ser atajada por el más querido interés de país. De hecho, escasamente uno de los bellos vasos o jarras revestidas se mantenía firme sobre la pulida mesa frente a mí, los revestimientos de las jarras estaban mal ajustados, las patas mal soldadas y las dos agarraderas de un vaso estaban colocadas en alturas desiguales. Desde entonces, el establecimiento por parte del gobierno de escuelas de arte ha hecho algo para mejorar las condiciones de las cosas, pero hay una furia por cosas baratas y tan poca voluntad para pagar por el acabado que nosotros en el oeste consideramos indispensable, que queda mucho sitio para el mejoramiento. Mi amable intérprete en esa ocasión fue Munshi Bhaktāwar Singh, de Shajahanpur. A la mañana siguiente causó sorpresa una visita de retribución que hizo Majji a H.P.B., pues, según se nos dijo era algo muy inusual en ella visitar a alguien salvo a su gurú, y nunca a un europeo. Yo estaba bajo una suerte de hechizo por esta mujer debido a los relatos que había escuchado, y de hecho siempre la he visitado cada vez que voy a Benarés; la última con la Sra. Besant y la Condesa Wachtmeister. Creo que fui el medio de conseguirle algunos firmes protectores, quienes han hecho innumerables actos de bondad y reverencia a ella, entre ellos, el amado fallecido Nobin K. Bannerji, de Berhampur, y sus asociados

en nuestro espléndido local de nuestra rama de ese lugar. Mantengo mi primera opinión de que ella fue un adepto por muchos años. En la época de su visita, recordad, era una completa extraña para nosotros y hasta donde sabíamos, nadie le había explicado lo que éramos, salvo nosotros mismos cuando la visitamos en su *ashrama*. Aun así le contó francamente a la Sra. Gordon, a Damodar y a mí, en ausencia de H.P.B., una maravillosa historia sobre esta última. Dijo que el cuerpo de H.P.B. estaba ocupado por un yogui que trabajaba hasta el límite de sus posibilidades para difundir la filosofía oriental. Era el tercer cuerpo así usado por él, y su edad total en los tres cuerpos era de 150 años. Cometió el error de decir que él había estado dentro del cuerpo de H.P.B. sesenta y dos años, y su edad solo de cuarenta y ocho: ciertamente un intento fallido. Siempre hablando como vedantina, aludía a sí misma como «este cuerpo», colocando una mano sobre su rodilla o en el otro brazo, decía la familia, los estudios, la residencia, las peregrinaciones o lo que fuera «de este cuerpo». Finalmente le pregunté por qué hablaba así y quien era. Dijo que el cuerpo que veíamos fue ocupado en su séptimo año por un sanyāsi y desde entonces había estado ocupado; este no había completado sus estudios de yoga y por ello volvió a renacer. En realidad «ella» era, por lo tanto, un «él» revestido con un cuerpo femenino, un caso paralelo al de H.P.B. Lo que es cierto es que el ocupante de su cuerpo tenía uno muy testarudo de manipular.

Esa misma noche ofrecí una conferencia en la Bengali School House a otro rebotante público, y las experiencias del día siguiente fueron tan interesantes que se les debe otorgar un capítulo aparte.





CAPÍTULO IX

FENÓMENOS Y PANDITS

En este nuestro primer año en la India, cada escena y experiencia tenía el encanto de la novedad y las disfrutábamos como niños. Después de todo, algo significaba el vernos transportados de repente de los prosaicos Estados Unidos y su atmósfera de loca prisa y competencia comercial, a la paz calmada y mental de la blanca India, donde los sabios gozaban de la estimación pública en primer lugar, y el santo era exaltado por encima de todos los príncipes. Es difícil que alguien no se sintiera afectado por la intoxicación del amor popular y la similar reverencia que recibimos, por las deliciosas conversaciones sobre filosofía y los ideales espirituales, por el contacto con elevados pensadores y destacados eruditos, por los siempre cambiantes y pintorescos incidentes diarios de nuestras andanzas. Yo, que había pasado por ese huracán social llamado Guerra de la Rebelión (NOTA: La Guerra Civil Norteamericana (1861-65).-*El Traductor*. FINAL NOTA) y las zozobras de un largo servicio público, fui conmovido a un grado tal que incluso ahora, con mi actual conocimiento de los pandits y sus costumbres, difícilmente me permite comprender, debido a una reu-

nión de la Sociedad Literaria de los Pandits de Benarés, convocada en mi honor el 21 de diciembre. El presidente era el Pandit Ram Misra Shastri, profesor de Shankya en la Universidad de Benarés, y sus colegas ocupaban los otros cargos. Fue una típica reunión oriental donde todos los presentes, salvo yo, estaban vestidos con la indumentaria india, y cada rostro representaba el más elevado tipo étnico ario. Al llegar fui recibido con todas las cortesías y conducido al sitio de honor por el docto presidente. Como entré desde el resplandor del sol, me tomó un poco de tiempo acostumbrarme a la luz tenue de la fresca habitación, pavimentada con ladrillos y en la cual el fino aroma de madera de sándalo y narciso llenaba el aire. En un perfecto silencio, roto solo por los sonidos apagados de los retumbantes vehículos y aquellos metálicos que producían los discos de cobre de los ekkas desde la lejana calle, me dirigieron alocuciones de bienvenida en inglés, sánscrito e hindi, expresivas del placer que los pandits de Benarés habían sentido al conocer el interés de nuestra Sociedad en la literatura sánscrita y la filosofía india, ofreciéndoseme una bienvenida de corazón y la promesa de su eterna simpatía y buena voluntad. En mi respuesta, aproveché la oportunidad para señalar el inmenso servicio que los pandits de Benarés podrían prestar, con la ayuda de graduados conocedores del inglés, a la causa de la enseñanza aria creando equivalentes sánscritos para los innumerables términos derivados del griego y el latín que se empleaban en los textos científicos. Por ejemplo, podrían crear sinónimos sánscritos para oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, carbón, electricidad, magnetismo, atracción y cohesión, gravedad, para los nombres de los elementos y compuestos químicos, para los de la biología, la botánica, la geología, etc., etc., etc. En la práctica ya había descubierto que cuando era traducido a una lengua vernácula india, en mis observaciones sobre la ciencia moderna y sus relaciones con la Ciencia Antigua, mis traductores solo pronunciaban las palabras técnicas sin traducir, y por ello sin transmitir, digamos a un pandit

ortodoxo que nunca había leído un libro científico occidental, la menor idea de lo que se trataba. El sánscrito era abundantemente rico en términos para significar cada objeto, substancia, condición física o mental, ley, principio, ideal, etc., relacionado con la filosofía, la psicología y la metafísica, y el occidente se vería forzado a, o acuñar nuevos equivalentes para ellos o incorporarlos en sus diversas lenguas al igual que, en su momento, la Sociedad Teosófica y otras agencias propagaron los puntos de vista orientales por el mundo. Pero para la India, la necesidad del momento era el hacer posible para cada estudiante universitario y para cada graduado, el comprobar por ellos mismos hasta qué punto el pensamiento ario estaba en armonía con los descubrimientos científicos modernos, cómo sus ancestros habían traspasado todo el campo del conocimiento, y cuán orgulloso y contento debería sentirse aquél que tuviera esa sangre, heredero de su sabiduría. Le siguió alguna conversación entre los pandits y yo, en la cual cité muchos ejemplos de la necesidad de contar con una nueva nomenclatura, con el resultado de que la Sociedad votó unánimemente para nombrar un comité filológico. También fui honrado por la elección como Miembro Honorario de la Sociedad, y la reunión terminó, después de las guirnaldas usuales, con el rociado con agua de rosas y la distribución de betel y pán. Al repasar las hojas del primer volumen del *Theosophist*, encuentro un ensayo escrito por el pandit Ram Misra Shastri sobre «La Daršana Vedanta» y del cual, para ofrecer una idea del gusto por la hipérbole de los orientales, me atrevo a citar lo siguiente:

Aquí en la tierra de Benarés, fragante, por así decir, con las reservas de conocimiento, llegó el Coronel Olcott con una mente gravemente deseosa de adquirir el conocimiento de las maneras, costumbres, ciencias y otras artes mecánicas de los antiguos arios, y habiendo establecido una amistad con los miembros de la Asociación Brahma-mritavarshini, mostró en la

reunión de la asamblea un gran aprecio por la filosofía india (los Darsana Shāstras).

Creo que, aunque ha nacido en tierra extranjera, es sin embargo un seguro nativo de la India, considerando que en él, el efecto de la relación antecedente original le ha mostrado la vida renovada, y ha hecho esfuerzos nada frecuentes por el bien de la India. Sin embargo, basta de esta serie de conjeturas. Permanece el hecho, no obstante, de que él ansía conocer la filosofía (las Darsanas) de nuestro país y, estando deseoso de propagarlas en países extranjeros el conocimiento de la Darsana Vedanta, solicita con ahínco y frecuentemente, contribuciones vedantinas a su famosa revista la cual, por así decir, juega el papel de la luna al expandir el loto de la sabiduría india.

Después de terminada la reunión fui a ofrecer mis respetos al Profesor G. Thibaut, Ph. D. (NOTA: Acrónimo de Doctor of Philosophy. En castellano, Doctor en Filosofía.—*El Traductor*: FINAL NOTA), Director de la Universidad de Benarés y antiguo alumno y *protégé* (NOTA: Protegido, en francés.—*El Traductor*: FINAL NOTA) del Profesor Max Müller. Lo consideré un hombre muy agradable, profundamente versado en sánscrito, pero sin pretenciosidad o pomposidad: en breve, un verdadero espécimen del *litterateur* (NOTA: Aficionado a la literatura, literato, en francés.—*El Traductor*: FINAL NOTA) alemán. De allí fui a ver al Sr. Wall, Alcalde y Recaudador local; este título nada significa para los occidentales, pero que aquí en la India designa al funcionario que gobierna casi despóticamente sobre más o menos millones de hindúes en un distrito dado y para quienes es a la vez la Providencia, el Júpiter Tonante y todos los dioses y diosas «envueltos en uno».

Esa noche había una luna gloriosa, que brillaba fuertemente en un cielo sin nubes. El Doctor Thibaut, los pandits de la universidad

sánscrita, Babu Pramādā Dāsā Mitra, Swami Dayānand, el Sr. Ram Rao, uno de los discípulos del Swami, Damodar, la Sra. Gordon, H.P.B., yo mismo y otros cuyos nombres no están registrados, nos sentábamos en sillas y sobre una gran alfombra india, colocada en la tribuna al final de los escalones, la luna convirtiendo nuestro blanco bungalow en un palacio marfileño y llenando de plata el agua del estanque de loto que se encontraba ante nosotros, y conferencí sobre temas arios. El Swami era, por supuesto, heterodoxo en cuanto a que negaba que la adoración de ídolos era autorizada por los Vedas, fuente primordial de toda religión inspirada, base del brahmanismo y en particular Babu Pramādā Dāsā y el Colegio de Pandits eran intensamente ortodoxos, es decir, idólatras; el lector podrá imaginar el calor y volubilidad del debate, al cual el Dr. Thibaut y nosotros los europeos ofrecimos una atención imparcial. De vez en cuando había que traducirle algo a H.P.B. y por lo tanto «metía baza», para nuestro gran regocijo, pues era tan deliciosamente ingeniosa y hablaba tan abiertamente que era irresistible. Lo que más nos hizo reír fue el hecho de que sus más cómicos arrebatos eran recibidos con solemnidad serena por los profesores hindúes, quienes quizás poseían una incapacidad congénita para las bromas y no podían formarse la menor idea de lo que esta prodigiosa mujer estaba queriendo decir. Ella, constatando esto, ¡se volvía hacia nosotros con ruidosa energía y maldecía a los otros por ser un fardo de tontos fanáticos!

Finalmente, algunos de los pandits se marcharon, y el resto de nosotros pasó adentro y continuó la conversación. Estábamos presentes H.P.B., la Sra. Gordon, el Dr. Thibaut, el Swami, Pramādā Babu, Ram Rao, Damodar, y yo. La conversación versó sobre el yoga. «Madam Blavatsky», dijo el Dr. Thibaut con su fuerte acento alemán «me dicen estos pandits que, sin duda, en los tiempos antiguos existieron yoguis quienes realmente desarrollaron los sidd-

his descritos en los Shāstras: que podían hacer cosas maravillosas; por ejemplo, hacer caer una lluvia de rosas en una habitación como esta, mientras que ahora nadie puede hacerlo». Le pido perdón a mis lectores por transcribir su acento y palabras de entonces, pero la escena regresa a mí tan vívidamente que casi puedo escucharlo hablar (NOTA: En el original en inglés, el Coronel Olcott escribe las palabras del sabio alemán con una ortografía que remeda el acento alemán. Esto resulta muy difícil de trasladar al castellano.—*El Traductor*: FINAL NOTA). ¡Puede vengarse la primera vez que me escuche hablar en alemán! Ahora lo veo, mientras estaba sentado en un sofá a la derecha de H.P.B., con su levita abotonada hasta su barbilla, su rostro intelectual y pálido tan solemne como si pronunciara una oración fúnebre, y su cabello cortado tan brevemente como era posible y erizado como púas por toda su cabeza. No había acabado de pronunciar la última palabra cuando H.P.B. se levantó de su asiento, lo miró despreciativamente y estalló: «Oh, dicen eso, ¿no?», «¿dicen que nadie lo puede hacer ahora? Bien, les mostraré, ¡y usted puede contarles de parte mía que si los modernos hindúes fueran menos aduladores de sus amos occidentales, estuvieran menos enamorados de sus vicios y fueran más como sus ancestros en muchos sentidos, no tendrían que hacer una confesión tan humillante, ni hacer que un viejo hipopótamo occidental de mujer tenga que demostrar la verdad de sus Shastras (NOTA: Reglas, en sánscrito.—*El Traductor*: FINAL NOTA)!», entonces, uniendo sus labios y murmurando algo, movió su mano derecha por el aire con gesto imperioso, y ¡he aquí! Sobre las cabezas del grupo cayó una docena de rosas, más o menos. Tan pronto como pasó la momentánea conmoción de sorpresa, le sucedió un arrebató para apropiarse de las rosas, pero Thibaut se sentaba tan derecho como un poste y parecía estar analizando el asunto, los pros y contras, en su mente. Entonces continuó la discusión con renovada vivacidad. El tema era la Sankhya y Thibaut interrogó mucho a H.P.B., ella contestó

tan satisfactoriamente que el doctor dijo que ni Max Müller ni otro orientalista le habían aclarado tanto el significado *real* de la filosofía Sankya como ella, y le agradeció muchísimo. Hacia el fin de la velada, en una pausa en la conversación, se volvió hacia H.P.B. y – siempre manteniendo fijos sus ojos hacia el suelo, de acuerdo a su costumbre– pidió, ya que no había tenido la suerte de quedarse con una de las rosas que habían caído tan sorpresivamente, ¿ser favorecido con una «como recuerdo de esta tan deliciosa velada»? Estas fueron sus palabras exactas. ¡Su pensamiento secreto era probablemente el que si la primera lluvia floral había sido un truco, ella no estaría preparada para un segundo, si se le tomaba por sorpresa! «Oh, sí, por supuesto», dijo ella, «todas las que quiera». Y haciendo uno de sus gestos, cayó otra lluvia de flores y una rosa realmente golpeó al doctor en la coronilla de su cabeza saltando a su regazo cuando él se sentó recto como un dardo. Yo lo estaba observando en ese momento y presencié todo el incidente. Su efecto fue simpático hasta el punto de hacerme estallar en carcajadas. Hizo un pequeño movimiento de sobresalto, abrió y cerró dos veces sus ojos, y después, tomando una rosa y mirándola fijo con imperturbable solemnidad dijo: «*El peso multiplicado por la velocidad prueba que debió venir de una gran distancia*». Allí hablaba el duro sabio, el erudito sin imaginación, que reduce toda la vida a una ecuación, ¡y expresa todas las emociones por signos algebraicos! Recordé la historia del embarazo de los estudiantes parisinos juerguistas, quienes habían vestido a uno de su grupo con un disfraz de toro y frotado fósforo sobre los ojos y labios para sorprender al erudito Cuvier en el campus de la universidad, y una oscura noche y lanzando mugidos saltaron ante él con la esperanza de darle un susto. Como todos saben, la leyenda cuenta que el gran naturalista simplemente se detuvo un momento, miró a la estúpida aparición, y dijo: «¡Tonterías! Cascos, cuernos, herbívoro», y siguió su camino, dejando a los emboscados estudiantes lo suficientemente humillados, de capa caída. Que sea tan

apócrifo como se desee este incidente de Benarés es la pura verdad, como todos los presentes atestiguarán.

Pero no hemos terminado con las sorpresas de la velada. Finalmente el Dr. Thibaut se marchó y yo lo acompañé hasta la entrada, donde levanté el purdha (cortina) para darle paso. Damodar me siguió con la luz, una lámpara de estudiantes para leer, con pantalla, varilla vertical en el cuerpo de la lámpara para deslizar la pantalla, y un anillo en la parte superior para transportarla. H.P.B. también dejó su asiento y se nos acercaba. El doctor y yo intercambiamos observaciones sobre la belleza de la noche, nos estrechamos las manos y él se volvió para salir. Justo estaba yo dejando caer la cortina cuando vi en el rostro de H.P.B. esta extraña mirada de poder que casi siempre precede un fenómeno. Llamé de vuelta a nuestro huésped y le señalé a H.P.B. quien no dijo una palabra hasta que tomó la lámpara de la mano de Damodar, la sostuvo con su dedo índice izquierdo, la miró fijamente, la señaló con su dedo índice derecho y con tono imperioso dijo: «¡Sube!», la llama creció y creció hasta que llegó al punto superior del conducto. «¡Baja!», dijo ella: lentamente descendió hasta que casi se consumió en el pabilo. «¡Sube!», exclamó, «arriba: te lo ordeno». La obediente llama subió una vez más hasta la salida del conducto. ¡«Abajo!» gritó, y otra vez se hundió hasta el final, casi al punto de extinguirse; después devolvió la lámpara a Damodar, se inclinó hacia el doctor y se fue a su cuarto. Se trata, una vez más, de un relato nada exagerado de lo que realmente sucedió en nuestra presencia. Si el escéptico explica los incidentes de la lluvia de rosas mediante la teoría de la confabulación (NOTA: Debí haber mencionado que cuando cayeron las dos rosas en presencia del Sr. Sinnett (véase Cap. VIII), él y yo corrimos al momento a la escalera que conducía al tejado, y buscamos allí a cualquier posible confabulado escondido. No encontramos a nadie. FINAL NOTA) al menos aquí está un ejemplo de fenómeno genuino al

cual no se aplica la teoría del fraude. Ella dijo que se trataba de algo muy simple: un Mahātma estaba allí, invisible a todos salvo para ella, y él solo había ajustado la lámpara arriba y abajo según pronunciaba las palabras. Esta fue una de las dos explicaciones dadas por ella en ocasiones diferentes, la otra era que tenía poderes sobre los elementales del fuego, y que estos obedecían sus órdenes. Pienso que este es el más probable de los dos. En cuanto a los hechos, son indiscutibles, y cada cual es libre de aportar su propia teoría sobre ellos. Para mí, el incidente fue uno más en la larga serie que difunden la posesión por su parte de reales y extraordinarios poderes psíquicos; sobre estos hechos puedo volver siempre que su buena fe sea retada por sus críticos, o impugnada por sus propias indiscreciones de lenguaje o acciones. Aquí los amigos íntimos creen en ella a pesar de sus numerosos estallidos de temperamento, cuando se declaraba dispuesta a gritar desde los techos de las casas que no existían los mahātmas, ni los poderes psíquicos, y que simplemente nos había engañado desde el principio. ¡Hablad de duras pruebas y viacrucis! Dudo si cualquier neófito, postulante o discípulo, alguna vez tuvo que sufrir algunos más feroces que nosotros. Parecía disfrutar el volvernos locos con sus caprichos y auto-acusaciones, conociendo que para nosotros la duda era imposible debido a nuestra experiencia con ella misma. Esto es lo que me hace dudar en darle el menor valor a su llamada «Confesión» a M. (NOTA: En este caso y en adelante, siempre que aparezca la letra M mayúscula antes de un nombre propio, y a menos que se especifique otra cosa, se trata de la abreviatura de Monsieur (Señor, en francés).—El Traductor: FINAL NOTA) Asakov de haber tenido un pasado turbulento y deshonesto. De hecho, he conservado durante años un fajo de viejas cartas que prueban su inocencia en cuanto a una cierta grave falta de la cual se le acusó, y de haber sacrificado ella deliberadamente su propia reputación para salvar el honor de una joven señora que había tenido mala suerte. Pero mejor no continúo con más digre-

siones. El tiempo vindicará la memoria de esta muy infeliz víctima de la injusticia social, y entre tanto, sus libros y sus enseñanzas se mantienen como su monumento imperecedero. Mis recuerdos de esos largos años de trabajo común, sus luchas, tristezas y éxitos, ayudarán a mostrarla en su verdadero carácter y aunque escritas con el candor del historiador, espero que también reflejen el espíritu de amorosa amistad que anima a su autor.

Después que nuestros visitantes se hubieron marchado, el Swami se sentó con nosotros, explicando a la Sra. Gordon la filosofía de tales fenómenos según nos habían sido mostrados. Una nota en mi diario me recuerda el intenso interés con el cual habíamos observado a H.P.B. mientras estos sucedían, y no importa lo que él haya dicho después, cuando decidió romper con nosotros; no existe la menor duda en cuanto a que estuvo completamente satisfecho de su veracidad en aquél momento.

La Sra. Gordon partió para su casa a la mañana siguiente. El Dr. Thibaut vino y se detuvo hasta que llegó la hora de tomar el tren, llegamos a tiempo a Allahabad para la cena y pasamos una tranquila velada con nuestros amables amigos, los Sinnett. Al día siguiente un caballero hindú nos ofreció una recepción a H.P.B. y a mí en la ciudad, en el Allahabad Institute; yo hablé sobre «La antigua Aryavarta (NOTA: Nombre de la India en la literatura clásica sánscrita. –*El Traductor*. FINAL NOTA) y la India moderna», la cual provocó varias acogidas fervorosas al final, y un voto de agradecimiento, con las obligatorias guirnaldas y el rociado de agua perfumada. H.P.B. también fue instada a hacer un breve discurso, y lo hizo admirablemente.

Visitantes, conversaciones, cenas y reuniones nocturnas en la casa llenaron los pocos días que nos quedaban en «Prayāg», la ciudad santa, como solía ser llamada Allahabad. El 26 de diciembre recibí al Sr. y a la Sra. Sinnett como miembros, la ceremonia resul-

tó inusualmente interesante por una voz que contestó «Sí» a mi pregunta sobre si los maestros escucharon los compromisos de los candidatos y aprobaban su admisión en la sociedad. En verdad, los eventos han probado con largueza el valor de su entrada a nuestra entonces pequeña membresía. El día 30, a las 8 p.m., partimos para Bombay después de esta muy deliciosa visita, pasamos dos noches en el tren y llegamos a casa el Día de Año Nuevo, 1880. El mismo día del año anterior, éramos sacudidos en el tormentoso Atlántico, anhelando Bombay. Nuestra vida india comenzó entre nubes, traición, y desengaño, ¡el año terminaba con brillantes promesas para el futuro! Se ganaron amigos, se sobrepusieron los obstáculos, los enemigos fueron confundidos, se fundó nuestra revista, se hicieron más fuertes los lazos que iban a atarnos de por vida a la India y a Ceilán. El 31 de diciembre escribí: «Este día tenemos 621 suscriptores al *Theosophist*», y no importa cuán despreciable pueda parecer a los occidentales, acostumbrados a las maravillosas estadísticas de sus publicaciones, pues se trataba de una respetable circulación para la India, ¡donde los principales periódicos de Calcuta, Bombay y Madrás solo tienen de 1.500 a 2.000 nombres en sus registros de envíos postales!

La primera reunión formal de la Sociedad Teosófica, como cuerpo, en la India se llevó a cabo el 4 de enero, 1880 en la biblioteca.

El creciente asunto del *Theosophist* nos daba muchísimo que hacer, pues al ser demasiado pobres para contratar ayudantes, teníamos que hacer los envoltorios, poner las direcciones y realizar el empastado, así como los deberes editoriales. A lo que había que agregar la creciente correspondencia que atender, por lo que rara vez me iba a la cama antes de una hora tardía. Ese mes la revista comenzó a rendir beneficios.

Para mantener el interés de nuestros miembros emprendí una serie de conferencias semanales en la biblioteca sobre mesmeris-

mo, psicometría, lectura de cristales y temas afines, con ejemplos experimentales. Los traté todos desde el punto de vista de su valor como evidencias en cuanto al problema de la conciencia superior del hombre. Muchos de nuestros miembros demostraron ser excelentes sensitivos, y la concurrencia fue siempre grande.

El 15 de enero recibimos desde Rusia las noticias de que la primera carta india de H.P.B. sobre las *Grutas y Selvas del Indostán* había causado un gran revuelo; todo el mundo hablaba de ello. El 1ro. de febrero todos fuimos testigos de una actuación especial por parte estudiantes de la Universidad de Elphinstone, se trataba de una obra llamada «Harischandra» que mucho nos interesó. Para nosotros, occidentales, este relato no fue solo novedoso y pintoresco, sino que también vimos desarrollado en este drama el indudable prototipo de la historia bíblica de Job. De esta forma, nosotros, los pocos del más allá del Mar Rojo, conocimos la historia puránica de Harischandra, de la cual estoy tentado a reproducir el siguiente breve sumario tomado de la *Historia de los Hindúes* de Ward, con una importante observación, sin embargo: La historia, tal como se cuenta en el *Harischandropākhyāna*, recita que una suerte de apuesta se hizo entre los dos grandes Rishis, Vashishta y Vivāmitra, sobre la inflexible virtud del rey Harischandra: el uno declaraba que este era el más perfecto entre los mortales, el otro replicaba que nunca había sido probado verdaderamente. Si tuviera que sufrir las miserias del hombre común, su virtud hubiera colapsado. La disputa terminó con un arreglo en el cual Visvāmitra quedaba libre para asediar al rey hasta que estuviera satisfecho en cuanto a su mérito preeminente. La historia tomada por el misionero Rev. Ward se encuentra en el *Markandeya Purāna*. Su omisión de no advertir las semejanzas con la casi idéntica historia de las tentaciones y victoria de Job es bastante divertida. He aquí su versión:

El reino de Hiraschandra se extendía sobre toda la tierra, el rey

era tan famoso por su liberalidad que Visvāmitra, el sabio, deseoso de ver hasta donde llegaba, fue a verlo y le pidió un obsequio. El rey le prometió otorgarle lo que le pidiera. El sabio le pidió su reino y le fue otorgado. Después le pidió las remuneraciones que acompañan al regalo, lo cual el rey prometió entregarle en un mes. ¿Pero dónde iba a residir el rey pues le había entregado la tierra a Visvāmitra? Este le ordenó ir a Benarés, que no era considerada como parte de la tierra. Visvāmitra, rompiendo un pequeño trozo de tela en tres pedazos las dividió entre el rey, la reina y su hijo, y la familia partió; el rey intentó llevarse una copa de oro, pero Visvāmitra se lo impidió. Llevaban casi un mes de camino hacia Benarés, cuando justo al llegar, Visvāmitra vino a pedir la remuneración. El rey preguntó de dónde la podría obtener, ya que le había entregado todo, y el sabio le ordenó que vendiera a su esposa. La compró un codicioso brahmán, quien solo la alimentaba una vez al día. Visvāmitra se quejó entonces de que la suma obtenida por la venta de la reina era demasiado pequeña, y rechazó aceptarla. Entonces el rey fue llevado al mercado, con una brizna de yerba en su cabello, lo que indicaba que estaba en venta, lo compró un hombre de la casta más baja y lo hizo cuidador de cerdos y encargado del lugar donde se incineraba a los difuntos. Con el dinero así obtenido, el emolumento fue pagado y Visvāmitra regresó a casa.

El hijo de Harischandra permaneció en la casa del brahmán con su madre, pero este último, decidiendo que el niño no iba a vivir pezosamente, lo enviaba diariamente a recoger flores en un bosque, cerca de la choza construida con hojas de un ermitaño, donde otros chicos hacían lo mismo, estos arruinaron los árboles e hicieron mucho daño, por lo que el ermitaño les prohibió una vez, dos veces, tres veces, pero ellos aún seguían obstinados. Finalmente pronunció una maldición para el siguiente niño que se atreviera a desobedecer, y el hijo de Harischandra pronto fue mordido por una ser-

piente y murió. La acongojada madre le rogó al brahmán, su señor, que como eran de la casta ksatriya el cadáver no debía ser lanzado al río. El brahmán prometió enviar madera para quemar el cuerpo, la madre llevó a su hijo al lugar donde se quemaba a los muertos, lo colocó en el suelo y comenzó a llorar amargamente. Harischandra fue despertado por sus gritos y dirigiéndose al lugar, vio a una mujer que había traído un cadáver para incinerar. Le pidió el precio usual por la incineración. En vano ella argumentó que era una pobre viuda y no tenía nada para dar; él le pidió que rasgara la tela con que se vestía y le diera la mitad, y estaba a punto de golpearla con una barra de hierro cuando ella, llorando, comenzó a contarle su historia miserable, su decadencia, que ella era la esposa del rey Harischandra y que el niño muerto era su hijo. Todos los sentimientos de horror, tristeza y amor, surgieron a la vez de su corazón y confesó a la pobre madre destrozada que él era su esposo, el padre del niño muerto, que él era Harischandra. La mujer era incapaz de creerle, pero él le contó algunos secretos de cosas que habían pasado entre ellos cuando eran el rey y la reina, por los que ella supo que él debía ser Harischandra. Entonces le puso al hijo muerto en sus brazos y ambos se sentaron y lloraron amargamente. Finalmente, resueltos a incinerarse ellos mismos junto al niño, prepararon el fuego, y ya estaban a punto de lanzarse en él, cuando Yama e Indra se presentaron y le aseguraron a Harischandra que ellos habían asumido esas formas y lo habían conducido por esas situaciones para poner a prueba su piedad, con la cual ahora estaban completamente satisfechos. Resucitaron al niño y enviaron al rey y a la reina a tomar posesión de su reino.

La trama de la obra que vimos representada seguía las líneas del *Harischandropākhyāna*, se levantaba la cortina en el prólogo en una escena en el cielo de Indra con los dos Rishis debatiendo, y caía con la salida de Visvāmītra para ir a probar a Hirschandra. A cada cual

su gusto, pero me parece un mucho mejor comienzo que el relato que se ofrece en Job 1, 6 al 12; pues aquí hay dos iguales, adeptos humanos avanzados apostando juntos, mientras que en el otro caso el demonio invade impunemente la presencia de Dios, se mofa en Su rostro sobre la virtud falsa de Su devoto servidor, y en lugar de ser maldecido al momento, ¡realmente logra que el «Señor» le otorgue al «Adversario» el poder para la vivisección moral del hombre más merecedor, pio e inocente!

El aniversario del desembarco de nuestro cuarteto en Bombay –15 de febrero– fue celebrado trabajando todo el día, salvo cuando había que recibir visitantes; el Sr. William Scott, D.P.W. (NOTA: Acrónimo de Department of Public Works. En castellano, Departamento de Obras Públicas.–*El Traductor*. FINAL NOTA), cenó con nosotros, y yo pegado a mi escritorio hasta las 2 a.m.

Por esta época propuse la institución de una Medalla de Honor. El siguiente extracto del *Theosophist* de marzo, 1880, muestra el objetivo perseguido:

Dicha medalla será de plata pura y confeccionada con monedas indias derretidas para este propósito, y será convenientemente grabada, estampada, tallada o repujada con un aparato para que sea expresiva de su alto carácter como una Medalla de Honor. Será concedida anualmente por un comité de eruditos nativos, designados por el presidente, al autor nativo del mejor ensayo relacionado con las antiguas religiones, filosofías o ciencias, dándose la preferencia, si todos resultan iguales, a la rama oculta o mística de la ciencia según la conocían y la practicaban los antiguos.

Fue seleccionado un admirable comité, y la oferta publicada en varias ocasiones, pero ninguno de los ensayos enviados se consideró digno de tal distinción. Babu S.K. Ghose y otros amigos me

enviaron monedas indias muy antiguas con este propósito, y aún están bajo mi custodia. El objetivo, sin embargo, se cumplió sustancialmente por la fundación de la Medalla T. Subba Row en la Convención de 1883, que fue otorgada al juez P. Sreenivasa Row, Mme. H.P. Blavatsky, el Sr. G.R.S. Mead, y la Sra. Annie Besant, por publicaciones teosóficas especialmente meritorias.

El 4 de marzo, una dama europea del norte de la India, esposa de un alto funcionario militar fue admitida en la Sociedad, y yo menciono el hecho solo para recordar una circunstancia que muestra la total falta de relaciones sociales entre las dos razas. Después que la ceremonia de admisión de la candidata concluyó, le solicité a varios de nuestros más inteligentes miembros hindúes y parsis que expresaran cualquier sentimiento de buena voluntad y hermandad que quisieran que la nueva dama miembro transmitiera a nuestros colegas en Londres. Los Sres. Scervai, Deshmukh, Mooljee, Patwardhan y otros hicieron cortos discursos, y sus opiniones fueron ofrecidas con excelente gusto y perfecto inglés. La Sra. M. estaba «asombrada y encantada» –así dijo– por encontrar tanta inteligencia entre los nativos. ¡En sus dieciocho años de residencia en la India nunca le había hablado a un hindú salvo sus sirvientes! Ella, la esposa de un alto funcionario. Una adquisición mucho más importante para nuestra membresía fue la de Khan Bahadur N.D. Khandalavāla, uno de los hombres más capaces de nuestras listas, quien fue admitido en una reunión especial de la Sociedad el 9 de marzo. La solicitud para la membresía del Barón J. Spedalieri, de Marsella, uno de los más eruditos kabalistas de Europa y alumno principal del difunto Eliphaz Levi, nos llegó el 19 del mismo mes. El mismo mes nos trajo a un Recaudador y Alcalde del Punjab, un C.S. (NOTA: Acrónimo de Civil Service. En castellano, empleado del servicio civil.–*El Traductor*: FINAL NOTA) como candidato. En la noche del 25, H.P.B., Damodar y yo tuvimos una experiencia

del más delicioso tipo, que he contado de memoria en otros lugares, pero que ahora debe ser repetida en su lugar apropiado según mis notas escritas en mi diario la misma velada.

Los tres nos dirigíamos en el abierto faetón que Damodar le había regalado a H.P.B. hasta el punto más alejado de la calzada conocida como Worli Bridge, para disfrutar de la fresca brisa del mar. Estallaba una magnífica tormenta eléctrica, pero sin lluvia, con relámpagos tan vívidos que iluminaban los alrededores como si fuera de día. H.P.B. y yo fumábamos y todos hablábamos acerca de esto y aquello, cuando escuchamos el sonido de muchas voces viniendo de la orilla del mar a nuestra derecha, de un bungalow situado en una calle transversal no lejos de la esquina donde estábamos sentados. Entonces aparecieron un par de hindúes bien vestidos, riendo y conversando, nos pasaron y subieron a sus coches, colocados en línea en la calle Worli, y se dirigieron a la ciudad. Al verlos, Damodar, quien estaba sentado con su espalda hacia el río, se paró y miró desde el coche. Mientras el grupo de los sociables amigos venía por el costado de nuestro vehículo, silenciosamente tocó mi hombro y con la cabeza me indicó que mirara en esa dirección. Me levanté y vi detrás del último grupo una figura humana que se aproximaba sola. Como las otras estaban vestida de blanco, pero el blanco de sus vestidos hacía parecer gris el de los otros, como la luz eléctrica hace parecer opaca y amarilla a la más brillante luz de gas. La figura era una cabeza más alta que el grupo que le precedía, y su paso el mismísimo ideal de la graciosa dignidad. Cuando se acercó a la distancia una cabeza de nuestro caballo, se desvió del camino en nuestra dirección y ambos, por no decir nada de H.P.B. vimos que se trataba de un Mahātma. Su blanco turbante y vestidura, la masa de cabello negro cayendo de sus hombros y su barba espesa, nos hizo pensar que se trataba de «el Sahib» (NOTA: Vocablo de origen árabe o turco que significa «señor».-*El Traductor*: FINALNOTA),

pero cuando llegó al costado del coche y se detuvo a no más de una yarda de nuestros rostros, y puso su mano sobre el brazo izquierdo de H.P.B. que lo descansaba en el costado del vehículo y nos miró a los ojos y respondió a nuestros reverenciales saludos, vimos entonces que no era él, sino otro, cuyo retrato llevaba H.P.B. más tarde en un gran medallón de oro y que muchos han visto. No dijo una palabra, sino que silenciosamente se movió hacia la calzada, no poniendo atención, ni al parecer notado por ninguno de los huéspedes hindúes mientras seguían en sus carruajes hacia la ciudad, Los resplandores recurrentes de luz eléctrica lo iluminaron mientras estaba junto a nosotros, y su alta forma se mostraba contra el horizonte y la negra tierra de la calzada, yo también advertí que una lámpara del último de los coches lo iluminó en altorrelieve cuando estaba a unas cincuenta pies de nosotros y en la calzada. No había árbol ni arbusto que lo ocultara de nosotros, y podéis creer, lo mirábamos con intensa concentración. Un instante lo vimos, el siguiente se había marchado, desaparecido, como una de las luces de los relámpagos. Bajo la presión de la excitación salté fuera del coche, corrí al lugar donde le vimos por última vez. No vi nada salvo la calle vacía y la parte trasera del coche que acababa de partir.





CAPÍTULO X

PRIMER VIAJE A CEILÁN

Observad que el incidente descrito al final del último capítulo ocurrió la noche del 25 de junio, 1880. El día 28, tres días después, los Coulomb llegaron a Bombay desde Ceilán y a invitación nuestra, se instalaron temporalmente con nosotros. El cónsul francés en Galle y otras personas caritativas habían costeadado su boleto, y habían desembarcado casi sin un centavo. Él tenía una caja de herramientas y entre ambos, algunos harapos como ropa. Se convino que se quedarían con nosotros hasta que se le encontrara un empleo al hombre, después de lo cual se instalarían por su cuenta. Bajo este acuerdo le pedí a mis amigos que se emplearan buscándole un trabajo, y poco después tuvieron éxito consiguiéndole un puesto de maquinista en un molino de algodón. Pero no permaneció allí mucho tiempo, pues tuvo un disgusto con el dueño y abandonó el puesto. Me pareció un hombre de temperamento inquieto y difícil de complacer en materia de empleadores y como no apareció ningún otro empleo, él y su esposa simplemente siguieron con nosotros, sin ningún plan definido para el futuro. Era

un mecánico inteligente y ella una mujer práctica, preparada para el trabajo duro, y como ambos trataron de hacerse útiles y yo podía entenderme con ellos tratándolos amablemente, fueron admitidos en la familia. De ninguno de los dos escuché una palabra negativa sobre la conducta de H.P.B. en El Cairo; todo lo contrario, parecían sentir el mayor respeto y afecto por ella. En cuanto a estar relacionados con cualquier fraude solapado en cuanto a los fenómenos, nunca pronunciaron una palabra al efecto ni ofrecieron una pista a ninguno de nosotros. Así, en lo que concierne a sus aseveraciones posteriores en el panfleto compilado para ella por los Misioneros de Madrás (ella no podía escribir gramaticalmente una oración en inglés) en cuanto a que ella y yo hacíamos trucos para H.P.B. junto con otros, produciendo falsas apariciones de mahâtmas con un arreglo de bolsas y percal, no tengo una partícula de evidencia que me haga creerlo. Puede ser de otra manera, pero creo que esas historias son francas mentiras, contadas por ella debido a algún lamentable rencor femenino.

Si los mahâtmas que vimos en Bombay después que llegaron los Coulombs fueron solamente M. Colulomb disfrazado con pelucas y falsas cabezas, ¿qué era el hombre que vimos en Worli Bridge, tres días antes de su llegada, como se describió en el último capítulo? Ciertamente no M. Coulomb. Entonces, si la figura era un mahâtma real, que podía desaparecer de la vista y cuyos rasgos pudimos distinguir mientras se detenía a una yarda de nosotros en la claridad del vívido relámpago, en la calle, ¿por qué las figuras que vimos en y alrededor de la casa, más tarde, no podían haber sido también mahâtmas? De cualquier manera, incluso si H.P.B. hubiera sido una mujer ordinaria, no dotada de poderes psíquicos, hay que darle el beneficio de la duda. Tal beneficio siempre se lo otorgaré, y así también lo hacen otros de sus íntimos. Dejémoslo ahí.

Primero y último, todos nuestros miembros destacados recor-

darán la escena de mi drama histórico. La entrada del 9 de abril (1880) dice: «un hombre interesante nos visitó hoy, con una carta de presentación del Sr. Martin Wood, editor del *Bombay Review*. Su nombre es Tookaram Tatyá. Es un comerciante de algodón, habla bien el inglés, es muy inteligente, dice que está profundamente interesado en yoga». Así comenzó mi amistad con un caballero que es ahora conocido a través de todo el mundo, entre nosotros, como uno de los trabajadores más infatigables en la Sociedad. Se había mantenido reservado y nos observaba escéptico sobre nuestra venida a la India con buena fe. Su conocimiento de los europeos no le había llevado a creer que personas de nuestro calibre podrían abandonar sus intereses en casa simplemente para aprender filosofía oriental; algún engaño debería existir en el fondo del asunto. Pasó un año y el primer cuarto del segundo, nadie había descubierto nada sobre nosotros y como estaba profundamente interesado en los temas que nos ocupaban, determinó venir y ver por sí mismo que tipo de gente éramos en realidad. Nunca olvidaré la entrevista privada, en la que pareció que nos habíamos conocido durante años y donde terminó ofreciéndome sus respetos en la verdadera manera oriental.

El estilo de nuestros miembros como masa, en aquella época, se puede inferir de una entrada de uno de aquellos días de abril:

Se celebró una reunión de la S.T., y yo hice que cada uno de los presentes expresaran sus opiniones con respecto a la mejor manera de incrementar el interés por la Sociedad. Se acordó citar para una reunión general. Pero no servirá para nada pues, de todos los miembros, ya sea aquí, o en Europa o en los Estados Unidos, solo hay una guardia corporal de teósofos reales: el resto son solo cazadores de milagros.

Difícilmente se pueda decir esto ahora, en vista de la enorme

cantidad de trabajo desinteresado que se está haciendo en Gran Bretaña, Suecia, España, los Estados Unidos y Ceilán, por no mencionar a la India, Australia y otras partes. Pero al mismo tiempo, no se puede negar que una gran cantidad de trabajo duro también se ha hecho, a través de todos estos años, bajo el acicate de la esperanza de una relación más cercana con los mahâtmas y quizás, el de alcanzar un cierto grado de poderes similares a los de H.P.B. Pienso que este anhelo ha hecho que cientos de dignas personas hayan sido víctimas fáciles de diáfanos embauques como el «H.B. de L.» y muchos por parte de pretendientes espirituales conscientes o inconscientes. Esta devoción, cuando se extingue, la paga muy caro la Sociedad, al descubrir esa ilusión que ha hecho caer a las víctimas bajo la ciega y exagerada fe en apariencias y promesas. Pues de ardientes amigos usualmente se trasforman en virulentos oponentes.

En esta época estábamos pasando por la desagradable fase de nuestras relaciones con Swami Dayānand. Sin la menor causa, su actitud hacia nosotros se hizo hostil, nos escribía cartas exasperantes, después las modificaba, de nuevo cambiaba su tono, y así nos mantenía perpetuamente bajo tensión. El hecho es que nuestra revista no era para nada un órgano exclusivo de la Arya Samaj, ni podíamos consentir en mantenernos alejados de los budistas o parsis, como él casi insistía que hiciéramos. Evidentemente quería forzarlos a escoger entre la continuación de su patrocinio y la fidelidad a nuestro declarado eclecticismo. Y elegimos, pues no íbamos a rendir nuestros principios por cualquier equivalente que fuera.

Se determinó una visita de nuestro grupo a Ceilán, larga y urgentemente solicitada por los principales sacerdotes y laicos de la comunidad budista, y los preparativos nos ocuparon todo el mes. Debíamos dejar listos por adelantado los contenidos para dos o tres números del *Theosophist*, y mi diario registra el trabajo nocturno que tuvimos que hacer. Para ahorrar en gastos se determinó que

iríamos H.P.B., Wimbridge y yo, mientras que la Srta. Bates y los Coulomb se quedarían detrás para cuidar los cuarteles generales. Como la Srta. Bates era una solterona y Mme. Coulomb una experimentada ama de casa, tuve la desafortunada idea de transferir el manejo de la casa de la última a la primera. ¡Quince años manteniendo una casa no me habían enseñado la locura de ofrecer a una recién llegada la oportunidad de «ser la jefa» sobre la otra mujer! Ahora lo sé.

Entre otras cosas, hubo que hacer escarapelas para nuestra delegación, pues a H.P.B. le gustaban esas cosas. Fue para este viaje que la escarapela plateada con el centro dorado, que ahora lleva la Sra. Besant, se diseñó para el uso de H.P.B., la mía era algo más hermosa y las del resto del grupo más sencillas. Otro asunto mucho más serio fue la organización de la S.T. de Bombay, la noche del 25 de abril: la pionera de todas nuestras ramas indias, de hecho, de nuestras ramas orientales, y la tercera en la lista de toda la Sociedad, sin contar la de Nueva York, la cual era aún la Sociedad, Las dos ramas más antiguas que aquella de Bombay son la Británica, ahora Logia de Londres y la Jonia, de Corfú. Los primeros cargos de la Rama de Bombay fueron ocupados por el Sr. Keshow N. Mavalankar, *Presidente*; los Sres. Gopalrao Hari Deshmukh y K. N. Seervai, *Vice-Presidentes*; Framroz R. Joshi, *Secretario*; Krishnarao N. Mavalankar; *Tesorero*, Edward Wimbridge, Mooljee Thackersey, y los Sres. Patwardhan, Warden y Jabouli, *Consejeros*. El Sr. Tookaram Tatyá, habiendo superado toda su desconfianza, fue completamente aceptado en la membresía en la reunión del 2 de mayo.

Estando todo listo, embarcamos el 7 de mayo en un vapor costero de la British India para Ceilán. El grupo consistía en los dos fundadores, el Sr. Wimbridge, Damodar K. Mavalankar, Purushotam y Panachand Anandji (hindúes), Sorabji J. Padshah y Ferozshah D. Shroff (parsi): todos, salvo los tres primeros, eran delegados de la

rama de los budistas singaleses y portadores de saludos fraternales, expresivos de la amplia tolerancia de nuestra sociedad en asuntos religiosos. La esposa del Sr. Purushotam, dama delicada y frágil, acompañaba a su esposo, y Babula nos atendía como criado.

Creo que éramos los únicos pasajeros a bordo, y estando el barco limpio, los oficiales agradables, la temperatura buena y llenas de interés las visitas diarias a los puertos a lo largo de la costa occidental, disfrutamos el viaje como si fuera sobre un gran yate privado. H.P.B. estaba de muy buen humor y así mantuvo a todo el mundo. Apasionada de los juegos de cartas, pasó horas diariamente jugando al Nap (NOTA: Abreviatura del juego de cartas conocido como Napoleón.—*El Traductor*. FINAL NOTA) con los oficiales del barco, exceptuando al capitán Wickes, a quien el código de etiqueta naval le prohibía jugar con sus subordinados. El ingeniero jefe, un tal Sr. Elliot, pronto se convirtió en un gran favorito de H.P.B. y el último día del viaje hizo para él el fenómeno de la sustitución de su nombre por el suyo en el bordado de su pañuelo. Yo estaba presente y lo vi. Habían finalizado una partida de Nap y estaban charlando sobre estos supuestos poderes psíquicos y Elliot era especialmente incrédulo sobre la posibilidad de este fenómeno de cambiar un nombre bordado por otro en un pañuelo. Esto *a propósito* (NOTA: A propósito, en francés.—*El Traductor*. FINAL NOTA) de lo que H.P.B. había hecho para Ross Scott el día de nuestra llegada a Bombay, acerca de lo cual le habían contado. Le rogó una y otra vez que lo hiciera para él, ella al final consintió y entonces lo hizo allí mismo, mientras todos estábamos sentados en cubierta, bajo el abrigo de un toldo. Pero cuando Elliot abrió su mano en la cual había sostenido el pañuelo durante el experimento, ponía Eliot en lugar de Elliot. Ahora, en el veraz panfleto de Mme. Coulomb, se asevera que H.P.B. consiguió sus nombres bordados en algunos de los pañuelos de terceras partes, después de seleccionar el suyo.

La implicación sería que así había preparado el pañuelo «Eliot», y que H.P.B. simplemente lo había cambiado por el de ella. Pero hasta que lo conocimos a bordo del «Ellora» no sabíamos que existía esa persona. ¿Cómo entonces, pudo Madame Coulomb haber bordado su nombre para un truco futuro? La explicación, como se ve, simplemente carece de sentido.

El viejo capitán era una persona gruesa, de buen talante sin creencias en cosas espirituales o psíquicas. Solía hacerle bromas a H.P.B. sobre nuestras nociones con tal deliciosa ignorancia de todo el asunto que solo nos hacía reír. Un día ella estaba jugando a la *Paciencia*, su solitario favorito, cuando el capitán interrumpió sus meditaciones con el reto de que ella debería leerle su buena fortuna con las cartas. Primero ella se negó, pero al final estuvo de acuerdo y haciendo que las cortara, desplegó las cartas sobre la mesa. Dijo: «Esto es muy extraño, ¡no puede ser!». «¿Qué?» preguntó el capitán. «Lo que dicen las cartas. Corte otra vez». Así lo hizo y con el mismo resultado, aparentemente, pues H.P.B. dijo que las cartas profetizaban un sinsentido tal que no quería decirle. Él insistió, por lo que ella dijo que las cartas anunciaban que él no permanecería mucho más tiempo en el mar, que recibiría una oferta para vivir en tierra, y abandonaría su profesión. El gran capitán saltó ante la idea y le dijo que era justo lo que había anticipado. En cuanto a abandonar el mar, nada le complacería más, pero no le aguardaba mucha buena suerte. Aquello pasó sin mayores observaciones más allá del capitán repitiendo la profecía al oficial en jefe, debido a lo cual se convirtió en la burla del barco. Pero hubo una secuela. Un mes o dos después de nuestro regreso a Bombay, H.P.B. recibió una carta del capitán Wickes en la que decía que le debía una disculpa por su comportamiento sobre la profecía de las cartas, y debía confesar honestamente que se había cumplido totalmente. Después de dejarnos en Ceilán, continuó su viaje a Calcuta. Al llegar, recibió la

propuesta de su designación de Harbor Master (Oficial del Puerto) en Karwar (creo que se encontraba en Magalore), la había aceptado ¡y había realmente regresado como pasajero en su propio barco! Este es un ejemplo de muchas profecías de cartas que hizo H.P.B. No supongo que las cartas tengan nada que ver con ello, salvo que pueden haber actuado como un eslabón entre su cerebro clarividente y el aura personal del Capitán, permitiendo así que su facultad clarividente de presciencia entrara en juego. Psíquicamente dotada como lo estaba, raramente recuerdo que haya previsto cualquiera de los muchos eventos dolorosos que ocurrieron mediante sus traicioneros amigos y malignos enemigos. Si lo hizo nunca me lo dijo, ni a nadie más hasta donde conozco. En una ocasión, en Bombay, un ladrón robó algo que ella apreciaba, pero no pudo encontrar al culpable, ni ayudar a la policía a quien había llamado.

En Karwar y Mangalore nuestros colegas residentes subieron al barco con presentes de frutas y leche fresca, y se detuvieron tanto como pudieron para hablar de Teosofía. En Calicut algunos de nosotros fuimos a tierra para dar una vuelta por la ciudad, y miramos en el interior de una casa donde se empacaba jengibre, allí vimos las raíces recortadas, secadas, blanqueadas, y molidas en morteros por mujeres que *décolletées* (NOTA: Descotadas, con el pecho desnudo.—*El Traductor*: FINAL NOTA) a un grado que uno ve a veces de lejos y aproximadamente en las galas de la sociedad occidental. Es la moda aquí para las mujeres respetables el ir descubiertas hasta la cintura: viejas o jóvenes, bellas o feas, es lo mismo; a una mujer hindú de aquella localidad que se cubre sobre la cintura se le reconoce al momento como de mal carácter. Así, en Bombay, respetables damas maratis van invariablemente descalzas, pues es mal visto el calzado. Por otro lado, la virtuosa dama parsi no soñaría con ir sin calzado, ni el bien criado caballero parsi con su cabeza descubierta. *Quod homines, quod sententiae* (NOTA: Hay tantas opiniones como

hombres, en latín.—*El Traductor*: FINAL NOTA).

Hablando de profecías, creo que fui un poco vidente al escribir en mi diario el día antes de llegar a Colombo: «Nuevas y grandes posibilidades vamos a enfrentar: importantes asuntos dependen del resultado de esta visita». Nada pudo haber sido más verdadero que esto. Echamos ancla en la bahía de Colombo la mañana del 16 de mayo, y después de un rato un gran bote llegó trayendo a Mohattiwatte Gunananda, el sacerdote-orador budista, a John Robert De Silva, y algunos jóvenes sacerdotes del pānsala (monasterio) de Megittuwatte. De Silva fue nuestro primer M.S.T. (NOTA: Acrónimo de Miembro de la Sociedad Teosófica.—*El Traductor*: FINAL NOTA) laico en Ceilán, habiéndose hecho miembro por carta antes de que dejáramos Nueva York. Cometí el muy natural error de suponer, por su nombre portugués, que era un católico romano, y que su amigable carta y la solicitud de admisión para la membresía eran solo trampas misioneras. Así, mientras respondía amistosamente y le envié el diploma solicitado, *se los envié en secreto a Megittuwatte*, con la petición de que no los entregara si el indicado no era el budista que decía que era. Todo estaba bien, y De Silva siempre ha sido uno de las más eficientes, inteligentes y sinceros budistas que he conocido. Pero que los singaleses tuvieran los apellidos cristianos portugueses y holandeses, asumidos por motivos de política durante los sucesivos períodos de supremacía portuguesa y holandesa, cuando sus propios nombres sánscritos son infinitamente más hermosos y más apropiados, es sorprendente, y debe confesarse que deshonra la nación. Encontramos que el famoso Megittuwatte (Mohattiwatte) era un monje de mediana edad, afeitado, de estatura media, con una cabeza muy intelectual, ojos brillantes, boca muy grande, y un aire de perfecta auto-confianza y alertidad. Algunos de los monjes meditativos habitualmente bajan sus ojos cuando conversan, pero él te miraba directo al rostro, como le correspondía al

más brillante orador polémico de la isla, terror de los misioneros. Se podía ver de una ojeada que era más pietista que asceta, más Hilario (NOTA: Obispo, escritor, Padre y Doctor de la Iglesia del siglo IV.—*El Traductor.* FINAL NOTA) que Hilarión (NOTA: Anacoreta de los siglos III y IV d.C.—*El Traductor.* FINAL NOTA). Ya está muerto, pero durante muchos años fue el más osado y brillante campeón del budismo singalés, el líder (originador) de actual resurgimiento. H.P.B. le había enviado desde Nueva York una copia de presentación de *Isis sin Velo*, y él había traducido pasajes donde ella describe algunos de los fenómenos que personalmente había presenciado en el transcurso de sus viajes. Su bienvenida a nosotros fue especialmente cordial. Nos pidió que prosiguiéramos en el vapor hasta Galle, donde se había preparado nuestra recepción, a la que él mismo asistiría viajando en tren. Como recuerdo de bienvenida, esa noche H.P.B. golpeteó sobre la cabeza del capitán, o más bien hizo que los golpeteos sonaran dentro de esta, e hizo sonar las campanillas para algunos de los oficiales.

Antes del amanecer del día 17 estaba nublado frente las luces de Galle, y nuestro piloto echó anclas a unas 500 yardas de la orilla. Sopló el monzón, y hubo un tremendo viento y lluvia, pero la vista era tan encantadora que nos quedamos en cubierta y la disfrutamos. Un hermoso día, un verde promontorio al norte, contra el cual el oleaje se estrellaba y en chorros espumosos corría hacia la orilla rocosa, una larga playa curva de arena rodeada con bungalows con techos de tejas casi ocultos en el océano de palmas verdes; el viejo fuerte, la aduana, el faro, el malecón y los almacenes de carbón hacia el sur, y hacia el este el agitado mar, con su línea de rocas y arrecifes, lo protegían del puerto. A lo lejos, tierra adentro se alzaba el Pico de Adán y sus montañas hermanas.

Después del desayuno, en un respiro de la tormenta, nos embarcamos en un gran bote decorado con árboles del plátano y líneas

de flores coloridas, sobre el que estaban los principales budistas del lugar. Pasamos a través de una senda de botes de pesca engalanados con chillonas telas y gallardetes, sus proas orientadas hacia adentro. En el embarcadero y a lo largo de la playa una gran multitud nos esperaba y llenaba el aire al unísono grito de «¡Sadú! ¡Sadú!». Fue extendido para nosotros un paño blanco desde los peldaños del embarcadero hasta la calle donde nos esperaban carruajes, y miles de banderas se agitaban frenéticamente en bienvenida. La multitud rodeaba nuestros carruajes, y la procesión se dirigió hacia nuestra destinada residencia, la casa de la Sra. Wijeratne, rica viuda del difunto contratista de la P. y O. (NOTA: *The Peninsular and Oriental Steam Navigation Company. Compañía británica de transporte marítimo.—El Traductor: FINAL NOTA*). Las calles estaban bloqueadas con personas hasta lo lejos, y nuestro avance era muy lento. En la casa tres sacerdotes principales nos recibieron y nos bendijeron en el umbral, recitando apropiados versos en pali. Después se nos ofreció un recibimiento oficial e innumerables presentaciones; la gente común llenaba todas las entradas, todas las puertas y miraba por todas las ventanas. Esto continuó todo el día, para nuestra gran molestia, pues no podíamos respirar una bocanada de aire fresco, pero todo era una demostración tan fuerte de amistad que soportamos lo mejor que pudimos. Nuestra anfitriona y su hijo, el Vice-Administrador de Galle, derramó sobre nosotros la más lujosa hospitalidad, llenando la mesa con delicadezas y frutos deliciosos, como nunca vimos igualados, y adornándola en la encantadora forma singalesa, con flores y bellas hojas, y las paredes lucían hermoseadas con ellas de manera artística. De vez en cuando una nueva procesión de monjes vestidos de amarillo, colocados en orden de antigüedad de ordenación y cada uno llevando su abanico de hoja de palma, venía a visitarnos y bendecirnos. Fue del todo una experiencia absorbente, un espléndido augurio para nuestras futuras relaciones con la nación.

Los monjes que leían los pasajes de Megittuwatte del libro de H.P.B., la presionaron para que exhibiera sus poderes, y la joven Wijeratne, escuchando acerca de los fenómenos de los pañuelos a bordo del barco, le pidió que lo repitiera para ella. Así lo hizo, y también para un tal Sr. Dias, borrando cada vez su propio nombre bordado y haciendo que apareciera el de ellos. Puso bien el nombre de Wijeratne, pues ella le pidió a él que lo escribiera por ella sobre un trozo de papel, pero escribió el de Dias, «Dias», lo cual no hubiera podido suceder si Mme. Coulomb hubiera bordado el pañuelo de antemano en Bombay, pues hubiera tenido suficiente tiempo para pensar que cosa tan absurda era el deletrear el nombre portugués en aquella forma nunca antes escuchada. La excitación, desde luego, se elevó a altas temperaturas y terminó cuando ella hizo sonar claramente algunas campanillas en el aire, cerca del cielo y afuera en la veranda. Yo tuve que complacer a la multitud con dos discursos improvisados durante el día, y a las 11 p.m. nos retiramos a descansar, completamente agotados.

Wimbridge y yo nos dimos un chapuzón en la bahía muy temprano a la mañana siguiente, pero fuimos seguidos y observados por la multitud, por lo que era muy incómodo andar por ahí. Nuestras habitaciones estuvieron repletas de visitantes todo el día. No había fin para las discusiones metafísicas con el anciano Gran Sacerdote Bulatgāma Sumanatissa y otros agudos lógicos. Este anciano me provocó un buen embarazo. Me solicitó que visitara a una lista de europeos y le escribiera a veinte burghers (raza mestiza descendiente de los holandeses) invitándoles a unirse a los budistas para formar una rama de la S.T. En mi inocencia así lo hice, y a la mañana siguiente me moría de vergüenza, pues me enviaron respuestas insultantes, diciendo que ellos eran cristianos y no querían tener nada que ver con la Teosofía o el Budismo. Yo embestí al viejo monje por su descuido al hacerme comprometer inútilmente la dignidad de la

Sociedad, pero él solo sonrió y ofreció alguna débil excusa. Fue una lección para mí, y durante los muchos años que desde entonces han transcurrido, nunca repetí el error. Pronto llegó a la ciudad gente de todo el país para echarnos un vistazo, y existía un general regocijo entre ellos. Se recibió una docena de invitaciones desde ciudades y aldeas para visitarlas. Nuestras habitaciones nunca estaban libres de sacerdotes visitantes. Una de sus costumbres nos hizo reír. Si la anfritriona no había extendido paños sobre los asientos, ellos extendían sus propios pañuelos sobre estos, se volvían y tranquilamente se sentaban, ocupándose de sus asuntos con tanta solemnidad como si fuera parte de la ceremonia de un templo. Es la supervivencia de una de las precauciones del yoga, a saber, el reposar sobre hierba durba, o sobre la piel de un tigre o de un ciervo, o sobre una alfombra de paja sobre el suelo antes de comenzar las asanas, o posturas de yoga. Solo que su novedad nos resultaba un poco graciosa.

El anciano Bulátgama era particularmente un persistente polemista, muy voluble y muy amable. Entre otros temas de discusión estaba el de los poderes psíquicos, y H.P.B. que le quería bien, hacía sonar campanillas en el aire (una de ellas resultó en una detonación como el golpe de una gran barra de acero), hizo golpeteos de «espíritus», que la gran mesa del comedor temblara y se moviera, etc., para el asombro de su selecta concurrencia.

La noche siguiente se nos ofreció una función de baile demoníaco realizada por los hechiceros profesiones que toman parte en las procesiones religiosas, y son llamados en casos desesperados de enfermedad para llevarse a los espíritus malignos que se supone poseen al paciente. Invocan a ciertos elementales mediante la recitación de mantras y se preparan para sus funciones mediante una cierta cantidad de abstinencia en ciertos períodos de la luna. Su danza es un verdadero aquelarre. Deja detrás un confuso recuerdo de figuras brincando y girando con horribles máscaras y cintas de

hojas de cocotero tiernas, esgrimiendo tizones girantes, de negras masas de humo de aceite, de posturas súbitamente adquiridas que son suficientes para llevar a una persona nerviosa a la histeria. Una parte de la ceremonia consiste en quemar ciertas hierbas y engrudos sobre carbones calientes e inhalar el vapor con sonidos jadeantes, hasta que se estremecen como si hubieran sido atacados por una fiebre, y después caen sin sentido. En el coma, tienen visiones de los demonios que los poseen y les dan orientaciones de lo que deben hacer. Se les hace volver en sí rociándolos con agua mientras se murmura un encantamiento. Un educado caballero nativo me contó que esa danza es considerada eficaz para la cura de varias enfermedades, especialmente aquellas a las que son propensas las mujeres embarazadas. Se dice entonces que han caído bajo la influencia del «Príncipe Negro». Si los danzantes-demoníacos consiguen lo mejor del espíritu perturbador y este obedece su orden de liberar a la víctima, ofrece un signo de su partida rompiendo una rama designada de algún árbol próximo a la casa. Esto sucedió, me dijo, en el caso de su propia suegra.

Como se había acordado que yo ofrecería una conferencia pública sobre Teosofía el día 22, hice desesperados esfuerzos para pensar en mi tema y preparar algunas notas. Entonces tenía muy poca experiencia en estos asuntos y tenía miedo de confiarme a mí mismo y ofrecer un discurso fuera de lugar. ¡Pero igual podía haber tratado de componer un aria en un cuarto de máquinas donde cincuenta herreros martillearan sobre yunques, cincuenta tornos estuvieran girando, y cincuenta personas se reunieran para criticar mi apariencia personal, mi pluma y mi letra!

Nuestra casa era una Babel, nuestros cuartos ocupados por una turba amistosa desde la mañana hasta la noche. Hubiera sido mucho mejor haber ido directamente a la tribuna sin preparación, y confiar en la inspiración del momento, como pronto aprendí a

hacer. Pienso que mi primera conferencia en Ceilán merece un párrafo. Fue ofrecida en una larga habitación mal iluminada en los cuarteles militares, y repleta hasta la asfixia. Una tribuna transitoria se había levantado en uno de los extremos y un dosel estampado suspendido sobre esta. Junto a nuestra delegación estaban Sumāngala, Maha Thero, el Gran Sacerdote Bulātagama, el Gran Sacerdote Dhammalankāra, de la secta Amarapura, quien había viajado veintiocho millas para conocernos, y muchos más. Toda la colonia europea (cuarenta y cinco personas) estaba presente, y adentro y afuera una turba de unos 2.000 singaleses. Yo no estuve satisfecho para nada con mi discurso, porque, debido a las interrupciones antes mencionadas, mis notas eran fragmentarias y la luz era tan mala que no podía leerlas. Sin embargo, me las arreglé de alguna forma, aunque muy sorprendido de que ni siquiera en las partes atractivas se produjeran aplausos: no eran de esperar de los hostiles europeos, ¡pero de los budistas! Tan pronto se pudo abrir un camino nuestro grupo salió. H.P.B. y yo tomados del brazo y aferrándonos el uno al otro para no ser separados por la multitud que daba empujones. «¿Fue un discurso muy malo?», le pregunté. «No, bastante bueno», dijo. «Entonces», continué «¿por qué no hubo aplausos, por qué escucharon en ese silencio mortal? Debe haber sido muy malo». «¿Qué?, ¿qué? ¿Qué dice usted?», se escuchó la voz del caballero singalés que sostenía a H.P.B. por el otro brazo. «¿Quién dijo que fue un mal discurso? ¡Nunca antes escuchamos uno tan bueno en Ceilán!». «Pero eso no puede ser», contesté, «no hubo una palmada, ni un grito de satisfacción». «Bien, solo me hubiera gustado escuchar uno: ¡le hubiéramos clavado un cuchillo al que se hubiera atrevido a interrumpirlo!». Entonces explicó que la costumbre era de nunca interrumpir a un orador religioso, sino escuchar en respetuoso silencio y después, al marcharse, reflexionar sobre lo que se había dicho. Y muy orgullosamente señaló el alto cumplido que me había ofrecido el multitudinario público escu-

chándome sin hacer un sonido, no lo consideré así y aun pienso que mi discurso fue tan malo como para no merecer aplausos, a menos, quizás, que el público de Galle se haya puesto de acuerdo para obedecer el mandato de Thomson:

Vén pues, expresivo silencio, medita sobre su alabanza.





CAPÍTULO XI

ENTUSIASMO POPULAR

Este fue el prólogo a un estado de entusiasmo que nunca imaginamos íbamos a experimentar. En una tierra de flores y vegetación tropical ideal, bajo cielos sonrientes, a lo largo de caminos sombreados por apiñados palmares, alegrados con millas y millas de pequeños arcos confeccionados con cintas de hojas tiernas y rodeados por un pueblo alegre, cuyo júbilo, si se les hubiera permitido, lo hubiera llevado a la extravagancia de realmente adornarnos. Pasamos de triunfo en triunfo, estimulados diariamente por el magnetismo del amor popular. Nada les parecía suficiente, nada lo adecuadamente bueno para nosotros; éramos los primeros campeones blancos de su religión, quienes hablábamos de su excelencia y de su bendita consolación desde la tribuna, frente a los misioneros, sus enemigos y calumniadores. Era esto lo que excitaba sus nervios y llenaba sus afectuosos corazones hasta las lágrimas. Puede parecer que exagero, pero en realidad me quedo corto en cuanto a los hechos. Si alguien busca la prueba, que viaje ahora por la encantadora isla y pregunte qué tienen ellos que decir sobre este viaje de los dos fundadores y su grupo.

A las 3 p.m. nos llevaron a un wallāwa, o casa campestre de un noble singalés, donde me dirigí (NOTA: Me disculpo por hablar tan a menudo de mí mismo a lo largo de esta narración, pero fue un hecho el que, como P.T.S. junto a los portavoces oficiales de la delegación, siempre tenía que estar en primer plano. FINAL NOTA) a un público de 3.000 desde un alto balcón que daba a una especie de anfiteatro natural. La multitud llenaba la explanada y las laderas de las colinas adyacentes. El considerable cuerpo de monjes presentes «ofreció los pānsil», o sea, entonaron los Cinco Preceptos y los Tres Refugios en lengua pāli y los presentes, como una poderosa ola de sonido, los repetía uno tras otro. Nos causó una gran impresión, pues después de todo, nada es más impresionante que el sonido de la vibración de miles de voces humanas combinadas en un único diapasón rítmico.

Como nuestra visita era el comienzo de la segunda y permanente etapa del renacimiento budista comenzado por Megittuwatte, movimiento destinado a unir a toda la población joven singalesa en escuelas budistas bajo nuestra supervisión general, incluso sus detalles adquieren importancia. La siguiente circular, oficialmente publicada por Damodar, indica los primeros pasos que tomamos para formar ramas de la Sociedad Teosófica en la isla:

A quien pueda interesar.

Por este medio se anuncia que en la noche del lunes próximo se celebrará una reunión en la residencia de Minuvengoda, a las 8:00 p.m.: en esta ocasión el Cor. Olcott brevemente explicará las metas y objetivos de la Sociedad Teosófica. Después de lo cual, aquellos caballeros deseosos de pertenecer a la Sociedad pueden registrar sus nombres en el libro facilitado para ese propósito.

(Por orden) DAMODAR K. MAVALANKAR,

Secretario de Actas Auxiliari.

Galle, 22 de *mayo*, 1880.

El venerable Bulāt̄gama presidía la reunión, y Megittuwatte se dirigió a ella con un discurso conmovedor.

Al día siguiente nos llevaron a la propiedad de café y canela del Sr. Simon Perera Abeyawardene, un rico caballero budista de Galle, y nos interesó mucho observar el proceso de pelar, secar y empacar la corteza de la canela. No fue gracias a nuestro anfitrión el que regresáramos vivos a casa, pues nos ofreció un «almuerzo» pantagruélico, en el cual se sirvieron cincuenta y siete tipos de curry con arroz, y había muchísimos tipos de platos dulces. Fuimos realmente importunados para que «solo probáramos» cada uno de ellos, y tuvimos muchos problemas en hacer comprender que nuestro almacén no era lo suficientemente elástico como para que pudiéramos complacerlos.

El 25 de mayo, H.P.B. y yo «tomamos los pānsil» del venerable Bulāt̄gama, en el templo del Rāmanya Nikāya, cuyo nombre ahora se me escapa, y fuimos formalmente reconocidos como budistas. Un gran arco vegetal, con las palabras: «Bienvenidos los miembros de la Sociedad Teosófica» había sido levantado en los terrenos del Vihāra. Nos habíamos declarado budistas mucho tiempo antes, en los Estados Unidos, tanto privadamente como en público, por lo que esto fue solo una confirmación formal de nuestras previas profesiones de fe. H.P.B. se arrodilló ante la gran estatua de Buda, y yo hice lo mismo. Nos costó mucho entender las palabras en pāli que teníamos que repetir después del anciano monje y no sé cómo lo hubiéramos logrado si un amigo no se hubiera colocado detrás de nosotros y las repetía *seriatim* (NOTA: En serie, en orden, en latín.-*El Traductor*. FINAL NOTA). Una gran multitud estaba presente y repetía las palabras después que nosotros, mientras se man-

tenía un profundo silencio cuando luchábamos con las oraciones desconocidas. Cuando habíamos terminado el último de los Silas, y ofrecido flores en la forma acostumbrada, escuchamos un potente sonido capaz de alterar nuestros nervios, la gente no podía permanecer en silencio unos minutos para escuchar el breve discurso que ofrecí a petición del Gran Sacerdote. Creo que se hicieron algunos intentos por parte de mis colegas líderes de Europa y los Estados Unidos para suprimir este incidente dentro de lo posible, y encubrir el hecho de que H.P.B., fue completamente aceptada como budista como cualquier singalés en la isla. Esta mistificación es tan deshonesto como inútil, pues no solo varios miles de personas, incluyendo muchos bhikkus, la vieron y la escucharon tomar los pãnsil, sino que ella misma lo proclamó abiertamente en todas partes. Pero ser un budista normal es una cosa, y ser un envilecido budista sectario moderno otra bien distinta. Hablando tanto en su nombre como en el mío propio, puedo decir que si el budismo contuviera un solo dogma que estuviéramos obligados a aceptar, no hubiéramos tomado los pãnsil ni hubiéramos sido budistas ni diez minutos. Nuestro budismo era del Maestro-Adepto Gautama Buda, que era idéntico a la Religión de Sabiduría de los Upanishads arios y al alma de todas las antiguas religiones del mundo. Nuestro budismo era, en una palabra, una filosofía, no un credo.

Almorzamos en la ciudad con un caballero budista, y por la noche registramos la membresía de los primeros once candidatos, y con ellos formamos la Sociedad Teosófica de Galle. *Presidente*, S.P. DB de Silva; *Secretario*, P.C. Wijeratne. Ese día me fueron entregadas las primeras Rs.100 destinadas a un Fondo de Publicaciones Budistas, y al momento se las pasé al tesorero de la Rama. Cenamos a las 9, y a la 1 a.m. fuimos felices al ir a la cama después de un día de duro trabajo.

A la mañana siguiente comenzamos nuestro viaje hacia el norte,

en carruajes aportados por los pescadores de Galle, casta extensa, pobre, pero muy trabajadora. De esta casta, San Francisco Javier, el «Apóstol de las Indias» reclutó al mayor número de sus convertidos. Su profesión, que incluye matar, es aborrecida entre los budistas y su estatus social permanece muy bajo. Pero parece que sus razones fueron atraídos hacia nosotros tanto como los de sus más respetables correligionarios, y mientras evitaban acercarse a nosotros, en el medio de la multitud de casta superior que nos rodeaba, me enviaron una «humilde petición» para que graciosamente les complaciera en dejar que mis «humildes solicitantes», etc., etc., proveyeran a nuestro grupo con carruajes para viajar a Colombo. Su portavoz fue un educado joven inglés de, creo, otra casta. La sinceridad de aquellos pobres me conmovió y les envié un mensaje diciendo que quería encontrarme con ellos, o con un comité de sus mayores, para agradecerles personalmente su amable ofrecimiento. Consecuentemente recibí a una delegación, y al intentar declinar que ellos incurrieran en gastos, fui recibido con una protesta y una súplica tan instantáneas que terminé aceptando su ofrecimiento con agradecimientos.

Casi toda la población budista de Galle se reunió para vernos dejar la ciudad, y llenaron el aire con gritos amistosos. Nuestra primera etapa era Dodānduwa, a cinco millas, sede del gran Vihāra (NOTA: Monasterio, en sánscrito y pali.—*El traductor*. FINAL NOTA) y pānsala de nuestro amigo Piyaratana Tissa Terunnanse, un monje de gran erudición, energía y carácter. En cualquier punto favorable a lo largo del camino, la gente se reunía para vernos, se nos invitaba a detenernos y refrescarnos con nueces de coco, leche, te y pasteles, y en varios lugares tuve que bajar del coche y ofrecer discursos. En Dodānduwa nos saludó un chaparrón de lluvia monzónica como no había sido visto por años. Durante un momento de calma fuimos conducidos a un inmenso cobertizo que Piyara-

tama había mandado a levantar, y ofrecí el esperado discurso a unas 2.000 personas. Después visitamos el templo, que encontramos escrupulosamente aseado y bien cuidado, circunstancia inusual en la isla. Vimos una gran imagen del Buda de pie, de más de un siglo. Pernoctamos en un bungalow preparado para nosotros por el Sr. Weerisooriya y sus amigos.

Proseguimos al día siguiente, en el coche de dos pisos suministrado por nuestros amigos, los pescadores de Galle. Tuve que ofrecer cuatro discursos ese día, el primero desde los escalones del coche, antes de partir; el segundo desde los escalones del bungalow en Ambalangoda, el tercero en Piyāgale, donde desayunamos a las 3 p.m. (!) y fuimos tan asediados que casi no podíamos respirar; el cuarto en el templo de Piyāgale, donde se había reunido un público de 3.000 o 4.000 personas. Nos llevaron allí bajo una fina lluvia, en procesión, con estandartes y tam-tams haciendo un odioso alboroto, cada vareador tratando de superar a los otros y llevando a la multitud a una especie de alegría frenética. El templo está situado sobre la cumbre de una colina escarpada y rocosa, en la cual fuimos socorridos o, más bien, halados, con agonía para la pobre H.P.B. debido a su pierna lastimada, la cual nunca se había recuperado completamente de los golpes que recibió a bordo del «Speke Hall» durante la tormenta, cuando fue lanzada sobre la esquina de la mesa del comedor. La llovizna nublabá mis lentes y no podía ver correctamente por donde caminaba y, para empeorar las cosas, mis *pince-nez* (NOTA: **Impertinentes, en francés.—El Traductor. FINAL NOTA**) se cayeron y se estrellaron sobre la roca, dejándome con mi miopía en incómodo aprieto. Los monjes reunidos nos presentaron un discurso a través de su Mahā Terunnanse, al cual, desde luego, respondí con cierta extensión. Continuamos y al fin llegamos a Kalkutara a las 9 p.m., pero nuestros problemas aún no habían concluido, pues había otro grupo de monjes que cono-

cer, otro discurso que escuchar y responder brevemente, y después de una necesaria comida, a la cama con lo puesto. Nos divirtió un incidente que sucedió en el camino, después de oscurecer. Llegó corriendo un hombre desde una casa al lado del camino con una luz en su mano, detuvo nuestros coches y agitadamente preguntó por turno por cada uno de nosotros. Pensamos que tenía algo importante que comunicar, quizás el impuesto sobre la mercancía, quizás incluso el advertirnos sobre un complot del partido cristianos en contra nuestra (NOTA: Esto ocurrió después: trataron de asesinarme en una ocasión. FINAL NOTA) pero nada dijo, con la excepción de repetir cada uno de nuestros nombres con un suspiro de satisfacción, y luego se marchó. Nuestro intérprete lo llamó para conocer la razón de su comportamiento. «Oh, nada», dijo, «Solo quería mirarlos».

En este viaje no teníamos tiempo para estar acostados, por lo que a la mañana siguiente estábamos listos al amanecer, cuando las aves comienzan a saludarse en sus palmares y los hombres nos dimos un baño en la marejada. Bajo circunstancias muy desventajosas, en verdad, con un fondo de coral afilado para apoyarnos que era como pararse sobre un suelo cubierto con puntillas invertidas, la certeza de los tiburones y la presencia de un público crítico, ¡observándonos como si fueran una clase de Delsarte (NOTA: François Delsarte, músico y profesor de declamación francés del siglo XIX.—*El Traductor*: FINAL NOTA) o de calistenia! Pero fue un baño, de todos modos, y esto significa mucho en los trópicos. Hicimos el encantador conocimiento de un graduado del Christ College de Cambridge, uno de los hombres más intelectuales y pulidos que hemos conocido en Asia. El Sr. Arunāchalam es sobrino del difunto Sir M. Coomāraswamy, el conocido orientalista, y en la época de nuestra visita era Magistrado de Policía de Kalutara. Su hermano mayor es el Hon. P. Rāmanathan, quien es un afectuoso

amigo mío, y es representante oficial en el Consejo Legislativo de la comunidad tamil. Desayunamos en las casas del Sr. Arunāchalam, y su cortesía obtuvo de H.P.B. los rasgos más encantadores, por lo que la visita fue en todo sentido un agradable episodio. Como postre, o más bien *pousse-café* (NOTA: Última copa, digestivo, en francés.—*El Traductor*: FINAL NOTA), mi colega maltrató a los misioneros en su mejor estilo.

Esa misma tarde gustamos del otro estilo de funcionario; el Representante Gubernamental —un grado de sirviente público muy a lo sátrapa— había prohibido el uso de cualquier edificio público, incluso la veranda o escalones de la escuela, para mi discurso. La pobre criatura actuaba como si los budistas pudieran ser intimidados para que desertaran de su religión, o para que creyeran que el Cristianismo era más adorable por el hecho de excluirlos de los edificios que habían sido levantados con el dinero de sus impuestos y que serían prestados a cualquier predicador contra el budismo. Pero se nos dejaron el campo y el cielo, el primero como salón de conferencias, el otro como techo, y el encuentro tuvo lugar en una arboleda de cocoteros. Algunos paños brillantes, colocados sobre cuerdas estiradas entre los árboles, hicieron de dosel y caja de sonido y mi tribuna fue una silla colocada sobre una gran mesa. El público sería de unas dos o tres mil personas. Se puede imaginar que la ocasión fue aprovechada para señalar el espíritu ladino con el que actuó el partido cristiano, y su temor de que a los singaleses se les hiciera ver los méritos del budismo.

A la mañana siguiente nuestra seriedad fue severamente puesta a prueba. Se nos hizo montar a Wimbridge, Pānachand, Ferozshah y a mí sobre una suerte de engalanado carro triunfal y, bajo una escolta de una compañía cómicamente uniformada, que llevaba fusiles y garrotes de madera, con sus caras marrón oscuro blanqueadas con harina o tiza (para otorgarles un aspecto casi europeo), y con

mucha música y muchos gallardetes, fuimos llevados a la aldea de Wehra, a tres millas de distancia, para una ceremonia de recibimiento. Hablé a un gran público, en una hermosa casa de predicación (Dharmasāla), que tenía dos hileras de blancas columnas, ventanas de cristales de colores, oropeles colgantes, y un gran púlpito. Me senté a la manera oriental mientras hablaba. Después fuimos a ofrecer nuestros respetos a Waskaduwe Subhuti, Terunnanse, un monje mejor conocido entre los orientistas occidentales que cualquier otro, salvo Sumangala, quien por supuesto es la representación y la encarnación de la erudición pāli. Después del almuerzo en casa de Arunāchalam, visitamos a otro famoso sacerdote, Potuwila Indajōti, Terunnanse, quien disfruta de gran reconocimiento como Vederāle, o médico nativo. Se le llama desde todas partes de la isla, y ha curado a innumerables personas. Consideramos su conversación muy interesante, sus puntos de vista en cuanto a la supervivencia del ego en el Nirvana eran las mismas de su difunto gurú, el sacerdote Polhawatti, y eran opuestos a los de la escuela de Summangalka. Solicitó la admisión a nuestra membresía y fue aceptado.

En aquella época el ferrocarril terminaba en Kalutara, y aquí tomamos el tren hacia nuestra nueva estación, Pānadure (pronunciado vulgarmente Pantura), la localidad donde Megittuwatte debatió con los misioneros los méritos respectivos del Budismo y el Cristianismo: y se dice que le sacó un buen partido. Nos alojábamos en un nuevo pārsala junto al Vihāra, el cual recién había sido construido por un anciano de aspecto pintoresco, llamado Andris Perera, a sus expensas. Era alto, delgado, oscuro, con una ancha frente, llevaba su cabello cepillado hacia atrás y torcido en una larga trenza, arreglada como el pelo de una mujer, con un inmenso y costoso peine de caparazón de tortuga, más un peine circular –a la manera singalesa– combado sobre su hermosa cabeza. Llevaba un dhoti del país, y una chaqueta sin cruzar del siglo pasado de paño azul, con largos

faldones, puños vueltos, veinte grandes botones de oro a un lado y la misma cantidad de lazos y cordones de oro en el lado opuesto, y los mismos adornos en el cuello y puños. Un tahalí escarlata con lazos dorados, pasaba sobre su hombro y bajaba por el brazo opuesto y sostenía una corta espada con vaina de oro; un gran medallón de oro tan grande como un plato para postre, se suspendía diagonalmente en la dirección contraria por una cadena dorada, y en torno a este se abrochaba un pesado cinturón ricamente estampado en relieve. ¡Sus pies estaban descubiertos y usaba sandalias de cuero! La figura era tan llamativa, tan diferente a cualquier otra que hubiéramos visto, que anoté los datos referidos en mi diario. Se había adelantado algo desde la casa para recibirnos, y detrás de él permanecían sus seis hijos, altos, de apariencia sorprendente y sus tres bellas hijas. El grupo nos sorprendió por ser muy pintoresco. Me recordó a Torquil del Roble y sus fornidos hijos, aunque no puedo decir que consideré que la familia singalesa hubiera resistido a Goe Chrom así como a los campeones del Clan Quhele (NOTA: Personajes todos de la historia de Escocia.—*El Traductor*. FINAL NOTA). Sin retraso, el viejo «Mudaliyar» (título que indica a un jefe) nos guió a un gran cobertizo para predicar, y me dirigí a unas 4.000 personas. Desde nuestro desembarco los misioneros habían estado haciendo lo posible para tratar de debilitar nuestra influencia sobre los budistas, por lo que los felicité y a su cuestionable política. Esto produjo una secuela que será mencionada más adelante. En verdad estos misioneros protestantes son un grupo pestilente. Con los católicos nunca cruzamos una palabra brusca.

Nunca se ha establecido el hábitat primordial del mosquito, creo, pero si no era el pansāla Perera en Pānadure, con seguridad este es un lugar muy compatible para su desarrollo: simplemente salían en enjambres. El oblongo edificio consistía en pequeños dormitorios que se abrían a una veranda que se extendía por todos los

lados, con una pequeña galería en el centro. No tenía baños, pues el lugar estaba destinado solo para bhikkus, quienes se bañaban afuera. Las ventanas estaban provistas solo con persianas de madera, y si se cerraban por el día, las habitaciones quedaban a oscuras. A H.P.B. se le ofreció uno de los cuartos en el extremo sur. Ella quería tomar un baño, y como no había otro lugar conseguí que colocaran una bañera en su propio cuarto. Como iba a permanecer en total oscuridad si se cerraban las ventanas, amarré una gran alfombra suave en las persianas, que dejé abiertas, y ella comenzó su aseo. El resto de nosotros nos sentamos al doblar la esquina, en la otra veranda, conversando, cuando escuché que gritaban mi nombre, y corrí a ver qué sucedía. En ese momento tres mujeres singalesas estaban en el acto de reptar por debajo de la alfombra, y la vieja dama las increpaba con gran estilo. Al escuchar mi voz, dijo que estas impertinentes criaturas, para satisfacer su curiosidad, realmente se habían arrastrado por debajo de la alfombra, y al ella volver la cabeza las vio paradas contra la ventana, observando tranquilamente sus abluciones. Su indignación era tan trágica que mientras echaba a las intrusas no pude evitar morirme de risa. ¡Las pobres mujeres! No tenían mala intención, era simplemente la costumbre del país meterse en los asuntos de los demás e ignorar cualquier derecho a la privacidad. Este es un ejemplo de lo que tuvimos que soportar durante toda nuestra visita a Ceilán.

A las 2 p.m. me dirigí a otro gran auditorio en el mismo lugar donde había tenido lugar la famosa «Controversia de Pantura». Después de mí habló H.P.B., y Ferozshah (parsi) y Pānachand (hindú) hicieron algunas observaciones como representantes de sus respectivas razas en nuestra Sociedad, dando testimonio del espíritu ecléctico que nos animaba y haciendo un alegato a favor de la tolerancia religiosa. Presidió Megittuwatte e hizo dos elocuentes discursos. Al día siguiente inicié como miembros a Megittuwatte,

a Sri Weligama, el erudito en pali, sánscrito y elu, y a Waskaduwe Subhuti. El Sr. J.R. de Silva fue mi intérprete; el Mudaliyar (NOTA: Título o apelativo que indica a una persona principal, en tamil.—*El Traductor*. FINAL NOTA) Andres Perera, su yerno y otros laicos se unieron al día siguiente, y a las 4 p.m. partimos en tren para Colombo, llegando a la capital bajo un aguacero. Nos condujeron a un espacioso bungalow llamado «Radcliffe House», en el barrio Isla del Esclavo, cruzando el bello lago artificial. Nos esperaba una gran reunión, entre ellos Sumangala y otros cincuenta monjes. Después de cenar recibimos un discurso en pali por parte del Gran Sacerdote, después le siguieron conversaciones y charlas informales, y después a la cama.

Aquí el asedio de las multitudes que nos esperaba era incluso peor, comparado con los otros lugares, no teníamos un momento libre ni la menor privacidad; los periódicos estaban llenos de relatos sobre nosotros y los cristianos estaban enfurecidos. Para preparar mi conferencia de la noche siguiente me tuve que retirar a la universidad de Sumangala y escribir en la biblioteca con las puertas cerradas con llave. A la mañana siguiente Sumangala, Subhuti, Megittuwatte y yo mantuvimos una seria plática en la universidad. Terminé mi conferencia sobre «Teosofía y Budismo» (NOTA: Véase *Theosophy, Religion, and Occult Science* . FINAL NOTA) y a las 8 p.m. la ofrecí en nuestra residencia, cuyo salón había sido convertido en sala de conferencias con capacidad para 500 personas. Junto a los notables singaleses, estaban presentes el Inspector General de Policía europeo, el Secretario Colonial, editores de diarios, etc.

El 5 de junio ofrecí una conferencia en el templo de Megittuwatte en Kotahēna, que es visitado por la mayoría de los pasajeros de los vapores que tocan el puerto. Él y yo hablamos de pie sobre una larga mesa colocada en el centro del salón de prédicas, para que la multitud nos escuchara mejor. El salón y los terrenos estaban ati-

borrados con personas como arenques en un barril, y el calor era muy opresivo. El lugar estaba alegremente decorado con banderas y telas de colores, afuera se alzaba un bello arco de hendidas hojas de palma con todo tipo de bellos diseños sobre un marco de arecas, y sobre la pared encima del púlpito regular estaba suspendida una réplica monstruosa en papel dorado del sello de nuestra Sociedad. Esa noche se hicieron miembros diez candidatos. Al día siguiente tuvieron lugar dos conferencias. La primera en Kotta, una aldea a seis millas de la ciudad, la antigua sede de un poderoso rey, donde lucían arcos triunfales y un sinfín de banderas y verdor bordeaba los caminos; allí el Sr. Tepannis Perera nos ofreció una fina comida en una amplia y fresca veranda. La otra fue en el Widyodaya College (el de Sumangala), sobre los temas de «Nirvana, Merit (NOTA: Concepto común al budismo y al hinduismo; es lo que un ser humano acumula debido al resultado de sus buenas acciones o pensamientos.–*El Traductor*: FINAL NOTA) y la educación de los niños budistas». Yo había comenzado mis demandas al respecto en Galle, y a través de todo el viaje me empeñé lo que mejor que pude para que la gente advirtiera el riesgo que corrían al dejar que sus hijos fueran perjudicados contra su religión ancestral por sus enemigos profesos, que estaban en el país con este propósito. Resulta una fuente de gran satisfacción el saber que las admoniciones no fueron en vano, y que al actual movimiento comprensivo y exitoso para la promoción de fundar escuelas budistas data de esta importante gira. Una visita al templo de Kelanie, uno de los santuarios más reverenciados en la isla cuya gran stupa (cono de ladrillo) descansa sobre genuinas reliquias del Buda, y la inevitable conferencia y multitudinario público, ocuparon el día siguiente, y el que le siguió –8 de junio– organizamos la S.T. de Colombo con veintisiete miembros, para empezar. Yo le sometí a la rama mi plan para la creación de una Sección Budista, la cual se compondría de dos subdivisiones, una exclusivamente de laicos y ramas laicas, y la otra, no subdividida, ex-

clusivamente para sacerdotes. Esto era debido a las dificultades que las reglas regulares del Vinaya (NOTA: Regulaciones de la comunidad monástica budista o sangha, en pali y sánscrito.—*El Traductor: FINAL NOTA*) prohíben a un monje asociarse en términos igualitarios con laicos en asuntos mundanos. El esquema fue aprobado por todos y llevado a cabo a su debido tiempo; Sumangala fue elegido Presidente de la asociación de sacerdotes, así como uno de los Vice-Presidentes Honorarios de la Sociedad.

Partimos para Kandy por tren el día 9, y después de viajar durante cuatro horas y media a través de una de las regiones más pintorescas de cualquier país en el mundo, una diputación de jefes kandianos, cuyo rango feudal se parecía muchísimo en tiempos antiguos al de los jefes de clanes de las Tierras Altas (NOTA: Región de Escocia, los Highlands.—*El Traductor: FINAL NOTA*), nos recibieron en la estación y nos acompañaron a nuestros alojamientos en una gran procesión, brillante con antorchas e hiriendo el oído con tam-tams y trompetas nativas. Recibimos dos alocuciones, una por el Comité de Jefes y otra por una sociedad de budistas relacionados de alguna manera con el Templo del Sagrado Diente de Buda, el Dalada Māligāwa. Llegó Sumangala, y se convino que yo hablaría en ese templo al día siguiente. En la mañana recibimos visitas ceremoniales de los Grandes Sacerdotes de los templos de Asgiriya y Malwatte, los bhikkus principales de la isla, una especie de Arzobispos de Canterbury. Bajo los soberanos kandianos, estos funcionarios eran cargos reales, guardianes adjuntos del Templo del Diente, y tenían precedencia en todas las procesiones reales religiosas. Sumangala es el más joven en rango, pero inmensamente su superior en la estimación pública, así como en capacidad. Fuimos al templo a las 2 p.m. para mi conferencia, pero dentro se agrupaba una tan gran multitud que solo con las mayores dificultades pude llegar a mi mesa. Incluso entonces, el susurro de pies inquietos sobre el pavimento de piedra

creaba un eco tan confuso en el techo de piedra que yo no podía hacer audible una sola palabra. Después de algunos minutos de vanos intentos de conseguir silencio, nos trasladamos al fino césped de afuera. Nuestro grupo se subió en una amplia pared a la derecha, junto con Sumangala, y se colocaron sillas para él y para H.P.B.; yo hablé desde debajo de las colgantes ramas de un árbol del pan que resultó una excelente caja de sonido. La gran multitud se paraba o se sentada sobre el césped en una gran área hemisférica, y fui capaz de hacerme oír muy bien. Los misioneros, anticipándose a nuestra llegada, habían estado circulando todo tipo de calumnias contra nosotros, y la noche anterior habían estado predicando amargamente contra el budismo en las calles de Kandy. Como eran blancos, los tímidos singaleses no se habían atrevido a confrontarlos, pero nos trajeron sus quejas. Por ello, antes de adentrarme en mi discurso, mencioné los hechos anteriores y sacando mi reloj, dije que daría cinco minutos a cualquier obispo, archidiácono, sacerdote o diácono de cualquier iglesia para que dieran un paso al frente y demostraran sus afirmaciones de que el budismo era una falsa religión; si no lo hacían, los singaleses tendrían la perfecta libertad de tratarlos, y a sus falsedades, como se merecían. Se me habían señalado cinco misioneros en el público, pero aunque estuve allí de pie, reloj en mano, hasta que pasaron los cinco minutos, ni un solo hombre alzó la voz. La secuela de Panadure, ya mencionada, también está relacionada con este episodio.

Fue concertada una conferencia en el ayuntamiento para la noche siguiente sobre «La Vida de Buda y Sus Lecciones», la cual intenté escribirla desesperadamente bajo las desventajas más desalentadoras. H.P.B. casi me vuelve loco llamándome desde abajo una docena de veces, ya fuera para que viera personas que no eran de mi interés, o para sentarme junto a un grupo para el pertinaz fotógrafo. Sin embargo, me las arreglé de alguna manera y ofrecí la conferen-

cia en tiempo a una multitud que atiborraba el salón y sus cercanías. Estaba presente la mayoría de los funcionarios gubernamentales influyentes, y el aplauso fue lo suficientemente constante como para hacernos considerar su éxito. Dieciocho solicitudes para la membresía fueron admitidas esa noche.

El día 12 me reuní con un consejo de jefes kandianos y de Grandes Sacerdotes para discutir el estado de la iglesia, y los proyectos que propuse fueron todos adoptados después de mucho debate. A las 3 p.m. hablé otra vez afuera del Dalada Māligāwa a más de 5.000 personas. Al día siguiente fuimos a Gampola por invitación de un budista entusiasta, el Mohāndrian (jefe tribal) del lugar, un hombre anciano. La multitud en la estación desató los caballos del carruaje en el cual íbamos H.P.B. y yo, y poniendo cuerdas, tiraron de él hasta la casa preparada para nosotros, acompañándonos una gran procesión con música y gallardetes, y haciendo el paseo jovial con sus incesantes gritos de alegría. Al retornar a Kandy, organizamos esa noche la S.T. de Kandy, con diecisiete miembros, y el día culminó con una colación fría suministrada por los delegados de Galle que venían con nosotros y uno de los más entusiastas admiradores de H.P.B., el Sr. S. Perera Dharmagunavardene, Aratchi (jefe tribal) de Colombo. A las 9 de la mañana siguiente se nos concedió el inusual honor de admitirnos en una exhibición especial de la Reliquia del Diente de Buda. Se guarda en una torre separada, protegida por una gruesa puerta de entrada tachonada con hierro y asegurada con cuatro grandes cerrojos, cuyas llaves están bajo la custodia del Gran Sacerdote de Asgiriya y Malwatte, el Agente Gubernamental y el Devanilami, funcionario especial cuyo puesto sobrevive a la caída de la dinastía de Kandy, que la creó. La reliquia tiene el tamaño de un diente de caimán, sostenida por un alambre que hace las funciones de un pie de oro que surge de una flor de loto del mismo metal, y que está muy descolorida por el tiempo. Si fuera genuina, tendría

veinticinco siglos. Cuando no se exhibe se envuelve en papel de oro puro, se coloca en un estuche de oro del tamaño justo para contenerla, cubierto externamente con esmeraldas, diamantes y rubíes. Después se coloca en un pequeño karandura, o domo dorado, incrustado con piedras preciosas, este a su vez en uno mayor del mismo metal precioso, similarmente adornado, después en un tercero y este en un cuarto domo de igual valor; finalmente, descansa en uno aún más grande de gruesas planchas de plata, con una altura de cinco pies cuatro y media pulgadas y nueve pies diez pulgadas de circunferencia. Cuando se expone, la reliquia y sus diversas cubiertas suntuosas descansan sobre una plataforma de una altura de tres pies cinco pulgadas de alto, junto a estatuas del Buda talladas en cristal de roca o de oro, además de otros objetos preciosos; del techo penden gemas y joyas, entre estas últimas, un pájaro que cuelga de una cadena de oro realizado enteramente con diamantes, rubíes, azules zafiros, esmeraldas y ojo de gato engarzados en oro, pero tan estrechamente amontonadas que esconden la base metálica. El depósito es una habitación pequeña en el segundo piso de la torre, sin una ventana o tronera para un rayo de luz, el aire resulta pesado con el perfume de flores y especias y a la luz de la lámpara todo refulge debido a las gemas. El marco de la puerta es de ébano incrustado con marfil, los paneles de cobre. Frente a la plataforma se alza una mesa plana y cuadrada para depositar los regalos de valor y las ofrendas de flores (NOTA: Para una relación completa de la reliquia y su maravillosa historia, así como del templo y sus contenidos, véase *Memoir of the Tooth Relic* por el Dr. Gerson da Cunha. Londres, Thacker & Co., 1870. FINAL NOTA). No hace falta decir que casi nos aplasta la multitud de notables que empujaba a nuestro grupo, y nos alegramos de salir al aire fresco tan pronto como fue posible. Creo que la reliquia no había sido expuesta desde la visita del Príncipe de Gales, por lo que se consideró como el supremo honor que posiblemente se nos podía ofrecer. Al regresar a nuestro

alojamiento, los educados singaleses alrededor de nosotros estaban ansiosos de conocer las opiniones de H.P.B. en cuanto a lo genuino de la reliquia, si era o no un diente verdadero del Buda. Era una buena pregunta, por no decir delicada. Si creemos a los historiadores portugueses Ribeiro y Rodrigues de Sá e Menezes, el diente verdadero, después de pasar a través de las más románticas vicisitudes, cayó en posesión del fanático inquisidor de Goa, quien le prohibió al Virrey D. Constantia de Braganza aceptar una suma fabulosa – no menos que 400.000 cruzados; una moneda vale 2 chel. 9 den.– ofrecida por el rey de Pegu como rescate. Ordenaron que fuera destruida. Por lo que el arzobispo, en su presencia y la de aquellos altos funcionarios del estado, la pulverizaron en un mortero, lanzaron el polvo en un bracero encendido que estaba listo con ese propósito, y después las cenizas y el carbón fueron esparcidos juntos en el río, a la vista de una multitud que llenaba las verandas y ventanas que daban al agua. El Dr. da Cunha –un portugués católico– es muy sarcástico en sus reflexiones sobre este acto de malvado vandalismo. Dice: «Se puede imaginar fácilmente el efecto que esta imponente asamblea de virreyes, prelados y notables de la vieja ciudad de Goa, congregados con el fin de convertir en polvo un pedazo de hueso, habrá tenido en las mentes del populacho que atiborraba las calles, el desánimo de la desdichada embajada de Pegu ante la visión de la destrucción de su santa reliquia, y el sombrío alborozo de los serios inquisidores ante la disolución del Dalada en las sagradas aguas del Gomati, y la consecuente promoción de la gloria de Dios, el honor y prestigio del cristianismo y la salvación de las almas. Si alguna vez hubo un punto donde se encuentran los extremos, fue este. Quemar un diente para la gloria del Todopoderoso fue el punto de contacto entre lo sublime y lo ridículo».

He dicho que la reliquia kandiana tiene el tamaño aproximado del diente de un caimán, pero en realidad no se parece a ningún

diente, ya sea animal o humano. Es ligeramente curvo, de unas dos pulgadas de largo y aproximadamente una de ancho en la base, y redondeado en los extremos. Esto lo explican algunos budistas por la historia de que en los tiempos del Buda «los seres humanos eran gigantes, y sus dientes, por así decir, tenía relación con su gran estatura». Lo cual, desde luego, es puro desatino, pues las historias arias no dan ningún apoyo a la idea. Se afirma que el actual objeto de adoración lo confeccionó el rey Vikrama Bahu, en 1566, de un cuerno de venado, para reemplazar el original quemado por los portugueses en 1560. Por otra parte, otros creen que es solo un sustituto, pues el diente real está escondido en un lugar seguro, y que fue un sustituto el que cayó en manos de los sacrilegos portugueses. De hecho, las leyendas sobre el Dalada son innumerables, y debo referir al curioso al panfleto del Dr. da Cunha y al del Dr. M. Coomaraswamy, del cual fue ampliamente compilado, a las Transacciones de la Royal Asiatic Society, a la obra de Tennent en Ceilán y a otras fuentes. Entre las leyendas poéticas que ha dado vida la reliquia del Diente, existe una a los efectos de que cuando el diente fue lanzado a un pozo ardiente por un descreído emperador indio «una flor de loto del tamaño de la rueda de un carruaje se levantó por encima de las llamas, y el diente santo, emitiendo rayos que ascendían por los cielos e iluminaban el universo, bajaban desde lo alto». Algunos suponen que esto explica el significado esotérico de la fórmula tibetana: «Om Mani Padme Hum». Para más relatos, véase el Dhâtwardsa, una obra antigua singalesa sobre la historia del diente. El Padre (NOTA: *Sic, en el original.*—*El Traductor.* FINAL NOTA) Francisco de Souza en su *Oriente Conquistado* repite el relato popular de que «en el momento en que el arzobispo colocó el diente en el mortero y estaba a punto de pulverizarlo, se abrió camino a través del fondo y fue directamente a depositarse sobre una flor de loto en Kandy». Aunque no podamos proseguir, no vamos a negar que es una tranquilidad para toda la nación singalesa considerar al Diente

de Kandy como una reliquia genuina del más sublime de los hombres, y podemos aprovecharnos recordando que

En la fe y la esperanza el mundo discrepará,
Pero toda la preocupación de la humanidad es la caridad.

Quizás fue esta reflexión la que hizo brotar de la boca de H.P.B. la jovial respuesta a sus interrogadores: «¡Desde luego, es su diente: el que tuvo cuando nació como un tigre!».

Después de nuestra visita al Dalada Māligāwa, sostuvimos una reunión final de la nueva rama local de la S.T. y a las 2 p.m. tomamos el tren para Colombo.





CAPÍTULO XII

EL FIN DE LA GIRA

Para la tarde siguiente se concertó una conferencia sobre «Las Ciencias Ocultas»; pasé la mañana escribiéndola y a las 5:30 la impartí en una gran tienda de circo a un público mayor. Resultaba una vista impresionante aquella multitud de orientales que llenaba cada pulgada de espacio disponible en el óvalo de lienzo. Nuestro grupo se sentó en un andamio delantero que permitía, a nosotros y al público, una buena oportunidad para observarnos mutuamente.

Como el duro e incesante trabajo de la gira me había agotado un poco, se ofreció una conferencia en mi dormitorio sobre cuestiones budistas junto a Sumangala, Megittuwatte, Bulāt gama y otros Grandes Sacerdotes; en la noche tuvo lugar la organización permanente de la S.T. de Colombo, y los miembros suscribieron la suma de Rs. 1.050 para los gastos de la rama.

El día siguiente fue muy atareado: a las 8:30 el insaciable fotógrafo; a las 9:30, desayuno fuera de casa, a la 1:30 una reunión en el Widyodaya College para la admisión de sacerdotes, Sumangala, Bulāt gama y otros se hicieron miembros en esa ocasión; a las 4, una conferencia en un templo, lo cual resultó en diez nuevos miem-

bros para la S.T.; después, otra sesión para fotógrafos, posamos en un grupo Sumangala, Bulátgama, Migittuwatte, Hyeyentadūwe, Asistente Principal de la universidad, Amaramoli, un monje bien educado, amable y excelente, y yo mismo. De este grupo, tres ya han fallecido –Migittuwatte, Bulátgama, y Amaramoli– por lo que la foto es histórica e interesante para el pueblo singalés. A las 7:30 p.m. (sin haber tenido un momento para comer) sostuve una reunión en nuestros cuarteles y admití a doce nuevos miembros. Finalmente, a las 9, aun sin cenar, organizamos la S.T. de Lanka, una rama no budista, compuesta de librepensadores aficionados a la investigación oculta. El acto de cierre del día fue el escuchar y responder una alocución de la comunidad budista de Colombo. Después de todo aquello, ¡la cena y la cama!

Dejamos Colombo por tren a la mañana siguiente con dirección a Merotowa, muchos amigos nos despidieron. H.P.B. recibió de una dama budista, la Sra. Andrew Perera un medallón de oro esmaltado, y Damodar y yo algo mejor, en la forma de una bendición del Gran Sacerdote y otros siete monjes, quienes recitaron los Pirit –versos de bendición– y pusieron sus manos en nuestros pechos. H.P.B. al ser (ostensiblemente) una mujer, no podía ser tocada por célibes. Ella estuvo muy alegre por causa todo esto a lo largo del viaje; en Galle, después de su admisión en el budismo, solía bromear con el venerable Bulátgama –a quien ella apodaba su Padre en Dios– para que este fumara. Enrollando un cigarrillo, se lo pasaba sobre un abanico para que no se contaminara tocándola, riendo todo el tiempo, ¡y el viejo monje compartía su alegría!

Dentro de las veinticuatro horas de nuestro último día en Colombo, recibimos once invitaciones desde varios lugares, de hecho, toda la isla quería que la visitáramos si hubiéramos tenido tiempo. En Morotuwa, el Comité de recepción nos llevó en coches desde la estación hasta Hotitaduwe, donde desayunamos, y a las 3 la

multitud se había reunido para la conferencia. Pero yo me sentía tan enfermo debido al retorno de una vieja disentería de los tiempos del ejército, que ni siquiera pude ofrecer unas pocas palabras, y Wimbridge se vio obligado a sustituirme. Para dar una idea de la angustia mental por la que tiene que pasar un novato en estos países orientales, cuando es traducido a una lengua vernácula y percibe que las personas no están recibiendo una concepción correcta de lo que uno dice, recuerdo un incidente de esta ocasión.

Wimbridge, para ilustrar algo, dijo: «Ahora tomemos el caso». Más tarde descubrimos que el traductor había dicho: «Ahora tomemos una caja» (NOTA: La confusión del intérprete se debió a que en inglés, tanto para «caso» como para «caja» o «estuche», se utiliza la palabra «case».—*El Traductor*. FINAL NOTA). En Japón, una vez, después de ofrecer una conferencia en la Universidad Imperial, en Tokyo, me dolió muchísimo el enterarme, por dos amigos japoneses que conocían el inglés, que mi traductor había convertido mi inocente discurso sobre la educación en uno casi político, ¡expresando puntos de vista que podían ofender al gobierno! Afortunadamente, estos dos caballeros tenían la suficiente influencia personal para arreglar las cosas correctamente, reportando al ministro de educación mis palabras exactas. Al final muchas experiencias de este tipo me hicieron prudentemente insensible y ahora no me molesto para nada por los cambios que se la hacen a mis discursos públicos. Siempre, incluso cuando me dirijo a las masas que no conocen el inglés, algunos pocos del público habrán comprendido lo que realmente dije.

Después de la conferencia nos dirigimos a Panadure, y retornamos a nuestras habitaciones llenas de mosquitos en el hospitalario viejo pansala de Mudaliyar. Un delicioso baño, temprano en la mañana, nos refrescó para la conferencia a las 2 p.m. en el dhar-masala circular del Mudaliyar. Unas pocas horas más tarde recibí

un reto por parte del Director de la Escuela Misionera S.P.G., en representación del partido cristiano, ¡para debatir sobre la religión cristiana! La nota se refería a mi desafío de cinco minutos en Kandy y era bastante insultante en el tono. Pero, desde luego, estábamos siguiendo un programa fijo en el cual cada hora de nuestro tiempo estaba asignada, y debíamos estar en Galle a una hora fija para tomar nuestro vapor. Esto era de público conocimiento y, desde luego, el reto implicaba una estratagema; el partido cristiano creía que sería rechazado, y así se verían libres para tergiversar nuestros motivos después que nos hubiéramos marchado. Quise ignorarlo, pero H.P.B. se opuso a la idea y dijo que deberíamos aceptar por la razón mencionada. Wimbridge estuvo de acuerdo y envíe mi aceptación bajo ciertas condiciones. Primero, que los debates deberían tener lugar en el plazo de tres días; segundo, que mi oponente fuera un sacerdote ordenado de alguna secta ortodoxa, alguien que gozara de una elevada opinión entre los cristianos locales, y que fuera reconocido como un representante respetable de su fe. Enseguida telegrafíe para cancelar uno de los compromisos de la gira, y así poder estar libres para detenernos en Panadure, hasta que se hubiera solucionado este asunto. Mi razón para la segunda condición era que, en Colombo, habíamos conocido a uno de estos pestíferos loros religiosos, cuyo discernimiento es dudoso y cuya charlatanería hace intolerable una relación con ellos, criadores de grasa, tormentos sociales, y sospeché que este iba a ser mi oponente. De una pelea con una persona tal, ni honor ni beneficio podrían obtenerse para el budismo; si nos manteníamos callados, el partido cristiano rechazaría cualquier responsabilidad por sus puntos de vista; si él me derrotaba, los budistas serían avergonzados por la derrota de su campeón por alguien a quien ningún partido respetaba, que no era un sacerdote ordenado y cuyas opiniones religiosas eran de lo más heterodoxas. En Colombo, este hombre nos había aburrido terriblemente con una exposición de sus puntos de vista. Había funda-

do –en el papel– una sociedad llamada Cristo-Brahmo Samaj y me había entregado un pasquín en el cual se explicaban los principios de la nueva sociedad. Estos eran heterodoxos y fantásticos, de lo cual, como prueba, solo necesito mencionar que declaró que el Espíritu Santo debía ser femenino pues, de no ser así, ¡el Cielo sería un frío salón de soltero, con un Padre y un Hijo, pero sin Esposa!

Un activo intercambio de notas siguió a la entrega y aceptación del desafío, nosotros tratamos el asunto sobre bases limpias y honorables, nuestros oponentes acudieron a la engañifa y al subterfugio para colocarnos en una falsa posición de la cual esperaban obtener beneficios. Nuestros amigos nos mantuvieron completamente advertidos sobre cada paso tomado, incluyendo las discusiones secretas (escuchadas por personas de ambos partidos, pues las construcciones abiertas de las casas en Ceilán hacen esto muy fácil) entre el maestro de la escuela y los líderes cristianos locales. Se le había solicitado a cada clérigo protestante respetable, desde el Señor Obispo hasta abajo, pero todos se negaron a confrontarme, y los listos abogados cristianos de la Suprema Corte habían seguido esta misma línea. De hecho, me contaron que el maestro de escuela se había colocado a sí mismo lejos del elogio por ponerlos en un aprieto tal. Finalmente, como habíamos sospechado, se arregló secretamente que el individuo antes mencionado fuera mi antagonista. Conociendo esto de una fuente confiable, le consulté a Sumangala y al resto de los seis Grandes Sacerdotes quienes, junto con él, representaban a todo el cuerpo de los bhikkus de Ceilán, y que estaban todos presentes para darme apoyo, y entonces dispusieron lo que debía hacerse. El día anterior al elegido para la discusión, H.P.B. y Wimbridge fueron en comité llevando mi ultimátum, por lo molestamente deshonestos que habían sido nuestros oponentes y determiné no poner nuestro acuerdo por escrito. Simplemente rechacé el tener algo más que ver o decir con ellos a menos que se

lograra un acuerdo definitivo.

El encuentro real constituyó un episodio excitante. Se celebró a las 2 p.m. en la escuela de la S.P.G., una bella estructura aireada y oblonga, pavimentada con losas, con un elevado techo bien ventilado y dos puertas opuestas en el centro del edificio. La mitad derecha estaba designada al partido cristiano, la izquierda a los budistas. Dos mesas sencillas, cuadradas, se colocaron tanto para mi oponente como para mí. A un lado se sentó mi digno Cristo-Brahmo-Samaj con una gran Biblia ante él. El edificio estaba repleto de personas al igual que los terrenos exteriores. Cuando H.P.B. y yo entramos junto a nuestro grupo, se hizo un total silencio. Me incliné ante los dos partidos, y me senté sin siquiera mirar a mi oponente. Viendo que se me dejaba la iniciativa, me levanté y dije que en tales ocasiones era la costumbre entre nosotros los occidentales el escoger un presidente, quien tendría toda la autoridad para refrenar a los oradores en cuanto al tiempo y las alocuciones, y para sacar conclusiones de la reunión, al final. El partido budista, no deseando nada más que un juego limpio, estaba íntegramente deseoso de que el presidente fuera nombrado por el partido cristiano: con la única condición de que fuera alguien conocido por su inteligencia, buen carácter, y mentalidad justa. Por lo tanto, los requerí para que nombraran a una persona adecuada. Sus líderes conferenciaron por largo tiempo y al final nombraron al hombre más fanático y prejuiciado de la isla, quien era particularmente aborrecible a los budistas. Lo rechazamos y les pedimos que lo intentaran de nuevo: con el mismo resultado. Otro intento resultó en lo mismo. Entonces dije, al no mostrar ellos, manifiestamente, la intención de cumplir con su acuerdo de nominar a un presidente adecuado, que yo nombraría a nombre de los budistas, a un caballero que no era siquiera budista, sino cristiano, sobre cuya justeza podríamos confiar. Propuse a un muy conocido Inspector de Escuelas. Pero este no era el tipo

de hombre que ellos querían, por lo que lo rechazaron y volvieron a nominar a su primer candidato. Así continuó esta farsa hasta que se perdió una hora y media, y entonces yo, con el apoyo de Suman-gala, informé que a menos que los cristianos se pusieran de acuerdo sobre un presidente apropiado en los siguientes diez minutos, abandonaríamos el edificio. Esto tampoco resultó, y cuando expiró el lapso de tiempo me levanté y leí un texto que había preparado, anticipando ese resultado. Después de leer la secuencia de hechos, incluyendo las condiciones sobre las cuales el reto había sido aceptado, señalé los obstáculos interpuestos en nuestro camino, y el insulto deliberado de nombrar como mi oponente a un hombre que no estaba ordenado, a quien ellos no reconocían como ortodoxo, cuya derrota no sería considerada como de ninguna consecuencia y a quien ellos habían tomado como un *pis aller* (NOTA: Solución de emergencia, en francés.—*El Traductor*: FINAL NOTA) después de haber intentado en vano encontrar un campeón mejor. Después, como evidentemente no sabían los verdaderos sentimientos religiosos de su campeón, siendo su pasquín de reciente publicación, creo que mostré el precioso documento y leí de él los pasajes relacionados con la Trinidad. La consternación entre ellos pareció tan grande que un silencio cayó sobre ellos y en el cual nuestro partido se levantó y dejó la escuela, precedido por los siete grandes sacerdotes y seguido por una entusiasta multitud. Nunca antes los vi tan expresivos. No nos dejaron subirnos a nuestros coches, sino que tuvimos que caminar junto a esa marea de carne humana en torno nuestro, indicativa de cómo se sentiría estar en el centro de un fardo de algodón. Gritaban, disparaban armas de fuego, hacían sonar enormes látigos —costumbre singalesa importada desde la India hace siglos, agitaban banderas, vitoreaban, cantaban y, una muy bella costumbre, arrojaban a lo alto lothas de cobre bruñido, recipientes para agua que contenían algunas piedrecitas, y los agarraban de nuevo, haciendo que la luz del sol los hiciera resplandecer

como relámpagos y los guijarros se unían en un único sonido de placentero tintineo. Así la alegre banda nos llevó a nuestro barrio, o más bien al gran cobertizo de prédicas adjunto, donde tuvimos que mostrarnos junto con los Grandes Sacerdotes y hacer las debidas alocuciones. Las más cálidas felicitaciones fueron intercambiadas entre los amigos, y fue la opinión general el que los cristianos protestantes se habían infringido ellos mismos el más duro golpe jamás recibido por su causa en la isla. Como dije en otro lugar, los católicos no nos molestaron. De hecho, acabo de tropezar con un recorte de nuestro álbum, del *Ceylon Catholic Messenger*, del 2 de mayo, 1818, del cual tomo el siguiente extracto:

De ninguna manera los teósofos pueden ser peores que los misioneros sectarios, y si el Coronel Olcott puede inducir a los budistas a establecer escuelas propias, tal como lo está intentando, nos estará haciendo un servicio, pues si los budistas tuvieran sus propias escuelas, tal como nosotros tenemos las nuestras, detendrían la deshonestidad ahora practicada por los misioneros sectarios al obtener dinero del gobierno para propósitos proselitistas, bajo el pretexto de subvenciones como ayuda para la educación: Aunque es en la educación de nuestra propia gente en lo que estamos principalmente interesados, no es nuestro deseo ni nuestro interés como católicos que esa educación no sea universal.

Por causa de la amable neutralidad aquí expresada, no vamos a negar la afirmación final.

En cuanto al desafortunado campeón «cristiano», fue rápidamente llevado a la habitación privada del jefe de la estación de trenes, y encerrado allí hasta la llegada del siguiente tren para Colombo, por miedo a consecuencias desagradables por parte de sus pretendidos correligionarios.

A la mañana siguiente proseguimos hasta Bentota vía Kalutara. El viaje fue delicioso, tanto por tren a lo largo de la playa costera, donde las vías casi bordean el oleaje, y por carretera a través de continuos palmares, los que me recordaron la avenida de la casa de palmas en Chatsworth, salvo que allí se trataba de la cuarta parte de un acre, mientras que aquí era de muchas millas. Nuestra recepción en Bentota fue en verdad principesca. Hubo una procesión del largo de una milla, al menos diez millas de decoraciones de ola (hojas tiernas hendidas de cocoteros colgadas en hileras apoyadas sobre mástiles) a lo largo de los caminos y sendas, y catorce arcos triunfales en los puntos importantes. Ofrecí un discurso desde una gran plataforma o pabellón engalanado, desde el cual teníamos una hermosa vista de los reunidos y de los decorados. Pasamos la noche en la casa de descanso, o bungalow para viajeros, propiedad del gobierno, cuyo contratista gerente era un dedicado budista y se empeñó el mismo para que nos sintiéramos cómodos. Todos estuvimos de acuerdo en que nunca habíamos visto una casa tan deliciosa en los trópicos. Los elevados techos, los pisos de baldosas rojas, las paredes de laterita, gruesas y frescas, la amplia veranda sobre la costa rocosa en la parte trasera, los cuartos de al menos treinta pies cuadrados, la brisa del mar barriendo a través de ellos noche y día, un lugar para bañarse en la playa, la abundancia de flores, una buena mesa y un dueño simpático; nada más podíamos desear. H.P.B. declaró que le gustaría pasar allí el año entero.

Veintitrés nombres de solicitantes fueron entregados ese día, y en la noche formamos la S.T. de Benota, la cual, dicho sea de paso, casi no ha hecho nada hasta hoy. Ciertamente nada a la manera teosófica, aunque alguna ayuda le ha dado a la causa de la educación. Esto no ha sido por falta de buenas intenciones, sino solo por su estado de semi-analfabetismo. Siete sacerdotes, enviados a mí por Potuwila para el propósito, fueron aceptados como miembros.

Nos marchamos después de un temprano baño marino, en un coche especial de correos alquilado para nosotros por el comité, con dirección a Galle, adonde llegamos a las 5 p.m. después de un viaje muy placentero. Ferozsha y yo permanecemos tumbados los dos días siguientes y no podíamos hacer ninguna aparición pública. En la noche del 25 de junio, en una reunión de la S.T. de Galle, el Sr. Simon Perera fue elegido Presidente. El 26 nos dirigimos a Mata-ra, nuestro punto más sureño, y llegamos allí a las 2 p.m. A cuatro millas la población nos recibió con una procesión, estimada en una milla de largo, bajo la guía de un jefe local, quien nos tomó a su cargo. Los rasgos más extraños y sorprendentes de una antigua perehara (procesión) singalesa fueron incluidos, y para nosotros tuvo toda la atracción de lo pintoresco y lo novedoso. Habían ataviados bailarines con espadas, bailarines demoniacos, *nautchnis* (NOTA: Bailarinas de nautch, una danza popular, en hindi.—*El Traductor*. FINAL NOTA) con rostros ocre, un templo que daba vueltas sobre un carromato —un furgón de marionetas— pues debe recordarse que los *fantoccini* (NOTA: Espectáculo con marionetas, en italiano.—*El Traductor*. FINAL NOTA) son de origen oriental, y que se ven en casi todas las reuniones festivas en la India, Ceilán y Birmania; banderas sin fin y pendones eran llevados y agitados por hombres y niños. Se tocó música, se golpearon los tam-tams, se cantaron canciones en nuestro honor, y como en Bentota, algunas diez millas de decoraciones de ola llenaban los caminos. Se puede imaginar el amplio público que estas demostraciones atrajo y que se reunió en el lugar de la conferencia, donde hablé. Fue en un palmar junto al mar, yo parado en la veranda de una casa, la gente sentada al aire libre. Tuve un intérprete difícil ese día, lo puedo asegurar. Primero me pidió que hablara muy despacio pues «no entendía muy bien el inglés», después se plantó justo delante de mí, mirando a mi boca, como si fuera a leer a Homero, y observaba para ver que palabras «se iban a escapar a través de la reja de mis dientes». Se mantenía

acuclillado y con sus manos sobre las rodillas, yo hablé extemporáneamente, sin notas, controlando mi gravedad con dificultad pues estaba obligado a ver la intensa ansiedad reflejada en su rostro. Si no captaba el sentido de una oración decía: «¡Repita eso, por favor!». En breve, la oratoria tuvo sus dificultades. Sin embargo, nos apañamos y la gente fue muy paciente y tenía buen carácter. Nuestros alojamientos se encontraban en una espaciosa casa de dos plantas, que había sido profusamente decorada con banderas, racimos de cocos verdes, ramas de palmas y flores, que le daban una apariencia alegre. Desayunamos a la mañana siguiente con la Sra. Cecilia Dias Illangakoon, una rica dama budista de santa piedad, cuya bondad hacia mí solo terminó con su vida, algunos años después. Fue ella la que aportó el dinero para la publicación de las primeras ediciones, en singalés e inglés, de mi «Catecismo Budista», y quien había preparado, a un costo de cerca de Rs. 3.000 la espléndida colección del Tripitika que adorna la biblioteca de Adyar. Después del desayuno ella y su yerno, el Sr. E.R. Gooneratne, de Galle, el funcionario nativo más influyente en el sur de Ceilán junto con el representante local de la Sociedad de Textos Pali del Profesor Rhys David, fueron admitidos en la S.T. en presencia de Potuwila, Wimbridge, Padsha y Damodar. A las 4 p.m. le hablé a 2.500 personas en los terrenos de su casa; en la entrada se había construido una tribuna decorada para que me subiera en ella, y la habitación que quedaba a mis espaldas contenía setenta sacerdotes de las sectas de Siam y Amarapura, las únicas de la isla; no son sectas en el sentido estricto de la palabra, pues no hay diferencias de dogma entre ellas: la palabra solo significa que un conjunto de ellos recibieron su ordenación (*upasampada*) de Siam, la otra, de Birmania. Más adelante ofreceré algunas explicaciones sobre esto, muy necesarias, pues H.P.B. no parecía entenderlo claramente, y a menudo escribió sobre ellos como si fueran dos cuerpos teológicos muy diferentes.

El 28 de junio fue un día muy ocupado. Las iniciaciones se sucedían a intervalos, se recibió la visita de un gran grupo de sacerdotes, liderados por el Gran Sacerdote de la «secta» siamesa del sur de Ceilán, Se me dirigieron dos alocuciones en pali, por él y por un joven sacerdote de gran influencia personal en su provincia. A las 7 los dos ya mencionados, cinco mojes más y nueva laicos entraron en la S.T.; se celebró una reunión, y fue debidamente organizada la S.T. de Matara, estando presentes treinta y dos de los treinta y cinco miembros locales. La medianoche nos sorprendió aun trabajando, pero finalmente, completamente agotados, fuimos a la cama.

Fuimos a Weligama a la mañana siguiente y pasamos por experiencias similares a las anteriores, procesiones, música, decoraciones de las aldeas, *feux de joie* (NOTA: Fogatas, en francés.—*El Traductor*: FINAL NOTA), latigazos, banderas, himnos de bienvenida y hurras. Nos alojamos en la casa de descanso junto al mar, un lugar tan encantador que el Prof. Haeckel, un visitante posterior, dejó un entusiasta recuerdo de su visita en el libro de visitantes, el cual copié y lo guardo en algún lugar. Ceilán es en realidad un paraíso de bellezas naturales para aquél que pueda apreciarlas; y no me extraña la renuencia que siempre han mostrado los singaleses para aventurarse en tierras extrañas, incluso para buscar beneficios. Después de merendar ofrecí una conferencia desde una mesa colocada en una arboleda de cocoteros, después de la cual la multitud rodeó nuestra casa tan densamente que casi todos nosotros nos sentimos mal. H.P.B. y yo ciertamente fuimos envenenados por estas emanaciones. Dejamos el lugar a las 4, y a las 6 llegamos a Galle dispuestos solo para nuestros dormitorios, a lo cuales nos aferramos a pesar de todas las importunidades. Mi enfermedad proseguía al día siguiente, pero en la segunda mañana fui con el Sr. Perera y sus hermanos a visitar su templo privado, o sea, el que habían construidos principalmente a sus propias expensas, para un sacerdote cuya vida era

más estricta y ascética que la de la mayoría de la orden. Le siguieron dos o tres días de comparativa tranquilidad, los cuales dediqué a la preparación de un discurso para ser leído ante una convención que yo había citado para las dos sectas, con el criterio de crear un sentimiento más familiar entre ellas, e interesándolas a ambas por igual en el nuevo movimiento que habíamos comenzado por interés del budismo. La convención tuvo lugar a la 1 p.m. en el aireado piso superior de un edificio sobre la playa de la bahía, que pertenecía al Sr. S. Perera. Como introducción preliminar se ofreció un desayuno a los treinta delegados, quince por cada secta. Para evitar cualquier fricción, coloqué a los dos partidos en cuartos adyacentes que se comunicaban por una ancha puerta. Los monjes primero se lavaron los pies, caras y manos y se enjuagaron la boca. Después se sentaron sobre pequeñas esteras colocadas para ellos, los mayores en el extremo opuesto de las líneas paralelas, cada uno con su tazón de cobre para limosnas delante. Los anfitriones laicos trajeron entonces los grandes platos de arroz bien cocinado, el curry, frutas, leche y otras cosas de la cocina, y pusieron una buena cantidad en cada tazón. En su camino desde la cocina se le permitió a la multitud de pobres, reunida para la ocasión, tocar los platos y murmurar alguna palabra de bendición, pues es la creencia que el que toca recibe una porción del mérito conseguido por el acto caritativo de alimentar a los monjes. Nuestro grupo tomó un refrigerio en otra parte de la casa. Cuando todo estuvo listo me paré en la puerta común y leí la citación para la reunión y después mi discurso, que fue tan bien traducido como expuesto. También leí mi Aviso Ejecutivo, anunciando la creación de la Sección Budista. Después que los siete sacerdotes principales de las dos sectas hicieran algunas observaciones, fue escogido un comité conjunto formado por cinco que representaban cada uno de los cuerpos, con Sumangala como Presidente para llevar a cabo mi plan y la reunión se pospuso *sine die* (NOTA: Por un período de tiempo indefinido, en latín.—*El Traductor*: FINAL NOTA). Esto

constituía un nuevo punto de partida, pues nunca antes se habían tomado acciones conjuntas sobre asuntos administrativos, ni hubiera sido posible ahora, pero se logró gracias a que éramos extranjeros no vinculados a ningún partido, ni involucrados por ninguno de sus círculos sociales. Representábamos al budismo y a los intereses budistas como un todo, y ningún partido osaría mantenerse alejado por temor al disfavor popular, aunque hubieran estado inclinados a ello. Debo decir que nunca, durante los siguientes diecinueve años, he tenido razones para quejarme de ningún cambio en esta buena intención en nuestro trabajo por parte de las dos sectas. Al contrario, han ofrecido mil pruebas de su voluntad para ayudar, hasta donde se lo permite su temperamento de natural inercia, al gran movimiento de renacimiento que está destinado al final a colocar al budismo de Ceilán sobre bases más seguras y estables, pues es el de la buena fe de un pueblo educado y descoso. Personalmente, siempre he lamentado no haber podido dedicar todo mi tiempo y energías a la causa budista desde mi juventud, pues estoy seguro de que en la época de nuestra visita a la isla, 1880, hubiera logrado la completa unificación en simpatía de las «iglesias» del norte y del sur –para usar un término inapropiado– y haber sembrado una escuela en cada cruce de caminos de esta hermosa tierra de palmares y especias. Sin embargo, pasemos sobre esto como un «pudiera haber sido»: mi tiempo no ha sido desaprovechado.

El 5 de junio celebré la convención de nuestras nuevas ramas laicas. Kandy estuvo representada por el Sr., ahora Honorable T.B. Pannabokke; Colombo, por el Sr. Andrew Perera; Pānadure, el Sr. J.J. Cooray; Bentota, por el Sr. Abeyasekara; Galle, por el Sr. S. Perera; y Matara, por el Sr. Appuhami.

Nuestros temas de debate fueron la deseada secularización de las escuelas, rescatar de la expoliación las tierras donadas, la manera apropiada para restablecer la disciplina de los sacerdotes mayores

sobre los jóvenes, destruida desde que la dinastía nativa había sido reemplazada por un gobierno cristiano, la preparación de literatura propagandística y su circulación, etc., etc., etc.

Dos días de descanso y, después, un viaje a Welitara, donde formamos la séptima rama de la S.T. bajo los auspicios de dos de los siete monjes más influyentes antes mencionados, es decir, Wimelasāra Māhā, Terunnanse and Dhammalankāra Māhā Terunnanse, dos espléndidos hombres de gran habilidad y que lideraban dos grandes cuerpos de la secta Amarapura. Dieciocho jóvenes miembros de la última y doce de la primera, aceptaron ser miembros y con ellos, casi todo sacerdote de alguna influencia en Ceilán había entrado en nuestra liga y ofrecido su leal ayuda al movimiento. Es un hecho, supongo, que se habían dejado llevar por una ola de entusiasmo popular y ahora no podían retroceder. Mi mayor error fue no haber tomado ventaja de este sentimiento para recaudar –como fácilmente hubiera podido– un fondo de dos o tres lakhs de rupias para la fundación de escuelas budistas, y para propaganda en general. Al retrasar estos asuntos indispensables hasta el año siguiente, mi trabajo fue infinitamente más duro y la recaudación infinitamente menor. Un mal año para la cosecha, los vapores habían hecho de Colombo, en lugar de Galle, su puerto de entrada, y esto hizo toda la diferencia.

Fue citada una reunión final de la S.T. de Galle, el 11 de julio, para la elección permanente de los cargos, y en el Sr. Procurador G.C.A. Jayasekara como Presidente, la rama tuvo uno de los mejores ejecutivos posibles. El 12 fue nuestro último día en la isla, el 13 llegó nuestro vapor y a las dos nos embarcamos dejando detrás a muchos amigos llorosos y llevándonos con nosotros muchos recuerdos de graciosa bondad, ayuda alegre, viajes hermosos, entusiastas multitudes y experiencias lo suficientemente extrañas como para llenar la memoria con vívidas imágenes que servirían para recordar con

placer en los años futuros, tal como lo hago ahora con la ayuda de unas pocas líneas escritas en un viejo diario.





CAPÍTULO XIII

UNA PEQUEÑA EXPLOSIÓN DOMÉSTICA

Como contraste a las agradables experiencias de la gira por Ceilán, experimentamos una terrible travesía marina desde Galle hasta Colombo, y todos sufrimos de horribles mareos. Al día siguiente atracamos en la bahía de Colombo, mientras el barco se balanceaba de un lado a otro y el agua estaba tan agitada que solo unos pocos de nuestros amigos se sintieron inclinados a subir a bordo; pero entre estos pocos estaba Megittuwatte. Como siempre, nuestro infausto número 7 se hizo valer: nuestros visitantes fueron siete, el último bote en llegar (trayéndonos un ejemplar del último número del *Theosophist*) llevaba este número, y nuestras máquinas arrancaron a las 7:7 p.m. Le siguió otra noche de tormenta y llegamos con varias horas de retraso a Tuticorin, nuestro primer puerto indio.

Me divierte encontrar una nota en mi diario sobre nuestros pesos, comparados con los que teníamos antes de zarpar: H.P.B. había ganado 8 libras, bajo ella la pesa indicó 237 libras (16 st. (NOTA: Abreviatura de Stone, peso equivalente a 14 libras.—*El Traductor: FINAL NOTA*) 13 lbs); yo había perdido 15 y pesaba 170 libras. (12 st. 2 libras.); Wimbridge se mantenía igual, Feroszha había ganado

12 libras; y Damodar, la antítesis de H.P.B., demostró que solo pesaba 90 libras. (6st. 6 libras). Había perdido 6 libras. ¡de lo cual no se podía permitir el lujo!

Llovía a cántaros el último día de nuestro viaje de regreso, y esto había sucedido casi todos los días; los muelles estaban mojados, los toldos goteaban debido a las grandes bolsas de agua formadas donde quiera que sus sogas estaban flojas; H.P.B. hizo absurdos esfuerzos para escribir sobre una mesa, colocada para ella por el complaciente capitán sobre un par de parrillas en un lugar relativamente seco; pero usó más palabras fuertes que tinta, pues sus papeles eran expelidos por las ráfagas que barrían el barco de proa a popa. Finalmente entramos en el puerto de Bombay y a su debido tiempo sentimos la paz del sólido suelo bajo nuestros pies. Solo esa paz, sin embargo, pues al llegar a los cuarteles generales encontramos una tormenta moral en acción, como la que cualquier familia podría desearle a sus más queridos vecinos: La Srta. Bates y Mme. Coulomb tenían las espadas desenvainadas, y todo tipo de acusaciones y contra-acusaciones fueron vertidas en nuestros renuentes oídos por aquellas dos airadas mujeres. La Srta. Bates culpaba a Mme. Coulomb de intentar envenenarla, y la otra replicaba lo mismo con respecto a la primera. Me hubiera gustado barrerlas a las dos con una escoba, lo que hubiera sido una excelente idea, considerando lo que sucedió después. Pero en lugar de esto se me pidió que arbitrara sus diferencias y me senté juiciosamente, escuchando sus absurdas argumentaciones durante dos noches seguidas, y finalmente decidí en favor de Mme. Coulomb con respecto a la estúpida difamación de envenenamiento, la cual no tenía un solo hecho que la sustentara. La verdadera, la *teterrima causa belli* (NOTA: **Temible causa de guerra, en latín.**—*El Traductor*: FINAL NOTA), fue que al marcharnos pusimos la atención de la casa en las manos de Mme. Coulomb; la Srta. Bates no quedó satisfecha con el responsable puesto

de sub-redactora que le otorgamos. Mientras procedía el arbitraje H.P.B. se sentaba cerca, fumando un poco más de cigarrillos que lo usual y haciendo alguna observación ocasional, cuyo efecto favoreció más al aumento que a la pacificación de la excitación. Wimbridge, quien se mantenía como el mejor amigo de la Srta. Bates, finalmente se me unió para forzar a las beligerantes a que consintieran una «armada neutralidad», y la nube de tormenta pasó por el momento. Los siguientes días estuvieron completamente ocupados con el trabajo literario para la revista, necesario debido a nuestra larga ausencia.

Justo antes de regresar, nuestro leal amigo Moolje Thackersey había fallecido, y la Sociedad perdió a uno de sus trabajadores más voluntariosos. La noche de 4 de agosto un Mahātma visitó a H.P.B. y fui llamado para que lo viera antes de que se marchara. Dictó una larga e importante carta para un influyente amigo nuestro en París, y me ofreció significativos consejos sobre el manejo de los asuntos actuales de la Sociedad. Fui despedido antes de que terminara la visita, y al salir lo dejé sentado en el cuarto de H.P.B.; no puedo decir si su partida fue una desaparición fenoménica o no. Para mí resultó una visita oportuna, pues al día siguiente ocurrió una gran explosión de ira por parte de la Srta. B. contra nosotros dos; contra H.P.B. en relación con cierta dama de Nueva York, una amistad común, y contra mí por mi decisión en la pelea con Mme. Coulomb. En el momento en que me daba la espalda e insultaba a H.P.B. cayó desde el aire, sobre mi regazo, una nota del maestro que había venido a vernos la noche anterior. Al abrirla encontré que me aconsejaba en cuanto a la mejor manera de acción en la presente dificultad. Quizás le interese saber a nuestros recientes colegas norteamericanos que la situación fue discutida por el Maestro como si fuéramos la S.T. *de jure*, y no simplemente un cuerpo *de facto* (NOTA: *De jure* y *de facto*, locuciones latinas que significan, respectivamente, *de derecho* y

de hecho.—El Traductor: FINAL NOTA), ¡habiendo fallado aparentemente la ingeniosa teoría propuesta en estos últimos tiempos a los miembros de la Gran Logia Blanca! (*NOTA: Una referencia al absurdo pretexto presentado, como excusa de su acción ilegal, por los miembros separativos que siguieron al difunto Sr. Judge en su salida de la Sociedad, hace siete años. FINAL NOTA*).

Al día siguiente comenzó la escisión de nuestro cuarteto, el Sr. Wimbridge se puso del lado de la Srta. Bates. Las cosas comenzaron a ponerse desagradables. Se había acordado el plan de comprar un billete y mandar a la dama de vuelta a Nueva York, pero esto fue rechazado por ella, después que Seervai había hecho los arreglos necesarios. El tercer día cenamos por separado, H.P.B., Damodar y yo en el pequeño bungalow de la primera, y Wimbridge y la Srta. B. en el comedor, el cual les cedimos. Día tras día las cosas se pusieron peor, hasta que dejamos de hablarnos; H.P.B. se irritaba; tuvimos una tregua el día 9, y el 10 sobrevino la total separación entre los dos grupos. Los Coulomb se mudaron del edificio adjunto a los cuartos de la Srta. Bates, ella a los de ellos; Wimbridge mantuvo los suyos, en un pequeño bungalow en el mismo terreno del de ella; la puerta que había sido abierta en la pared divisoria entre las propiedades fue cerrada con ladrillos, y se formaron dos familias a partir de la original. Y qué penoso pensar que toda esta molestia surgió de algunas despreciables rivalidades y celos femeninos, completamente innecesarios e inoportunos; que no existía ninguna razón seria, que se pudo haber evitado ejerciendo un poco de auto-control y que, aunque individualmente nos hubiera importado poco, tuvo un mal efecto en la Sociedad, colocando sobre ella un peso bajo el cual se tambaleó durante muchos días. Uno de los malos resultados fue que los separatistas se las arreglaron para ganar el favor de uno de los principales periódicos vernáculos de Bombay, que nunca fue muy cordial con nosotros, y utilizó sus columnas para denostar a

la Sociedad y a la Teosofía en general con una amargura que, hasta donde conozco, aun exhibe el día de hoy.

Antes de la separación yo había ejercido con éxito mi influencia personal en un amigo parsi para que Wimbridge empleara su capital en un negocio de muebles y decoraciones artísticas, pues su formación como artista y su habilidad para el diseño lo hacían muy capaz para ello. Después de un tiempo adquirió otros locales en otro barrio de Bombay y estableció relaciones que demostraron ser extremadamente lucrativas y que creo, le hizo ganar una fortuna junto a sus socios: nosotros dos, los pobres «compinches» literarios, nos mantuvimos en el sendero escogido, sin mirar a las ollas de carne egipcias (NOTA: Referencia al pasaje bíblico referido en Éxodo 16:3.–*El Traductor*.- FINAL NOTA) a ambos lados de nuestro espinoso camino, y desde el punto de vista mundano, lo suficientemente perversos como para preferir nuestra pobreza y perpetuo sufrimiento por parte de crueles calumnias, a las más seductoras perspectivas del premio mundano. Y este, en verdad, era el único escudo que H.P.B. podía usar, y constantemente lo utilizó para repeler los ataques de sus hostiles críticos: ni uno solo de ellos pudo jamás demostrar que ganó dinero mediante sus fenómenos o por el arduo trabajo teosófico.

Yo pensaba que más bien exageraba en este sentido y que al escucharla, se podía pensar que quería que uno creyera que, como no obtenía nada de sus milagros, por lo tanto ¡ninguno de los otros cargos por los que se le culpaba –plagio, por ejemplo, o citar textos erróneamente, o inexactitud en las enseñanzas de otros autores– podían ser ciertos! Recuerdo muy bien que diversas personas en Simla y Allahabad pensaban esto y yo se lo señalé muchas veces.

Como adición a la lobreguez de la situación a nuestro regreso de Ceilán, encontramos inertes a los miembros de Bombay y la nueva Rama dormida. Dos meses de ausencia nuestra parecían haber casi

apagado el interés local por nuestro trabajo, y cuando el periódico local antes mencionado dirigió sus cañones contra nosotros, nuestro cielo se veía sombrío. Pero continuamos con corazones firmes, publicando puntualmente el *Theosophist* todos los meses y atendiendo a nuestra siempre creciente correspondencia. Aquella fue una de esas crisis donde en un cuasi aislamiento, H.P.B. y yo nos hicimos más cercanos en busca de apoyo y aliento mutuo. Aunque los más queridos amigos demostraron ser falsos y los partidarios más firmes desaparecieron, nos ofrecimos el uno al otro más palabras de alegría, y conspiramos para que el otro pensara que no valía la pena mencionar el problema y que debería pasar sobre nosotros como una rápida nube de verano. Y entonces nos llegó el conocimiento; pues ambos recibimos la prueba constante de que los Grandes con quienes trabajábamos ponían su potente pensamiento en torno nuestro, escudo verdadero en contra de todo daño, presagio de perfecto éxito para nuestra causa.

Regularmente nos visitaban unos pocos de nuestros colaboradores hindúes y parsis, y poco a poco volvimos a ganar el terreno perdido en la India. En los Estados Unidos las cosas estaban en un punto muerto: nadie allí tenía en la época la capacidad o la energía para llevar adelante el movimiento. Judge, por entonces solo un principiante de veinticinco o veintiséis años, estaba dedicado a su trabajo con la ley, y el General Doubleday, posiblemente el miembro más efectivo, vivía en reclusión campestre con su pensión del ejército y estaba incapacitado por diversas razones para dedicarse a esta cruzada. Más que nunca, el centro evolucionario se confinaba a nosotros dos y la única esperanza para la supervivencia del movimiento era nuestra subsistencia, y en nunca permitir que nuestras energías flaquearan por un momento. No estábamos tan solos, pues entre los asistentes verdaderos que habíamos encontrado en la India, estaba el pobre, delgado y frágil Damodar Mavalankar, quien

se había lanzado con alma y corazón al trabajo con una devoción que no podía ser superada. Aunque era frágil como una chica, se sentaba en su mesa de trabajo a veces toda la noche, a menos que yo lo sorprendiera y lo mandara a la cama. Ningún hijo fue más obediente a un padre, ni un hijo adoptivo más desinteresado en su amor por su madre adoptiva que él hacia H.P.B.: su palabra era más trivial era ley para él, su deseo más caprichoso una orden imperiosa a la que tenía que obedecer hasta con el precio de su vida. Cuando era un niño, estuvo al borde de la muerte debido a unas fiebres y cuando temblaba delirante, tuvo la visión de un benigno sabio, quien tomó su mano y le dijo que no iba a morir, sino que viviría para realizar un trabajo útil. Después de conocer a H.P.B. su visión interior se abrió gradualmente, y en aquel a quien reconocimos como el Maestro K.H., Damodar vio revelado al visitante de su crisis juvenil. Esto selló su devoción a nuestra causa y su discipulado a H.P.B. De él, personalmente, recibí una confianza inquebrantable, afecto y respeto; me defendió en mi ausencia de la calumnia pública y privada y se comportaba conmigo como un hijo con su padre. Lo recuerdo con respeto y amor.

El mismo día de la ruptura entre nuestros dos grupos familiares, recibimos del Sr. Sinnett una invitación para visitarlos en Simla. Era como un trago de agua dulce para la caravana y H.P.B. telegrafió su aceptación: el correo era demasiado lento para ella. Estuvo furiosa hasta la tarde, cuando me llevó a una excursión de compras, cuando adquirió un nuevo traje para su debut en «Cerulia», como se le llama en ocasiones a la capital de montaña del gobierno de la India, y comenzó a contar las horas hasta el momento de la partida. Lo que resultó de esto es ampliamente conocido por varios libros y muchos periódicos; uno de los avisos sobre nuestra presencia fue el que hizo Marion Crawford en su *Mr. Isaacs*, donde habla de nosotros y del Sr. Sinnett paseándonos entre los rododendros. Pero

como la verdad exacta no ha sido del todo contada, me toca a mí el proporcionar los datos que faltan en otro capítulo.





CAPÍTULO XIV

EL YOGA DE SWAMI DAYĀNAND SARASWATI

El cuarto día previo a nuestra partida hacia el norte de la India ocurrió un incidente en mi oficina, el cual refiero según las notas de mi diario por el valor que pueda tener, pues su autenticidad ha sido cuestionada por Mme. Coulomb. Al mismo tiempo, debo agregar que nunca he tenido una prueba que apoye sus afirmaciones, mientras que su reputación como persona de buena fe es tal que merece una corroboración mayor que la usual, para que pueda creerlas antes que a las evidencias de mis propios sentidos. H.P.B., Damodar, y yo estábamos sentados conversando en la oficina, cuando el extraño retrato del yogui «Tiruvalla», que fue producido fenoménicamente para el Sr. Judge y para mí mismo en Nueva York, y el cual había desaparecido de su marco en mi dormitorio justo antes de que dejáramos los Estados Unidos, cayó desde el aire sobre el escritorio frente al cual estaba yo sentado. Después, una fotografía de Swami Dayānand, que este me había regalado, cayó igualmente del espacio. Al anotar las circunstancias esa misma noche, escribí que «vi al primero cuando golpeó una caja de latón sobre mi escritorio, y a la segunda como si viniera oblicuamente por el aire». Lo que implica, desde luego, que *no* fue arrojada a través de una abertura en la cubierta del techo, como la honesta Mme. Cou-

lomb aseveró. Tres noches después, en presencia de tres testigos además de mí mismo, H.P.B. le entregó su tarjeta a un visitante que la deseaba, y algo más tarde, un duplicado cayó del techo a los pies del caballero y este la recogió.

Nosotros –H.P.B. y yo, con nuestro criado Babula– dejamos Bombay con dirección norte en el tren correo nocturno del 27 de agosto. Después de un alto en Allahabad llegamos a Meerut el día 30. Toda la rama local de la Arja Samaj nos recibió en la estación, nos escoltó hasta la residencia del Sr. Sheonarain, y pronto llegó Swami Dayānand. En presencia de sus seguidores, iniciamos una conversación que tenía la intención de que expusiera sus verdaderos puntos de vista sobre el yoga y los supuestos *Siddhis*, o poderes humanos psico-espirituales, pues sus enseñanzas a sus seguidores estaban calculadas para desalentar la práctica del ascetismo, e incluso para arrojar dudas sobre la realidad de los poderes, mientras que en sus conversaciones con nosotros demostraba lo contrario. Nuestro debate se puede encontrar reportado completamente en el *Theosophist* de diciembre, 1880, y me contento con referir a mis lectores a este, pero debido al hecho de que probablemente solo una pequeña parte de ellos tendrán acceso a ese volumen, porque resulta muy interesante para el lector en general sobre el yoga y porque debido a su importancia por su relación histórica con nuestra Sociedad no debe ser pasado por encima o ignorado, reproduciré aquí por lo tanto, su esencia, tal como sigue:

La primera pregunta que se le planteó al Swami fue si el yoga era una verdadera ciencia o solo una especulación metafísica, si Patanjali describió poderes físicos alcanzables por el hombre y si él los había alcanzado o no. La respuesta del Swami fue que el yoga era verdadero y estaba basado en el conocimiento de las leyes de la naturaleza. Después se le preguntó si estos poderes podían ser adquiridos, o ya había pasado ese tiempo. La

respuesta fue que las leyes de la naturaleza no sufrían cambios y no tenían límites; lo que alguna vez se logró hacer se podía lograr ahora. No solo puede el hombre de hoy aprender a hacer todas las cosas descritas por los antiguos escritores, sino que él mismo, el Swami, podía enseñar los métodos a cualquiera que sinceramente deseara emprender ese tipo de vida. Muchos habían venido a él manifestando su deseo y afirmando su capacidad para llegar al éxito; él había intentado con tres, pero habían fallado todos. Uno era residente de Agra. Comenzaron bien, pero pronto creció la impaciencia al tener que continuar con lo que ellos consideraban esfuerzos triviales, y para su sorpresa, de repente se vinieron abajo. El Yoga es la ciencia más difícil de aprender para todos, y pocos hombres son capaces de adquirirla ahora. A él se le preguntó si ahora existían algunos yoguis verdaderos que pudieran realizar los maravillosos fenómenos descritos en los libros arios. Su respuesta fue que sí existían esos hombres vivos. Su número es pequeño. Viven en lugares retirados, y rara vez o nunca aparecen en público en sus propias personas. Sus secretos nunca lo propagan a los profanos, ni enseñan su ciencia secreta (Vidya), excepto a aquellos puestos a prueba y que ellos consideran que lo merecen.

El Coronel Olcott preguntó si esos grandes maestros (Mahātmās) se visten invariablemente con el ropaje azafrañado del *sanyāsi* o *faqir* que vemos a diario, o con ropa ordinaria. El Swami respondió que en cualquiera de las dos maneras, según lo prefirieran, o lo requirieran las circunstancias. En respuesta a la petición de que afirmara sin reticencias qué poderes específicos posee el yogui competente, dijo que el verdadero yogui puede hacer aquello que las personas vulgares llaman milagros. No es necesario hacer una lista de estos poderes, pues en la práctica su poder está solo limitado por su deseo y la fuerza de su voluntad.

Entre otras cosas puede intercambiar pensamientos con sus yoguis hermanos a cualquier distancia, aunque estén separados de un polo al otro, y no tengan medios externos de comunicación visibles, como el telégrafo o el correo. Puede leer los pensamientos de otros. Puede pasar (en su ser interno) de un lugar a otro y así ser independiente de los medios ordinarios de transporte, a una velocidad incalculablemente mayor que la de la locomotora. Puede caminar sobre el agua o en el aire sobre la superficie de la tierra. Puede pasar en su propia alma (*Atma*) de su cuerpo al de otra persona, por un corto tiempo o por años, según lo escoja. Puede prolongar el tiempo natural de la vida de su propio cuerpo retirando su *Atma* de este durante las horas de sueño, y reduciendo así la actividad de los procesos naturales al mínimo, evita la mayor parte de los usos naturales. El tiempo así ocupado es más tiempo agregado a la suma natural de la existencia física de la máquina corporal.

P. ¿Hasta qué día, hora o minuto de su propia vida corporal puede el yogui ejercer su poder de transferir su *Atma*, o ser interno, al cuerpo de otra persona?

R. Hasta el último minuto, o incluso segundos, de su tiempo de vida natural. El conoce de antemano, hasta el segundo, cuando su cuerpo debe morir, y hasta que ese segundo llega, puede proyectar su alma en el cuerpo de otra persona si está listo para su ocupación. Pero si permite que ese momento pase, entonces no puede hacer nada más. La cuerda se rompió para siempre, y si el yogui no está lo suficientemente purificado y perfeccionado para poder obtener *Moksha*, debe seguir la ley natural del renacimiento. La única diferencia entre su caso y el de otros hombres es que, habiéndose vuelto un ser más intelectual, bueno y sabio que ellos, renace en mejores condiciones.

P. ¿Puede un yogui prolongar su vida a este extremo: diga-

mos que la vida natural de su propio cuerpo es de setenta años, puede él, justo antes de la muerte de ese cuerpo, entrar en el cuerpo de un niño de seis años, vivir en él otro tiempo de setenta años, retirarse de este hacia otro, y vivir en él otros setenta años?

R. Puede, y así prolongar su estancia sobre la tierra hasta el término de cuatrocientos años.

P. ¿Puede un yogui pasar así de su propio cuerpo al de el de una mujer?

R. Con la misma facilidad que un hombre puede, si lo elige, ponerse el vestido de una mujer, igualmente él puede poner sobre su propio *Atma* la forma física de ella. Externamente, sería una mujer en todos los aspectos y vínculos físicos; internamente es él mismo.

P. Yo he conocido dos casos; o sea, dos personas que parecían mujeres, pero que eran completamente masculinas en todo excepto en el cuerpo. Una de ellas usted recordará, la visitamos juntos en Benarés, en un templo a la orilla del Ganges.

R. Sí, <Majji>.

P. ¿Cuántos tipos de práctica de yoga existen?

R. Dos, *Hatha Yoga* y *Raja Yoga*. En el primero, el estudiante pasa por pruebas físicas y penurias con el propósito de someter su cuerpo físico a la voluntad. Por ejemplo, el columpiar el propio cuerpo de un árbol, con la cabeza hacia abajo, a una pequeña distancia de cinco hogueras, etc. El *Raja Yoga* no requiere de nada parecido. Es un sistema de entrenamiento mental mediante el cual a la mente se le hace sierva de la voluntad. Uno –*Hatha Yoga*– ofrece resultados físicos, el otro –*Raja Yoga*– poderes espirituales. El que se hace perfecto en *Raja* debe haber pasado por el entrenamiento del *Hatha*.

P. Pero ¿no existen personas que poseen los *Siddhis* o pode-

res del *Raja Yōga* sin haber pasado jamás por las terribles pruebas del *Hatha*? Recientemente conocí a tres en la India, y ellos mismos me contaron que nunca sometieron su cuerpo a tortura.

R. Entonces es que practicaron *Hatha* en su nacimiento anterior.

P. Explique, por favor, como podemos distinguir entre fenómenos falsos y reales cuando son producidos por alguien que se supone que es un yogui.

R. Los fenómenos y las apariencias fenomenales son de tres clases: las inferiores son producidas por la destreza de las manos; la segunda, mediante asistencias o accesorios mecánicos o químicos; la tercera y superior, mediante los poderes ocultos del hombre. Siempre que se exhiba algo de naturaleza sorprendente por cualquiera de los primeros dos medios, y son falsamente presentados como de origen no natural o sobrenatural, de carácter milagroso, se le llama apropiadamente un *tamāsha*, o farsa deshonesta. Pero si se ofrece la verdadera y correcta explicación de ese efecto sorprendente, entonces debe clasificarse como una simple exhibición de habilidad científica o técnica, y debe ser llamado *Vyavahāra-Vidyā*. Los efectos producidos por el solo ejercicio de la voluntad humana entrenada, sin aparatos o asistencia mecánica, son el verdadero *yoga*.

P. Defina la naturaleza del *Atma* humano.

R. En el *Atma* existen veinticuatro podres. Entre estos están la voluntad, la pasividad, la acción, la percepción decidida o conocimiento, la fuerte memoria, etc. Cuando todos estos poderes se ejercen sobre el mundo exterior, el que los practique produce efectos que se clasifican adecuadamente como Ciencia Física. Cuando los aplica al mundo interno, se trata de Filosofía Espiritual, *Yoga*, *Antaryoga* o *yoga* interno. Cuando dos hombres conversan desde lugares distantes por medio del telégrafo esto

es *Vyavahāra-Vidyā*; cuando lo hacen sin aparatos y empleando su conocimiento de las fuerzas y corrientes naturales se trata de *Yoga Vidyā*. También se trata de *Yoga Vidyā* cuando un adepto en la ciencia produce que artículos de cualquier tipo se le traigan desde la distancia, o los envía él mismo a cualquier lugar distante, en cada caso sin medios visibles de transporte, como ferrocarriles, mensajeros, o el que sea. El primero es llamado *Ākarsham* (atracción), el último *Prabhana*. Los antiguos comprendieron completamente las leyes de atracción y repulsión de todas las cosas en la naturaleza, entre ellas mismas, y los fenómenos del *yoga* están basados sobre ese conocimiento. El *yogui* cambia o intensifica esas atracciones y repulsiones a voluntad.

P. ¿Cuáles son los prerrequisitos para aquél que desea adquirir esos poderes?

R. Estos son: (1) Deseo de aprender. Deseo como el del hombre hambriento por la comida, o del sediento por el agua: una aspiración vehemente. (2) Perfecto control sobre las pasiones y los deseos. (3) Castidad, pura camaradería, puro alimento, aquél que brinda al cuerpo solo puras influencias; que frecuente solamente lugares puros, libre de vicios de cualquier tipo, aire puro y retraimiento. Debe estar dotado con inteligencia para así poder comprender los principios de la naturaleza; poder de concentración, que pueda evitar que sus pensamientos vaguen, y auto-control, que siempre pueda ser el dueño de sus pasiones y debilidades. Debe renunciar a cinco cosas: Ignorancia, egolatría (vanagloria), pasión (sensual), egoísmo y temor a la muerte.

P. ¿No cree usted entonces, que un *yogui* actúa contrariamente a las leyes de la naturaleza?

R. Nunca, nada sucede que sea contrario a las leyes de la naturaleza. Mediante el *Hatha Yōga* se puede lograr un cierto rango de fenómenos menores, como por ejemplo, llevar toda

su vitalidad a un solo dedo, o cuando está en Dhyāna (estado de quietud mental), conocer los pensamientos de otros. Mediante el *Raja Yoga* se vuelve un *Siddha*, puede hacer cualquier cosa que desee y conocer cualquier cosa que desee conocer, incluso idiomas que nunca ha estudiado. Pero todo esto está en estricta armonía con las leyes de la naturaleza.

P. Ocasionalmente he presenciado como artículos inanimados son duplicados antes mis propios ojos, como cartas, monedas, lápices, joyas. ¿Cómo se explica esto?

R. En la atmósfera están las partículas de cada cosa visible, en un estado altamente difuso. El *yogui* sabe cómo concentrarlas, lo hace mediante el ejercicio de su voluntad y las ajusta en cualquier forma siempre que pueda representarse a sí mismo la imagen del modelo.

El Coronel Olcott le preguntó al Swami como llamaría él a ciertos fenómenos producidos hasta ahora por Madame Blavatsky, como el producir que caiga una lluvia de rosas en una habitación el año pasado en Benarés, el hacer sonar campanillas en el aire, que la llama de una lámpara disminuya gradualmente, casi hasta el punto de extinguirse y después ordenarle que se alce hasta la salida del conducto, sin tocar el regulador en ningún momento, etc. La respuesta fue que estos eran fenómenos del *yoga*. Algunos de ellos podían ser imitados por tramposos y entonces solo se trataría de meros *tamāsha*; pero estos no eran de este tipo.

Pienso que este es uno de los compendios más simples, claros y más sentenciosos y más sugestivos del punto de vista hindú sobre la superior ciencia del yoga en la literatura. Mi encuestado era uno de los más altos personajes arios de la época, un hombre de gran erudición, y un asceta experimentado, un poderoso orador e intenso

patriota. Se le debe prestar atención a la aseveración del Swami de que uno no puede continuar con la práctica del Raja Yoga sin haber primero subyugado el cuerpo físico mediante un entrenamiento de Hatha Yoga o entrenamiento fisiológico, y que si se encuentra a alguien exitoso en el Raja Yoga, esta es una prueba *prima facie* (NOTA: A primera vista, en latín.—*El Traductor*. FINAL NOTA) de que ha realizado el Hatha Yoga en el nacimiento anterior. Esta idea la comparten todos los hindúes ortodoxos educados que he conocido, pero mis lectores decidirán por ellos mismos si esto es o no razonable. En cualquier caso, podemos decir que queda claro que la evolución personal del hombre hacia la vida espiritual es progresiva, y que cada etapa de auto-dominio físico debe ser transitada antes de que se pueda alcanzar la «liberación». Para la mayoría de los creyentes en la teoría de la reencarnación, la anterior hipótesis no parece carecer de una base razonable, pero aun no me queda claro que alguna vez tenga que dormir sobre clavos afilados, o colgar de mis tobillos, o sentarme entre fuegos bravíos, o lavar mi estómago cada día mediante la proeza del *dhoti*, tragar yardas y yardas de tela de algodón húmeda y después sacarla, o llenar mi cavidad abdominal con galones de agua, para alcanzar siquiera mi etapa menor de capacidad espiritual. Pienso que la voluntad puede fortalecerse incluso mejor sin la tortura física.

Tuvimos la suerte de conocer en la casa del Sr. Sheonarain la ahora célebre Pandita Ramabai, casada entonces con un abogado o jurisconsulto bengalí, pero que aquí estaba de visita con su difunto hermano en el trascurso de una gira. El nombre y la historia de Ramabai son ahora tan bien conocidos en todas partes del mundo que solo necesito decir que en aquella época era una experta en el *Gita* y el *Ramayana*; podía conversar y escribir con gran fluidez en sánscrito y componer versos en ese idioma improvisadamente sobre cualquier tema dado dentro del rango de su conocimiento.

Después de una conferencia que ofrecí en la noche del 6 de septiembre, ella ofreció sus propias opiniones primero en hindi, y después a petición, en sánscrito, mostrando la misma fluidez en ambos. Por entonces no había aprendido inglés, pero podía hablar en sánscrito, hindi, urdu, marathi, gujarati, y canarés, siendo este último su lengua natal. Tenía veintidós años y era una joven mujer pálida, delgada, de aspecto ascético, para nada reconocible en la matrona corpulenta y sabia que vi recientemente en Puna en una conferencia de la Sra. Besant. La Ramabai de 1880 era el tipo de la brahmana altamente meditativa, la de Puna podría pasar por el tipo de mujer de negocios occidental, quien se siente más cómoda en negocios de hospedaje y libros de contabilidad que con la literatura.

Mi debate con el Swami continuó día tras día y noche tras noche, a pesar de un calor tan opresivo que era casi insoportable. Una mañana H.P.B. vino a despertarme mucho antes del amanecer, pues estaba temerosa de sufrir un ataque al corazón; determinó que saldría al momento para Simla, a pesar de que los avisos para mi conferencia arriba mencionada ya habían aparecido. Pero, comprobando que al adoptar la costumbre hindú de dormir en el exterior podría pasarla mejor, cambió de opinión, mandó otro telegrama retractándose del primero y la noche siguiente hizo colocar afuera su alta cama, cerca de mi catre y del de nuestro anfitrión, y protegida por un gran mosquitero de todos los insectos voladores, durmió profundamente hasta que los parlantes cuervos roncamente se llamaron los unos a los otros en la cima del mango cercano.

Ese día el Swami y yo, como presidentes de nuestras respectivas sociedades, tuvimos una larga y seria conversación privada, con el resultado de que: «Acordamos que ninguno sería responsable de las opiniones del otro: Las dos sociedades serían aliadas, pero independientes».

A las 2:14 de la tarde dejamos Meerut para marchar a Simla.

Desde Ambala –después de una parada hasta las 11 p.m. con amigos indios– viajamos toda la noche por el camino de montaña hasta la capital veraniega del virrey en un *dakgharry*, transporte oblongo de madera, parecido a un gran palanquín sobre ruedas. Dormimos muy poco mientras llegábamos a los pies de las colinas de los Himalayas y H.P.B. tenía asuntos que atender con los Mahâtmas. Advierto que fue en esa noche cuando me contó la historia de que el cuerpo de Swami Dayānand estaba ocupado por un Maestro, cosa que me influenció mucho en mi última conversación con él. Nos detuvimos cinco horas en Kalka y después proseguimos en un *tonga*, carro de muelles con dos ruedas, muy bajo, y con asientos para cuatro personas, incluido el cochero: la carretera militar es buena, aunque algo peligrosa en las vueltas más angulosas (con ponis reacios). El paisaje es imponente debido a la altitud, los contornos montañosos y a las aglomeraciones de personas, pero hay una gran ausencia de bosques, lo cual despoja al paisaje del agradable elemento de verdor. Llegamos a la vista de Simla justo antes de la puesta del sol, y sus villas doradas por el sol le ofrecían una apariencia atractiva. Un criado del Sr. Sinnett nos recibió al entrar en la ciudad, con *jampans* –sillas llevadas por porteadores por dos largas varas– y pronto estuvimos bajo el techo hospitalario de nuestros buenos amigos los Sinnett, donde nos esperaba una bienvenida afectuosa.





CAPÍTULO XV

SIMLA Y LOS CERULIANOS

Cuando nos despertamos a la mañana siguiente, descansados y felices, Simla presentaba un aspecto encantador. La casa del Sr. Sinnett estaba situada en la ladera de una colina y dominaba un panorama soberbio, y desde la veranda la vista abarcaba las residencias de la mayoría de aquellos altos funcionarios angloindios que conducían el gobierno de este gigantesco imperio.

Lo primero que hizo el Sr. Sinnett fue sostener una seria conversación con H.P.B. sobre la política a seguir. He registrado que casi le suplicó ardientemente que considerara su visita como una excursión vacacional y que durante esas tres semanas, ni siquiera mencionara una palabra sobre la S.T. o sobre la absurda vigilancia por parte del gobierno al considerarnos posibles espías rusos; en breve, lo mejor sería «cerrar la tienda» completamente para alcanzar resultados haciendo amigos, que no lo serían si los obligáramos a escuchar nuestras heterodoxas nociones y quejas o protestas. Desde luego, H.P.B. lo prometió, e igualmente desde luego, lo olvidó completamente cuando llegó el primer visitante. Las noticias de Bombay sobre el asunto de Bates la estaban llevando a un paroxismo de excitación y a la mañana siguiente, como de costum-

bre, me convirtió en el chivo expiatorio, paseándose por el cuarto de un lado a otro y haciendo parecer que yo sería la próxima causa de todas sus pruebas y tribulaciones. Mis notas dicen que Sinnett, privadamente, me expresó sus sentimientos de desesperación al ver que ella no era capaz de controlarse y que desperdiciaba todas las oportunidades de hacer amistades entre la clase cuya buena voluntad era lo más importante asegurar. Los ingleses, dijo, siempre asocian el verdadero mérito con el sereno auto-control. Nuestra leal amiga, la Sra. Gordon, fue nuestro primer visitante en Simla y después de ella llegó una sucesión de los más importantes funcionarios gubernamentales, a quienes Sinnett trajo a la casa para que conocieran a H.P.B. Veo en mi diario que enseguida comenzó a producir fenómenos. Realizó sus golpeteos sobre las mesas y por todas partes alrededor de la habitación, y de un pañuelo con su nombre bordado produjo un segundo bordado, a petición, con el nombre del Sr. Sinnett en el mismo estilo de labor. Dos días después, realizó un extraño fenómeno para un caballero visitante: frotó el forro de cretona de la silla en la que se sentaba y así obtuvo el duplicado de una de las flores del diseño. La flor no era un fantasma, como la sonrisa del gato de Cheshire (NOTA: Personaje de *Alicia en el país de las maravillas*.—*El Traductor*: FINAL NOTA), sino un objeto sustancial, como si una parte de la tela correspondiente al contorno de la flor hubiera sido removida de la cretona por sus manos, pero esta, sin embargo, no fue mutilada. Probablemente fue un maya. A partir de este momento, ninguna cena a la que fuimos invitados se consideraba completa sin una exhibición de los golpeteos sobre la mesa y el sonido de campanillas de H.P.B. Incluso las hizo sonar sobre y dentro de las cabezas de los más graves personajes oficiales. Un día, después de almorzar, hizo que las damas y caballeros presentes pusieran sus manos una sobre la otra y después, colocando su propia mano sobre la última de arriba, originó golpeteos que se acompañaban con agudos chasquidos metálicos desde debajo de

la mano inferior de la pila. Aquí no había posibilidad de engaño, y los asistentes estuvieron todos tremendamente interesados en esta prueba de que una corriente de fuerza psíquica podía ser enviada a través de una docena de manos y producir sonidos en la mesa que quedaba debajo. Este experimento se repitió en varias ocasiones, y en una de ellas le acompañó una sorprendente circunstancia. Entre los invitados a la cena se encontraba cierto juez de la Corte Suprema, muy conocido. Cuando sus manos se interpusieron en la pila, ninguna corriente pasó, pero en el momento en que la retiró, los golpeteos sonaron de nuevo. Posiblemente pensó que su especial astucia prevenía el uso de trucos, pero desde luego, la explicación es que su sistema nervioso no era conductor del aura nerviosa de H.P.B. Entre las amistades destacadas que hicimos se encontraba el Sr. Kipling, Director de la Escuela de Artes de Lahore; el genio de su hijo Rudyard aún no se había desplegado ante el asombrado público.

Hasta este momento habíamos estado bajo el disfavor gubernamental como sospechosos de ser agentes rusos y uno de nuestros objetivos era el acabar con este estúpido malentendido, para que nuestro trabajo en la India no se viera entorpecido en el porvenir. Pero esperamos hasta haber conocido personalmente a todos los funcionarios principales y haberles dado la oportunidad de juzgar por sí mismos sobre nuestras personalidades y probables motivos para venir a la India.

Cuando el momento pareció maduro, un día sostuve una charla amistosa con el Secretario del Gobierno en el Foreign Department (NOTA: Ministerio de Asuntos Extranjeros.—*El Traductor: FINAL NOTA*), y organicé un intercambio de cartas, con copias de mis credenciales del Presidente de los Estados Unidos y del Secretario de Estado norteamericano. Por su interés histórico y por la importancia de sus resultados, completaré el expediente impri-

miendo el texto de mi carta:

SIMLA, 27 de sept., 1880.

SEÑOR,—Con relación a nuestra conversación del sábado respecto a la Sociedad Teosófica y su trabajo en la India, tengo el honor, en conformidad con su recomendación, de poner el asunto por escrito.

1. La Sociedad se organizó en Nueva York en el año 1875 por varios orientistas y estudiantes de psicología, para el definido propósito de estudiar las religiones, filosofías y ciencias del Asia Antigua con la ayuda de eruditos, expertos y adeptos nativos.

2. No tiene otro objetivo; especialmente no tiene interés o disposición de inmiscuirse en política, en la India o en otro lugar.

3. En 1878 dos de sus fundadores —Mme. H.P. Blavatsky, ciudadana norteamericana por naturalización y estudiante de toda la vida de la psicología asiática, y yo mismo— con otros dos miembros (súbditos británicos) vinimos a la India para promover nuestro trabajo. Ni siquiera el pensamiento de mezclarnos en la política de la India se nos había ocurrido, pues dos de ellos son naturales ingleses, y el otro natural de los Estados Unidos. Yo mismo porto un pasaporte especial (diplomático) del Secretario Evarts con una carta circular especial de presentación del Departamento de Estado para los embajadores y cónsules norteamericanos, y otra similar —un honor sin precedentes, tengo entendido— del mismo Presidente. Copias de estos documentos están archivadas ahora en el gobierno de Bombay, y serán enviados triplicados a vuestro departamento tan pronto como se puedan obtener de Bombay.

4. Reportes falsos, basados en la ignorancia o la malicia, con

respecto a los objetivos de nuestra misión en la India, fueron recibidos por el gobierno de la India, por lo que fuimos sometidos a vigilancia, pero esto fue hecho tan torpemente que atrajo la atención de todo el país y se indujo a los nativos a creer que el ser conocidos como nuestros amigos provocaría el desagrado de los altos funcionarios y podría afectar seriamente sus intereses individuales. Por ello los laudables y benéficos planes de nuestra Sociedad fueron seriamente obstaculizados, y fuimos sometidos a muchas indignidades, totalmente inmerecidas, como consecuencia de la acción del gobierno, basada en rumores falsos y engañosos.

5. Ha sido observado por todo aquél que ha tenido la oportunidad de conocer los hechos que, durante nuestro octavo mes de residencia en la India, hemos ejercido una saludable y conservadora influencia sobre los nativos, y hemos sido aceptados por ellos como los verdaderos amigos de su raza y país. Poseemos cartas de todos los lugares de la península que lo demuestra. Si el gobierno solo deshiciera el error que sin intención nos hizo, y restaurara el prestigio que teníamos hasta que tan cruel e injustamente se nos adjudicó el estigma de supuesta maquinación política, podríamos hacer un gran servicio no solo a los hindúes sino a la literatura y la ciencia occidental. No es suficiente que la orden previa de vigilarnos sea anulada, la sospecha se ha filtrado desde los funcionarios de vuestro departamento a través de todas las clases de la población nativa y nos ha causado un gran daño. Un remedio efectivo sería que el departamento ordenara a sus subordinados que dieran a conocer en sus diversas localidades el hecho de que ya no estamos bajo sospecha, y que tiene su aprobación hasta donde nuestro trabajo sea hecho por el bien de la India. Y esto, como un funcionario y caballero norteamericano, se lo solicito a usted como representante de la jus-

ticia británica.

Quedo, estimado señor,

Muy respetuosamente,

Vuestro obediente servidor.

La respuesta del gobierno no fue del todo la que deseábamos; mientras nos aseguraba que no seríamos obstaculizados, mientras no interfiriéramos en la política, no decía que serían revocadas las órdenes para vigilarnos dadas a los residentes británicos en los estados nativos. En una segunda carta, le planteé esto al Foreign Office (Departamento Gubernamental del Reino Unido responsable de proteger y promover los intereses británicos en el mundo.—*El Traductor: FINAL NOTA*), y en su momento obtuvimos todo lo que queríamos. Desde ese momento hemos sido libres.

El 29 de septiembre, la Sra. Sinnett, H.P.B. y yo fuimos a la cima de Prospect Hill. En el techo de pizarra de un pequeño santuario hindú que se levanta allí, entre los muchos nombres garabateados de los visitantes, descubrí el criptograma del Mahatma M. con mi propio nombre escrito debajo: pero cómo llegaron allí no lo puedo decir. Mientras conversábamos sentados, H.P.B. preguntó qué era lo que más deseábamos: la Sra. Sinnett dijo: «Que caiga sobre mi regazo una nota de los Hermanos». H.P.B. tomó un papel rosado para notas de su libro de bolsillo, trazó sobre éste ciertos signos invisibles con su dedo, lo dobló en forma triangular, lo tomó en su mano, caminó hasta la cima de la colina unas veinte yardas, miró hacia el oeste, hizo algunos signos en el aire, abrió sus manos y el papel había desaparecido. En lugar de recibir su respuesta cayendo en su regazo, la Sra. Sinnett la obtuvo subiéndola al corazón de un árbol cercano. Estaba escrita en el mismo papel rosa, doblado triangularmente, colgado de una ramita. Dentro, con escritura extraña, estaba escrito: «Creo que se me pidió dejar una nota aquí. ¿Qué

desea usted que haga?»». La firma estaba escrita en caracteres tibetanos. Desde el punto de vista de la evidencia, el punto débil de este incidente era que la nota no fue entregada de la manera deseada.

Ahora trataré el muy comentado incidente donde se encontró una taza y un plato extras durante un picnic. Ofreceré la narración exacta según la entrada de mi diario del 3 de octubre, 1880. Un grupo de seis de nosotros –tres damas y tres caballeros– salíamos de la casa para dirigirnos a un valle a alguna distancia de la ciudad, donde pretendíamos encontrar un lugar adecuado para el propósito. El mayordomo de los Sinnett había empacado las cestas y colocado dentro media docena de tazas y platos de manera peculiar, una para cada uno de nosotros. Justo cuando salíamos, llegó otro caballero, y fue invitado a unirse a nuestro grupo. Los criados partieron delante con las cestas y nosotros, con calma, los seguimos en una fila, bajando por el sinuoso y rocoso camino que llevaba al valle. Después de una caminata algo larga, llegamos a un espacio llano en la cresta de un cerro cubierto con verde césped y sombreado por grandes árboles. Decidimos acampar allí, nos apeamos y nos echamos sobre el césped, mientras que los criados colocaban el mantel sobre el suelo y arreglaban las provisiones. Hicieron un fuego para poner a hervir la tetera para el té y el mayordomo se dirigió entonces a la Sra. Sinnett con expresión ansiosa, diciéndole que no había taza ni plato para el sahib que se había unido al grupo en el último momento. Le escuché decir a ella, en tono molesto: «Fue muy estúpido de su parte no agregar otra taza y otro plato cuando supo que otro caballero tomaría el té». Volviéndose hacia nosotros dijo sonriente: «Parece que dos de vosotros beberéis de la misma taza». Yo observé que, en una ocasión y ante un dilema similar, lo resolvimos ofreciendo la taza a una persona y el plato a la otra. Por ello, uno del grupo le dijo jocosamente a H.P.B.: «Bien, Madam, he aquí la ocasión para que usted haga un poco de magia útil». Todos nos reímos por lo absur-

do de la idea, pero cuando H.P.B. pareció lista para aceptar la sugerencia con total seriedad, se escuchó una exclamación de contento y se le pidió que hiciera el fenómeno sin dilación. Los que estaban sentados sobre la hierba se levantaron y se reunieron a su alrededor. Dijo que si realmente lo iba a hacer, debería tener la ayuda del Mayor... Estando este muy deseoso, ella le pidió que confeccionara algo que sirviera para cavar y así, tomando un cuchillo de mesa, la siguió. Ella miró intensamente el terreno, presentando la cara de su gran anillo hacia un lugar y después a otro, y finalmente dijo: «Por favor, cave aquí». El caballero empleó vigorosamente la punta de su cuchillo y encontró que, bajo la hierba, el suelo estaba lleno de una red formada por las finas raíces de los árboles adyacentes. Las cortó y sacó hasta que, apartando la tierra suelta, se descubrió un objeto blanco. Resultó ser una taza de té incrustada en el terreno y al sacarla, se vio que tenía el mismo diseño de las otras seis. ¡Imaginad las exclamaciones de sorpresa y excitación de nuestro pequeño grupo! H.P.B. le pidió al caballero que continuará cavando en el mismo lugar, y después de cortar una raíz tan gruesa como mi dedo meñique, excavó un plato que tenía el mismo diseño deseado. Esto fue el clímax de nuestra excitación, y el caballero que utilizó el cuchillo era quien más altamente pronunciaba sus expresiones de maravilla y satisfacción. Para completar esta parte de mi relato, declaro que la Sra. Sinnett y yo, llegando primero a la casa al regresar, fuimos directamente a la despensa del mayordomo y encontramos las otras tres tazas de las nueve que ella había dejado de la docena original, apartadas en un anaquel superior con sus asas rotas, estropeadas. La séptima taza producida durante el picnic no había, por lo tanto, formado parte del conjunto roto. Después de almorzar, H.P.B. realizó otro milagro que me sorprendió más que los otros. Uno de los caballeros dijo que estaba listo para unirse a nuestra Sociedad ¡si H.P.B. le entregaba allí mismo su diploma correctamente llenado! Esto era, en verdad una orden mayúscula, pero la vieja dama, para

nada desalentada, hizo un movimiento de su mano y señalando un arbusto a una corta distancia, le dijo si lo podía encontrar allí, pues los árboles y arbustos a menudo habían servido como buzones. Riendo, con aparente confianza en que su prueba no podía ser acatada, caminó hasta el arbusto y sacó un diploma de membresía llenado con su nombre y con la fecha de ese día, junto con una carta oficial de mí mismo, de la cual estoy completamente seguro que nunca escribí, ¡pero que tenía mi letra! Esto nos puso a todos en espíritu festivo, y como H.P.B. estaba de vena no hay que decir con qué otros fenómenos no nos hubiera complacido, si no hubiera sido por los más inesperados y desagradables contratiempos. En nuestro camino a casa, nos detuvimos en cierto lugar para descansar y charlar. Dos de los caballeros –el Mayor y aquél que se había hecho miembro– se alejaron juntos, y después de media hora regresaron muy serios. Dijeron que, en el momento en que la taza y el plato habían sido exhumados, pensaron que las circunstancias eran perfectamente convincentes y estaban preparados para sostener esa opinión ante cualquiera. Ahora, habían vuelto a visitar el lugar, y pensaban que si se excavaba un túnel desde la cima de la colina, los artículos podían haber sido colocados donde fueron encontrados. Siendo esto así, lamentaban que no podían aceptar el fenómeno como perfectamente satisfactorio y le ofrecieron a H.P.B. el ultimátum de hacer otro fenómeno bajo condiciones dictadas por ellos mismos. Le dejo a todo aquél que haya conocido a H.P.B., su orgullo familiar y temperamento volcánico, que se imagine la explosión de ira que siguió a estas palabras. Parecía a punto de perder sus sentidos, y vertió sobre los infortunados escépticos los truenos de su ira. Por lo que nuestro agradable paseo terminó en una enfurecida tempestad. Por mi parte, al analizar todos los detalles del incidente de la taza y el plato y con todo el deseo de llegar a la verdad, no puedo considerar del todo válida la teoría propuesta por los dos escépticos. Todos los presentes vieron que la taza y el plato estaban cu-

biertos por muchísimas raíces que hubo que cortar violentamente para poder llegar a ellos, y ambos parecían estar incrustados en la tierra como si fueran fragmentos de piedra; el césped que los cubría estaba verde y no tenía señales de haber sido alterado, y si hubieran sido introducidos por un túnel, la perturbación de la superficie no hubiera escapado a los ojos de todos, quienes estaban agrupados en torno al excavador mientras ponía manos a la obra. Sin embargo, dejémoslo pasar por lo que vale; el mérito de H.P.B. como maestro público no depende de los muchos fenómenos que produjo esta maravillosa mujer de vez en cuando para la instrucción de aquellos que podían beneficiarse de ellos. Y ciertamente es mejor haber lanzado la doctrina oriental, que haber creado en la tierra todo un servicio de té de porcelana.





CAPÍTULO XVI

LOS SUCESOS DE SIMLA

Después de la publicación del último capítulo de estas memorias, encontré una circular impresa publicada por Damodar, para el uso privado de nuestros miembros y que incluía extractos de mi carta privada dirigida a él, fechada en Simla, el 4 de octubre de 1880, un día después del picnic antes descrito. Al leerla, advierto que mi diario me ha servido perfectamente en cuanto a los detalles de los hechos con una sola excepción, a saber, que la carta oficial encontrada por el Mayor... en el arbusto de cedro del Himalaya junto con su diploma, en respuesta a su petición, estaba firmada «Lealmente suyo... (el nombre en caracteres tibetanos) por H.S. Olcott, Presidente de la Sociedad Teosófica». El contenido de la carta estaba redactado, sin embargo, en un facsímil de mi letra, y si no supiera lo contrario, hubiera jurado que yo mismo la había escrito.

El incidente del hallazgo del broche de la Sra. Hume, tan universalmente conocido y tan comentado, ocurrió esa misma noche en la casa del Sr. A.O. Hume. Contaré la historia exactamente como sucedió, pues no solo los hechos están claramente presentes en mi mente, sino que se los ofrecí a Damodar en la carta mencionada.

Una circunstancia muy importante ha sido omitida hasta ahora en todas versiones publicadas por los testigos, la cual pesa fuertemente en favor de H.P.B. y contra la hipótesis de fraude. Estos son los hechos. Un grupo de once de nosotros –incluyendo al Sr. y la Sra. Hume, el Sr. y la Sra. Sinnett, la Sra. Gordon, el Capitán M., el Sr. H., el Sr. D., el teniente B. además de H.P.B. y yo mismo– estábamos cenando en casa del Sr. Hume. Desde luego, el ocultismo y la filosofía eran los temas de conversación. También se habló de psicometría, y la Sra. Gordon, obteniendo el consentimiento de H.P.B. para hacer un experimento, fue a su habitación y trajo una carta dentro de un sobre en blanco que le dio a H.P.B. para que la sometiera al proceso de psicometría. Esta la sostuvo contra su frente un momento y comenzó a reír. «Esto es raro», dijo. «Veo la punta de la cabeza de alguien con el pelo hacia arriba como púas. No puedo ver el rostro. ¡Ah! Ahora comienza a aparecer despacio. ¡Es el Dr. Thibaut, por supuesto!» Y así era; era una carta de este a la Sra. Gordon. El incidente les produjo a todos la mayor satisfacción, y –como sucede usualmente en este asunto de cazar fenómenos– se pidieron más milagros, ¿no podría Madame B. traer algo desde la distancia? Miró tranquilamente alrededor de la mesa y dijo: «Bien, ¿quién desea algo?». La Sra. Hume al momento habló: «Yo», dijo. «¿Qué?», preguntó H.P.B. «Si puedo, quisiera tener una antigua joya familiar que no he visto por mucho tiempo, un broche rodeado con perlas». «¿Tiene usted en su mente la imagen clara?». «Sí, perfectamente clara, justo me ha venido como un destello». H.P.B. miró fijamente a la Sra. Hume durante un rato, parecía que se comunicaba con ella misma, alzó la vista y dijo: «No se traerá a esta casa, sino en el jardín, me dice el Hermano». Después de una pausa, le preguntó al Sr. Hume si tenía un macizo de flores en forma de estrella. Sí, dijo el Sr. Hume, había varios. H.P.B. se levantó y señaló en cierta dirección. «Quiero decir por allí», dijo. Sí, había uno en esa parte. «Entonces, venga conmigo y encuéntralo, pues lo he vis-

to caer como un punto de luz en ese macizo». El grupo se levantó, se cubrieron con sus rebozos, y se reunieron en el salón para la expedición, todos salvo la Sra. Hume, quien no se atrevía a exponerse a la fría brisa nocturna. Antes de salir le pedí al grupo que recordara todos los incidentes, y dijeran si se habían prestado a cualquier teoría de complicidad, o si se habían dejado llevar por la conversación, o por la sugestión mental ejercida por H.P.B. «Pues», dije, «si una sombra de duda cae sobre el incidente, sería inútil que continuemos». Los presentes se miraron unos a otros intrigados y todos estuvieron de acuerdo en que todo era justo y basado en la buena fe. Este es el eslabón perdido en todas las anteriores versiones de la historia y yo propongo que, debido a mi reto y al ponerlos en guardia, no tiene sentido elaborar cualquier teoría de truco cuando los hechos están tan claros y se ha utilizado tanta franqueza.

Buscamos en el jardín con linternas, pues era una noche oscura y no se veía nada. Fuimos aquí y allá en grupos de dos o de tres, H.P.B. con el Sr. Hume, la Sra. Sinnett con el capitán M., etc. Se encontró el gran macizo en forma de estrella y la Sra. Sinnett y el Capitán M. fueron los afortunados descubridores de un pequeño paquete de papel blanco con algo duro adentro. Lo encontraron al tirar de una enmarañada red de berro y otras enredaderas que constituían una perfecta alfombra de verdura. H.P.B. y el Sr. Hume se encontraban a alguna distancia y yo también, hasta que los descubridores llamaron para que viniéramos a ver lo que habían encontrado. La Sra. Sinnett se lo entregó al Sr. Hume, quien lo abrió en la casa, y adentro estaba el broche perdido que se había solicitado. A sugerencia de alguien –no de H.P.B. ni de mí mismo– el Sr. Hume y el Sr. Sinnett redactaron un protocolo, se leyó al grupo y fue firmado por todos. Esta es la historia simple, sin adornos, sin omisiones ni exageraciones. Que el lector justo diga si fue o no un fenómeno. Se ha sugerido que, entre algunas joyas recuperadas de un aventurero que había tenido



Entrada a la Avenida de de los árboles de Banyan, Adyar.

intimidad con la familia del Sr. Hume, e indebidamente se había apropiado de ellas, se encontraba este broche. Concediendo que fue así –si lo fue– esto no reduce más el misterio de la petición del broche por la Sra. Hume y su descubrimiento en el macizo del jardín, que el hecho de la probable posesión previa por H.P.B. del sólido anillo de oro que ella hizo saltar de la rosa que yo sostenía en mi mano (NOTA: Descrito en el primer volumen de estas memorias. FINAL NOTA) debilita la maravillosa fuerza de ese fenómeno en sí mismo. Cuando Mme. Blavatsky, en repuesta a la petición de un fenómeno del tipo *apport* (NOTA: Aportación, contribución, en francés. –El Traductor. FINAL NOTA), miró alrededor de la mesa, no señaló a nadie, sino que la Sra. Hume fue la primera en hablar, y casi simultáneamente le siguieron uno o dos. Siendo ella la anfitriona, los otros le cedieron sus oportunidades por cortesía y fue entonces que H.P.B. le preguntó qué era lo que deseaba. Si se le hubiera dado preferencia al deseo de otro, H.P.B. hubiera tenido que tratar con esa persona y entonces ¿cómo encajaría la teoría de que ella le hubiera sugerido mentalmente el broche a la Sra. Hume? Desde luego, esta dificultad práctica se soluciona por la sugerencia de que H.P.B. hipnotizó a todos los presentes hasta el último detalle, para que la Sra. Hume pidiera el artículo que más fácilmente podía procurar. Pasando por encima de esto, nos encontramos con estos importantes hechos, (a) que H.P.B. nunca había puesto un pie en el jardín del Sr. Hume; (b) nunca había sido conducida por el camino hacia la puerta de entrada salvo esa noche; (c) que el jardín no estaba iluminado; (d) que el macizo en forma de estrella no se veía desde el coche, por lo que ella no pudo haberlo visto; (e) que desde el momento en que la Sra. Hume pidió el broche, nadie dejó la mesa hasta que todos se levantaron juntos; y que fueron la Sra. Sinnett y el Capitán M. quienes encontraron el paquete, y no H.P.B. quien dirigió al Sr. Hume a este, como hubiera podido si hubiera sabido el lugar exacto de su escondite. Entonces –suponiendo de nuevo que

H.P.B. estaba en posesión del broche— debemos tener en cuenta su transporte al macizo de flores entre el momento en que se solicitó y aquél en que fue encontrado, solo unos pocos minutos. Aquellos que no odian sin remedio a nuestra querida maestra difunta, estoy seguro que, debido a los hechos anteriores, le otorgarán el beneficio de la duda y escribirán este incidente en la lista de las pruebas genuinas de su facultad psico-espiritual. Ahora continúo.

El brutal ultimátum presentado por el Mayor H., el cual acabó con la alegría de nuestro picnic, mantuvo a H.P.B. en un estado de turbulenta agitación durante varios días, pero las ocurrencias en la cena del Dr. Hume resultaron en que se unieran a nuestra sociedad varios influyentes caballeros europeos, y en la manifestación de mucha simpatía amistosa hacia mi pobre colega. El 7 de octubre ofrecí una conferencia en la United Service Institution sobre «Espiritismo y Teosofía» (NOTA: Para el texto véase *Teosophy, Religion and Occult Science*, p. 216. También publicado en forma de panfleto por la T.P.H. FINAL NOTA). Fui presentado por el capitán Anderson, Secretario Hon. de la Institución, y un voto de agradecimiento fue propuesto en un muy amable discurso por el veterano Teniente-General Olpherts, C.B., V.C., R.A. (NOTA: Acrónimos en inglés, respectivamente, de: Caballero de la Orden del Baño, Cruz Victoria y Académico Real.—*El Traductor*: FINAL NOTA). El público fue el mayor jamás reunido en Simla, se me dijo. Esa misma noche fui al baile del Virrey, Lord Ripon, en la Casa de Gobierno y recibí muchas felicitaciones de amigos por mi conferencia y por nuestras mejoradas relaciones con el gobierno indio. Día tras día continuamos recibiendo visitantes, cenando fuera y generalmente siendo importunados. H.P.B. continuó haciendo sus fenómenos, muchos de ellos muy triviales y poco dignos, creo, pero que hicieron creer a medio Simla que ella era «asistida por el Demonio». Eso es lo que dice la entrada de mi diario, y está anotado que el autor de la

teoría fue un cierto Mayor B., quien se lo dijo a H.P.B. en su cara con toda seriedad. El 16 de octubre la Sra. Gordon llevó a los Sinnett, al mayor S. y a nosotros mismos a un picnic, y H.P.B. se distinguió produciendo el duplicado de un pañuelo empapado en un plato de agua con el nombre de la Sra. Sinnett bordado en una esquina. Esa noche el Sr. Hume le entregó para su transmisión su primera carta a K.H., comienzo de una altamente interesante correspondencia sobre la cual tanto se ha dicho en varias ocasiones. Algunas cenas más y picnics llenaron los días finales de nuestra agradable visita a Simla, y uno o dos fenómenos excelentes mantuvieron muy alto el interés en H.P.B. Uno de ellos fue muy hermoso. Estábamos cenando en casa ese día y la Sra. Sinnett, H.P.B. y yo esperábamos por el Sr. S. en el salón. Las damas se sentaban juntas en un sofá, la Sra. S. sosteniendo la mano de H.P.B. y admirando por vigésima vez un hermoso anillo con un diamante amarillo, que le fue regalado a la última por la Sra. Wijeratne de Galle con ocasión de nuestra visita ese mismo año. Era una gema rara y costosa, llena de chispas y luz. La Sra. Sinnett estaba muy deseosa de que en algún momento H.P.B. la duplicara para ella, pero esta no lo había prometido. Pero ahora, sin embargo, lo hizo. Frotando dos dedos de la otra mano sobre la piedra se detuvo después de un momento, y levantando la mano mostró la gema. Al lado de esta, entre ese dedo y el de al lado, estaba otro diamante amarillo, no tan brillante como el de ella, pero aun así una muy buena gema. Creo que aún lo conserva nuestra amable y querida amiga. Ese día, a la hora de la cena, H.P.B. no comió nada, pero cuando la comida avanzaba mantuvo calentando las palmas de sus manos en un plato de agua caliente colocado ante ella. Entonces las frotó y una o dos gemas cayeron sobre el plato. Los lectores de la biografía de M.A. Oxon recordarán que este *apport* de gemas era un fenómeno muy frecuente en él; a veces caían sobre él mismo y por la habitación como una lluvia, a veces caía una sola gran piedra. Los orientales dicen que son traídas por

elementales que pertenecen al reino mineral, lo que los occidentales llaman gnomos –los espíritus de las minas– y en lengua tamil se les llama Kalladimandan. El mismo Sr. Sinnett ha descrito en una publicación el suceso del 20 de octubre, que él llamó «el incidente de la almohada». Parece haber sido totalmente un asunto genuino. Estábamos disfrutando de un picnic en Prospect Hill y Sinnett aguardaba una respuesta a la carta que le había dirigido a uno de los Maestros, pero no esperaba recibirla allí, pues el nuestro era un puro paseo de placer. Sin embargo, alguien –olvido quien, escribo a partir de las pobres notas de mi diario y sin referencias a la narración del Sr. Sinnett– pidió otro fenómeno (ellos siempre lo hacen: el agua salada nunca aplaca la sed), y se acordó que se traería algo mediante la magia. «¿Dónde usted lo quiere que no sea en un árbol?, no debemos permitir que nuestros fenómenos se echen a perder por su repetición», preguntó H.P.B. Una consulta entre nuestros amigos terminó en el acuerdo de que se hiciera dentro de la almohada contra la cual la Sra. Sinnett se reclinaba en su jampan. «Muy bien», dijo H.P.B., «abridla y ved si hay algo adentro». El Sr. S., con su cuchillo de bolsillo fue a destripar la almohada. El forro externo estaba bordado, reforzado con piel o con algún tejido fuerte, cosido con un hilo muy grueso y la costura cubierta con una cuerda plateada muy apretadamente cosida a ella. Era una vieja almohada y el zurcido se había vuelto tan duro con el tiempo que fue difícil romperla. Esto se logró finalmente y adentro había un segundo forro de almohada que sostenía las plumas, cosido muy fuertemente. Cuando este fue rasgado el Sr. Sinnett introdujo su mano, buscó entre las plumas y pronto extrajo una carta y un broche. La carta era de «K.H.» y se refería a una conversación entre el Sr. Sinnett y H.P.B.; el broche era el de la Sra. S., y justo antes de dejar la casa lo había visto sobre su tocador. Que las personas sensibles saquen las deducciones naturales de los hechos anteriores.

Para que nada falte al completar la relación de nuestras primeras relaciones con el gobierno de la india, y mostrar hasta qué absurdos extremos llegó para protegerse de los posibles planes políticos (!) de nuestra Sociedad, al considerarlo por segunda vez decidí imprimir la primera respuesta de las autoridades de Simla a mis protestas, y escribí una carta el 27 de septiembre, cuyo texto fue ofrecido en el último capítulo de mi relato. Era lo suficiente cordial, pero no lo suficientemente amplio para cubrir nuestro caso. He lo aquí:

No. 1025 E.G.

DE PARTE DE H.M. DURAND, ESQUIRE (NOTA:
Título correspondiente al *Don* castellano. — *El Traductor*: FINAL
NOTA),

Sub-Secretario del Gobierno de la India,

Para el CORONEL H.S. OLCOTT,

Presidente de la Sociedad Teosófica,

Foreign Department, SIMLA, 2 de octubre, 1880.

General.

SEÑOR,- Habiéndose marchado de Simla el Sr. A.C. Lyall, se me ordenó que contestara vuestra carta a esta dirección fechada el 27 de septiembre.

2. Usted manifiesta que la Sociedad Teosófica no tiene interés o disposición de mezclarse en política, en la India o en otro lugar; que sin embargo ha estado usted sujeto a desagradable vigilancia durante vuestros viajes por la India, por causa de la Sociedad; y que los planes benéficos de la Sociedad en consecuencia han sido seriamente obstaculizados. Vuestra petición es que el Gobierno de la India deshaga el mal hecho inintencionalmente a usted en este aspecto por la vigilancia colocada sobre sus movimientos.

3. Le agradezco por la información que usted ha tenido a bien suministrar, con respecto a los objetivos y operaciones de la Sociedad Teosófica, y le aseguro que el Gobierno de la India no desea someteros a ningún inconveniente durante vuestra estancia en el país. En tanto los miembros de la Sociedad se limiten en la consecución de estudios filosóficos y científicos totalmente desconectados con la política, lo cual ha explicado usted es vuestro único objetivo, no tendrán necesidad de temer ninguna molestia por parte de las autoridades policiales.

4. Agregó que el Gobierno de la India quedará muy agradecido si usted tiene la gentileza de enviar al Foreign Office, copias de los documentos mencionados en el tercer párrafo de vuestra carta.

Tengo el honor de ser, Señor,
Su muy humilde servidor,
(Fmdo.) H.M. DURAND,
Sub-Secretario del Gobierno de la India.

El 2 de octubre recibí del gobierno de la India la carta final que esperaba, la cual nos relacionaba bien con todos los funcionarios angloindios, y que ciertamente es lo suficientemente importante como para ser insertada en esta retrospectiva histórica. Dice así:

No. 1060 E.G.
DE PARTE DE H.M. DURAND, ESQUIRE,
Offg. Secretario del Gobierno de la India,
PARA EL CORONEL H.S. OLCOTT,
Presidente, Sociedad Teosófica.

Fecha en SIMLA, el 20 de octubre, 1880.
Foreign Department,

General.

SEÑOR,- Se me ordena acusar recibo de vuestra carta fechada el 14 de octubre, en la cual adjunta ciertos documentos para la información del Gobierno de la India, y solicita que todos los funcionarios gubernamentales previamente advertidos contra usted sean informados que vuestros propósitos al venir a la India ahora han sido explicados.

2. Le agradezco las copias de los documentos enviados, que serán registrados en el Foreign Office.

3. Con relación a su petición, se me ordena que os diga que aquellas autoridades locales a las cuales se la han enviado comunicaciones relacionadas con vuestra presencia en este país, serán informadas que las medidas previamente ordenadas han sido retiradas.

4. Sin embargo, debo agregar que este paso ha sido tomado en consecuencia del interés expresado por usted por parte del Presidente de los Estados Unidos y por el Secretario de Estado de su Gobierno, y que no debe entenderse que implique cualquier expresión de opinión por parte del gobierno de la India con respecto a la <Sociedad Teosófica>, de la cual es usted Presidente.

Tengo el honor de ser, Señor,

Vuestro más humilde servidor,

(Fmdo.) H.M. DURAND,

Offg. Secretario del Gobierno de la India.

El párrafo final de la carta del Sr. Durand se refiere a los documentos que le envié, entre ellos la carta autógrafa del Presidente Hayes recomendándome a todos los embajadores y cónsules norteamericanos, y una con la misma intención del Hon. W.M. Evarts,

entonces Secretario de Estado, junto con mi pasaporte diplomático.

Como no nos quedaba nada más que hacer en Simla, dejamos esa deliciosa estación de montaña sobre un tonga para emprender una gira ya preparada por las llanuras. Al resumir los resultados de la visita, se debe decir que ganamos algunos amigos, aliviarnos a nuestra sociedad de sus embarazos políticos, e hicimos muchos enemigos entre el público angloindio que sostenía la teoría de la intervención satánica en los asuntos humanos. En un mundo social tan recatado y conservador solo se podía esperar que las maneras bohemias de H.P.B. chocaran con el sentido general de lo apropiado; su inmensa superioridad intelectual y espiritual había provocado envidia y resentimiento, y sus extraños poderes psíquicos habían provocado que la miraran con una suerte de terror. Aun así, mirándolo desde un punto de vista amplio, la ganancia sobrepasó las pérdidas y valió la pena hacer la visita.





CAPÍTULO XVII

HERMOSAS ESCENAS

Nuestro regreso a casa fue tan lento, tan colmado de paradas, visitas, por conversaciones por H.P.B. y conferencias por mí, que no llegamos a Bombay hasta el decimoséptimo día después de dejar Simla. Los incidentes de la gira fueron memorables, pintorescos, a veces importantes, entre los últimos, una enfermedad que puso en peligro la vida de H.P.B. Los trataré en el orden apropiado.

Nuestro primer alto fue en Amritsar, la ciudad ornada con esa belleza arquitectónica, el Templo Dorado de los guerreros sikhs. Es también el almacén y centro principal en la manufactura de los chales de Cahemira y los *chuddars* de Rampur, tan apreciados por las mujeres de buen gusto. Como entonces gozábamos de todo el favor de Swami Dayanand Saraswati, nuestras relaciones con sus seguidores fueron de lo más amistosas, y las ramas locales de su Arya Samaj nos ofrecieron recepciones cordiales y una generosa hospitalidad en todas partes. Treinta samajistas nos recibieron en la estación local de ferrocarriles de Amritsar y nos llevaron a un bungalow vacío, situaron un cocinero para nosotros y algunos artículos necesarios de mobiliario, incluyendo grandes durries rayados, o alfom-

bras de algodón indio, colocadas sobre una parte del aplastado suelo de tierra para que nuestros visitantes se sentaran con las piernas cruzadas. Las paredes eran de ladrillos fabricados de barro, según la moda casi universal de la India, ornamentadas con unas cuantas litografías alemanas que mostraban damas de evidente fácil virtud, más o menos aderezadas con joyas y flores, y bastante descubiertas en cuanto a ropa. Casi reventé cuando –al marcharse nuestro comité de recepción y quedarnos solos H.P.B. y yo– ella dirigió sus ojos de un grabado a otro y de repente estalló en una observación muy poco halagüena y enérgica sobre la respetabilidad de las señoritas que figuraban en ellas como alegorías. Durante horas obtuvimos entretenimiento e instrucción del estudio de un gran nido blanco de hormigas hecho de arcilla que sobresalía en un lado de la pared. Subidos en nuestras sillas observamos a las pequeñas constructoras ir y venir por miles construyendo las paredes de sus cámaras bajo la evidente supervisión de sus ingenieras. Abrimos pequeños agujeros en el nido y las observamos reparando las brechas; H.P.B. colocó un trozo de fósforo o la punta de un cigarrillo en los agujeros y calculó el tiempo que les tomó a las hormigas cubrirlos con barro. Luego de una espera aburrida nuestro chico Babula y el otro cocinero trajeron la comida preparada para nosotros, y después fuimos a ver el Templo Dorado.

El templo constituye una visión muy poética. Comprende una cúpula central acanalada, que surge de cuatro arcos que coronan las paredes de la torre central y está flanqueado en las cuatro esquinas del edificio cuadrado principal por otros tantos quioscos moriscos, como los del Taj Mahal. Las paredes del templo están rematadas por cúpulas pequeñas que están unas junto a las otras; de los cuatro lados se proyectan balcones cerrados, con celosías y enrejados tallados en piedra altamente artísticos, y las paredes del primer piso están divididas en grandes y pequeños paneles repletos de tallado.

La estructura se alza sobre una plataforma pavimentada de mármol y de rieles de bronce, en una isla pequeña en el centro de un estanque de agua cristalina, cual ilusorio palacio de un mago que surge del mar. El acceso a este se efectúa por una calzada pavimentada con losas de mármol italiano, y todo el estanque está bordeado por un ancho pavimento del mismo rico material. La parte superior del templo está sobrecubierta con oro, y su radiante apariencia, cuando el sol de la India lo ilumina desde el cielo azul es mejor imaginarla que describirla. Tal como luce hoy data escasamente de más de un siglo, pues el templo original, comenzado por Ram Das en 1580 y terminado por su hijo, fue volado con pólvora por Ahmad Shah en 1761, el estanque sagrado –Amrita Saras, la fuente de la inmortalidad– relleno con fango, y el lugar fue desacralizado por la matanza de vacas allí mismo: prueba palpable de la superioridad de una religión sobre otra, por la cual soldados fanáticos y políticos teólogos tienen gran parcialidad. Pero como no voy a ser ni el guía ni el arqueólogo moralizante, regreso con H.P.B. a nuestro bungalow de paredes de barro, sobre nuestro tambaleante y salpicado de barro y polvo ticca gharry (carruaje de alquiler), tirado por caballos esqueléticos, para recibir visitantes. Antes de marchar arrojamos nuestra ofrenda de monedas de cobre en el suelo de la habitación central del templo, y nos detuvimos otro minuto para escuchar a los akalis (NOTA: **Miembros del cuerpo colectivo de los sikhs bautizados.**–*El Traductor.* FINAL NOTA) entonar versos del Granth, o libro santo sikh, que está escrito sobre piel curtida de buey. Nos alegramos al retirarnos después de un día fatigoso.

Al día siguiente una delegación de samajistas llegó de Lahore, encabezados por Rattan Chand Bary y Siris Chandra Basu, dos caballeros muy inteligentes y honorables, cuya amistad he tenido la suerte de mantener hasta el momento presente. Sostuvimos una conversación muy interesante con unos treinta o cuarenta de los

seguidores de Swamiji, y en la noche, cuando estábamos solos con los dos amigos antes mencionados, H.P.B. hizo sonar las «campanillas de hadas» más clara y hermosamente de lo que yo le había escuchado hacer en la India. Les hizo una propuesta que llevó a un desafortunado malentendido entre ellos y ella, que es mejor que yo cuente para evitar que el hecho sea citado en el futuro contra ella por un enemigo. Hasta ese momento, el Sr. Sinnett no había tenido oportunidad de discutir filosofía mística india con ningún indio educado, cosa que él lamentaba y nosotros también. Su correspondencia con el Mahatma K.H. estaba en curso, pero él quería encontrarse cara a cara con él o con uno de sus discípulos. Considerando al Sr. Rattan Chand bien calificado para ser este portavoz, H.P.B. –tal como me lo dijo y a él– con la aprobación del maestro, trató de persuadirle para que fuera hasta el Sr. Sinnett como el portador de una nota de K.H. e interpretar el papel de su mensajero. Debía abstenerse de dar al Sr. S. ningún hecho sobre sí mismo, su nombre, condición y lugar de residencia, solo debía responder ampliamente a todas sus preguntas sobre temas religiosos y filosóficos, habiéndole asegurado H.P.B. que cada idea y argumento necesarios se le pondría en su cabeza en el momento adecuado. El Sr. R.C., no estando consciente del alcance de esta transferencia de pensamiento, y no viendo a ningún Mahatma ni ninguna carta cerca de H.P.B. mostró la más fuerte repugnancia para llevar a cabo el asunto. Finalmente, sin embargo, consintieron y marcharon a Lahore para obtener el corto permiso y regresar al día siguiente. Cuando se hubieron marchado, H.P.B. me expresó su satisfacción, diciendo que la misión sería muy válida, tendría el más feliz efecto sobre el Sr. Sinnett, y sería muy fausta para el karma de los dos jóvenes. Al día siguiente, en vez de regresar, llegó un telegrama que decía que definitivamente rechazaban llevar a cabo el asunto, y en una carta decían claramente que no tomarían parte en ese acto de engaño, pues eso les parecía. El disgusto y la indignación de H.P.B. fueron expresados

fuertemente. No dudó en llamarlos pareja de tontos por desaprovechar una oportunidad tal, como pocas personas habían tenido para trabajar con los Maestros para lograr grandes resultados, y me dijo que si ellos hubieran venido, la carta hubiera caído del espacio justo frente a sus ojos y todo hubiera resultado bien para ellos. Este es uno de esos casos donde una cosa, enteramente posible para un ocultista, cuyos sentidos internos están despiertos y cuyos poderes psico-dinámicos están totalmente activos, parece la más increíble imposibilidad para el hombre ordinario, quien no puede concebir que ese objetivo se alcance salvo por trucos o conspiración fraudulenta. Nuestros poco desarrollados amigos, al dejárseles hacer su propio karma, escogieron lo que consideraron el sendero más honorable, y así, como dijo H.P.B. se hicieron daño a sí mismos. ¿En cuántos otros casos no había sido similarmente malentendida la pobre H.P.B., y fue castigada por la ignorancia espiritual de los demás, por ayudar a alguien, lo que era su mayor deseo?

Al día siguiente tuvimos otra experiencia desagradable. La cándida exposición de nuestras eclécticas ideas sobre las diferentes religiones en la conferencia ofrecida el día anterior, pareció haber enfriado tanto el ardor de nuestros anfitriones samajistas, que nos abandonaron completamente en nuestros tristes aposentos, y cuando pedimos nuestras comidas Babula nos dijo que ni comida, ni combustible ni ghee, u otras cosas imprescindibles para cocinar habían sido enviados. Por lo que no nos quedó otra opción que mandarlo al bazar y comprar nuestros propios suministros. A la puesta del sol, como nadie había aparecido, H.P.B. y yo tomamos un carruaje de alquiler y salimos en busca de los funcionarios de la Samaj. Finalmente encontramos a uno y llegamos a un entendimiento, y a través de él con los demás, entonces se disculparon profusamente y a la mañana siguiente tuvimos mucho para comer y combustible para cocinarlo.

En la tarde revisitamos el templo para disfrutar una vez más de sus bellezas. Vimos algunos cientos de faquires y gossains (**NOTA: Estudiosos de los Vedas.—El Traductor: FINAL NOTA**), más o menos feos, akalis orando, multitudes de peregrinos postrándose, lámparas encendidas brillando dentro del templo, altos punyabíes moviéndose majestuosamente sobre el fino pavimento de mármol, y por doquier animación y vida. Multitudes nos siguieron mostrando amable civilidad, guirnaldas y cristales de azúcar nos fueron ofrecidos en el templo, y en un santuario donde se exhiben las espadas, los afilados discos de acero, las cotas de malla y otras armas guerreras de los sacerdotes guerreros sikhs, a cargo de los akalis, fui saludado, para mi sorpresa y alegría con una amorosa sonrisa, por uno de los Maestros, quien en ese momento figuraba entre los guardianes, y que nos entregó a los dos una rosa fresca, con una bendición en sus ojos. El toque de sus dedos cuando me entregó la flor, provocó un estremecimiento a través de mi cuerpo, como se podrá imaginar fácilmente.

El 27 de ese mes (octubre) ofrecí una conferencia a un gran público sobre la «Arya Samaj y la Sociedad Teosófica», y otra vez el día 29 sobre «El Pasado, Presente y Futuro de la India», cuyo texto se puede encontrar en mi libro *Theosophy, Religion and Occult Science*. Las personas que se imaginan a los hindúes desprovistos de sentimientos patrióticos deberían haber visto el efecto de esta conferencia sobre mi gran concurrencia. Cuando describía la grandeza de la antigua y el estado abatido de la india moderna, murmullos de placer o suspiros de dolor salieron de ellos; en un momento dado estaban alborozados y aplaudían vehementemente, en el siguiente se mantenían callados, mientras las lágrimas corrían de sus ojos. Yo estaba sorprendido y encantado, y mis propios sentimientos estaban tan influenciados por la vista de su dolor silencioso que yo mismo casi me vengo abajo. Fue una de esas ocasiones tan frecuen-

tes en nuestras relaciones con los indios, donde los lazos de afecto fraternal se tejen entre nuestros corazones, y cuando sentimos que éramos bendecidos al ser capaces de venir aquí y vivir y servir entre nuestros parientes espirituales. Recuerdo una experiencia semejante cuando acompañaba a la Sra. Besant durante su primer viaje por la India. Fue en algún lugar del sur de la India donde ella estaba conferenciando sobre «El lugar de la India entre las Naciones», si recuerdo bien. Cediendo el paso al impulso divino, y empleando casi mis frases idénticas, barrió al público con ellas, y les hizo responder como si fueran una gran arpa de cuyas cuerdas sus hábiles dedos pudieran despertar cualquier armonía que escogiera. Regresando a casa en el carruaje, ninguno de nosotros podía articular una palabra, sino solo sentarse en arrobamiento silencioso, como aquél que ha dejado la habitación donde un Maestro de Música ha estado evocando las sinfonías del Devaloka. El que no ha sentido en sí mismo el estremecimiento de la inspiración palpitando a través de su ser, no conoce lo que significa la palabra oratoria.

Debo mencionar la visita de un pandit de Jammu, Cachemira, por lo que dijo acerca de que deberíamos aprender sánscrito. Tenía una voz clara y firme, fluidez de lenguaje, y apariencia impresionante. Mantuvimos una larga e interesante conversación con él y lo consideramos más un fanático que un ecléctico. Al marcharse se volvió hacia mí y dijo que de todas maneras debía aprender sánscrito, pues era el único lenguaje que me sería útil en el próximo nacimiento. ¡Quizás pensó que íbamos a reencarnar en algún hasta ahora no descubierto Panditloka!

Nuestra estancia en Amritsar se prolongó algunos días para que pudiéramos tener el placer único de ver al Templo Dorado y al estanque iluminados para la celebración del Divali, su Día de Año Nuevo. Valió la pena esperar por el espectáculo. Se nos envió un carruaje al anochecer y fuimos conducidos a la Torre del Reloj,

una construcción moderna que mira al estanque, desde donde teníamos una vista perfecta. El hermoso templo estaba coronado con lámparas doradas y escarlata, colocadas alternadamente, como en una vívida gloria. Desde la cúspide de su cúpula central hasta los quioscos de sus esquinas corrían cuerdas de linternas coloreadas. La base del edificio era un calado de iluminados chirags, o lámparas de arcilla en forma de yoni (NOTA: En el hinduismo, representa exotéricamente el órgano sexual femenino.—*El Traductor*. FINAL NOTA), fijadas a un marco de bambú arreglados con ese diseño geométrico artístico que uno ve en la alta India en los balcones de las casas, en las rejillas de las ventanas, puertas, etc., desde la distancia el efecto era el del templo envuelto en un lazo de oro brillante. Los contornos de la calzada, los peldaños que rodeaban todo el estanque, y las fachadas de las casas en derredor estaban iluminados con innumerables lámparas similares. Un gran despliegue de fuegos artificiales, por los cuales los indios siempre han sido famosos, hacía de la escena una suerte de país de las hadas. Había grandes jarrones con fuegos coloreados, grandes floreros de donde surgían llamas a chorros, ruedas catalina, candelas romanas, cohetes, y bombas lanzados desde los techos de los edificios en las cuatro esquinas del cercado; cada color brillante teñía el cielo, y se reflejaba en la suave, serena superficie del lago iluminando el gran modelo de un antiguo barco hindú que fue anclado cerca de la calzada. De vez en cuando una estampida de globos de fuego se levantaba suavemente hacia el cielo azul sin nubes, siguiendo su línea de pequeñas luces como estrellas flotantes. En grandes conjuntos se desplegaban los emblemas religiosos, el falo, el yoni, el triángulo doble —sello de Vishnú— y otros. Cada uno era saludado con un gran grito de voces mezcladas con el repicar de campanas y la música de una banda militar, mientras que en el clímax de la excitación una procesión de miles de sikhs se movía alrededor del estanque, encabezada por un alto akali que llevaba el estandarte de los Grandes Gurus, y todos se unían en

el canto de himnos en alabanza al fundador Guru Nanak.

Al día siguiente tomamos el tren para Lahore, donde nos esperaba una cálida bienvenida. Una gran delegación de samajistas de la Arya nos recibió en la estación de trenes y nos llevó a nuestros alojamientos, un bungalow independiente conectado con una gran pensión angloindia cerca del jardín público. Nos dejaron solos mientras se iban a sus casas para la cena y regresaron a las 9, se sentaron sobre el suelo junto con nosotros y hablaron de metafísica hasta tarde, después de lo cual ambos nos alegramos al ir a descansar. El punto crucial fue la naturaleza de Ishvara y la personalidad de Dios, sobre lo cual H.P.B. y yo sosteníamos creencias muy antagónicas a las de ellos.

Los periódicos angloindios estaban entonces llenos de escritos malevolentes contra nosotros, lo que nos hizo apreciar mucho más la amistad de los indios. Ofrecí una conferencia al rebosante público habitual el domingo 7 de noviembre y entre los europeos presentes estaba el Dr. Leitner, el famoso orientalista, entonces Presidente del Punjab University College. Al final, el supuesto yoga Sabhapaty Swami leyó una alocución elogiosa divagante en la cual sus alabanzas a nosotros estaban mezcladas con mucha auto-glorificación. Vino a nuestra residencia al día siguiente y nos favoreció con su compañía desde la 9:30 a.m. hasta las 4 p.m.; para ese entonces había agotado completamente nuestra paciencia. Cualquiera buena opinión que pudimos habernos hecho anteriormente sobre él se arruinó debido a una invención que nos contó sobre sus resultados como yogui.

¡Dijo que había sido llevado hasta el lago Mansarovara, en el Tíbet, alto en el aire y transportado dos millas por los niveles superiores hasta el Monte Kailás, donde vio al Mahadeva! Por muy ingenuos forasteros que pudiéramos haber sido H.P.B. y yo, no pudimos digerir una falsedad tan ridícula como aquella. Se lo dije con toda claridad. Si, dije, nos hubiera dicho que había ido a cualquier lugar en cuerpo astral o en visión clarividente, hubiéramos creído que era posible, pero en cuerpo físico, desde el lago Mansarovara, en compañía de dos Ri-

shis mencionados en el Mahabharata y hasta el no físico Monte Kailas, no gracias: se lo debía contar a otra persona.

Siete de los samajistas de la Arya, incluyendo nuestros dos escépticos visitantes de Amritsar, se hicieron miembros de la S.T. y ayudaron a formar la rama local. Nuestro tiempo en la estación estuvo muy ocupado por visitantes y discusiones sobre asuntos religiosos, pero no carecíamos de otras distracciones. Por ejemplo, el Virrey, Lord Ripon, llegó el día 10 y vimos el ostentoso desfile de su recepción. Montaba sobre un gran elefante cubierto con una caseta de reluciente paño de oro y llevaba enormes ornamentos de oro, o dorados, sobre su cabeza. La silla del elefante era dorada, y sobre la cabeza de Su Excelencia, un sirviente asiático pintorescamente vestido, sostenía una sombrilla. Los Maharajahas y Rajahs del Punjab lo seguían sobre elefantes de acuerdo a su derecho de precedencia, y todos iban escoltados –a H.P.B. casi le pareció custodiados– por civiles europeos, también sobre elefantes. Hubo caballería europea y bengalí, soldados nativos vestidos de rojo, lanceros indios y alabarderos, jinetes que escoltaban a los carruajes, músicos, tambores de guerra y címbalos ruidosos; en breve, ¡algo parecido al circo Barnum, donde solo faltaban las caravanas de bestias salvajes, el gran carro de la banda, y una jirafa o dos para que la ilusión fuera total! Estoy seguro que todo inglés en el desfile se sintió estúpido, y cada jefe nativo que una vez fue independiente, degradado por esta exhibición pública de conquistador y conquistado, cuyo significado real todos sabían que los demás también lo sabían. H.P.B. y yo vimos el espectáculo desde una de las torretas de la estación de trenes con forma de fortaleza almenada, la cual, de hecho, está construida para servir como fuerte en caso de necesidad. Sus comentarios sobre el espectáculo y los aderezados participantes me mantuvieron riendo continuamente, y más tarde, en una de sus cartas incomparables al Rusky Viestnik, hizo reír a toda Rusia sobre el incidente la ausencia en el desfile del Maharajah de Cachemira, lo cual provocó primero la sospecha de que ocultaba algún complot político, ¡pero que resultó solo ser un caso de diarrea!

Los Jardines Shalimar, el lugar de recreo tan famoso construido por Ali Mardan Khan en el siglo diecisiete, fueron iluminados en honor de la visita del Virrey. De todos los espectáculos que he presenciado en la India este fue uno de los más placenteros. El jardín fue diseñado en forma de siete divisiones que representaban los siete grados del paraíso del Islam, pero ahora solo subsisten tres. El centro lo ocupa un estanque bordeado por un elaborado remate dentado y lleno de tuberías para las fuentes. Una cascada cae sobre una pendiente de mármol corrugado que tiene un motivo geométrico tallado ornamentalmente. Hay quioscos, torres y otras construcciones, tazones largos y estrechos con diseños geométricos casi tan bajos como el césped que los enmarca y se extienden lejos en varias direcciones. Imaginad este lugar de placer en una noche india estrellada, refulgente con chirags que señalan los estanques y bordean todos los senderos, los árboles encendidos con linternas de colores, el estanque central cargado con los hermosos matices de fuego químico y cada pulgada de espacio en los senderos y avenidas pobladas con la multitud enérgica de seres humanos más pintoresca y vistosamente ataviada que el mundo puede producir, mientras que sobre todo del sereno cielo, las radiantes estrellas miran hacia abajo. He visto muchos países y personas, pero nunca ninguna concurrencia humana que se compare con esa multitud de Sikhs, punyabíes, cachemires y afganos, con sus ropajes de oro y plata, sus rostros oliváceos y sus turbantes de todos los tonos delicados de color que el arte del tintorero ha producido.





CAPÍTULO XVIII

BENARÉS LA SANTA

Tuvimos nuestra primera oportunidad para conocer de primera mano los dogmas de la Brahma Samaj al día siguiente, después de la fiesta en los Jardines Shalimar; Babu Protap Chandra Mozundar ofreció una conferencia a la cual asistimos. Nuestras primeras impresiones fueron probablemente idénticas a aquellas de los miles y miles que habían escuchado sus discursos elocuentes y eruditos. Como todos los visitantes de la India, nos asombramos por el dominio del inglés alcanzado por un educado hindú y nos mantuvimos sentados bajo una suerte de encantamiento hasta que finalizó. Pero después comenzamos a desmenuzar el relato y advertimos que en el discurso tenía más música que sólido alimento: había sido retórico más que erudito, y nos alejamos con un sentimiento de insatisfacción, como se sentiría uno después de una cena de Meringues-á-la-crème. Ciertamente, definió muy claramente la naturaleza de su Sociedad y sus principios, al ser el tema «La Brahma Samaj y Sus Relaciones con el Hinduismo y el Cristianismo». Habló extemporáneamente, o en cualquier caso sin un texto escrito, y no solo nunca dudó en una palabra, sino que nunca falló en usar el mejor sinónimo para expresar sus ideas. Hasta aquí se parece a la Sra. Besant. La Brahma Samaj, nos dijo, toma todo lo

que es bueno de los Vedas, los Upanishads, los Puranas, el Bharata y el Gita, así como del cristianismo y otras religiones y solo rechaza la escoria. Por un largo tiempo, el «Libro Brahma Dharma» contuvo solo extractos de los Upanishads, y pensé que era una lástima que no se hubiera mantenido así. Estaban de acuerdo con los cristianos en su punto de vista sobre el desamparo de los humanos y su dependencia en un Dios personal, y de pie ante la puerta de uno de sus conventículos escuchando su servicio, no pude evitar sorprenderme con el sabor de inconformismo que tenía. Practican un tipo de yoga y decididamente siguen el Bhakti Marga junto con el cual los salvacionistas marchan con sus palabras sin sentido y sus címbalos sonoros. Teísta convicto, Protab Babu habló de Jesús como el más glorioso de los personajes de la historia, aunque fue un hombre.

Un vívido contraste con esta experiencia fue aportado por el Durbar virreinal que celebró Lord Ripon el 15 de noviembre, bajo toldos. Un amplio salón fue construido suspendiendo horizontalmente grandes cubiertas de lienzo rayado azul sobre postes, cerrado con pantallas de lienzo, el suelo cubierto con alfombras rojas e iluminado con candelabros chillones. El Virrey se sentó en un trono de plata dorada, vestido completamente con el atuendo de la corte, lleno de lazos de oro y brocado, pantalones blancos hasta las rodillas, medias blancas de seda y el cordón azul del Baño (NOTA: Se refiere a la Orden del Baño.—*El Traductor*. FINAL NOTA) le cruzaba el pecho entre un resplandor de órdenes, como un arroyuelo azul entre orillas enjoyadas. Detrás de él morenos sirvientes punyabíes ataviados con ropas orientales, movían

abanicos indios cubiertos con carmín y con las armas reales bordadas; otros dos sostenían escobillas para espantar moscas (chamars) hechas con las colas blancas del yak tibetano, y dos más con cornucopias, todos emblemas de la soberanía: del todo un conjunto altamente decorativo a los ojos norteamericanos.

La asamblea se sentaba en filas de sillas paralelas de cara una a la otra, los europeos a la derecha de Su Excelencia, los indios a su izquierda, dejando un amplio camino abierto desde la puerta hasta el trono. A los rajahs indios, a los maharajahs y otros príncipes se le asignaban lugares en orden de rango, el más alto más cerca del Virrey. Según cada uno llegaba a la puerta era recibido por un saludo de artillería, las tropas presentaban armas, la banda tocaba, el Maestro de Ceremonias, el Sr. (ahora Sir Alfred) Lyall, en uniforme diplomático, lo recibía y lo escoltaba hasta los pies del trono; el príncipe ofrecía un nuzzur (ofrenda de cierta cantidad de monedas de oro), la cual el Virrey «tocaba y remitía» (o sea, no lo tomaba); ambos se inclinaban y el príncipe era conducido a su asiento y llegaba el turno del hombre siguiente. Imaginad cuan monótono debe haber sido sentarse allí durante horas mientras esta tontería continuaba tediosamente. Me pregunté si el Virrey podría evitar bostezar ante sus caras, al final. Pero era un espectáculo gallardo y que valía la pena presenciar. Después de recibir a todos los príncipes, el Virrey tenía que pasar por la ceremonia de entregar hermosos presentes de joyería, armas ensambladas en plata, sillas de montar, etc., etc., los cuales, los príncipes «tocaban» y dejaban que se los llevaran los sirvientes. No era posible un contraste mayor que aquél entre los magníficos ropajes y los turbantes enjoados de los príncipes, y los ordinarios, sombríos y poco elegantes trajes de los espectadores civiles europeos.

Dos días más tarde dejé a H.P.B. en Lahore y fui a Multan para cumplir con el compromiso de impartir una conferencia. Cinco años atrás, en esa misma noche, había ofrecido mi alocución inaugural ante la recién nacida S.T. en Nueva York.

La calle principal de Multan es ancha, pavimentada con ladrillos y tiene tiendas que se comparan con las de otras ciudades indias. Hay fabricantes de labores en plata esmaltada, artículos de seda,

algodón, alfombras de lana, etc., poseía una gran rama local de la Arya Samaj y también una rama de nuestra propia Sociedad, encabezada por uno de los mejores hombres de la India, el Dr. Jaswant Roy Bhojapatra. Ofrecí conferencias dos noches sucesivas y durante el día me llevaron por la ciudad para ver las vistas, entre ellas ¡una que se compara con la tumba de Adán por sugestión patética! Es el templo del Avatar Narasinha de Vishnú, su apariencia, a saber, bajo la forma de un hombre-león con el propósito de proteger la virtud y castigar a los malvados. El relato (y qué «relato», sin duda) es que Vishnu abrió, partiéndola con su espada, una de las columnas de hierro del salón del durbar del malvado rey, emergió de esta, y cortó al tirano en pedazos. Bueno, realmente muestran la columna idéntica en este templo de Multan. ¡Qué puede ver alguien que sea mejor que esto: a menos que sea la tumba de Adán, sobre la cual Mark Twain –para su elogio, hay que decirlo– lloró honestas lágrimas por la pérdida de tan respetable ancestro, y dio ejemplo a toda la regenerada raza de la humanidad!

Cuando regresé a Lahore me encontré a la pobre H.P.B. sacudida por una fiebre del Punjab, y al fiel chico Babula cuidándola. Estaba inquieta, ardiendo de calor, y quejándose de una sensación de ahogo. Me quedé con ella toda la noche, pero no me dejó que enviara por el doctor, diciendo que todo estaría bien en la mañana. Fue un error, sin embargo, y al ser llamado el mejor médico del lugar, la diagnosticó como un caso grave y le prescribió quinina y digital. Yo tenía que dar una conferencia esa noche y así lo hice, después de lo cual volví a cuidarla, y las medicinas le dieron a H.P.B. un buen descanso nocturno. Al día siguiente pasó la crisis y el doctor la declaró fuera de peligro. Le siguió otra buena noche y al día siguiente ofreció pruebas inequívocas de su convalecencia comprando chales, brocados y otras cosas por el valor de cien rupias a uno de esos bohoneros indios llamados wallahs (NOTA: En lengua hindi, per-

sona a cargo de algo.—*El Traductor. FINAL NOTA*) de cajas, quienes acosan a todos los huéspedes de un bungalow dāk. Ella estaba interesada en un simple experimento mesmérico que hice esa noche en algunos de mis visitantes hindúes que deseaban saber quién era más sensible a la influencia mesmérica. Les hice pararse con sus rostros vueltos hacia la pared, los dedos de sus pies tocándola y sus ojos cerrados, mientras yo me paraba en silencio por turnos detrás de cada uno, y extendiendo las palmas de mis manos hacia su espalda, pero sin tocarlo, concentré mi poder de voluntad y provoqué que cayera hacia atrás en mis brazos abiertos. Ella observaba sus rostros para ver el juego limpio y yo hacía el «juego». Quisiera saber cómo los hipnotizadores que niegan la existencia de un aura mesmérica explicarían este simple, pero sorprendente experimento. Ni uno solo de los sujetos tenía conocimiento de la ciencia mesmérica, ni yo pronuncié una palabra que sugiriera mi propósito.

Cualquiera sea la causa —por sus compras o no— H.P.B. tuvo una recaída de la fiebre y pasó una mala noche, estremeciéndose, quejándose y poniéndose caprichosa de vez en cuando. En la mañana estaba mejor otra vez, ¡y se consoló con más compras! En la tarde sostuvimos una reunión y organizamos una rama local bajo el nombre de Sociedad Teosófica del Punjab. Recuerdo un incidente divertido relacionado con esto. Un caballero y su hijo, ambos hindúes ortodoxos y ambos muy interesados en nuestras opiniones, aunque manteniendo el secreto, vinieron separadamente a hablar conmigo. Cada uno quería hacerse miembro de la Sociedad sin que el otro lo supiera, por lo que decidí que el hijo se encontrara con los otros solicitantes en la habitación de H.P.B., y que el padre viniera a la mía, un cuarto de hora antes de la hora fijada. Hice que H.P.B. mantuviera a los otros en conversación mientras yo recibía y debidamente admitía la membresía del hombre mayor. Entonces, excusándome por media hora y dejándole un libro para que leyera, fui

a la habitación de H.P.B., inicié a los otros candidatos y me excusé con ellos por cinco minutos. Entonces regresé al padre, le dije que estábamos formando una rama e hice que viniera conmigo y participara en la elección de los cargos. ¡Imaginad su sorpresa al ver a su hijo en cuclillas, en el suelo junto a los otros, M.S.T. con todas de la ley! Hubo solo un momento de embarazo, seguido por una risa tremenda cuando expliqué los hechos, y H.P.B. era la más divertida de todos sobre el *dénouement* (NOTA: **Desenlace, en francés.—El Traductor: FINAL NOTA**). Esa noche tomamos el tren para Ambala, y de allí nos movimos a Cawnpore, donde sostuvimos largas conversaciones metafísicas, y ofrecimos dos conferencias, después de lo cual regresamos a Allahabad y a nuestros queridos amigos los Sinnett.

Dejando a mi colega con ellos, fui a Benarés como huésped del difunto venerable Maharajah, cuyo título tan a menudo se menciona en las obras hindúes y budistas, y consecuentemente tiene gran antigüedad. Me envió un carruaje a la estación y a algunos miembros de su séquito para que me recibieran en su nombre. Fui alojado en una casa del jardín cerca de su palacio y al lado de un gran estanque, en cuyas plácidas aguas se reflejaba un espléndido templo erigido por él.

Tuve mi primera entrevista con Su Alteza a la mañana siguiente, Babu Pramada Dassa Mittra, el capaz y respetado sanscritista, y el no respetado Raja Sivaprasad me condujeron allí. Siendo el cumpleaños del joven príncipe, había en el lugar un gran nautch. El Maharajah de cabello y bigotes blancos, un patriarca tan apuesto como el que uno quisiera conocer, me recibió muy amablemente, me hizo sentar junto a sí mismo y su hijo bajo un baldaquino de chales de cachemira bordados sostenidos por cuatro varas de plata acanalada y cuyos pies descansaban sobre escabeles rojos y plateados. Él se vestía con una gran túnica de cachemira verde, con pantalones

de seda, chaqueta y un gorro de brocado. Su hijo vestía de brocado verde estampado entretejido con oro, junto con un gorro adornado con un diamante y plumas.

El nautch indio es la más triste de las diversiones, que pone a un hombre occidental a bostezar. Aquí estaban tres bellas jóvenes ricamente vestidas y una más vieja, moviéndose al sonido de los instrumentos musicales indios en una interminable serie de posturas, golpeando el suelo con sus pequeños pies y dando vueltas, con movimientos de manos y dedos como imitando serpientes, entonando inflamatorias canciones en hindi acompañadas de lascivos guiños de ojos, hasta que uno siente un hormigueo por todas partes y desea salir al jardín para fumar tranquilamente. Pero al viejo Maharah parecía gustarle, y fulguraba benevolentemente sobre todos nosotros a través de sus gafas de oro, por lo que permanecí sentado y lo soporté lo mejor que pude. Frente a él estaba un enorme chillum de plata, o pipa de agua, con un muy flexible tubo envuelto en seda blanca y que terminaba en una boquilla enjoyada, de la cual tiraba asiduamente. Cuando, al fin se me permitió marcharme, puso en torno de mi cuello una guirnalda trenzada con un cordón de oro, derramó perfumes indios en mis manos y expresó su gran placer por verme. Arregló que me mudara a la ciudad, a su gran palacio conocido como la Casa de la Moneda y ofreciera una conferencia el martes siguiente.

La Casa de la Moneda se llama así pues anteriormente fue el lugar donde sus ancestros acuñaban su dinero. Es una gran estructura que casi recuerda al Palacio de Versalles *in petto* (NOTA: Para los adentros, en italiano.–*El Traductor*. FINAL NOTA), y es un lugar ideal para los fantasmas. Así lo sentí esa noche, en realidad, cuando se me dejó solo en una gran cámara más grande que muchos salones de lectura y estaba preparado para ser despertado por destacamentos de malvados espectros. Pero ninguno apareció y fui dejado

en paz. El erudito Dr. G. Thibaut, Director de la Universidad de Benarés, cenó conmigo y pasó la velada en conversación provechosa. Le devolví la visita al día siguiente, y también visité a Raja Sivaprasad y a Babu Pramada Dasa Mitra. Al día siguiente fuimos a ofrecerles nuestros respetos a Majji la asceta femenina, o yoguina, y la encontré muy amable y comunicativa en cuanto a asuntos religiosos. Más tarde, ese día visitamos en el jardín de su retiro, al desnudo y adorable anciano yogui Bhaskarandra Swami, con quien estuve encantado. A las 6 p.m. ofrecí una conferencia sobre «India», en el ayuntamiento, a un gran público compuesto por –como me contaron– «toda la aristocracia y la personas cultas de Benarés». El anciano Maharajah y su hijo estaban presentes y Raja Sivaprasad me sirvió de traductor con gran habilidad, su conocimiento del inglés era perfecto, sin importar cuales hayan sido sus faltas. Ya está muerto, y nada de lo que se diga, bueno o malo, le puede afectar, pero en vida fue un hábil cortesano, quien aderezaba con favores a todo funcionario europeo, adulaba, y consiguió títulos, propiedades, y todo tipo de honores; se ganó el desprecio de sus compatriotas y, al mismo tiempo, el de los blancos para quienes él «doblaba la rodilla para», bueno, para poder conseguir lo que ambicionaba. Nunca olvidaré como el Dr. Thibaut me miró cuando el difunto Rajá se marchó después de decirnos cómo, durante la campaña de Lawrence en el Punjab, él había ido al campamento de Runjit Singh y contó sus fusiles para informar a Lord Lawrence. Alzando las cejas, el tranquilo orientalista alemán dijo: «¡Der Raja Sahib tiene nociones muy peculiares sobre el patriotismo!», opinión con la que estoy de acuerdo. Los tres regresábamos de un paseo en vela por el Ganges para ver ese espectáculo único, las abluciones mañaneras de miles de piadosos hindúes. Poblaban los peldaños de los desmoronados ghâts (NOTA: En la India, serie de escalones que conducen a un cuerpo de agua sagrada, como un río, etc. Se utiliza para rituales, entre ellos cremación de cadáveres.–*El Traductor*:

FINAL NOTA) y palacios medio derruidos que se encuentran en la orilla del río; se sentaban orando en las plataformas de madera cobijados por toldos de hoja de palma, o con el agua hasta las rodillas, o golpeaban sus ropas lavadas sobre los peldaños de piedra. Los ascetas untaban su cuerpo con cenizas sagradas, las mujeres pulían con barro sus jarros de cobre hasta que parecían recién hechos de oro, los llenaban con agua del Ganges y se iban con ellos sobre sus caderas izquierdas; se aglomeraba el ghât de cremación, donde los cadáveres se consumían en las piras y otros aguardaban su turno, y el sol de la mañana brillaba sobre refulgentes cobres, telas rojas, turbantes blancos, y las hirvientes multitudes que se apresuraban arriba y abajo por los anchos peldaños que se elevaban hasta el nivel de las populosas calles de la ciudad, mientras que los pintorescos barcos con la proa en forma de pavo real se dirigían a sus amarraderos o flotaban corriente abajo. Una escena tal no es visible en ningún otro sitio, sino en este de la santa Benarés en las primeras horas del día.

Lo que lo hace más impresionante es el hecho de que esta misma escena se ha repetido diariamente desde los tiempos más remotos; tal como es ahora lo fue cuando el Avatar Krishna se movía entre los hombres. Pero por cuanto tiempo esto sobrevivirá nadie lo puede predecir. La mano del Tiempo ya está colocada sobre las estructuras que cubren la orilla. Algunos de los palacios más bellos y majestuosos y los ghâts de baño están cayendo en la ruina. Grandes masas de mampostería, socavadas por las inundaciones del río, han caído unas sobre otras, o sus fundamentos se han hundido bajo la superficie del agua, el estuco se ha caído de las paredes de los palacios dejando los ladrillos al descubierto; una gran mezquita del Islam, cuya cúpula y minaretes dominan la escena, fue construida con las piedras de antiguos templos que los conquistadores demolieron; el ghât de cremación es una desgraciada desolación donde las piras son construidas sobre laderas de desechos, todos los hombres de

casta que se ven en sus devociones matinales a lo largo del frente de la ciudad, parecen en su mayoría estar haciéndolas de manera maquinales, como para ser percibidos, no movidos por un profundo impulso religioso. «Ichabod» (NOTA: Personaje bíblico del Libro Iro. de Samuel.—*El Traductor*. FINAL NOTA) parece estar escrito sobre este más santo de los antiguos santuarios arios por la mano de ese Progreso Occidental que empobrece espiritualmente a las naciones mientras las enriquece: lo cual vacía el corazón mientras llena el bolsillo.

Mis buenos amigos Babu Pramada Dasa Mitra y Ram Rao amablemente me llevaron a ver a un famoso yogui, cuyo nombre, desgraciadamente no registré en mi diario. Se sentaba al aire libre en un patio triangular de una casa cerca de la orilla del Ganges, con una multitud de unas cincuenta o sesenta personas reunidas alrededor de él. Era un hombre alto, apuesto, de aspecto venerable, aparentemente sumido en meditación y parcialmente en trance. Su limpieza personal presentaba un agradable contraste con la suciedad repulsiva y la mugre de la mayoría de los sanyāsīs. Se me dijo que era muy versado en el sistema de Patanjali, y por muchos años había sido considerado como uno de los más importantes yoguis de la India. Desde luego, siendo nuevo en la India, respeté la valoración pública y adelantándome, lo saludé respetuosamente a la manera antigua. Conversé un poco con sus discípulos y me marché. Mis ilusiones fueron pronto disipadas, pues me enteré que en ese momento estaba involucrado en una demanda legal por 70.000 rupias, la cual estaba llevando adelante con toda la energía posible. Un yogui hambriento por rupias es una anomalía, y no hace falta decir que no volví a visitarlo.

De allí fui a una reunión de la Sociedad de Pandits de Benarés que se celebró en mi honor, en la cual de nuevo apremié su consideración del proyecto de nombrar un comité apropiado para

emprender la acuñación de equivalentes sánscritos para nuestros términos científicos y de otro tipo occidentales, en griego y latín. Lo prometieron, por supuesto, y también por supuesto, nunca hicieron nada. Al día siguiente conocí al Pandit Bala Shastri. El Dr. Thibaut lo consideraba el erudito en sánscrito más grande de toda la India. Era el gurú de varios de los principales jefes hindúes y era respetado universalmente. Ya murió y el país sufrió así una pérdida que parece irreparable. Desearía que nuestros literatos occidentales pudieran haberlo visto tal como lo vi ese día. Un hombre pálido, de cuerpo delgado y estatura mediana, calmado y de maneras dignas, la expresión de su rostro apacible y cautivadora, sin rastros de animalismo o sórdida pasión; era el rostro de un poeta o de un sabio, de alguien que vivió en el mundo del pensamiento y tenía un contacto ligero con el bullicioso mundo, y para alumbrarlo con una brillantez de intelecto tenía un par de ojos negros, brillantes, benignos, serenos, cuya memoria me persigue después de todos estos dieciséis años. Otro pandit, el Bibliotecario de la Universidad de Benarés, le acompañaba y tomó parte en la conversación. Ofrecí lo mejor de mí para impresionar en sus mentes la necesidad urgente de revivir la literatura sánscrita debido a su contenido invaluable, tan necesario en el tiempo presente cuando las esperanzas espirituales del mundo se hundían en el mar del materialismo. Fui lo suficientemente osado como para decirle a Bala Shastri que si la religión y la filosofía hindúes fueran a sufrir un eclipse sería enormemente responsable por el desastre, pues él, más que cualquier otro hombre, era capaz de detener el flujo de la corriente. Propuse que él y yo, como representantes de la clase de los pandits, por una parte, y de la agencia de propaganda que cubre el mundo, por la otra, deberíamos unir fuerzas; le pedí que conviniera una reunión privada de los principales pandits de Benarés y me permitiera dirigirme a ellos, a lo cual consintió, y le dejamos a Babu Pramada Dasa Mittra que hiciera los necesarios arreglos.

A las 4 de la tarde de ese día H.P.B. llegó de Allahabad por el tren lento y nos alegramos de vernos como si hubiéramos estado separados largo tiempo.





CAPÍTULO XIX

EL AMO DE LOS DJINNS

(NOTA: Seres espirituales del folclore islámico.–*El Traductor:*
FINAL NOTA)

Permanecemos juntos ocho días en Benarés; durante este tiempo vimos mucho del viejo maharajah, su séquito y de otros notables de la ciudad. Su Alteza envió a su Secretario para tener noticias de la enfermedad de H.P.B. temprano en la mañana, después de su llegada y más tarde vino él mismo con Babu Pramada Dasa y Raja Sivaprasad como intérpretes y mantuvo horas de conversación sobre temas religiosos y filosóficos. En otra ocasión llevó a su tesorero y se ofreció para confiar, entonces y allí, una gran suma de dinero (muchos miles de rupias) para beneficio de nuestra Sociedad si H.P.B. «le mostraba algunos milagros». Por supuesto ella rechazó cualquier gratificación, como había hecho antes con otros indios ricos –uno de ellos el difunto Sir Mungaldas, en Bombay– pero tan pronto se marchó hizo varios fenómenos para visitantes pobres que no podían permitirse ni siquiera ofrecerle diez rupias. Pero le dijo al anciano príncipe un importante secreto acerca del lugar de escondite de ciertos papeles familiares perdidos, los cuales, si no me equivoco, habían sido apresuradamente

ocultados durante el Motín. Aunque quedó decepcionado, tengo razones para creer que el Maharajah la respetó mucho más que si ella hubiera aceptado su regalo. Esta indiferencia por el dinero siempre se toma en la India como una buena prueba de la piedad desinteresada de los maestros religiosos. El yogui de Lahore que le mostró su samadhi al Maharajah Runjeet Singh, se arruinó a sí mismo para siempre a los ojos de este último, al aceptar sus costosos regalos. «De no haber sido por esto», me dijo un antiguo sirviente del príncipe en una ocasión en Lahore, «el Maharajah lo hubiera acogido por toda la vida y lo hubiera reverenciado como un santo».

La navegación matutina por el Ganges, pasando por los ghâts, se repitió para H.P.B., y nos acompañaron los mismos dos caballeros. Esta vez hicimos que nuestra barca se demorara en el ghât de cremación y observamos todo el proceso, desde que se trae el cadáver y su inmersión en la corriente sagrada, hasta la dispersión de sus cenizas en el agua. Es una escena brutalmente realista, sin poesía ni refinamiento en ella, y si la cremación hubiera sido introducida en Occidente de esa ruda manera estoy seguro de que no se hubiera incinerado ni un solo cuerpo. Con el uso del crematorio se elimina todo rasgo repulsivo y no es de extrañar que este método de disponer del difunto se haya hecho tan popular.

Esa misma tarde visitamos una feria musulmana en la cual vimos nuestros primeros ejemplos de la destreza fenomenal que se adquiere en la India en el manejo de la espada. Un hombre se tiende con su estómago sobre el suelo, su barbilla descansando sobre una guayaba, digamos que del tamaño de una pera mediana; otro hombre se coloca dándole la espalda marcando el tiempo con sus pies y su cuerpo siguiendo el golpeteo rítmico de un tam-tam; sostiene en su mano un sable que tiene el filo de una navaja y un contrafilo grueso y pesado, el cual también mueve al ritmo; de repente se gira, barre el aire con su sable y por debajo de la barbilla del hombre y este,

levantándose, muestra la guayaba partida en dos mitades. Incluso ahora, el simple hecho de su recuerdo me hace estremecer al pensar lo que hubiera pasado si esa hoja trinchante se hubiera desviado solo un poco de su camino transversal a través de la fruta. La misma proeza de habilidad se mostró en el caso de guayabas y limones colocados bajo los talones desnudos de un hombre. Debe tenerse en cuenta que en cada caso la espalda del espadachín está dirigida hacia el asistente, y que alcanza su objetivo mientras la espada hace remolinos por el aire.

El 14 de diciembre, la esperada reunión y conferencia entre yo mismo como P.S.T. y los principales pandits de la India se celebró en la residencia de Babu P.D. Mitra. La dignidad de la asamblea quedará manifiesta a todos los bien informados orientalistas cuando lean la siguiente lista de nombres, algunos de ellos los más reconocidos en la literatura sánscrita contemporánea:

El Dr. G. Thibaut, Director del Benares Anglo-Sanskrit College.

Pandit Yagneswāra Ojha, Benares Anglo-Sanskrit College.

Pandit Kesavli Shastri, Benares Anglo-Sanskrit College.

Pandit Dāmodara Shastri, Profesor de Gramática, Benares Anglo-Sanskrit College.

Pandit Dhondirāga Shastri, Bibliotecario, Benares Anglo-Sanskrit College.

Pandit Ramkrishna Shastri, Profesor de Sankhya, Benares Anglo-Sanskrit College.

Pandit Ganghadeva Shastri, Profesor de Poesía and Retórica, Benares Anglo-Sanskrit College.

Bapu Shastri.

Babu Shastri.

Govinda Shastri.

Babu Pramada Dâsâ Mittra, difunto Profesor de Literatura Anglo-Sánscrita, Benares Anglo-Sanskrit College.

El último caballero mencionado traducía mi discurso a los pandits al sánscrito tan rápida y enérgicamente como lo hacía con las respuestas y observaciones dirigidas a mí en inglés, el cual escribe y habla como un inglés. Dudo que exista un orientalista en cualquier país occidental, desde el Profesor Max Müller para abajo, que pueda hacer esto: ciertamente, los intentos de aquellos que han visitado la India y Ceilán para conversar en sánscrito con nuestros pandits, no habían impresionado al último por su dominio del «lenguaje de los dioses» a juzgar por lo que ellos me contaron.

Nuestra conferencia duró varias horas, y fue considerada cuidadosamente punto por punto, cada parte vigilante para evitar la apariencia de haberse subordinado a la otra. El resultado final fue la adopción y la firma de los siguientes artículos:

Dado que, el interés por la literatura y la filosofía sánscrita y por la ciencia védica será eminentemente promovido por una unión fraternal de todos los amigos del conocimiento ario a través del mundo, y

Dado que, es evidente que la Sociedad Teosófica está sinceramente dedicada al logro de este más digno objetivo y posee facilidades que son deseables de consolidar; por lo tanto

Se aprueba que este samaj acepta la oferta hecha en nombre de la Sociedad Teosófica y se declara a sí misma en unión amistosa con dicha sociedad para los propósitos especificados y se ofrece para prestar toda la ayuda que pueda para llevar a cabo los planes que puedan ser acordados entre los funcionarios gubernativos de las dos samajas.

Con la condición de que, sin embargo, este acto de unión no implique que cualquiera de las dos sociedades se subordine a la regla o jurisdicción de la otra.»

(Firmado) BAPU DEVA SHASTRI,
Presidente.

(Firmado) BAL SHASTRI,
Vice-Presidente.

Aceptado por la Sociedad Teosófica,

H.S. OLCOTT, Presidente,

Atesta,

PRAMADA DASA MITTRA,

Secretario de la Reunión.

BENARÉS: *Margasirsha suddha 13,*
Samvat 1937.

Sin la ayuda de Babu Pramada Dasa este resultado hubiera sido totalmente imposible, y tenemos que agradecerle por permitirnos reivindicar el eclecticismo de nuestra Sociedad en una época tan temprana de su estancia en la India. Con tan poco tiempo transcurrido desde nuestro triunfal progreso budista en Ceilán y estando en la cima la profesión de Budismo por parte de H.P.B. y de mí mismo en el templo de Galle, los sabios de Benarés, cuya ortodoxia hindú estaba fuera de dudas, mostraron gran elevación de mente. El sentimiento del erudito Presidente de la Sabha (**NOTA: Parlamento, consejo, en sánscrito.—El Traductor. FINAL NOTA**), sin embargo, se evidenciaba muy claramente en su declaración de que realmente prefería el cristianismo al budismo, pero al mismo tiempo reconocía que el budismo podía recibir un bien de una alianza como la propuesta, sobre las bases de la neutralidad sectaria. Debido a su sexo, los pandits no quisieron que H.P.B. tomara parte en la confe-

rencia.

Nuestros días estuvieron completamente ocupados con charlas, conferencias públicas, visitas del Maharajah y de otros príncipes y plebeyos, y nosotros visitamos diversos templos y otros monumentos del pasado. Estuvimos grandemente interesados en uno de nuestros visitantes, un tal Mohammed Arif, funcionario de una de las cortes y persona muy instruida. Tenía un gran conocimiento de la literatura islámica y nos mostró un pliego que había preparado, sobre el cual estaban inscritos los nombres de unos 1.500 adeptos y místicos, desde el Profeta hasta nuestros tiempos. También tenía un conocimiento práctico de la química oculta y a petición nuestra, consintió en intentar y experimentar con mi ayuda. Había traído del bazar algunos gruesos y grandes *brattis*, o pasteles cocidos con combustible de estiércol de vaca, un pequeño carbón, dos rupias de Jeypore (de plata pura) y algunos productos vegetales secos. Horadando una pequeña cavidad en el lado chato de cada *bratti*, lo llenó con clavo de olor, corteza de ahindra y de bechums (mirobalanos, creo), enterró una rupia en uno de ellos, puso otro *bratti* sobre esta y puso sobre el fuego el pastel inferior. La otra rupia fue colocada de la misma manera. Los pasteles se quemaron lentamente y fueron reducidos a cenizas solo después de un par de horas. Entonces las rupias fueron transferidas a segundos pares de *brattis* y dejadas hasta que los últimos se consumieron. Se colocaron en nuevos pasteles por tercera vez, y se dejaron allí toda la noche. Se esperaba que en la mañana encontraríamos las monedas completamente oxidadas, el metal puro transformado en un óxido de la consistencia de la cal y desmenuzándose entre los dedos. El experimento resultó, sin embargo, solo parcialmente exitoso, estaba oxidada la superficie de las monedas pero el interior permaneció inmutable. Mohamed Arif no estaba satisfecho con el resultado y deseó repetir el experimento bajo mejores condiciones, pero el tiempo no nos favoreció a nin-

guno de los dos y tuvimos que dejar el puesto antes de que pudiera lograrse. En cualquier caso, se obtuvo una oxidación parcial y realmente no puedo comprender como se pudo lograr, con agentes tan simples como el débil fuego de seis *brattis* ardiendo lentamente y unas pocas pizcas de clavo de olor y otros productos vegetales. El anciano caballero, mientras le rendía total reverencia a los logros de la ciencia moderna, mantenía que todavía había mucho que aprender de los antiguos sobre la naturaleza de los elementos y sus potenciales combinaciones. «Entre los alquimistas indios», decía, «siempre ha existido la teoría universalmente aceptada, que si un diamante es reducido, por un proceso conocido por ellos, a cenizas, estas cenizas agregadas a estaño derretido son capaces de transformarlo en plata. Prácticamente, desde luego, el experimento carece de valor comercial, por ser el agente transformador más caro que el producto resultante. Pero la idea es importante por su sugestividad, pues si las cenizas de una sustancia que contiene carbón, cuando se obtienen mediante cierto proceso, transforman el estaño en plata, abre la investigación sobre si una ceniza relacionada cercanamente con otra sustancia carbónica, pudiera dar el mismo resultado bajo condiciones apropiadas. Si la adición de carbón al hierro lo convierte en acero, por alguna ley secreta aun no totalmente comprendida, por qué es una proposición impensable el que su adición al estaño, mediante algún proceso mejor que cualquiera conocido en el presente a los químicos europeos, pudiera también endurecer ese metal y darle sus propiedades tan diferentes de la del metal moderno, como lo son aquellas del acero con relación a las del hierro. «En verdad» –continuaba el anciano, mirándome con sus ojos inteligentes– «la química moderna no muestra ninguna afinidad entre el carbón y el estaño, pero tampoco muestra que no hay ninguna. Sabemos que en tiempos antiguos era conocido un proceso para otorgarle a las herramientas de cobre la dureza del corte del acero, y ese secreto se perdió. Los químicos pueden, por lo tanto, detener-

se un momento antes de dogmatizar sobre lo que fue o no posible para los alquimistas. Tienen aún mucho que aprender antes de recuperar las Artes Perdidas de los tiempos pasados. Los alquimistas indios han demostrado que pueden endurecer estaño combinándolo con carbón, así cubren un terreno más amplio que los modernos químicos en el área de la metalurgia». «¿Por qué, entonces», pregunté, «está tan obsoleta la alquimia?».

«La ciencia alquímica está deshonrada», respondió, «por el descuido de los instruidos, y los trucos y los viles fraudes de los charlatanes, pero aun así es una gran ciencia. Creo –no, lo sé– que es posible la transmutación de los metales».

El viejo entusiasta hablaba en urdu, que era admirablemente traducido por Rai Baldeo Buksh y otro alto funcionario local, y las entrevistas que mantuve con él son de las más interesantes que sostuve con alguien. Demostraba una gran familiaridad con las literaturas árabe y persa, y sus aires de dignidad eran los de un erudito de alto vuelo dedicado a la adquisición de conocimiento. Logré que escribiera sus ideas y las hice traducir para el *Theosophist* (véase no. de mayo de 1881, p. 178). En mi última visita a Benarés conocí, luego de inquirir, que ahora está retirado y vive de una muy modesta pensión en alguna aldea oscura, donde, quizá, no tiene ni un solo vecino que pueda apreciar su erudición y gran inteligencia.

Conocimos a varias personas en Benarés que habían tenido un conocimiento personal de los poderes de hacer milagros de Hassan Khan Djinni, el mago musulmán previamente mencionado. Entre otros un tal Sr. Shavier nos contó lo que sigue. Él había puesto su reloj y cadena dentro de una pequeña caja, la cual fue cerrada con llave en un cofre en presencia de Hassan Khan, pero en el momento siguiente él tenía los artículos en su mano, habiéndolos sacado a través de las dos cajas por el poder de sus espíritus elementales. El hombre era nativo de Hyderabad Deccan, y aprendió el arte de su

padre, un más grande adepto en el ocultismo que él, quien lo inició apropiadamente con ciertas extrañas ceremonias. Se le había dado el poder sobre siete *djinis*, con la condición de que llevara una vida moral y moderada. Pero las pasiones se apoderaron de él, y uno tras otro los elementales se distanciaron de su control hasta que solo le quedó uno para cumplir sus órdenes, y a este le temía constantemente. Tenía que soportar las conveniencias de este espíritu, por lo que no era capaz de hacer fenómenos a su gusto. El Sr. C.F. Hogan, quien lo conoció íntimamente nos dice (*Theosophist*, ene. 1881, p. 81) que la proximidad del genio se le hacía conocer por la suspensión de su respiración a través de una de sus fosas nasales. En estatura estaba por encima de la estatura media, de rostro marrón oscuro, y más bien de un físico robusto; en general, su apariencia era más bien agradable. Sus disipaciones, sin embargo, socavaron al final su fortaleza mental si no su física, y se dice que murió en prisión.

El Sr. Shavier me contó una historia extraña que bien podría haber sido tomada de *Las Mil y Una Noches*. Hace algunos años, vivía en Ghazipur un pobre pero instruido moulvi (**NOTA: Título religioso honorífico otorgado a eruditos o estudiosos musulmanes sunitas. –El Traductor. FINAL NOTA**) quien por falta de un mejor empleo abrió una escuela diurna para chicos. Entre sus alumnos había un muchacho brillante que mostraba mucha aptitud y siempre fue respetuoso con su maestro, a quien frecuentemente le traía regalos. Un día le trajo algunas raras golosinas con los saludos de su madre. El maestro expresó el deseo de ofrecer sus respetos a los padres, el chico dijo que lo diría y volvería con la respuesta. Al día siguiente trajo una contestación satisfactoria, el profesor se vistió con lo mejor de su guardarropa y acompañó al chico camino a su casa. Este lo llevó fuera de la ciudad y algo lejos por el campo, pero como no se veían señales de casas comenzó a preocuparse y al final pidió una explicación. Entonces el alumno le dijo que ya estaban

por llegar a la casa, pero que antes de llegar allí debía contarle un secreto. Él era de la raza de los jinnatas (*djinnis*) y al maestro se le había otorgado un gran honor al permitirle una visita a la ciudad oculta. Pero primero debía, sin embargo, jurar que bajo ninguna provocación debía revelar el camino a ella y que si alguna vez rompía su juramento quedaría completamente ciego. El moultvi tomó el requerido juramento, y el chico, levantando una trampa que había estado invisible a los ojos del primero, quedaron al descubierto unos escalones que ambos descendieron y finalmente llegaron a la ciudad de los jinnatas. A los ojos del moultvi todo parecía como el mundo superior, calles, casas, tiendas, vehículos, bailes, música y de todo. El padre del chico recibió a su invitado con cordialidad y la intimidad continuó durante años, para el gran provecho y satisfacción del maestro. Sus amigos se preguntaban acerca de su prosperidad, y finalmente persuadieron al pobre tonto para que les mostrara el camino a la trampa de entrada encima de la misteriosa escalera. Pero justo cuando estaba a punto de revelar el secreto protegido por un juramento quedó ciego y nunca recuperó la visión. El moultvi estaba viviendo en la ciudad de G... en la época en que el Sr. Shavier me contó la historia, y se dice que todos sus conocidos sabían la causa de su ceguera. La ciudad subterránea de los jinnatas, con sus casas y habitantes elementales recuerda el relato similar de «The Coming Race» (NOTA: La raza venidera.—*El Traductor*. FINAL NOTA) de Bulwer Lytton, y sugiere un origen folclórico común para ambos.

Llegaba al final nuestra visita a Benarés, empacamos nuestras cosas, enviamos nuestro equipaje a la estación de trenes y viajamos desde la Casa de la Moneda hasta el Fuerte Ramanagar para despedirnos de nuestro amable y venerable anfitrión para agradecerle por su hospitalidad. El anciano príncipe estuvo muy cortés y afectuoso con nosotros, nos pidió que regresáramos y dijo que debíamos

establecer nuestro hogar con él siempre que visitáramos Benarés. Cuando nos levantamos para marcharnos, colocó un espléndido chal de cachemira sobre los hombros de H.P.B. el cual ella quiso «tocar y devolver», pero él pareció tan dolido por este rechazo a su bienintencionada amabilidad que ella cedió y expresó su agradecimiento a través del caballero que actuaba como traductor. De allí fuimos a la estación y a las 6 de esa tarde llegamos a Allahabad y a los Sinnett; H.P.B. sufría de un dolor muy agudo en su muñeca izquierda debido al dengue, esa terrible fiebre del «hueso roto» que hace sufrir más que los dolores más persuasivos con los cuales la paternal inquisición promovía la ortodoxia.





CAPÍTULO XX

DONDE SE EXPLICA EL BUDISMO DE CEILÁN

La fiebre reumática de H.P.B. continuó durante varios días provocándole dolores agónicos: el brazo se le inflamó hasta el hombro y temblaba noche tras noche, a pesar de los cuidados devotos y altruistas de su médico, el Dr. Avinas Chandra Nanerji, de Allahabad, quien se ganó nuestros corazones por su amabilidad y paciencia. ¡La primera señal de su total convalecencia fue el que me acompañara a una gran tienda y comprara muchísimas cosas! En una ceremonia de iniciación de nuevos candidatos, el 24 de diciembre, sonaron algunas de sus melodiosas campanillas astrales, para la sorpresa y el placer de las personas presentes.

Durante nuestra breve estancia con los Sinnett vinieron muchos visitantes notables, y disfrutamos muchas horas de buenas conversaciones con el Prof. Adityaram Bhattacharya, el erudito sanscritista y otros, sobre filosofía india. Yo ofrecí conferencias dos o tres veces a grandes públicos, y como H.P.B., había recobrado completamente su salud habitual, tomamos el tren para Bombay el 28 de diciembre y sin aventuras llegamos a casa el día 30. Los últimos días de 1880 los pasamos en nuestro nuevo bungalow, «El Nido del Cuervo», situado en la ladera rocosa de la colina de Breach Candy.

Había sido seleccionado y tomado para nosotros en nuestra ausencia, y estuvimos encantados con sus habitaciones espaciaosas que tenían altos tachonados, con sus grandes verandas y sus grandes vistas del mar y de la tierra. Desde el principio del año 1879, habíamos estado viviendo en el denso barrio indio de Girgaum Back Road, en una arboleda de palmas donde escasamente penetraba la brisa del mar, y el cambio a la nueva localidad fue delicioso. Una ventaja especial fue que el número de visitantes casuales descendió bastante, debido a la distancia del centro de la población, y encontramos tiempo para la lectura; observo que mi diario contiene frecuentes referencias a este hecho. Ocupamos nuestros nuevos alojamientos hasta diciembre, 1882, cuando nuestros Cuarteles Generales se establecieron permanentemente en Adyar. La renta real del bungalow era de Rs. 200 al mes, pero lo conseguimos por Rs. 65 debido a su mala reputación de estar hechizado. Los supuestos fantasmas no nos perturbaron, sin embargo, salvo en un solo caso y se dispuso de ellos rápidamente. Una noche había ido a la cama y me estaba quedando dormido cuando sentí que una esquina de mi *charpai* era levantada, como por alguien parado junto al espesor de la pared, la cual tocaba. Recuperando instantáneamente toda mi conciencia, pronuncié cierta palabra árabe de poder que H.P.B. me había enseñado en Nueva York, y el catre fue vuelto a colocar sobre sus patas y el entrometido espectro desapareció y nunca más me molestó.

Llegó el nuevo año y me encontró escribiendo en mi mesa, hasta las 2 a.m., artículos editoriales para el *Theosophist*. Las primeras semanas del año transcurrieron mayormente sin incidentes, aunque nos vimos envueltos en relaciones amistosas y hostiles con ciertas personalidades. El escritor de ese tratado desde entonces conocido, *The Elixir of Life* (NOTA: El Elíxir de la Vida.—*El Traductor*: FINAL NOTA), un tal Mirza Murad Alí Beg, vino a nosotros por primera vez el 20 de junio. Era de ascendencia europea, vástago de



Avenida de las palmas de cacao en Adyar.

la antigua familia Mitford de Hampshire, la cual había producido varios escritores de renombre, incluyendo a Mary Russell Mitford, autora de *Our Village* (NOTA: Nuestro pueblo.—*El Traductor*. FINAL NOTA) y otras obras. El abuelo de este joven había venido a la India con algunos franceses, y sirvió bajo las órdenes de Tippu Sultan. Cuando ese cruel y sensual jefe fue asesinado, el Sr. Mitford se empleó en la East India Company (NOTA: Compañía inglesa que tenía el monopolio del comercio en el sudeste asiático, el Asia Oriental y la India.—*El Traductor*. FINAL NOTA). Su hijo nació en Madrás, y entre otras excentricidades se hizo musulmán y cuando lo conocí, gozaba de un empleo militar con el Maharajah de Bhavnagar como «Oficial en Jefe de Caballería», prácticamente una sinecura. La suya había sido una vida insólita y aventurera, más llena de misterio que otra cosa. Se había interesado en la Magia Negra, entre otras cosas, y me dijo que todos los sufrimientos que había experimentado en los años precedentes, se originaban directamente en la persecución maligna de ciertos poderes malvados que él había convocado para que le ayudaran a obtener los favores de una virtuosa dama a quien deseaba. Se había sentado, bajo las instrucciones de un *gurú* mago negro, en una habitación cerrada durante cuarenta días, con su mirada fija sobre una mancha negra en la pared, sobre la cual se le dijo que imaginara el rostro de su pretendida víctima, repitiendo unas cien veces un mantra prescrito, medio en árabe, medio en sánscrito. Debía continuar hasta que realmente viera el rostro de la dama como si estuviera viva, y cuando sus labios se movieran como para hablar, significaba que estaba completamente hechizada y vendría a él de su propio grado. Todo esto sucedió como se predijo, obtuvo su corrupto objetivo, la mujer se arruinó y el mismo cayó bajo el poder de los malos espíritus a quienes no tenía la fuerza moral de dominar después de haber aceptado sus servicios forzosos. Ciertamente se trataba de una persona inquietante. Nervioso, excitable, sin concentrarse en nada, esclavo

de sus caprichos, veía las posibilidades superiores de la naturaleza del hombre, pero era incapaz de alcanzarlas; vino a nosotros como a un refugio y poco después se domicilió en nuestra casa durante algunas semanas. Extraña criatura para ser un inglés. Su vestimenta era del todo musulmana, salvo que tenía su largo cabello castaño claro atado en un nudo griego por detrás de su cabeza, como una mujer. Su tez era clara y sus ojos azul claro. En mi diario digo que parecía más un actor caracterizado para un papel. La escritura del *Elixir of Life* tuvo lugar algún tiempo después, pero de todas formas puedo contar la historia mientras está bajo los ojos de mi mente.

Desde la época en que llegó a nosotros parecía estar envuelto en un fuerte conflicto mental y moral consigo mismo. Se quejaba de ser arrastrado de aquí para allá, primero por buenas, después por malas influencias. Tenía una mente fructífera y había leído mucho; quería unirse a nuestra Sociedad, pero como yo no tenía confianza en su energía moral, lo rechacé. H.P.B., sin embargo, ofrecióse para ser responsable por él, accedí y la dejé que lo hiciera miembro. ¡Él le pagó cortésmente, algunos meses después, arrebatándole la espada a un sepoy en la estación de Wadhwan y trató de matarla, gritando que ella y sus Mahatmas eran todos demonios! En breve, se volvió loco. Pero volviendo al asunto, mientras permaneció con nosotros escribió algunos artículos que fueron impresos en el *Theosophist* y una noche, después de una conversación con nosotros, se sentó a escribir sobre cómo el poder de la voluntad afecta la longevidad. H.P.B. y yo permanecemos en la habitación, y cuando él empezó a escribir ella fue y permaneció detrás de él, tal como lo había hecho en Nueva York cuando Harisse estaba haciendo el esbozo de uno de los Maestros bajo su transferencia de pensamiento. El artículo de Mirza Saheb atrajo una atención merecida cuando apareció (véase *Theosophist*, III, 140, 168) y desde entonces se cuenta entre uno de los más sugestivos y valiosos panfletos de nuestra litera-

tura teosófica. Él iba bien, y existía una buena oportunidad para que recobrará mucho de su pérdida espiritualidad si solo hubiera permanecido con nosotros, pero después de prometer hacer esto, obedeció a un impulso irresistible y regresó a Wadhwan y a su destrucción. Su mente no recuperó su equilibrio; se hizo católico romano, después se retractó y volvió al islam, y finalmente murió y fue enterrado en Junagadh, donde he visto su humilde tumba. Su caso siempre me ha parecido un terrible ejemplo del peligro que se corre cuando uno se interesa frívolamente en la ciencia oculta mientras que las pasiones animales permanecen incontroladas.

Voy rápidamente a los eventos de 1881, y a señalar solo dos o tres que tienen importancia intrínseca. El caso de Damodar fue uno de ellos. Cuando este querido joven se unió a la Sociedad y puso su corazón en el trabajo, obtuvo de su padre el permiso para vivir con nosotros, sin tener en cuenta las restricciones de casta y como si hubiera tomado los votos del sanyāsi. El padre y un tío eran también miembros activos en esa época. De acuerdo a la costumbre de los brahmanes de Gujarat había sido comprometido para casarse desde la infancia, por supuesto sin su consentimiento, y llegó el momento en que debía acceder a la vida matrimonial. Pero ahora su única ambición en la vida era llevar la existencia del recluso espiritual, y consideraba al matrimonio con la mayor repugnancia. Se sintió víctima de las costumbres y estaba apasionadamente ansioso de ser liberado del aborrecido contrato, para así convertirse en un verdadero chela del Mahatma K.H. a quien había visto en su juventud y otra vez al venir a nosotros. Su padre, sabio y hombre de mente superior, consintió finalmente y Damodar le traspasó su parte de la propiedad ancestral que llegaba, si recuerdo bien, a unas Rs. 50.000 con la condición de que su esposa-niña fuera llevada a la casa de su padre y fuera mantenida confortablemente. Este arreglo funcionó bien durante un tiempo, pero cuando Damodar

se identificó completamente con nosotros, y había ido incluso tan lejos como para convertirse en budista en Ceilán junto a nosotros, la familia se rebeló y comenzó una persecución para obligar al pobre chico a regresar a su casta. Esto él no lo iba a hacer, y el resultado fue el retiro de sus familiares de la Sociedad y los inicios de una no muy honorable guerra contra nosotros, inocentes objetivos de su ira, en la forma de calumniosos volantes y otros ataques a nuestra reputación, que fueron impresos y circulados por unos u otros en Bombay. Uno particularmente difamatorio, recuerdo, fue circulado entre mi público en ocasión de una conferencia en el Framji Cowasji Ball. Se me entregó una copia cuando entraba. Llegando a la tribuna lo leí y mostrándola al público, la dejé en suelo y puse mi pie sobre él, con la observación de que esta era mi respuesta a nuestro calumniador sin principios, quienquiera que fuera. El estallido de aplausos que siguió mostró que no se necesitaba decir más, y yo procedí con mi alocución.

Damodar permaneció con nosotros en la más íntima amistad, trabajando con devoción imparable y absoluto altruismo hasta 1885, cuando fue del Tíbet a Madrás vía Darjeeling y está aún allí, entrenándose para su futuro trabajo por la humanidad. Falsos rumores sobre su muerte en las nieves del Himalaya han circulado de vez en cuando, pero tengo excelentes razones para creer que está vivo y bien, y que a su debido tiempo regresará. Volveré a este asunto más adelante. Su desconsolado padre murió poco después de la brecha entre ellos, llevándose con él todo nuestro respeto y mejores deseos.

Se había acordado que yo regresara solo a Ceilán y comenzara la recolección de un Fondo Nacional Educativo para la promoción de la educación de niños y niñas budistas. El proyecto tenía –según me lo aseguró H.P.B.– la total aprobación de los Mahatmas y su propio consentimiento había sido expresado enérgicamente.

Por lo tanto, yo había escrito a Ceilán y había hecho los necesarios arreglos con nuestros amigos. Pero, el 11 de febrero según parece, H.P.B. se disgustó conmigo porque yo no quería cancelar el compromiso y quedarme para ayudarla con el *Theosophist*. Desde luego, yo rechacé de plano hacer algo parecido, y como consecuencia natural a ella le entró una tremenda furia contra mí. Se encerró en su habitación durante una semana, rechazando verme, pero enviándome notas formales de un tipo o de otro, entre ellas una en la cual me notificaba que la Logia no tendría más nada que ver con la Sociedad o conmigo, y que me podía marchar a Timbuctú, si lo deseaba. Yo dije simplemente que si la Logia había aprobado totalmente mi viaje, lo llevaría a cabo, aunque más nunca volviera a ver el rostro de un Maestro; que no los consideraba criaturas tan vacilantes y caprichosas y que si lo eran, prefería continuar el trabajo sin ellos. Su mal carácter finalmente se apaciguó, y el 18 de ese mes; ella y yo salimos de paseo en el nuevo carruaje que Damodar le había regalado! Un Maestro la visitó el día 19 y le expuso toda la situación, sobre la cual no entraré en detalles, pues todo resultó tal cual se nos había predicho. Al marcharse, dejó un envoltorio para la cabeza con mucho brocado de oro, con una forma peculiar, del cual tomé posesión y hasta hoy la guardo. Un resultado de esta visita fue que el día 25 de ese mes, ella y yo tuvimos una larga y seria conversación sobre el estado de los asuntos, que resultó –como dice mi diario– «en un acuerdo entre nosotros para reconstruir la S.T. sobre una base diferente, colocando en primer lugar la idea de la Fraternidad, y dejando el ocultismo más hacia el fondo; en breve, tener una sección secreta para este». Esto, pues, fue la semilla plantada para la E.E.T. (NOTA: Escuela Esotérica o Escuela Interna de la Sociedad Teosófica.–*El Traductor*: FINAL NOTA) y el comienzo para la adopción de la idea de la Fraternidad Universal en una forma más definida que antes. La redacción de los párrafos fue completamente mía, y está totalmente abierta a cambios.

He registrado en la entrada de uno de esos días una descripción admirable de la reaparición potencial de las imágenes latentes de cosas pasadas, las cuales encuentro al leer ese maravilloso libro *El Dabistán* (NOTA: Obra de la literatura persa del siglo XVII.–*El Traductor*: FINAL NOTA). Dice «Abu Alí, el príncipe de los médicos (cuyo espíritu santifique Dios),

Cada forma e imagen que en el presente parece desvanecida, está aseguradamente almacenada en el tesoro del tiempo. Cuando retorna la misma posición de los cielos, el Todopoderoso reproduce todas las formas detrás del misterioso velo.

Estas imágenes latentes son aquellas que los psicómetros de Buchanan pueden ver y describir al ser conectados con los focos del Akasha donde yacen latentes.

Me embarqué para Ceilán el 23 de abril en compañía de un señor llamado Eneas Bruce, de Escocia, viajero veterano y un muy amable caballero que se había hecho miembro de nuestra Sociedad. Llegamos a Point de Galle al cuarto día y fuimos recibidos con mucho entusiasmo. Nuestros colegas principales subieron a bordo con saludos y guirnaldas y nos escoltaron hasta la orilla, donde unos 300 niños budistas de nuestra primera escuela establecida estaban situados en línea para recibirnos. Fueron colocadas telas blancas desde el descenso a tierra para que camináramos sobre ellas y había una gran demostración de verdura y banderas, con aclamaciones de alegría sin fin. Una gran multitud siguió nuestros carruajes hasta la escuela, un edificio levantado en la playa del puerto, donde se habían preparado habitaciones para nuestro alojamiento. Como siempre, varios monjes con túnicas amarillas, encabezados por el venerable Bulāt̄gama Sri Sumanatissa, Sacerdote Mayor del principal templo de Galle, estaban allí para recibirnos con sus cantos de

gāthas pali, o versos.

El objetivo principal de mi presente visita era, como se dijo antes, crear un fondo educativo y elevar el interés popular en el tema de la educación en general. Para lograr esto necesitaba la cooperación de todos los sacerdotes principales de la isla; si conseguía poner a mi lado a unos ocho o nueve hombres, el resto sería un asunto de detalles. Estos hombres fueron H. Sumangala, Dhammalankāra, Wimalēsāra, Piyaṛātna, Subhuti, Potuwila y Weligama. También estuvo Megittuwatte, «el orador de la lengua de oro», incomparablemente el mejor orador de la isla y no como los otros. Había sido por muchos años un *thera*, o monje ordenado, pero por ciertas irregularidades de conducta había sido reducido al rango inferior de *samanera*. Este grupo de hombres intelectuales repartía todo el poder en dos «sectas» reconocidas entre ellos, la Siam y la Amarapura. Como he explicado en otro lugar, no existe diferencia alguna de dogma entre estas dos «sectas» singalesas, solo aquella de las fuentes de sus respectivas ordenaciones. Los sacerdotes siam recibían su ordenación de ese país en una época pasada, cuando la guerra civil había casi desenraizado la religión del Buda en la isla de las especies. Los invasores hindúes tamiiles habían derrotado al soberano nativo budista, destruido sus más hermosos templos, y quemado sus libros sagrados, en pilas «tan altas como las copas de los cocoteros». En esta crisis, con la expulsión de la dinastía extranjera y el establecimiento del soberano legítimo, sus ojos se volvieron a Siam, y se envió una embajada a aquella corte para solicitar que santos monjes fueran prestados para reordenar a los monjes singaleses que quedaban. Se accedió a esta solicitud y el resultado fue el establecimiento de la nueva secta Siam bajo el patronato regio. Más tarde, cuando a los postulantes de castas inferiores se les negó la ordenación por la aristocrática hermandad, principalmente de la casta *willalla*, enviaron delegados al rey de Birmania, cuya capital es-

taba entonces en Amarapura, pidiendo la ordenación. Retornaron a Ceilán con éxito, como *bikshus* (NOTA: Monje budista masculino, en sánscrito.—*El Traductor*. FINAL NOTA) completamente ordenados y así surgió la nueva «secta» Amarapura. Como es usual entre los teólogos, no había confraternidad entre los dos cuerpos; nunca trabajaron de acuerdo, ya fuera sentándose juntos en un Consejo, o dirigiéndose juntos al pueblo. Todo esto resultaba demasiado absurdo para mí como para tolerarlo, y como me encontraba en iguales buenos términos con ambos conjuntos de líderes, determiné, si era posible, lograr una cordial cooperación por el bien de la religión como un todo. Por entonces estaba apareciendo una tercera secta, un cisma, en el cuerpo de la secta Amarapura, encabezada por un monje de gran fuerza de carácter, buena educación y energía inextinguible. Su nombre era Ambahagawatte, y llamó a su secta Ramanya Nikaya (la deletreo tal como se pronuncia). Su clamor era, desde luego, la reforma: el clero se había vuelto perezoso, no observaba sus deberes, se abandonaba la educación religiosa del pueblo; debía haber un cambio. Él daba el ejemplo de austeridad de vida, observando estrictamente las reglas de Vinaya y pidiendo lo mismo de aquellos que escogían seguirlo. Desde el inicio causó impresión, su secta gradualmente se hizo fuerte, y aunque llevaba muerto algunos años, había prosperado y ahora abrazaba un gran cuerpo de monjes capaces y fervorosos y un laicado devoto. Yo tenía que conducir a estos diversos hilos de poder hasta un fuerte lazo de unión, y me empleé para lograr el propósito. Comencé con entrevistas personales con los líderes, y conseguí sus promesas individuales para ayudar; me empecé en dar conferencias, moviéndome de aldea en aldea en la provincia occidental, de la cual Colombo es la ciudad principal y el centro de influencia. Primero, el Sr. Bruce y yo escribimos un par de octavillas populares las cuales, después de haberlas sometido a los sacerdotes en traducciones singalesas, fueron impresas y puestas en circulación. El partido misionero no

estaba ocioso, podéis estar seguros. Calumnias privadas, vituperios abiertos, absurdos ataques al budismo y la copia de injuriosos artículos en contra de la Sociedad y sus fundadores, estaban a la orden del día. Los pobres creadores no tuvieron la sabiduría para ver que, desde que los budistas nos habían aceptado como sus campeones y correligionarios, mientras más fuimos difamados y denunciados, más fuertemente creció el amor popular por nosotros: nosotros y ellos éramos colegas sufrientes en una causa común.

Al descubrir la sorprendente ignorancia de los singaleses sobre el budismo comencé, después de haber intentado vanamente que algunos monjes lo hicieran, la compilación de un *Catecismo Budista* sobre las líneas de los similares manuales elementales, tan efectivamente utilizados entre las sectas cristianas occidentales, trabajando en ello en horas insólitas, cuando encontraba tiempo. Para prepararme había leído 10.000 páginas de libros budistas, desde luego en traducciones en inglés y francés. Terminé el primer borrador el 5 de mayo, y el día 7 me lo llevé a Colombo. Esa noche, el Gran Sacerdote, Sumangala, junto con Megittuwatte, vino a discutir mi proyecto del fondo educativo. Después de varias horas de intercambio de opiniones, nos pusimos de acuerdo sobre los diferentes puntos, a saber, que sería un fondo para la propagación del budismo, que habría albaceas, que enviaríamos boletos de suscripción o tarjetas de mérito de varias denominaciones, que el dinero sería depositado en el Banco de Ahorros de la Oficina de Correos y que Megittuwatte me acompañaría en una gira. Tuve que conseguir la aceptación de Sumangala para la publicación de un llamado al público budista para el fondo y que me avalara como el recaudador. De los registros del gobierno descubrimos que ocho de cada once estudiantes en la isla estaban en las manos de los misioneros, el resto pertenecía al gobierno: entre los primeros, a los niños se les enseñaba que el budismo era una negra superstición, en los otros no se daba ningun-

na educación religiosa. Así, entre ambos casos, nuestros niños budistas tenían muy poca posibilidad de conocer algo de los méritos reales de su religión ancestral. Nuestro trabajo estaba claramente dispuesto para nosotros, y hacia él fuimos *cor amore*. Mi primera conferencia de solicitud fue en Kelanie, en el aniversario del Buda, y resultó en la miserable venta de Rs. 60 en boletos, y una subscripción de Rs. 100 para el Fondo.

Mi *Catecismo* había sido traducido al singalés, y el 15 de mayo lo llevé a la universidad de Widyodaya para revisar el texto, palabra por palabra, con el Gran Sacerdote y su Asistente Principal Hiyayentaduwe, uno de sus alumnos más inteligentes y hombre erudito. El primer día trabajamos ocho horas, dispusimos de solo 6½ páginas del manuscrito. El día 16 comenzamos temprano en la mañana y continuamos hasta las 5 p.m.; examinamos 8 páginas, después nos atascamos. El atolladero fue creado por la definición de Nirvana, o más bien de la sobrevivencia de algún tipo de «entidad subjetiva» en ese estado de existencia. Conociendo perfectamente los fuertes puntos de vista de la escuela de budistas del sur, de la cual Sumangala es el ejemplo, yo había hecho el borrador de la respuesta a la pregunta: «Qué es el Nirvana» de manera tal que se supiera que existía una diferencia de opiniones entre los metafísicos budistas en cuanto a la supervivencia de una abstracta entidad humana, sin apoyar a ninguna de las dos opiniones de las escuelas del norte y del sur. Pero los dos críticos eruditos me atraparon a la primera mirada al párrafo, y el Gran Sacerdote negó que existiera ninguna diferencia de opinión entre los metafísicos budistas. Al citarles las creencias de los tibetanos, chinos, japoneses, mongoles e incluso la escuela singalesa de la cual el difunto Polgahawatte fue el líder, cerró nuestra discusión diciendo que si no cambiaba el texto, cancelaría su promesa de darme un certificado de que el *Catecismo* servía para la enseñanza de niños en escuelas budistas y publicaría sus razones para ello. Como esto virtualmente destruiría la utilidad de mi monografía educativa y causaría una brecha entre él y yo que

provocaría una dificultad diez veces mayor para seguir avanzando en el proyecto escolar, yo me sometí a la *force majeure* (NOTA: Fuerza mayor, en francés.—*El Traductor*: FINAL NOTA) e hice que el párrafo dijera lo que desde entonces ha permanecido en las muchas ediciones que ha tenido el *Catecismo*. La tediosa labor de la revisión crítica fue finalmente terminada, el manuscrito copiado imparcialmente, vuelto a revisar, adornado, con adiciones, y por fin estuvo listo para la imprenta; todo esto tomó semanas y me provocó molestias sin fin. Fue una novedad tal el condensar la esencia de todo el cuerpo del Dhamma Budista en un pequeño manual, que se puede leer en un par de horas, y su tendencia hereditaria hacia la resistencia pasiva contra todas las innovaciones sobre el orden fijado de las cosas era tan fuerte, que tuve que abrirme camino pulgada a pulgada, se podría decir. No era que los sacerdotes no sintieran la mayor amistad para mí y el mayor aprecio por el posible bien que pudiera sobrevenir a la nación de nuestro proyecto educativo, sino que el instinto conservador era tan fuerte que no podía ser dominado de una sola vez, y puntos que se habían aprobado tenían que ser reconsiderados, y las largas discusiones llegaban hasta el espíritu de los libros sagrados budistas, antes de que se me permitiera ir a la imprenta con mi obra. Estoy perfectamente convencido de que si hubiera sido un asiático de cualquier raza o casta, el libro nunca hubiera aparecido; el autor simplemente se hubiera cansado y hubiera abandonado el intento. Pero conociendo algo de la persistencia del bulldog en el carácter anglosajón, y teniéndome en real afecto personal, finalmente sucumbieron a mis importunaciones. Las ediciones singalesas e inglesas aparecieron simultáneamente, el 24 de julio, 1881, y a partir de entonces, durante algunas semanas, las imprentas de Colombo no podían sacar con la suficiente celeridad las copias que exigían las demandas. Sumangala ordenó cien copias para el uso de los discípulos-sacerdotes de su universidad, se convirtió en libro de texto en las escuelas, llegó hasta cada familia singalesa, y a un mes de su publicación fue admitido en los tribunales, para un proceso en la provincia del sur como autoridad sobre el caso que se llevaba. Esto, desde

luego, gracias al certificado de ortodoxia de Sumangala, anexo al texto del libro. Esto, se puede decir, fue sustancialmente el comienzo de nuestra campaña por el budismo contra sus enemigos, misioneros y otros, y la ventaja nunca se ha perdido. Pues, mientras previamente toda la nación era virtualmente ignorante de los principios básicos de su religión, incluso de alguno de sus rasgos excelentes, ahora se puede decir que cada niño está tan bien informado y tan capaz para reconocer falsas representaciones de la fe nacional, como el chico promedio de una escuela dominical en occidente sobre los principios del cristianismo. Es un deber y un placer volver a declarar aquí que el dinero para la impresión de las dos versiones del catecismo me fueron donados por esa santa mujer y dulce amiga, la Sra. Ilangakún, de Matara, ya fallecida, desgraciadamente. Gracias al cuidadoso escrutinio realizado por los dos eruditos monjes de la Universidad de Widyodaya, ha encontrado un tan grande favor por todo el mundo que hasta el día de hoy ha sido traducido y publicado en veinte idiomas diferentes. Lo he encontrado en Birmania, Japón, Alemania, Suecia, Francia, Italia, Australia, los Estados Unidos, las Islas Sándwich, por toda la India, y en otras partes: de la semilla de mostaza ha crecido el gran árbol. El único incidente desagradable en esta historia fue que una persona que se llamaba a sí misma «Subhadra Bikshu» plagió casi todo el contenido y se apropió del título, en un Catecismo Alemán que publicó, y que hasta ahora se ha publicado en inglés.





CAPÍTULO XXI

LA CREACIÓN DE UN FONDO BUDISTA SINGALÉS

Si alguien imagina que la influencia que nuestra Sociedad disfruta en el Oriente ha sido conquistada sin un duro trabajo debería mirar en las páginas de este diario. Día tras día, semana tras semana y mes tras mes hay que leer los registros de los viajes realizados en todo tipo de vehículos, desde el vagón de ferrocarril hasta el desvencijado y pequeño caballo de alquiler, jutka y ekka, tirados por un solo poni o buey, hasta la carreta común, con sus grandes ruedas, su fondo hecho de pértigas de bambú, a veces solo cubierto delgadamente con paja y su par de bueyes indios esforzándose en su yugo, con una gruesa vara colocada a través de sus cansados cuellos y atadas a estos por cuerdas; hasta botes mal contruidos cubiertos con arcos de hojas secas de palma, sin bancos o cojines, elefantes llevándonos en sus sillas, o más frecuentemente sobre grandes almohadillas, que son simples colchones atados alrededor de ellos mediante grandes cinchas. Aquí se registran viajes en días claros y en días de aguaceros tropicales, noches de luna o estrellas o con fuertes lluvias; noches, a veces, en las cuales el sueño es interrumpido por los sonidos que hieren el oído, provenientes del mundo de los insectos de la selva, el horrible aullido de la jauría de chacales, el distante sonido de los elefantes salvajes abriéndose ca-

mino a través de los cañaverales, los incesantes gritos del conductor a sus lentos bueyes y sus canciones campesinas, sobre todo en *falsetto* y usualmente desafinadas, para mantenerse despierto. Y los enjambres de mosquitos en torno vuestro cuando viajáis en la carreta, con su exasperante canturreo, amenazando con una tortura lenta y las blancas hinchazones en la piel. Y las llegadas a los pueblos al amanecer, toda la gente reunida a lo largo del camino para recibirnos, la curiosidad que debe retribuirse, el baño en condiciones difíciles, el temprano desayuno de café y *appas* –una especie de pasteles gruesos de arroz– con fruta, la visita al monasterio, la discusión de planes y proyectos con los monjes budistas, la conferencia al aire libre, o si existía, en el pabellón de prédicas con una gran multitud de gente interesada de piel oscura, observándoos y pendientes de los labios de vuestro intérprete. Entonces viene el colocar las hojas impresas de suscripción sobre una mesa, el registro de nombres, las ventas de tratados budistas y catecismos, la comida de la tarde, cocinada por vuestro criado entre algunas piedras bajo una palmera; quizás una segunda conferencia para beneficio de los visitantes recién llegados de las aldeas vecinas, las despedidas, los vaya con Dios de los ruidosos tams-tams y las chirriantes gaitas de calabaza, el ondeo de banderas y frondas de palmas, los gritos de ¡Saddhu! ¡Saddhu! (NOTA: En el hinduismo, asceta o persona santa.–*El Traductor: FINAL NOTA*) y el retomar el viaje en la rechinante carreta. Y así y así, día tras día, viajé por toda la Provincia Occidental para estos asuntos, incrementando el interés popular en la educación de sus hijos bajo los auspicios de su propia religión, circulando literatura y recaudando fondos para la consecución del trabajo. Tan grande fue mi incomodidad que al final puse a trabajar mi ingenio yanqui, y me hice construir una carreta de viajes de dos ruedas sobre muelles, que podía ofrecer un amplio acomodo para dormir a cuatro personas; tenía armarios individuales en los lados para guardar utensilios de mesa, provisiones, una pequeña biblioteca y mi equipo de baño,

dos armarios grandes bajo el piso para el equipaje, los sacos de vegetales y curry, un grueso techo de lienzo sobre varillas de acero, un baúl al frente para herramientas y cuerdas extras, garfios al fondo para baldes de agua, comedero para el ganado, etc.; un seguro anaquele sobre el eje para los pucheros del conductor, y aros detrás de este para atar al buque guía. Desde que la tuvimos acabaron nuestros problemas y viví en ese vehículo durante semanas continuas. Pesaba menos que una carreta de campo, y era lo suficientemente cómoda. Mediante un simple cambio de los tablones de los asientos en el interior, podía tener a voluntad un cuarto para escribir, un comedor, un dormitorio o un ómnibus con dos asientos con cojines que se movían hacia adelante y hacia atrás para acomodar a ocho personas. Fue una novedad para los simples campesinos como lo fue el *Catecismo Budista*, y sacerdotes y laicos solían venir para ver sus maravillas mecánicas. Después de quince años la carreta aún está en buenas condiciones, y ha sido utilizada por Dhammapala, Leadbeater, Powell, Banbery y otros trabajadores en Ceilán. He viajado muchas millas en los mejores coches de bueyes, pero ninguno se compara con este en cuanto a confort y conveniencia. Sería una buena acción que alguien lo construyera para el público, pues resulta igualmente útil en cualquier parte del mundo donde haya caminos para un vehículo de dos ruedas y corpulentos bueyes para que tiren de él. Si me he permitido decir tanto sobre esto, es solo para que mis lectores puedan imaginarse a sí mismos junto a mí en mi educación pionera entre los buenos singaleses, y darse cuenta de cómo pasamos parte de nuestro tiempo en Asia.

Estuve ocupado con este asunto hasta el 13 de diciembre, con grandes lapsos ocasionales para visitar Colombo y Galle, y uno para ir a Tuticorin, en el sur de la India, con un Comité Budista, del cual tengo más cosas que contar. La suma suscrita por estos pobres aldeanos para el Fondo Nacional fue solo de unas Rs. 17.000 y de

esta, tal como resultó, los fideicomisarios recaudaron no más que unas Rs. 5.000, por lo que, monetariamente hablando no pasé mi tiempo provechosamente para el Fondo Educativo. Para mí, desde luego, ni solicité ni recibí un centavo. Si se hubiera emprendido este proyecto el año anterior, cuando toda la isla hervía de excitación y entusiasmo por la primera visita de H.P.B. y la mía, se podría haber recaudado diez o veinte veces más, pero no se puede siempre pensar en todo y este movimiento educacional fue una evolución natural nacida de la experiencia.

Sufrió muchas molestias y problemas para conformar dos juntas con los mejores hombres, una de «fideicomisarios» y la otra de «administradores», con muchos controles burocráticos y regulaciones. Había tantos celos mezquinos, tantas despreciables intrigas para obtener el control del dinero y tanta ingratitud mostrada hacia mí, que en una ocasión me disgusté tanto que estuve a punto de abandonar todo el asunto y dejarles que hicieran sus fondos y fundaran sus escuelas por su propia cuenta. Pero, una vez más, yo había emprendido un deber que ninguno de ellos, debido a su inexperiencia y a sus problemas de antipatías de casta y celos locales, podía realizar, y justo por su mezquindad para conmigo, sentí que existía una mayor necesidad para que me aferrara a mi obra. Me alegro de haberlo hecho, pues ahora vemos la espléndida cosecha que resultó de esa siembra de semillas: escuelas surgiendo en todas partes, 20.000 niños budistas rescatados de hostiles profesores religiosos, revitalización de la religión y el proyecto que mejora cada año. Bajo los términos del consorcio, las recaudaciones primero fueron guardadas por mí en el Banco de Ahorros del Gobierno, después transferidas a los fideicomisarios y estos los prestaron con un buen interés sobre hipotecas de bienes raíces; el incremento anual fue publicado para el fomento de iniciativas educativas budistas. Fue una política estúpida dejar a una aldea sin pagar las suscripciones,

pues cuando se desvaneció la excitación del momento, los que hacían buenas promesas sopesaron que rupias son rupias, y que las escuelas solo existían a los ojos de la mente, y se aferraron al dinero en efectivo como algo tangible y real: si los sueños alguna vez cobraran forma, por qué entonces... Se hicieron realidad, y las rupias guardadas por mí desde entonces se han entregado generosamente a la causa que está junto al corazón nacional, el de su religión.

Por esta época un grupo de hindúes comprensivos en Tinnevely habían acordado formar una rama de nuestra Sociedad y querían que yo fuera a inaugurarla. Me parecía una cosa noble y buena tener una diputación de teósofos budistas para atravesar la India conmigo y fraternizar con sus colegas hindúes, si estos últimos los recibían. Pensé que era factible, y después de los preliminares necesarios se llevó a cabo. Nuestra visita y sus concomitantes fueron de lo más pintoresco, aparte de establecer un precedente nunca antes escuchado en el Indostán desde que el gran emperador Asoka gobernó toda la península e hizo que los sacerdotes brahmanes y los bikshus budistas convivieran en amable tolerancia y respeto mutuo. Al mismo tiempo se mostró triunfalmente el poder de nuestro talismán de la Hermandad Universal el cual –como dije en el último capítulo– H.P.B. y yo habíamos acordado poco antes colocarlo en primer plano como nuestra política principal.

El 21 de octubre nuestro grupo embarcó en Colombo. Éramos cuatro, a saber, los Sres. Samuel Perera, William D'Abrew Rajapakse, William F. Wijeyesekara, y yo. También estaba «Bob» mi sirviente singalés, compañero muy útil y necesario, con su cesta de utensilios para la mesa y la cocina. Llegamos a Tuticorin, el puerto más sureño de la India, a la mañana siguiente, y encontramos esperando en el muelle a una gran multitud, incluyendo a muchos caballeros indios de posición quienes nos llevaron al hotel, supervisaron nuestra comodidad, y me obligaron a ofrecer una confe-

rencia esa noche en una casa atiborrada en el edificio de la Escuela Anglo-Vernácula. Había una multitud tal, y hacían tanto ruido arrastrando sus pies sobre suelo de piedra, que le exigí demasiado a mi garganta para hacerme escuchar, mal comienzo para los asuntos del día siguiente. El Presidente y otros representantes de la Rama de Tinnevelly llegaron a las 7 por tren y se quedaron toda la noche para acompañarnos. Tinnevelly queda a solo 30 millas de Tuticorin, por lo que no nos tomó mucho llegar allí a la mañana siguiente. Pero en una estación al borde del camino fuimos interceptados por una multitud que aguardaba y que nos obligó bajar al andén, nos ofrecieron cocos, plátanos, y hojas de betel como muestra de bienvenida, y engalanaron nuestros cuellos con rosarios de jazmín para honrarnos a su poética manera. En la estación de Tinnevelly aguardaba una multitud, al menos 2,000 personas sudaban juntas a chorros alrededor del edificio para echarnos una ojeada. Estaban todos los notables de la población en traje de gala, y a los grandes elefantes del templo, con sus poderosas frentes pintadas con las marcas de casta, se les hizo levantar sus trompas y saludarnos con un bramido. Sacerdotes con amplias y altas frentes sostenían ante nosotros, como gesto de bendición, pulidas fuentes de cobre, además de hojas de betel, polvo rojo y ardientes montones de alcanfor. Y la presentación de personalidades, de las cuales cada una nos ofreció dos limones, con saludos corteses. Y el clamor de grandes cuernos, y largas y finas trompetas, o shawms, sopladas vigorosamente entre el estrépito de una docena de tam-tams. Después vino una gran procesión, encabezada por los elefantes bramando, la nobleza y los funcionarios que iban a pie, escoltando nuestros palanquines, y mi «Bob» al frente de nosotros llevando una jarra de cobre para agua sobre su cabeza, de cuya estrecha boca emergía un penacho de hojas de betel. Y los pendones y las banderas, pequeños y grandes, cada uno llevando alguna curiosa divisa, ondeando por todo el trayecto, los 2.000 siguiendo y gritando alegremente. Los augurios

también eran propicios, dijeron, un pichón asustado voló sobre mi cabeza en la dirección correcta: un *nilakanta*, o pájaro azul brillante fue visto en un terreno adyacente a nuestra derecha, un lagarto se paseó sobre el porche de nuestra casa el adecuado número de veces. Todo el mundo estaba feliz bajo el deslumbrante sol y la ciudad lucía de fiesta.

Nos llevaron a nuestros alojamientos, una casa alta con una veranda inferior y otra superior, cuyo pórtico y toda la fachada estaba totalmente empavesada de banderas y verdor. La calle estuvo repleta de personas durante horas. Celebramos una suerte de durbar, o recepción, en la cual hubo discursos, respuestas, alocuciones escritas, betel, más guirnaldas, limones, etc. En la noche inicié a catorce nuevos candidatos y organicé la Rama en la debida forma. Después, algo para comer y a la cama, y para mí un sueño tranquilo hasta la mañana.

Me dolía tanto la garganta que me sentí algo aprensivo con respecto al trabajo que tendría ese día y el siguiente. Sin embargo, pronto tuve algo sobre lo que desviar mis pensamientos de mi problema físico, pues el correo de la mañana me trajo una carta del Director del Colegio Hindú local que me advirtió de las artimañas de los gentiles misioneros. Mi corresponsal decía que, aunque se llamaba a sí mismo cristiano, no aprobaba algunas de las medidas adoptadas en interés de la propaganda misionera, y adjuntaba para mi información una copia de un panfleto que había circulado por la ciudad el día anterior para predisponer a la comunidad en contra nuestra; las copias habían sido distribuidas a mano por los sirvientes de los misioneros, con el mensaje verbal de que eran enviadas «con los saludos del Secretario de la Sociedad Teosófica de Tinnevely». Violando la ley que requiere que los nombres de los impresores y editores aparezcan sobre toda obra impresa, este panfleto no revelaba ni uno ni otro. Su contenido eran reimpressiones

de dos artículos malignamente calumniosos contra nosotros de un periódico de Londres y Nueva York. La ocasión para exponer las tácticas deshonorosas del enemigo era tan incitante que antes de comenzar mi conferencia esa noche en el Colegio Hindú, llamé la atención sobre el panfleto y denuncié a sus autores con los términos apropiados. El golpe retornó a las cabezas de nuestros potenciales asesinos y se duplicó nuestra popularidad. Este es el tipo de guerra que tuvimos que enfrentar a través de todo el período de nuestro trabajo en la India, y casi invariablemente los ofensores fueron misioneros protestantes.

Al día siguiente ocurrió el incidente que se recordará siempre, el de plantar un cocotero en los terrenos del templo por nuestra delegación budista, como un acto de amistad y tolerancia religiosa. La Pagoda Nelliappa, como es llamada, es una estructura de piedra muy antigua con los usuales Gopurams (**NOTA: Torre monumental en la entrada de los templos, en sánscrito. –El Traductor. FINAL NOTA**) tallados hasta la cúspide con figuras en altorrelieve, y los ambulatorios cubiertos de piedra circundando los cuatro lados. Estaba atestado hasta la asfixia por una curiosa multitud cuando nuestra procesión llegó allí. Nuestro orden de formación era como sigue: el travieso «Bob» llevando su peine singalés y su cabello en un gran nudo apareció al frente, sobre su cabeza su jarra de cobre para agua, con un coco maduro descansando encima de una cama de hojas de betel, después la banda de músicos del templo tocando lo más alto que le era posible soportar a nuestros tímpanos; después yo mismo seguido por tres budistas singaleses, después un gran cuerpo de notables y unas 1.500 personas cerraban la marcha. Entramos en el templo con banderas al viento y música sonando entre un tumulto de aplausos. Bob se mantuvo firme y pronto su brillante jarra parecía flotar en el oscuro mar de humanidad, mientras la multitud se metía entre él y nosotros. Finalmente logramos

llegar a la tribuna preparada para nosotros y subimos a ella. Cinco mil personas comenzaron a gritar al mismo tiempo. A unas pocas yardas de nosotros se había excavado un agujero para la semilla, y fue cubierto con un dosel ornamental. Yo levanté la mano como señal de silencio, pero como al menos cincuenta o cien personas de fuertes pulmones comenzaron a gritar al resto que se callara, se puede imaginar que suerte tendría un orador. Cuando los que gritaban perdieron sus voces otros tanto tomaron el relevo, y así aquello continuó hasta que pensé que debería dar mi discurso en pantomima, por lo cual, muy cómicamente, ¡vino a mi memoria el recuerdo de las pantomimas de hadas de la familia Ravel que yo había visto en mi infancia! Traté de hablar con la esperanza de que cuando viera moverse mis labios y mi cuerpo, la multitud me daría una oportunidad, pero mi mala garganta me obligó a detenerme muy pronto. Entonces, cuando el caso parecía ya no tener remedio, un brahmán de rostro intelectual, de piel clara, desnudo hasta la cintura, se puso de pie, por encima de la multitud acucillada y levantando completamente los dos brazos por encima de su cabeza, pronunció el saludo sagrado: «¡Hari, Hari Mahadeva-a-a!». Los sonidos claros rodaron a lo largo y a lo ancho y sobrevino el silencio a la parlante multitud: incluso pude escuchar a los gorriones piar y a los cuervos graznando afuera. Al instante comencé mi discurso y lo hice más o menos con éxito. Era un llamado a la tolerancia religiosa y al amor fraternal, para la reciprocidad fraternal hacia los buenos sentimientos que habían traído estos singaleses, cuyos ancestros eran indios como los de ellos, y cuyo Maestro religioso era reconocido por ellos como uno de los avatares de Vishnú. Me pareció que había tocado sus corazones, pues se veían todos los signos externos de la amistad. Después que hube terminado, los singaleses cantaron Pirit, versos de bendición en pali y nosotros cuatro nos movimos hacia el lugar destinado a plantar, tomamos la nuez de coco de Ceilán de su lecho de hojas de betel en la boca de la jarra de agua de Bob, la colocamos

con cuidado en la tierra, recitamos la bendición Mangalam, y después, rociándola con la más cara agua de rosas que me dio un amigo bengalí para ese propósito, bauticé al futuro árbol auspicioso: «Kalpavriksha», por el árbol maravilloso de cuyas ramas que todo lo proveen los felices pueden tomar cualquier objeto que sus corazones deseen. Una tempestad de ovación y aplausos siguió al final de la ceremonia, y retornamos a nuestros alojamientos, encantados con el éxito del día. Al día siguiente regresamos a Ceilán, en el S.S. «Chanda» y terminé mi trabajo para el fondo educativo.

El pasajero común de un vapor ve poco del encanto de Ceilán, aunque ese poco está calculado para promover su deseo de ver más. Los paseos por Colombo, el exquisito viaje por tren por la costa del monte Lavinia, y la subida por ferrocarril hasta Kandy y Nuwera Eliya son experiencias que nunca se olvidan; pero yo he visto la isla en su totalidad, he visitado casi todos los pequeños pueblos en las provincias marítimas en todas las épocas del año y puedo respaldar todas las palabras de elogio que el Profesor Ernst Häckel ha escrito sobre ella como totalmente merecidas. Y vi a las personas como realmente son, llenas de sonrisas y amor e impulso hospitalario, y he sido bienvenido con arcos triunfales, y banderas al viento, y salvaje música oriental, y procesiones, y gritos de alegría. ¡Ah! encantadora Lanka, gema de los mares del verano, cómo tu dulce imagen se alza ante mí cuando escribo mis experiencias entre tus oscuros hijos, de mi éxito en enardecer sus corazones para reverenciar su incomparable religión y su más santo Fundador. ¡Karma feliz el que me trajo a tus orillas!

Uno de mis viajes más deliciosos de 1881 fue el del distrito de colinas de Ratnapura (Ciudad de las Gemas), la región donde se excavan las famosas piedras preciosas de Ceilán y donde los señoriales elefantes gobiernan la selva. El paisaje es encantador, el verdor que lo cubre es de ese tinte brillante peculiar a los trópicos en

la estación de las lluvias. Las colinas circundantes son azules y brumosas en las nubes que flotan alrededor de sus cimas. Mientras me paseaba por la calle que pasa a través de la ciudad me encontré una trailla de elefantes amaestrados con su cuidador y los detuve para ofrecerles algunas cortesías. Los alimenté con cocos comprados en una tarima cercana, acaricié sus trompas y les hablé amistosamente según la manera de los sabios. Fue interesante ver como llegaban al contenido de la fruta tan duramente protegida. Sosteniéndolas en una curva de sus trompas, las aplastan contra una piedra o las colocan sobre el suelo y las pisotean hasta romper la cáscara. Uno la rompió contra una piedra, dejó que el jugo corriera hasta su probóscide, y después lo derramó en su boca. Un animal grande cuesta Rs. 1.000, digamos más que £ 55 en nuestras ahora devaluadas rupias. El feudalismo aún prevalece en las colinas de Ceilán, no ha sido totalmente extirpado por el cambio de gobierno del nativo al británico.

Primero ofrecí una conferencia en Dewali, un templo dedicado una de las «deidades protectoras» indias de Ceilán. Iddamalgodde Basnayaki Nilami, un noble del antiguo régimen, es el encargado de este templo y recibe de él un ingreso considerable. Estos Dewalis, o santuarios hindúes, se ven en muchos lugares junto a Viharas (NOTA: Monasterio budista, en sánscrito y pali.—*El Traductor*. FINAL NOTA) budistas y dentro de los mismos terrenos (perímetro). Son una excrescencia del budismo puro, dejado por los soberanos tameses de los tiempos anteriores, y en su mayoría están dotados de hermosos campos y bosques.

Una *perchera* o procesión de elefantes es una hermosa vista. Imaginad quince o veinte de estas grandes bestias marchando, todas decoradas con ricas gualdrapas, carros cubiertos de fruslerías, sacerdotes budistas con túnicas amarillas, llevados en altares portátiles, tratando de lucir humildes pero en realidad henchidos de orgullo;

bailarines demoníacos (*kappakaduwe*) con trajes fantasiosos que llevan máscaras grandes y horribles, y arlequines siguiéndoles; los tres Nilamis o jefes nobles en carruajes, y al final una gran procesión de hombres llevando comida en cestas arrojadas a *pingos*, varas flexibles de madera elástica, como las que se emplean comúnmente para llevar cargas: toda la escena salvaje iluminada por innumerables antorchas hechas de ramas secas de cocoteros, que arden tan brillantemente que convierten a cada oscura figura en un encantador modelo para un artista.

Después del desayuno a la mañana siguiente fuimos «de minería», o sea, a cavar un poco en un terreno que un cierto Sr. Solomon Fernando me había entregado por si podía encontrar algo para el fondo. Por primera y única vez en mi vida me di cuenta de la excitación del juego de la minería. Las posibilidades eran que, o no conseguía nada o que descubriera un zafiro que valdría £ 1.000. Primero yo mismo manipulé la pala, pero la temperatura pronto me advirtió que buscara a los vigorosos culíes que aguardaban. Cavamos durante media hora, y conseguimos un puñado de zafiros, rubíes, topacios, y ojos de gato imperfectos lavando el lodo. Me los llevé con gran regocijo, imaginando en mi ignorancia que la suma total que necesitábamos para el fondo se podría obtener de ese hoyo. ¡Ay! Cuando hice evaluar las gemas en Colombo, descubrí que no había una sola de valor comercial en el lote. Nunca conseguí nada del agujero, lo cual no fue culpa del generoso Sr. Fernando. Pero me equivoqué: Más tarde conseguí algo de ellas, una buena *loupe* (NOTA: *Lupa, en francés. -El Traductor. FINALNOTA*), la cual fue cortada para mí de un puro cristal de roca sacado de mi boquete.

A las 4 de la tarde de ese día hablé en el tinglado de prédicas en la ciudad y conseguí una subscripción de Rs. 500, pero la mayoría de ellas aún están sin pagar, pues demostrar y pagar por causa de la conciencia, son dos cosas muy diferentes, como descubrimos por

triste experiencia en la India, así como en Ceilán. ¡Gente estúpida, si creen en la ley del Karma y después rompen esos contratos voluntarios! Me recuerdan el relato folclórico singalés del tonto que contrató a un herrero para que le hiciera un cuchillo, ¡y lo estafó dándole hierro maleable en lugar de un buen metal!

Una rama local de la Sociedad resultó de mi visita a esta ciudad. Otra conferencia siguió al día siguiente, y los cinco *Nilamis* más importantes y *Ratemahatmeyas* –funcionarios principales– fueron admitidos en la membresía de la Sociedad. Un misionero bautista, auxiliado por un negro catequista sonriente, vino a mis estancias para tener una pelea intelectual sobre los respectivos méritos del Budismo y el Cristianismo. Se retiraron más tristes, si no más sabios, y no hicieron conversiones en esa ocasión. A las 11 p.m. nuestro grupo se embarcó en un bote para transportar arroz constituido por una plataforma colocada sobre dos canoas, para descender por el río hasta Kalutara, donde debíamos tomar el tren. El capitán demostró ser un embaucador y un traidor pues, aunque nuestro negocio fue la ocupación exclusiva del barco, dejó subir a bordo a unos veinticinco hombres, a pesar de nuestras protestas. Encontrando inútiles nuestros argumentos le pedí a nuestros amigos que retiraran los equipajes y, tomándolo por el cuello lo llevé hasta un magistrado de la policía, que se encontraba a mano. Dejándolo bajo arresto contratamos otra embarcación y partimos al momento. Después supimos por un conocido que iba en un tercer bote que, atracando en la rivera de una aldea río abajo, escuchó a los hombres de nuestro primer bote hablando cerca de él sobre el fracaso de su complot para robarme el dinero que había recaudado en Ratnapura. Y si era necesario, ¡despacharme! Parece que estos rústicos eran conocidos malos personajes de la Pettah (NOTA: Barriada de Colombo.–*El Traductor*: FINAL NOTA) de Colombo.

El día siguiente lo pasamos deliciosamente en el río, admiran-

do sus verdes riberas, el follaje lujurioso, los pájaros de plumas brillantes y la cadena de montañas con sus siempre cambiantes tonos. Nuestras comidas, cocinadas a bordo de la manera más primitiva, consistían en curry y arroz, y se comía sobre platos hechos de hojas, con nuestros dedos, a la manera oriental. La noche era tan encantadora como el Paraíso, primero con el resplandor de las estrellas y después una luna de hadas, que creaba en torno nuestro un paisaje de ensueño y una corriente pavimentada de plata. Los ruidos de la jungla eran muy novedosos para mí, extranjero, y vimos a un gran animal que avanzaba a rastras moviéndose en el borde del agua y al cual tomé por un caimán, pero que resultó ser un gran lagarto, de unos seis pies de largo. Pasamos por los rápidos en cierto lugar y disfrutamos la excitación de observar si nuestra frágil embarcación se haría pedazos y nos dejaría debatiéndonos en el agua. Pero nuestro capitán demostró ser un espléndido timonel y su hijo, un hermoso y bien formado muchacho de 13 años, se aferró a su remo con frío valor y pronto pasamos a las tranquilas aguas más abajo. Este chico fue un milagro para mí. No comía nada salvo curry y arroz, no había crecido y sin embargo empleó el remo todo el viaje de cincuenta y siete millas, durante veinticuatro horas seguidas, salvo algunos breves descansos y se encontraba tan descansado al final como al principio. Pensé que sería difícil encontrar a un joven occidental que pudiera igualar esa proeza de tesón.

No teníamos catres o literas para descansar, sino que todo el día nos sentamos y por la noche dormimos sobre esteras colocadas sobre la cubierta de bambú, de acuerdo a una manera que aplastaba los huesos, que prefiero dejar a la imaginación del lector más que detenerme en los detalles. Solo diré que una noche pasada sin un colchón, sobre un techo de tejas, es un lujo comparado con esto. Llegamos a Kalutara antes del canto del gallo a la mañana siguiente, tomamos el tren, y regresamos a Colombo para un temprano desa-

yuno, lo suficientemente cansados.

Como todo el mundo sabe, no existen castas en el budismo: es repugnante para sus principios, pero aun así se reconocen, y esto lo sostienen tenazmente los budistas singaleses. Entre ellos no hay brahmanes o kshatriyas, siendo la mayor división social la de los agricultores llamados *Willallas*. Solo es un grado superior de Sudras, pero son los aristócratas de la isla. Bajo ellos, socialmente, existen varias subdivisiones, también señaladas por sus profesiones, como los peladores de corteza de canela, pescadores, extractores de la savia de la palma y otros. Es extremadamente estúpido que ellos se aferren a las antiguas nociones, pero las divisiones sociales se han acentuado bajo las dinastías hindúes que se extendieron por siglos, y esos hábitos fijos son difíciles de erradicar. Mi política fue, ignorarlos completamente, y para crear un lazo de mayor simpatía entre mis colegas por el interés de nuestro trabajo, organicé con los líderes inteligentes de nuestra S.T. budista de Colombo una cena de aniversario para celebrar el primer año de su existencia. Esta tuvo lugar en nuestros cuarteles generales de Colombo en la noche del 3 de julio, y fue un éxito delicioso. Cincuenta y siete de nosotros se sentaron a la mesa sin considerar las castas y prevaleció un buen ánimo. Se hicieron muchos discursos además del placentero episodio de presentar un anillo de diamantes al Sr. Wijeyesekara, el infatigable Secretario Honorario. «El rey de las piedras al príncipe de los secretarios», como dije en mi discurso de presentación de parte de los subscriptores. Los miembros hicieron regalos liberales de dinero para los gastos de la Rama, y todo transcurrió tan bien que todos sintieron como si el verdadero espíritu del budismo hubiera descendido sobre nosotros.

El 7 de julio celebré una segunda convención de sacerdotes de ambas sectas, para tomar consejo en cuando a la mejor forma de continuar nuestro trabajo. Sesenta y siete de ellos acudieron como



Sección occidental de la Biblioteca de Adyar.

delegados, y se vio el agradable espectáculo de los miembros de las dos sectas comiendo juntos. Esto fue un avance con respecto a la convención del año anterior, cuando, como se puede recordar, los tuve que alimentar en cuartos separados. Mi alocución de convocatoria fue escuchada con mucha atención, mientras se les traducía. Yo había preparado un gran mapa de la Provincia Occidental, mostrando las fronteras de los diferentes *Korales* (¿ayuntamientos?) con sus poblaciones respectivas, y les aconsejé sobre qué hacer. Discursos aprobatorios fueron ofrecidos por H. Sumangala. Waskaduwe Subhuti, y Megittuwatte, este último, como siempre, espléndido, que animó a todos los corazones. Se aprobaron resoluciones que favorecían mis planes y de promesas de ayuda, y concluimos con el mejor de los espíritus.

La agitación religiosa alcanzó a todas las clases, incluso penetró en las cárceles. El 20 de agosto recibí una petición de los convictos en la cárcel de Wellikodde, Colombo, para ir con Megittuwatte y ofrecerles un discurso sobre su religión, el budismo. El monje, por ser un reconocido maestro religioso, no requería un permiso especial, pero mi caso tuvo que ser referido al Secretario Colonial, quien lo permitió después de dudar un poco. Nuestro público incluía doscientos cuarenta delincuentes, incluyendo asesinos y a aquellos por asalto homicida. Un muchacho de 14 años, de cara brillante y apariencia inocente había estado implicado en nueve asesinatos, ¡en su último caso había sujetado a la víctima mientras su tío lo apuñalaba hasta morir! El tío y dos cómplices tenían como modo de vida el robar y asesinar en las carreteras. Al muchacho se le enviaba a observar a los viandantes en cierto camino y dar señales y entonces, si todo estaba seguro, los asesinos ocultos salían y mataban a sus víctimas, les robaban y enterraban sus cuerpos en la jungla. El tío fue colgado, el chico salvó la vida por su juventud. Tomé como texto para mis observaciones –que fueron traducidas por el Sr. C.P. Gu-

newardene— la historia legendaria de Angulimala, el ladrón y bandido, a quien el Señor Buda convirtió y lo hizo un hombre ejemplar.

Al ser esparcido entre las clases criminales el reporte de esta reunión, fui invitado a conferenciar el 25 de septiembre a un grupo de cien convictos encargados de construir el nuevo manicomio. Aquí de nuevo, se me señaló a un chico asesino, musulmán, quien mató a su víctima cuando solo tenía 10 años de edad.

Un eficiente plan adoptado para recaudar dinero era visitar casa por casa en el populoso barrio de Colombo, la «Pettah». El Sr. W. D'Abrew, el Sr. J.R. De Silva y otros miembros destacados de la S.T. de Colombo, se empeñaron en ello con gran ánimo y lograron éxito. Su estrategia era ir a lo largo de una calle a la vez, con una carreta llena de vasijas de arcilla, «alcancías para centavos», reunir a los habitantes de una docena de casas, explicar los objetivos del fondo, lograr que cada uno tomara una vasija y prometiera introducir en la ranura cualquier suma que pudiera ahorrar. Al final del mes el Comité regresaba, rompía las vasijas, contaba las monedas en la presencia de los donantes, registraba los nombres y cantidades y entregaba nuevas vasijas. De esta forma simple se recaudaron algunos cientos de rupias en el año. Grandes empleadores de trabajo culí, como los estibadores, los Sres. Matthew y H.A. Fernando, obtendrían donaciones de sus hombres los días del pago y, de varias maneras, se mostró la buena voluntad de los budistas. Una noche se me reportó un conmovedor caso de generosidad, justo antes de una reunión de la rama. Mientras el comité estaba arengando a algunos dueños de casa en una cierta calle, se advirtió a una pobre mujer que escuchaba con absorta atención, de aspecto cansado, miserablemente vestida. Entonces se dio la vuelta y entró en una casa, de la cual pronto reapareció y acercándose al comité, les entregó una rupia para el fondo. Tímidamente y con los ojos llenos de lágrimas, dijo que se ganaba la vida moliendo arroz para otra pobre mujer que vendía *appas*, esa

especie de pastel que he mencionado antes; su marido –un conductor de carruajes– estaba en cama incapaz de trabajar, ella había estado ahorrando centavos del más bajo valor, durante los últimos seis meses, para comprarse un vestido decente, pero sintió que era mejor para ella ayudar a este noble proyecto del fondo que guardar el dinero para ella misma; usaría su viejo y roto traje por otro medio año. El relato hizo saltar lágrimas de mis ojos cuando lo escuché. En el transcurso de la velada, me dirigí a la rama sobre este moderno ejemplo de «la pequeña limosna de la viuda», y dije «Caballeros, esta pobre mujer ha ganado su buen Karma por sus actos piadosos; ahora ganemos el nuestro aliviando sus penas». Arrojé una rupia al suelo e invité a los demás a que hicieran lo mismo. Pronto se reunieron treinta rupias, y solicité al comité que encontraran a la mujer y le dieran la suma. Algún tiempo después, la hice traer al Widyodaya College, para una conferencia mía y la hice sentar tranquilamente cerca de la tribuna, sobre la cual estaban reunidos el Gran Sacerdote y muchos otros monjes. Al solicitar fondos a la gran concurrencia, dije que ciertos caballeros –nombrándolos– habían entregado 500, 250, 100 y otras sumas de rupias de su abundancia, pero que ahora mostraría a una persona que había dado más que todos ellos juntos. Entonces conté la historia y le pedí a la mujer que subiera a la tribuna. Fue saludada con un estruendo de aplausos y logramos una gran subscripción ese día para propósitos educativos.

Ese año celebré una segunda convención de monjes en Galle. Había noventa y siete delegados, y el Gran Sacerdote, Sumangala y el Rev. Bulatgama fueron los oradores principales. El objetivo de la reunión era establecer un programa para el trabajo del año siguiente, que iba a ser confinado a la Provincia del Sur. Al contarlas, al final, se encontró que se habían hecho arreglos para cincuenta y dos conferencias, cinco más que las que había dado ese año en la provincia Occidental. Se escogió un comité de doce sacerdotes in-

fluyentes para cooperar con los miembros laicos de la S.T. de Galle en la organización de las conferencias y para fijar un cronograma. Después de una sesión de dos días se cerró la convención. Una vez ejecutado el documento de confianza y otros papeles legales –después de muchísima dilación molesta e innecesaria e impedimentos–, y de haber cerrado otros asuntos, embarqué para Bombay el 13 de diciembre.

Es mi agradable deber declarar que, en estos diecinueve años subsecuentes, un cierto número de los miembros de la Rama de Colombo se ha aplicado a sí mismo a la tarea onerosa de mantener vivo el movimiento budista, con una conciencia infatigable. Cuando se piensa en su inexperiencia en el manejo de negocios públicos no relacionados con la supervisión gubernamental, sus dolencias de temperamento debido a un clima enervante y a siglos de desorden nacional y la exclusión de los ancestros de la mayoría de ellos de responsabilidades públicas, la embarazosa y sin precedentes relación del laicado con el sacerdocio en este movimiento religioso y educacional, la casi incontenible fricción de casta, y la sospecha que muchos hombres sin educación e ignorantes sienten hacia los extranjeros, quienes al mismo tiempo son blancos, uno más bien se sorprendería por la tenacidad mostrada en el puro trabajo altruista, antes de sorprenderse por las faltas que han surgido en el transcurso de los eventos. Por mi parte nunca cambié una jota de mi primera estimación por los singaleses, ni de mi afecto fraternal por ellos, y me siento agradecido de corazón cuando veo como este renacido sentimiento religioso ha enraizado profundamente en el corazón de la nación y cuan altamente alentadores son los prospectos para el futuro. Las ramas de nuestra Sociedad han estado inertes e inútiles como centros de Teosofía, con pocas excepciones, pero todas tienen el derecho de darse crédito por un gran trabajo realizado en las líneas filantrópicas. Mi viaje a la Provincia Occidental de 1881

fue mal manejado, semanas de mi tiempo fueron malgastadas, se recaudó una mínima fracción del dinero suscrito en papel, pero al final, todo resultó para lo mejor, y al revisar la historia de ese año no tengo reproches que hacer en contra de aquellos que hicieron lo mejor de acuerdo a sus luces.

El 19 de diciembre llegué a casa y fui alegremente recibido por el grupo de nuestros Cuarteles Generales, a quienes encontré en buen estado. Las cosas en mi ausencia habían transcurrido en su manera usual, la circulación del *Theosophist* y el volumen de nuestra correspondencia se habían incrementado, y todo era paz. Pero una brusca conmoción me aguardaba. *H.P.B. me entregó un muy amable mensaje de los Maestros sobre mi éxito en Ceilán, pareciendo haber olvidado completamente las enojadas amenazas e incluso las declaraciones escritas de que la Sociedad sería abandonada por ellos si yo viajaba allí, y de que no tendría más relaciones ni con ellos ni con ella.* Desde ese entonces yo no la amé o la aprecié menos como amiga y maestra, pero la idea de su infalibilidad, si alguna vez la tuve incluso aproximadamente, desapareció para siempre.





CAPÍTULO XXII

DESDE BOMBAY HACIA EL NORTE Y EL REGRESO

Muchos fenómenos ocurrieron en nuestra casa durante la primera semana de enero, 1882, sobre los cuales no me extenderé, pues los detalles han sido todos publicados y se han arrojado dudas sobre lo genuino de algunos de ellos. Mi regla siempre ha sido, a través de mis cuarenta años de investigaciones psicológicas, eliminar todos los incidentes que me parecieron estar teñidos con la menor sospecha de mala fe: deseo contar solo aquellos que tienen, según mi criterio, el sello de lo genuino. Puedo estar engañado a menudo, pero trato de ser honesto.

Un temprano incidente del año fue la llegada a Bombay, durante una vuelta al mundo, del difunto Sr. D.M. Bennett, editor del *Truthseeker* (NOTA: El buscador de la verdad, en inglés.—*El Traductor: FINAL NOTA*). Llegó el 10 de enero, y fue recibido a bordo de su vapor, el P. and O. (NOTA: *La Peninsular and Oriental Steam Navigation Company*, compañía naviera británica.—*El Traductor: FINAL NOTA*) «Cathay», por K.M. Shroff (el caballero parsi que ofreció conferencias en los Estados Unidos), Damodar y yo. El Sr. Bennett era un hombre fornido de mediana estatura, con una cabeza grande, frente alta, cabello castaño y ojos azules. Era una per-

sona muy interesante y sincera, un librepensador que había sufrido un año de prisión por sus amargos –a menudo groseros– ataques contra el dogmatismo cristiano. Un caso falso fue fabricado contra él por el detective inescrupuloso de una Sociedad Cristiana en Nueva York, quien le encargó, bajo nombre falso, un ejemplar de una popular obra sobre psicología sexual, el cual el Sr. Bennett proveyó en su capacidad de librero, sin siquiera haberla leído. Comenzó entonces una acusación contra él por circular libros indecentes a través del correo, y unos evidentemente prejuiciados juez y jurado lo condenaron a la cárcel. La intención y el fraude fueron idénticos a aquellos de los fanáticos que acusaron a la Sra. Besant y al Sr. Bradlaugh en el asunto del panfleto Knowlton. Se le hizo cumplir el año completo, a pesar del hecho de que una petición firmada por 100,000 personas fue enviada al Presidente Hayes a su favor. Cuando fue liberado, un público monstruoso lo recibió entusiasta en el salón público más notorio de Nueva York, y se suscribió un fondo para sufragar sus gastos en una vuelta al mundo de observación del trabajo práctico del cristianismo en todos los países. El registro de sus observaciones fue encarnado en una interesante obra titulada *A Free-thinker's Journey Around the World* (NOTA: El viaje de un librepensador alrededor del mundo.-*El Traductor*. FINAL NOTA). Sus agudas y sarcásticas notas sobre Palestina son especialmente llamativas.

Conversando con él supe que tanto él como su esposa habían sido miembros de la Sociedad Shaker (NOTA: Secta conocida como «The Shakers», algo así como los que se agitan, se sacuden o convulsionan. –*El Traductor*. FINAL NOTA), él durante varios años. Su religiosa, pero ecléctica mente se había rebelado contra la estrechez e intolerancia de los Shakers y de los sectarios cristianos en general; él y la gentil convulsionante (NOTA: No encuentro una manera mejor para traducir «Shakeress», sustantivo femenino

inglés que utiliza el Cor. Olcott en el original para denominar a la esposa del Sr. Bennett en tanto miembro de la Sociedad Shaker. –*El Traductor*: FINAL NOTA) en cuestión decidieron casarse y hacer su propia casa, dejaron la comunidad, se dedicó al estudio de las evidencias cristianas, se convirtió en un confirmado escéptico y después de algunos años en el negocio mercantil dedicó el resto de su vida a una vigorosa propaganda del librepensamiento. Había una honestidad y amistad en el hombre que nos hizo simpatizar al momento. *El Mundo Oculto* del Sr. Sinnett había acabado de aparecer y el Sr. Bennett lo leyó con avidez: de hecho, lo citó mucho en su diario y en su nuevo libro. Una amplia discusión con H.P.B. y conmigo sobre nuestras opiniones le llevaron a solicitar la membresía y esto me colocó en el dilema que he descrito frecuentemente, oralmente y por escrito, pero que no debe ser omitido de mi presente esbozo histórico, pues el caso enseña una lección muy necesaria para todos nosotros.

Un obvio Boanerges (NOTA: Personaje bíblico mencionado en Marcos, 3:17. –*El Traductor*: FINAL NOTA) teológico, llamado Cook –Joseph Cook, el Reverendo Joseph Cook, para ser exactos- hombre corpulento que parecía creer en la Trinidad –con él mismo como la Tercera Persona- apareció en Bombay en una gira de conferencias simultáneamente con la llegada del Sr. Bennett, y fue «lanzado» por el público angloindio. Sus periódicos lo apoyaron totalmente y usaron la historia del martirio del Sr. Bennett como una baza, denunciándolo como corruptor de la moral pública y un pájaro de cuenta a quien la gente decente debía evitar. El Joseph tipo Cristo abrió el baile en su primera conferencia en el ayuntamiento, donde cometió la ciega estupidez de denunciarnos también, a los teósofos, como aventureros, frente a un gran público de hindúes y parsis quienes nos conocían y nos querían después de dos años de relación. El ataque e insulto al Sr. Bennett por parte

de la prensa hostil alcanzó un extremo tal que yo dudé en tomarlo como miembro, por miedo de que pudiera hundirnos en otra pelea pública y así interferir en nuestro objetivo de dedicarnos pacíficamente a nuestros propios asuntos del estudio y la propaganda teosóficos. Fue un instinto de prudencia mundana, ciertamente no altruismo caballeresco, y fui castigado por ello, pues al expresar mis opiniones a H.P.B. esta fue poseída por un Maestro quien me recordó mi deber y me reprochó mi juicio imperfecto. Se me hizo recordar cuán lejos de la perfección yo estaba cuando aceptaron mi oferta de servicio en Nueva York, cuan imperfecto aún era y que no me aventurara a sentarme como juez de mi congénere, que recordara que, en el ejemplo presente, sabía que el partido anti-cristiano había convertido al solicitante en el chivo expiatorio de todo, y ampliamente merecía toda la simpatía y aliento que le pudiéramos ofrecer. Se me dijo sarcásticamente que mirara la lista de nuestros miembros y señalara uno solo sin defectos. Esto fue suficiente, regresé al Sr. Bennett, le entregué la planilla de solicitud para que la firmara y H.P.B. y yo fuimos sus patrocinadores. Entonces me dirigí furioso a nuestro reverendo calumniador y lo desafié a encontrarse conmigo en una fecha dada y hacer valer sus falsos cargos contra nosotros. Swami Dayanand Saraswati –por entonces en Bombay– también lo retó en nombre de la religión védica, y el Sr. Bennett por su propia cuenta. El Swami y yo recibimos astutas respuestas, pero la nota del Sr. Bennett quedó sin respuesta. La excusa del Sr. Cook fue que tenía que viajar a Puna. El capitán A. Banon, M.S.T., 39no. N.I. (NOTA: Que pertenece al 39no. Regimiento del Norte de La India.–*El Traductor*: FINAL NOTA) quien estaba con nosotros en esa ocasión, le retó para que nos encontrara en Puna, con la noticia de que si otra vez nos esquivaba, él –el capitán– lo calificaría de mentiroso y cobarde. Sostuvimos la reunión en el Framji Cowasji Hall, Bombay, en la noche designada en nuestros retos; el Sr. Bennett, el capitán Banon y yo hicimos las alocuciones, hice que Damodar

leyera algunos certificados de nuestro buen carácter y de mis servicios públicos en los Estados Unidos y la densa multitud, la cual abarrotaba hasta la última pulgada de espacio y los alrededores del edificio, hizo resonar su aprobación a nuestra conducta. La noche siguiente, H.P.B., Banon y yo fuimos a Puna, ¡solo para encontrar que el Sr. Cook había escapado al otro lado de la India sin cumplir su compromiso con el público de Puna!

Al día siguiente ofrecí una conferencia en Hirabagh, en el ayuntamiento, a un público tan grande que el salón no lo soportaba, y tuvimos que trasladarnos al aire libre. Nos detuvimos cuatro días en Puna, durante ese tiempo hubo otra conferencia, de nuevo en el mismo lugar, y formamos la S.T. de Puna que aún existe bajo el mismo Presidente, el Juez N.D. Khandalavala, cuyo nombre es conocido a todas nuestras ramas a través del mundo como uno de nuestros miembros más hábiles e incondicionales. Después regresamos a Bombay. A su debido tiempo, el Sr. Bennett fue formalmente admitido a nuestra membresía, junto con el difunto Profesor J. Smith, M.L.C., C.M.G. (NOTA: No he encontrado ninguna referencia sobre el primer acrónimo (M.L.C.); el segundo indica que la persona ostenta un grado de la Orden de San Miguel y San Jorge.—*El Traductor: FINAL NOTA*), de la Universidad de Sidney, y un joven caballero hindú de Bombay.

El 12 de enero (1882) el séptimo aniversario de la S.T. fue celebrado en el Framji Cowasji Hall, en presencia de una de nuestras usuales monstruosas concurrencias. Tunantes panfletos habían circulado libremente para tratar de hacernos algún daño, pero el espíritu más cordial y simpático prevaleció a través de la reunión. El Sr. Sinnett estuvo presente y habló, y los otros oradores, aparte de mí, fueron Murad Ali Beg, y los Sres. D. M. Bennett y K. M. Shroff, y todos recibieron grandes aplausos. Damodar leyó el reporte de Tesorero, el cual vindicaba totalmente a H.P.B. y a mí de la baja

calumnia de que estábamos dirigiendo la Sociedad para beneficio personal. Poseo una nota del diario de unos días después donde se declara que el Sr. Shroff nos dio su palabra de que la reunión nos había rendido un gran servicio, al lograr la simpatía del público.

Advierto, entre varios fenómenos que ocurrieron en esos días, uno que doy por bueno. Damodar recibió cuatro cartas que contenían escritura de los Mahatmas, lo cual encontramos al abrirlas. Venían de cuatro lugares muy distantes entre sí y todos con matasellos. Le entregué toda la correspondencia al Profesor Smith, con la observación de que a menudo encontrábamos tales escrituras dentro de nuestra correspondencia, y le pedí que amablemente examinara cada sobre para comprobar si había algunos signos de que hubieran sido forzadas. Al devolvérmelas con la declaración de que todas eran satisfactorias, hasta donde se podía ver, le pedí a H.P.B. que las colocara contra su frente y tratara de encontrar cualquier mensaje mahátmico en ellas. Así lo hizo con las primeras que llegaron, y dijo que en dos se encontraba esa escritura. Entonces leyó el mensaje clarivamente y yo le pedí al Profesor Smith que las abriera personalmente. Después de volver a estudiarlas cuidadosamente, abrió los sobres y todos vimos y leímos los mensajes exactamente como H.P.B. los había descifrado por visión clarividente.

Durante las siguientes dos semanas vimos mucho al Príncipe Harisinhji, al Príncipe Dajiraj, a Thakur Sahib de Wadhwan, el Thakur (NOTA: Término de origen sánscrito que designa a ciertos príncipes de la India; también se utiliza como tratamiento de respeto y puede ser un apellido.—*El Traductor*: FINAL NOTA) de Morvi, y otros notables, y ocurrieron numerosos fenómenos en forma de cartas que caían de los techos de las habitaciones y una a cielo abierto, cuando estábamos en el jardín. Han sido descritas antes y se encontrará en *El Mundo Oculto*.

El 14 de febrero ofrecí, en el ayuntamiento de Bombay, en pre-

sencia de una abarrotada concurrencia de parsis y con el Sr. Nana-bhai Byramji Jeejeebhoy, uno de sus más distinguidos personajes, en la presidencia, una conferencia preparada sobre «El Espíritu de la Religión Zoroastriana» (NOTA: Publicado en forma de panfleto por la T.P.H. FINAL NOTA) (Véase *Theosophy, Religion and Occult Science*, Londres, George Redway, 1882) en la cual traté de mostrar su carácter altamente espiritual, y su identidad con el hinduismo y el budismo en cuanto al entrenamiento de yoga y el despertar de los poderes espirituales en el hombre. La aprobación del público se mostró en forma tal que nos convenció de que el discurso fue satisfactorio. Al final, el Presidente hizo algunas interesantes y amables observaciones, lo mismo hicieron el Sr. K. R. Cama y Ervad Dastur Jivanji J. Modi, los eruditos orientalistas. Un documento de subscripción fue circulado entonces entre los parsis, y 20.000 copias de la conferencia fueron impresas en inglés y en traducciones en gujerati, lo que constituyó un elogio gratificante para mí mismo, debo decirlo, pues solo consentí en preparar el discurso después de que vanamente traté de persuadir al Sr. Cama de hacerlo, pues pensé que era algo presuntuoso para un extranjero tratar un asunto tan grande con tan poco material disponible para citar. De hecho, creo que la religión zoroastriana nunca había sido tratada antes de esta manera. Los comentarios de la prensa parsi fueron diversos, algunos muy favorables, otros todo lo contrario. Pero sucedió que las críticas adversas venían todas de editores que se enorgullecían de sus principios «reformadores» y no sentían simpatía por la ortodoxia zoroastriana: en breve, eran librepensadores, que no creían ni en el espíritu ni en el yoga, y el principal entre ellos consideraba las leyendas de sus grandes sacerdotes-adeptos de antaño como cuentos de hadas y disparates infantiles. Desde luego, de estos críticos, no podíamos esperar nada bueno. Hasta el día de hoy son hostiles, pero de alguna manera nos arreglamos para proseguir sin sus alabanzas: existen más parsis miembros de la S.T. ahora que nunca an-

tes, y la S.T. de Bombay está casi toda compuesta de estas excelentes personas y amigos incondicionales.

Una gran gira por el norte era mi siguiente trabajo importante para esa temporada. Con el pandit Bhawami Shunker como compañero, dejé Bombay el 17 de febrero, por tren. H.P.B., Damodar, Shroff y muchos otros miembros vinieron a la estación para despedirnos. Pasando por el Monte Abu, la sagrada montaña jainista con sus cimas peladas y escabrosas, y a través de «campos de sueño de malwa» o distrito de amapolas, llegamos a Jeypore la segunda mañana. Nos ofrecieron en la estación los presentes usuales de limones y guirnaldas y fuimos instalados en la confortable hospedería de esta muy brillante y atractiva de las ciudades indias. Ofrecí una conferencia en la Universidad del Maharajah, en un cuadrángulo espacioso, desde una tribuna bajo un gran dosel, a un gran público. Había 900 estudiantes en la universidad, dos tercios hindúes y un tercio musulmán: también existe una escuela separada para jóvenes nobles. Se me mostró la biblioteca de la universidad, y al solicitármese que escribiera una nota en el registro de visitantes, escribí: «Esta es una buena biblioteca misionera»: lo cual era; algún Padre (NOTA: En español, en el original. –*El Traductor*. FINALNOTA), habiéndosele confiado la selección de libros, llenó los estantes con los libros más secos, estúpidos y sentimentales de la teología cristiana. La consideré una banal estafa.

La Rama de Jeypore de la S.T. fue formada al día siguiente con respetables funcionarios y miembros.

Pasando a Delhi, donde disfruté mi primera vista de las maravillas arquitectónicas creadas por los emperadores mahometanos del pasado, y del pintoresco bulevar Candni Chowk; ofrecí conferencias como de costumbre e hice muy importantes relaciones. Fue mientras paseaba por esta calle y advirtiendo las impresiones de los sellos urdus en las puertas de las tiendas de los grabadores de sellos,

que me asombró el parecido que tenían con la firma criptográfica de uno de los mahatmas y por mero antojo ordené un selló común de cobre grabado (precio 4 d.), para mostrárselo a H.P.B. a mi vuelta. No tenía ningún otro propósito y tal como resultó, fue un estúpido error, pues se puede imaginar mi resentimiento cuando, muchos años después, vi impresiones de este desgraciado objeto adjuntadas a notas mahátmicas palpablemente falsas enviadas por el difunto Sr. Judge. Cómo llegó a sus manos el desgraciado sello no lo sé, pero cuando nos encontramos en Londres, en 1894, me dijo que ya no existía y que esperaba que esto me tranquilizara. Al ver la impresión del sello en un falso mensaje le había escrito que si yo descubría que alguna sabandija lo estaba usando para propósitos perversos lo denunciaría por fraude y publicaría en el *Theosophist* un facsímil del sello. El me aconsejó, en su respuesta, que no lo hiciera, pues el público me creería *particeps criminis* (NOTA: **Cómplice del crimen, en latín.**—*El Traductor*: FINAL NOTA), a lo cual respondí que no me importaba en lo más mínimo lo que se pudiera decir de mí, pues era perfectamente inocente y mi conciencia me asistiría: pero ciertamente expondría la estafa si tuviera sus cartas sobre este tema, y supongo que las mías a él están entre sus papeles.

En Meerut y Bareilly, las siguientes ciudades en mi programa, se repitió la rutina de ofrecer discursos y formar ramas. En el Instituto de Rohilkhund el tema de mi discurso fue un plato para cena de cobre, una rara selección se diría, pero fue provocado por el siguiente incidente. Aquí, como en todas partes, fui tratado con la mayor amabilidad y respeto por mis amigos indios: me ofrecieron una casa amueblada y tuve a un cocinero brahmán para preparar mis comidas, la cual comía en un plato de cobre. El día de la conferencia tres o cuatro de ellos estaban parados alrededor, observándome comer con mis dedos según la antigua costumbre. Me habían ofrecido tantos cumplidos que estuve tentado a darles una

lección, por lo que tranquilamente les pregunté qué harían con ese plato cuando yo me hubiera marchado. Se sonrojaron y estaban muy embarazados para hablar. Yo dije: «No dudéis en decirme la verdad. Se lo que vais a hacer. El plato se le entregará al traperero o será pasado por el fuego para purificarlo antes de cualquiera de vosotros brahmanes puedan tocarlo. ¿Por qué? Mirad la ropa sucia de ese cocinero y su apariencia en general desaseada, y decid si yo no soy menos probable de contaminar el plato que él». Bajaron la cabeza, no deseando ser groseros con el huésped, pero uno de ellos finalmente dijo: «No conocemos la razón real del por qué, pero solo que así está inculcado en nuestros Shastras. «Muy bien, pues», dije; «Tomaré este plato como mi texto esta noche para explicar el misterio». Así lo hice, discursando sobre la naturaleza del aura humana, la teoría de la gradual purificación mediante el yoga, y el estado teórico de refinamiento espiritual al que llega el verdadero brahmán. Les mostré como su costumbre de comer «separadamente, el padre sin tocar al hijo, el hermano al hermano, ni pariente al pariente, en las comidas, estaba estrictamente basada en esta teoría del desarrollo individual como opuesto al colectivo de la familia, y que al igual que la electricidad y el magnetismo son transmitidos por conductores de un objeto al otro, así si un brahmán avanzado tocaba a una persona menos pura, arriesgaba la contaminación de su aura y el consecuente perjuicio para sí mismo. El error de estos días espiritualmente degenerados, dije, era el suponer que debido a que una persona sin lavar, por el hecho de haber nacido brahmán debía, necesariamente, tener un toque menos contaminante que una persona bien limpia. Sobre la casta, solo el simple nombre sobrevive ahora, y esto es usualmente un obstáculo y una molestia para todos los implicados. O debía ser restaurado su valor prístino y utilidad o ser rechazada como una vestimenta raída. Encuentro en mi diario, que empleé imágenes de dioses hindúes para ejemplificar el significado esotérico de sus raras formas y múltiples símbolos.

En Lucknow vi a la destrozada Residencia, que soportó el sitio de cinco meses por los miles de rebeldes sepoys, gracias a la heroica valentía y fortaleza intrépida de su pequeña y mal alimentada guarnición. Vi los sótanos donde vivieron 250 mujeres y niños durante ese tiempo espantoso, donde la mayoría fueron heroínas y algunas murieron de miedo.

Entre los nuevos miembros de nuestra rama local estaban algunos príncipes de la familia real de Oudh –mahometanos- ¡quienes fueron rotundamente acusados de ser apóstatas del Islam y haber adoptado la nueva religión de la Teosofía! Mi discurso fue ofrecido en el Baradi, o salón de las Doce Columnas, una estructura espaciosa que se alza en el palacio de recreo del difunto rey o Kaiserbagh, donde solía perder su inútil vida en sensuales juergas con mujeres desnudas y dramas y canciones de amor. Debió haber sido una bestia.

Después a Cawnporne, la siempre memorable escena de las brutales masacres de la rebelión. Una nueva rama aquí, y dos conferencias y después para Allahabad y los siempre encantadores Sinnett. Hubo reuniones de teósofos y discursos y algún fenómeno en la casa del Sr. Sinnett, sobre los cuales no me extenderé. Envié a Bhnavi Shanker de regreso a Bombay y continué solo hasta Behar y Bengala, Bwerhampore, una vez el centro de la actividad militar y política en los días de la Compañía, siempre ha sido uno de los mejores núcleos de trabajo del movimiento teosófico. El difunto Babu Nobin K. Bannerji, sus colegas Dinanath Ganguly, Satcory Mukerji y algunos otros, poseían los dos elementos de éxito para cualquier movimiento público, perfecta convicción y perfecto celo. Sus nombres figuran notoriamente en la historia india de nuestra Sociedad. Hicieron un gran alboroto con mi visita y sin embargo parecían pensar que no habían logrado mostrarme el suficiente respeto. El carruaje de un rajah, con conductor y lacayos vestidos con llama-

tivas libreas, viajó muchas millas para recibirme en el otro lado del Ganges y llevarme hasta Berhampore, A siete millas una guardia de honor de sowars (NOTA: Soldados de caballería.—*El Traductor: FINAL NOTA*) revestidos de rojo se unieron y cerraron filas detrás del carruaje; en la ciudad tuve que pasar entre dos hileras de sepoys que saludaban, portadores de bastones de plata y todo tipo de lacayos más o menos decorativos del palacio; los lanceros agitaban una doble fila de pendones, mis habitaciones lucían alegres con banderas y verdor, además de todo tipo de tonterías mundanas que falsamente se supone que ofrecen el placer y la complacencia a los hombres públicos.

Aparte de ver a mis queridos colegas tuve el honor y el beneficio de hacer amistad con Babu Ram Das Sen, el erudito oriental y valioso corresponsal de los principales orientistas europeos, quienes también se unieron a nuestra sociedad y permanecí su amigo hasta su muerte prematura.

Calcuta fue la etapa final de esta gira tortuosa de 1882. Primero fui agasajado allí por mis excelentes amigos el Coronel y la Sra. Gordon y, más tarde, por el Maharajah, Sir Jotendro Mohun Tagore, el principal noble indio de la metrópolis. En casa de los Gordon sucedió el famoso fenómeno de la caída de cartas realizado por el médium Eglinton y H.P.B. desde el aire. Todos los detalles fueron publicados en la época por la Sra. Gordon, y puede leerlos todo aquél que lo desee.

Unos días después, acepté la invitación del Maharajah Sir Jotendro Mohun Tagore, y fui su huésped en su casa de invitados palaciega (Boitnuckhana) durante el resto de mi estancia en Calcuta. Este caballero es uno de los más corteses, instruidos y respetables de los amigos que he conocido. Lleva una gran posición con perfecta dignidad y gracia. Disfruté su hospitalidad varias veces; una vez junto con H.P.B. y otra con la Sra. Besant y la Condesa Wachtmeister.

Los primeros cuatro días de abril fueron dedicados a escribir mi conferencia sobre «Teosofía, la Base Científica de la Religión» mientras podía encontrar tiempo en los intervalos de otros compromisos. El día 14, el Maharajah ofreció una recepción en mi honor, para que conociera a los principales caballeros indios de la ciudad. El día 5, fue ofrecida mi conferencia en el ayuntamiento a un enorme público: la mayor, creo, debido a la publicación en los hostiles periódicos locales del entonces reciente ataque salvaje y no provocado a nosotros por Swami Dayanand Saraswati. Tales intentos de dañar nuestra causa invariablemente han retornado a sus autores. El amado autor bengalí y filántropo, el difunto Babu Peary Chand Mitra fue mi Presidente.

H.P.B. se me unió al día siguiente en la Boituckhana, y esa noche, en el mismo lugar, organizamos la Sociedad Teosófica de Bengala, una de nuestras ramas más conocidas, con Babu Peary Chand Mitra como Presidente, Babu Norendranath Sen como Secretario, y Babu Balai Chand Mullick como Tesorero. Durante muchos años, Norendra Babu ha sido el Presidente, y casi se puede decir que ha hecho la mayor parte del trabajo público de la rama, en su capacidad de editor del *Indian Mirror*, pues ha informado siempre al público de cada evento importante en la historia de nuestro movimiento y sus valientes llamados han hecho mucho para lograr el renacimiento hindú en Bengala, lo cual es un hecho muy conocido y universalmente admitido.

El día 9 de ese mes, fui en compañía de la Sra. Gordon a la casa de Babu Janaki Nath Ghosal, un caballero bengalí muy influyente y admití como miembro a su idealmente bella esposa, hija del venerable Debendra Nath Tagore, fundador-asociado, junto con el difunto Rajah Rammohun Roy, de la famosa Brahma Samaj. La Sra Ghosal, además de ser una Peri (NOTA: En la mitología persa, espíritu similar a las hadas occidentales.–*El Traductor*. FINAL

NOTA) por su belleza, es también una de las más brillantes intelectuales del momento y sus hijos heredaron sus talentos. Junto con ella, admití a otras tres damas indias. Esto parece muy simple a la gente occidental, pero se debe recordar que desde los días de la supremacía musulmana, las damas de alto linaje de Bengala han estado recluidas detrás del *pardah*, o cortina de la puerta de entrada de la zenana, solo exceptuadas las damas de la Brahma, y el hecho de que yo haya sido admitido tan a menudo en la privacidad de la familia es una sorprendente prueba de la amable luz en la cual soy visto por los hindúes.

H.P.B. y yo nos detuvimos en la ciudad hasta el 19 (abril), ajetreados como abejas, escribiendo, recibiendo visitantes, manteniendo conversaciones con forasteros y reuniones de la nueva rama local. Veo que el día 14 hubo una renovación de cargos, la nueva lista comienza como sigue: *Presidente*, Peary Chand Mittra; *Vice-Presidentes*, Dijendra Nath Tagore y Raja Syama Shankar Roy; *Secretario y Tesorero*, Norendranath Sen; *Secretarios Adjuntos*, Balai Chand Mullick y Mohini Mohun Chatterji.

Embarcamos el 19 para Madrás, pero el «India» se mantuvo en el muelle toda la noche recibiendo cargamento, y qué decir del terrible estrépito, el calor pesado de los camarotes y los mosquitos, ¡se puede imaginar la clase de noche que pasamos y el tipo de ánimo que tenía H.P.B. la mañana siguiente! Tuvimos nuestra primera oportunidad de aprender por experiencia personal los peligros y dificultades de la navegación por el río Hughli, pero, después de anclar para pasar la noche, salimos al mar el día 20 rumbo a Madrás.

Llegamos a ese puerto el día 23 a las 11 a.m. pero recibimos un mensaje de T. Subba Row pidiéndonos que nos detuviéramos a bordo hasta las 4 p.m. pues para esa ahora se había organizado una recepción formal. Hicimos lo que se nos pidió, y al desembarcar fuimos recibidos por los principales caballeros de Madrás y una

gran multitud de curiosos. Disfrutamos el trayecto con brisa a lo largo del camino de la playa –el mejor en la India– y fuimos alojados en el bungalow del difunto Sir T. Madhava Row en el suburbio de Mylapore. Nuestro antiguo colega singalés. El Sr. W.D. D'Abrew, estaba con nosotros. En la casa, una alocución muy bien redactada nos fue leída por el Hon. Mir Humayum Jah, representante de la antigua familia real de Misore de Tipu Sultan, quien después nos puso guirnaldas según la usual costumbre oriental. Mi respuesta fue recibida calurosamente. Nuestro tiempo estuvo ocupado en compromisos durante los días sucesivos con visitantes y recepciones de candidatos a la membresía, entre estos últimos T. Subba Row, a quien tuve que admitir solo en privado, por alguna razón misteriosa e insondable; el venerable filántropo y hombre de estado, Dewan Bahadur R. Raghoonath Row, el Juez P. Sreenivas Row, el Juez G. Muthuswamy Chetty (También de la Corte de Litigios Menores) y sus hijos, y de hecho, la mayor parte de los líderes de Madrás de raza asiática. La comunidad parecía poseída por una ola de entusiasmo por el momento, y no era extraño que los dos hubiéramos creído que duraría, pero el tiempo acabó con la ilusión. Poco después se inauguró el Cosmopolitan Club, con salones apoltronados para lectura y billar, y nuestros animados amigos gradualmente dejaron la metafísica y el yoga por el elevado juego del billar y el alimento mental de las páginas de los periódicos. Sin embargo, durante algún tiempo nuestro rosal floreció y respiramos los dulces olores del cumplido. Tan grande fue el apremio por la membresía que tuve que admitir a los candidatos en bloque, y tengo una entrada al efecto de que acepté a un grupo de veintidós en el techo de la terraza a la luz de la luna. Por supuesto que teníamos que defender el caso de la teosofía ante el público general, y así, el 26 de abril (1882) ofrecí una conferencia en el Pabellón de Pachuiaipah sobre «Las bases comunes de las Religiones», a una apretada multitud que hizo que los administradores dudaran de la seguridad del edificio, estando

el salón público en el primer piso, después de un gran tramo de escaleras. La misma pregunta ha surgido muchas veces, soy feliz de decirlo, pues nuestras reuniones públicas siempre han abarrotado los edificios. H.P.B. y Abrew estaban en la tribuna a mi lado; ella el centro de atracción de todas las miradas. La noche siguiente un lote de veintiún nuevos candidatos fueron aceptados, y después de la ceremonia, vino al mundo la Sociedad Teosófica de Madrás, con R. Raghonath Row como Presidente, T. Subba Row como Secretario. El primero hizo lo mejor que pudo para hacerla una rama útil, pero no fue bien secundado por el segundo, quien era un muy indolente funcionario ejecutivo.

El 30 de ese mes H.P.B. tomó un grupo de diecisiete de nosotros, incluyendo a T. Subba Row, el Dewan Bahadur y yo, hasta Tiruvellem, en un tiempo un lugar muy santo debido a las grandes almas que vivieron –y algunas aún viven, se supone– allí. Una procesión, con música y flores, nos recibió y nos escoltó de la estación al lugar asignado para nuestro alojamiento. Estábamos particularmente ansiosos por visitar el santuario del templo, pero como los sórdidos brahmanes a cargo pidieron una gratificación de Rs. 25 nos sentimos tan disgustados que rechazamos entrar en el sucio santuario y regresamos el mismo día a Madrás.

Una segunda conferencia estaba en el programa para el día siguiente; el Dewan Bahadur y su comité de hombres asociados trataron de evitar una repetición del apretujón del primer día cobrando asientos reservados, las ganancias iban para alguna caridad. Al llegar al Pabellón de Pachaiappah, sin embargo, tuvimos grandes problemas para abrirnos camino desde la puerta hasta el escenario a través de la apretada multitud, mientras el pobre Dewan Bahadur a pesar de ser uno de los personajes más honrados en Madrás, fue tan acorralado en una esquina que, en lugar de obligar al público a ir aquí o allá, se vio obligado a llamar en su auxilio a mis cuadrados

hombros y a mi fuerza muscular para ser rescatado de su aprieto.

Comenzamos, al día siguiente, un viaje por canal en una barca cubierta, que bien puede ser descrito en un capítulo aparte.





CAPÍTULO XXIII

UN VIAJE EN BARCA CON H.P.B.

Durante todos nuestros años de relación, H.P.B. y yo nunca fuimos tan cercanos como en este viaje en barca por el Canal Buckingham, una obra construida para aliviar el hambre y que alimentó a miles de campesinos durante la trágica época del gobierno de Madrás por el Duque de Buckingham. Hasta entonces habíamos trabajado en compañía de terceras partes, mientras que ahora estábamos solos los dos a bordo de un *budgerow* o pequeña barca con cabina, con nuestro sirviente Babula y la tripulación culí como nuestra única compañía. Nuestros alojamientos eran bastante pequeños, en verdad. A cada lado del pequeño camarote se encontraba un baúl cubierto con un colchón, cuya tapa se levantaba mediante bisagras y la parte interior formaba un gran cofre para guardar los efectos personales. Entre los dos baúles, cada uno

Por la noche una cama, una cómoda por el día

estaba una mesa portátil la cual, cuando no se usaba, podía plegarse y colgarse del techo. Un lavabo, una pequeña despensa con anaqueles, una tarima para cocinar afuera, y detrás, el fondo de una cazuela rota, colocado sobre arena, formaba el hogar; algunos utensilios de

cocina indispensables, una gran jarra para el agua de beber y nuestro mobiliario de mesa de campamento, completaban nuestro ajuar doméstico y suplía nuestras necesidades. Cuando soplabo viento fuerte, se levantaba una vela y nos deslizábamos; cuando sucedía lo contrario, los culíes saltaban a tierra y nos halaban a una velocidad de tres millas por hora con el cable de remolque sobre sus hombros. En otra barca nos seguían algunos de nuestros mejores y más amables colegas de Madrás, entre ellos ese anciano de corazón de oro, P. Iyaloo Naidu, Vice-Recaudador retirado, cuyo conocimiento fue un privilegio, su amistad un honor. Nuestro destino era la ciudad de Nellore, un viaje de dos días por agua.

Como no zarpamos hasta las 7 p.m. (3 de mayo, 1882) y la luna estaba casi llena, fue una suerte de viaje de hadas el que hacíamos sobre el agua quieta y plateada. Ningún sonido rompía el silencio cuando se dejaban los límites de la ciudad, salvo los aullidos de una jauría de chacales, el bajo murmullo de las voces de nuestros culíes conversando y el chapoteo del agua contra el barco. En lugar de bandas de vidrio había persianas venecianas con bisagras, con ganchos para asegurarlas a placer a las barras de cubierta en la parte superior, a través de estas una gentil brisa nocturna soplabo fresca y nos traía el olor de los húmedos campos de arroz. Mi colega y yo nos sentábamos, encantados con la escena y descansados por el agradable y desacostumbrado reposo de nuestra vida de efervescencia y publicidad. Hablamos poco bajo el embrujo de la noche, e íbamos a nuestras camas con la certidumbre de un sueño reparador.

Impulsado por la brisa del mozón del suroeste, nuestro barco navegaba firmemente a través de la noche y la mañana nos encontró siguiendo bien nuestra ruta. A una hora temprana amarramos en la orilla para que los culíes hicieran su fuego y cocinaran su curry con arroz; nuestra gente del otro barco se nos unió, yo me fui a dar un chapuzón y Babula nos cocinó un excelente desayuno, el cual nues-

tros colegas, debido a sus prohibiciones de casta, no podían compartir. Después seguimos adelante, los barcos tan silenciosos como espectros. H.P.B. y yo nos ocupamos todo el día de los atrasos en la correspondencia y con escritos editoriales para el *Theosophist*, con descansos ocasionales para conversar. Por supuesto, el único tema era la condición y el futuro de nuestra Sociedad, y el probable efecto final sobre la opinión pública contemporánea sobre las ideas orientales que estábamos propagando. En este aspecto éramos optimistas en el mismo grado, ni sombra de duda o indiferencia cruzaba nuestras mentes. Fue este sentimiento de confianza, siempre poderoso y dominante, el que nos hizo tan indiferentes a las calamidades y obstáculos que de otra manera nos hubieran llevado a un punto muerto cincuenta veces durante nuestra carrera. Puede que no sea gratificante para algunos de nuestros actuales colegas, pero es la pura verdad el que nuestros pronósticos tenían mucho más que ver con la influencia de las ideas teosóficas en el pensamiento moderno que con la posible extensión de la Sociedad a través del mundo; de eso apenas teníamos expectativas. Pues, cuando dejamos Nueva York para Bombay ni siquiera soñamos que la Sociedad pudiera cubrir la India y Ceilán con ramas, por lo que sobre ese barco que se movía silencioso, no pensábamos en las posibilidades de crear una agitación popular que plantara sus ramas y creara sus centros de propaganda a través de los Estados Unidos y Europa, por no decir nada de Australasia, África y el Lejano Oriente. ¿Por qué lo haríamos? ¿A quiénes podíamos mirar entonces? ¿Dónde estaban los gigantes adecuados para llevar sobre sus hombros una carga tan pesada? Pero esto era en 1882, recordad, y fuera de Asia solo existían tres ramas de la S.T. (sin contar el centro de Nueva York, que no se había reorganizado). La Logia de Londres y la Rama de Corfú (Jonia) eran cuerpos inertes. El Sr. Judge estaba de viaje por América del Sur por cuenta de una compañía minera de plata (creo que no me equivoco sobre la fecha) y en los Estados Unidos no se había

organizado nada parecido a una propaganda activa. Nosotros, dos viejos en el barco, estábamos administrando prácticamente solos todo el asunto y nuestro campo era el Oriente; y como en la época H.P.B. no mostraba más dones proféticos que yo, hablábamos, trabajábamos y construíamos nuestras bases para ese gran futuro que ninguno de los dos vislumbró.

¡Cuántos de la actual multitud de miembros de la Sociedad darían casi cualquier cosa por haber tenido la cercana intimidad que yo disfruté con mi amiga en ese viaje sobre una barca! Lo que lo hizo más placentero y más provechoso fue que ella tenía buena salud y ánimo, y no había nada que arruinara el encanto de nuestra compañía, de otra manera casi hubiera sido mejor ser compañero de jaula de una leona hambrienta en el zoológico, ¡uno de nosotros ciertamente hubiera bajado a tierra para seguir caminando, o hubiera buscado la ternura de Iyaloo Naidu! Querida, llorada amiga, compañera, colega, maestra, compinche: nadie podía ser más exasperante en sus peores momentos, nadie más adorable y admirable en sus mejores. Creo que hemos trabajado en vidas anteriores, creo que trabajaremos en vidas por venir para el bien de la humanidad. Esta página abierta de mi diario, con sus pocas notas fragmentarias, traen a la memoria uno de los episodios más deliciosos del movimiento teosófico y veo una imagen de H.P.B. en su envoltura raída, sentada en su baúl opuesto al mío, fumando cigarrillos, su gran cabeza con su cabello castaño rizado doblada sobre la página que estaba escribiendo, su frente llena de arrugas, una mirada de pensamiento introvertido en sus ojos azul claro, su aristocrática mano moviendo velozmente la pluma sobre las líneas, y no se escuchaba ningún sonido salvo la líquida música de las olas contra los lados del barco, o el roce ocasional del descalzo pie de un culí sobre el techo sobre nosotros, mientras se movía para asegurar una cuerda u obedecer alguna orden del timonel.

La noche siguiente a las 5 llegamos a un lugar llamado Mutukur, donde desembarcamos para ir por tierra hasta Nellore, a una distancia de quince millas. Recomenzaba nuestra ronda de agitación. Una gran delegación nos aguardaba: fuimos conducidos a una tienda donde se nos ofrecieron refrigerios y nuestras manos y cuellos pronto estuvieron llenos de flores fragantes. Se respondió a una alocución de bienvenida, y a su debido tiempo nos encontramos en un ligero factón con culíes como caballos. Hombres ligeros, activos, corrieron hasta cubrir la distancia en tres horas. Existe un cierto raro interés en ellos, pues pertenecen a una tribu de origen antiguo llamada «Anadhis» quienes son hereditariamente encantadores de serpiente y extirpadores. Las personas que desean dormir seguras en sus camas sin pensar en serpientes que entran en sus habitaciones, llaman a un Anadhi y este camina alrededor de la casa varias veces, repitiendo ensalmos y levantando alguna vara encantada u otro talismán, después de lo cual ninguna serpiente osaría molestar a los habitantes. Nuestros amigos declararon que esto era un hecho bien conocido y solo por su autoridad lo ofrezco. Se me dijo algo que vale la pena que lo conozcan los viajeros y cazadores que tienen que acampar en localidades donde hay serpientes, que una serpiente *no pasará sobre una cuerda hecha de pelo de caballo*, que se puede obtener una perfecta inmunidad de sus visitas colocando una cuerda de este tipo alrededor de la propia casa, tienda o todo el campamento. Mis informantes no sabían si esto es atribuible a la aspereza de la espinosa cuerda que daña la suave piel de la serpiente o a alguna propiedad oculta magnética (áurica) del pelo que es antipática al reptil. Sin embargo, eso no importa tanto como el hecho en sí mismo, si es verdadero.

Llegamos a Nellore a las 11 p.m. y recibimos una ovación. Se había dispuesto una espléndida casa para nuestro grupo, con muchas flores y verdor decorativo, y aunque la hora era tardía tuve que

responder a dos discursos, uno en sánscrito, otro en inglés, después de lo cual se nos permitió ir a nuestras camas, agotados. Se ofreció una conferencia al día siguiente, el sucesivo fue dedicado al trabajo editorial y a admisiones a la membresía; en la noche vino una delegación de los más instruidos pandits del distrito y nos hizo preguntas, y a las 11 p.m. organizamos formalmente la S.T. de Nellore. Una segunda conferencia el 9 de mayo, más admisión de candidatos y más escritos culminaron nuestro trabajo en Nellore, después nos dirigimos a un apeadero del canal llamado Mypaud, adonde la barca había sido llevada para ahorrar dieciocho millas de viaje por el canal. Retomamos ahora nuestras conversaciones y escritos y a su debido tiempo llegamos a Padaganjam, límite de la navegación por el canal en la estación calurosa y el lugar para proseguir hasta Guntur, nuestra Última Thule (NOTA: En este caso, el límite o final del viaje, en latín.—*El Traductor*: FINAL NOTA) tuvimos que tomar palanquines y *jampans*, o sillas llevadas a mano. Estos no aparecieron hasta el día siguiente y como los culíes tenían que descansar, no partimos hasta justo antes de la puesta del sol.

Nuestra caravana consistía en cuatro palanquines y un *jampan*, los cuales, agregados a los porteadores de equipaje, hacía que el número de nuestros culíes fuera de cincuenta y tres personas. Pronto alcanzamos un vado donde había que cruzar un río, y la ejecución me hizo reír hasta las lágrimas y jurar a H.P.B. El agua era tan profunda que, para mantener secos los fondos de nuestros palanquines, los porteadores tenían que equilibrar las gruesas varas sobre sus cabezas para elevarnos lo suficientemente alto. Antes de entrar al agua se desnudaron, conservando sus *languti* o pequeños pantalones. Escogiendo sus pisadas con la mayor precaución y aferrando sus duelas entraron cada vez más profundamente hasta que el agua llegó hasta sus axilas. Educadamente fui delante para que H.P.B. supiera si me había ahogado y regresara. Fue una experiencia deli-

cada el sentarse allí quietamente para no perturbar el equilibrio de la vara redonda que descansaba sobre las seis cabezas de mis culíes, e imaginad en qué desastre hubiéramos terminado yo y mis papeles si uno de los hombres hubiera dado un mal paso; sin embargo se viaja para ganar experiencia, por lo que me mantuve lo más inmóvil posible. En medio de la corriente comencé a escuchar el sonido de una voz familiar desde el siguiente palanquín, y entonces H.P.B. comenzó a gritarme que estos hombres seguramente la descalarían. Le grité que eso no importaba, que como estaba tan gorda no se hundiría y que yo la pescaría. Entonces comenzó a dirigirme fuertes maldiciones, con ocasionales desvíos a los culíes, quienes, no comprendiendo una palabra, continuaron su camino como antes. Finalmente alcanzamos la orilla opuesta y mi colega se tranquilizó saliendo y paseando por los alrededores, y después de algunos cigarrillos había olvidado sus recientes aprietos.

El viaje fue muy tedioso y caluroso, el termómetro llegó a 98° F a la sombra y los culíes mantenían día y noche, durante los tres días que estuvimos en camino un monótono estribillo que al final resultó insoportable para los nervios. Después, por la noche, portaban grandes antorchas hechas con un estropajo de algodón, saturado con aceite de coco, que ardía con una nube de humo que casi nos cocinaba en los palanquines con el más espantoso olor. Se llevaban a cada lado del palanquín para que los culíes pudieran ver cualquier serpiente que pudiera estar enroscada en el sendero, y como el viento soplabla a través de nuestro camino no había forma de escapar del humo de la antorcha desde el lado del viento; cuando tuvimos la oportunidad de mirarnos en el primer alto, encontramos que nosotros y nuestras ropas estábamos sucios y casi negros. Fue una suficiente compensación, sin embargo ver al *jemadar*, o culí guía, matar a una gran cobra que hubieran pisado los cargadores del frente si no hubiera sido por la luz de la antorcha.

Llegamos a Guntur a la puesta del sol del tercer día y al momento nos vimos sumergidos en una escena de tumultuosa bienvenida. Toda la población, nos dijeron, con excepción de aquellos demasiado viejos, jóvenes o enfermos para estar fuera por la noche habían salido de la ciudad para recibirnos. Llegaban por miles y cada uno de ellos parecía determinado a llegar lo suficientemente cerca para tener una buena vista de nosotros. Se puede imaginar el resultado: nuestro avance fue como forzar el propio camino a través de un compacto muro de carne. Primero nos llevaron a una tienda donde nos ofrecieron refrigerios y presentaciones de los notables del lugar, pero la multitud se hizo tan inoportuna que hubo que suspender este asunto y H.P.B. y yo tuvimos que subirnos sobre sillas y mostrarnos. Luego hubo que hacer un breve discurso y solo entonces fuimos colocados en una suerte de vehículo –jampan, creo- y continuamos con la procesión. Las calles estaban atestadas de gente, de casa en casa, y solo podíamos avanzar a paso de tortuga. Luces de Bengala y fuegos de colores resplandecían en torno nuestro a cada paso, y fue realmente curioso ver la iluminación reflejada en la masiva cabeza y los hombros de H.P.B. con sus diferentes destellos. Como iba delante de mí yo tenía una oportunidad excelente para observar los efectos artísticos. No se puede imaginar una ovación pública más sincera, pues todos los elementos estaban allí, incluyendo el continuo bramido de salutación que nos acompañaba, un río de sonido por todo el camino hasta nuestro destino. Había antorchas sin fin, y Guntur estaba tan iluminado como si fuera de día. Dos arcos triunfales pasaban por encima de las calles principales. Llegados a la casa tuvimos que recibir y responder a dos discursos en inglés y dos en telugu; el tono de exagerado elogio en todos ellos nos hacía parecer como un par de tontos y me ponían en el aprieto de encontrar palabras para responderlos con la cortesía adecuada. Después de esta prueba vinieron más presentaciones, prolongadas conversaciones, y la iniciación de un candidato, quien estaba obli-

gado a dejar la ciudad a la mañana siguiente.

La conferencia de la mañana fue sobre «El Alma: Los Argumentos de la Ciencia a Favor de su Existencia y Transmigraciones»; el tema se me había ocurrido debido al prevaleciente espíritu de escepticismo entre los jóvenes educados del lugar. El jefe de la Misión Luterana local, el Rev. L.L. Uhl, y varios de sus amigos estuvieron presentes y tomaron notas. Si recuerdo bien declaré en mi discurso que el control del cristianismo teológico sobre las mentes educadas de Occidente se estaba debilitando y se había establecido una decidida reacción: una ola de librepensamiento estaba barriendo Europa y los Estados Unidos. Mi reverendo amigo comunicó que debía contestarme en su capilla a la mañana siguiente, y me invitó a mí y a mis amigos. Fuimos y quedamos muy decepcionados, su discurso fue del carácter que yo denominé en mi diario «débil y descuidado». Como sus maneras para conmigo fueron amistosas, propuse que deberíamos publicar un panfleto conjunto con los pros y contras del cristianismo, con lo cual estuvo de acuerdo. Prometí enviarle mi manuscrito «tan pronto como pudiera encontrar tiempo para prepararlo», siendo cuidadoso en decirle al Sr. Uhl que mi atención estaba constantemente requerida por vigentes asuntos oficiales y que no podía prometer que estuviera listo para una fecha específica. De hecho, el Sr. Uhl, después de esperar por mí durante un buen tiempo –quizás dieciocho meses o dos años– sacó su parte del argumento en un panfleto separado, el cual circuló ampliamente como documento de campaña, por así decir, y como prueba de mi incapacidad para hacer valer mis afirmaciones. El hecho es, sin embargo, que dentro de los seis meses desde el momento del acuerdo yo había reunido y enviado al Presidente de la S.T. de Guntur una gran cantidad de recortes y notas apropiadas para el propósito y le pedí que redactara con ellos el panfleto y me lo enviara para revisarlo, pues yo estaba absolutamente incapacitado para otorgarle

el necesario tiempo al asunto. También le escribí al Sr. Uhl sobre mis dificultades. Pero mi amigo confió en otros amigos y ellos, individual y colectivamente, no hicieron nada y al final, después que la explosión del Sr. Uhl había sido detonada, recibí de vuelta mi lote de notas, las tiré en una cesta y me olvidé del asunto, pues resultaba más barato dejar a mi reverendo crítico que disfrutara su triunfo que intentar lo imposible de escribir mi panfleto, cuando yo tenía asuntos más importantes y compatibles que atender. En la época que apareció su tratado yo había organizado setenta nuevas ramas de la Sociedad y viajado por toda la India y Ceilán.

El día de nuestra partida de Guntur, H.P.B. y yo disfrutamos de nuestra primera experiencia con una de esas maravillas de entrenamiento mental, un brahmán *ashtavadhani* (NOTA: Persona que realiza proezas literarias, pero que fundamentalmente muestra el dominio superior de capacidades cognitivas como la observación, la memoria y el razonamiento, entre otras.—*El Traductor*. FINAL NOTA). Existen en la India muchos hombres que, gracias a un entrenamiento de muchos años han cultivado la memoria a un increíble grado, increíble para aquellos que no han sido testigos personales de sus hazañas. Algunos pueden mantener cincuenta, e incluso más procesos mentales separados al mismo tiempo; en comparación con este fenómeno las más maravillosas historias acerca de nuestros jugadores de ajedrez occidentales parecen cosas ordinarias. El procedimiento es el siguiente: todas las personas que van a tomar parte en la prueba se sientan y el pandit comienza con el primero a su derecha. Digamos, con un juego de ajedrez. Hace el primer movimiento, mira un minuto al tablero y se dirige al próximo hombre con quien, quizás, juega otra partida. Aquí, de nuevo, hace su movimiento y pasa al tercer hombre, quien puede pedirle que componga un poema original en sánscrito sobre un tema dado, y selecciona la letra inicial o final para cada línea. Él medita profun-

damente y después dicta una línea que cumple con las condiciones. Del siguiente hombre debe memorizar una oración, palabra por palabra, pero el que dicta no ha pronunciado las palabras en el orden correcto, y con estas el pandit debe componer un verso en cualquier idioma, conocido o desconocido por él; recibe una palabra a la vez, la repite para hacerla familiar a su oído y la guarda en su memoria hasta que, terminada la sesión, debe repetir todo el verso con cada palabra restaurada en su propia secuencia. El siguiente hombre, quizás, toca una campana todas las veces que desea, y el pandit debe recordar y nombrar el total cuando hace su última ronda del ciclo. Después viene el hacer el «cuadrado mágico» de números en columnas, donde cada columna y cada fila se cruzan para sumar lo mismo. Entonces, con el siguiente hombre disputa sobre cualquiera de las proposiciones de las seis escuelas de filosofía hindú, el argumento y la demostración deben proceder por etapas según el vuelve a esa persona. Después, el siguiente vecino puede darle una gigantesca suma obtenida mediante la multiplicación o la división o de algún otro procedimiento de la aritmética, digamos una suma en la cual los factores serán cada uno de una docena de números. Y así hasta una extensión asombrosa que uno se siente asombrado y se pregunta si el cerebro humano es capaz de una actividad múltiple como esta. En la ocasión en cuestión H.P.B. dictó a nuestro Pandit el celebrado poema ruso dedicado al Volga, y yo algunas oraciones en español que aprendí cuando era niño, pero él las reprodujo correctamente al final del entretenimiento, cada palabra en su lugar. A las 10 de esa noche proseguimos en nuestros palanquines en nuestro viaje de retorno.

En la mañana habíamos cubierto treinta y una millas, con tres cambios de cargadores, llegando a la pequeña aldea de Baput, donde nuestros culíes portadores debían recibirnos, pero como no aparecieron hasta las 7 p.m. tuvimos que pasar el día lo mejor que

podimos y no continuamos hasta las 8:30 p.m. Esa noche hicimos un tramo de veintitrés millas, hasta que llegamos a Padaganjam y al canal. Un muy estimado amigo, el difunto Sr. Ramaswamy Naidu, Inspector Asistente de la Sal había enviado a sus criados para que nos prepararan una comfortable casa, en la cual pasamos el día esperando por su propia barca, que fue puesta a nuestra disposición. Esta llegó a las 2 p.m. con nuestros amigos los Sres. P. Iyaloo Naidu y L.V.V. Naidu («Doraswamy» para sus íntimos) y embarcamos a la salida del sol.

El viento del monzón era ahora contrario y nuestro barco tuvo que ser halado por nuestros culíes. ¡Pobres diablos! Pasaron mucho trabajo, pues el mercurio subió a 109° en la sombra al día siguiente y ninguno de nosotros sintió energía para hacer ningún trabajo, solo podíamos sentarnos perezosamente y sudar a chorros. Afortunadamente para los culíes, nos mantuvimos esperando casi todo el día en Ramapatnam por algunos candidatos a la membresía y no continuamos hasta la medianoche. Le siguió otro día espantosamente caluroso. Por la noche estuvimos detenidos varias horas por los obstinados barqueros, quienes se negaron a cruzar una ensenada del mar hasta que se acabara la marea. A las 3 a.m. salimos para ver cómo iban las cosas y encontramos al barco moviéndose lentamente por el agua, los culíes tirando de la cuerda en el sendero de remolque, y el serang (capitán) timoneando y canturreando. A las 6 llegamos a Mypaud donde amigos de Nellore nos aguardaban con carruajes, pero como íbamos a regresar a Madrás por tierra tomó tiempo para que empacáramos nuestro equipaje y no partimos hasta las 8; para esta hora el calor era sofocante. Los pobres yanadhis parecían estar francamente acabados, pero así y todo llegamos a Mellore a las 11, agradecidos por el refugio de la casa señorial, con sus gruesas paredes, techo de terrazas de ladrillo y amplias verandas, que mantenían las habitaciones en penumbras y comparativamen-

te frescas.

Un gran pandit brahmán de la escuela vedantina vino a vernos esa noche, evidentemente con el único objeto de mostrarnos nuestra ignorancia, pero de nosotros, dos viejos compañeros, y especialmente en H.P.B. con su ingenio y sarcasmo, obtuvo más de lo que esperaba y en un par de horas fuimos capaces de exponer a los presentes su intenso egoísmo, vanidad y fanáticos prejuicios. Nuestra victoria nos costó algo, sin embargo, pues veo un post scriptum en mi diario en cuanto a que consecuentemente se mostró como «nuestro activo enemigo». Buena suerte para él y el noble ejército de nuestros «enemigos», su odio nunca les trajo el menor bien ni a la Sociedad el menor daño: nuestra barca no zarpa gracias al viento de la aprobación.

Diecisiete cartas, tres artículos para el *Theosophist*, y la lectura de un cúmulo de periódicos me mantuvieron muy ocupado el día siguiente hasta la noche, donde conferencí sobre «La Sabiduría Aria». El que le siguió fue igual, y el otro, hasta que nosotros – a las 5 p.m.- tomamos carruajes de bueyes para Tiruppati, a setenta y ocho millas de distancia, y para la siguiente estación del Ferrocarril de Madrás. En esa temperatura abrasadora fue un viaje caluroso y tedioso, pero terminó al final, y así también nuestro tiempo de espera de doce horas por un tren, y el viaje en ferrocarril a Madrás, adonde llegamos en tiempo y fuimos recibidos y escoltados por amigos a nuestro antiguo bungalow.

En mis viajes por India y Ceilán he estado observando los lugares, gentes y climas, con la intención de seleccionar el mejor lugar para los Cuarteles Generales permanentes de la Sociedad. Ofertas liberales de casas, libres de renta, se nos habían hecho en Ceilán y ciertamente, la isla presenta la apariencia más encantadora para el que busca un hogar asiático; pero varias consideraciones, tales como el aislamiento de la India, el costo del franqueo postal, y el



Rosaleda y bungalow oriental en Adyar.

retrasado estado intelectual de la población en general, pesaron más que sus encantos y nos llevaron a preferir la India. Hasta el día de los hechos, sin embargo, ninguna buena propiedad se nos había ofrecido y no habíamos hecho planes definitivos. El 31 de mayo, sin embargo, los hijos del Juez Muttuswamy nos solicitaron que fuéramos a ver una propiedad barata. Nos llevaron a Adyar y a la primera mirada supimos que habíamos encontrado nuestro hogar futuro. El edificio palaciego, sus dos más chicos bungalows en la ribera, sus establos de ladrillo y mortero, cocheras, godowns (almacenes) y baño, su avenida de viejos árboles de mango y banianos y su gran plantación de casuarinas (una de las coníferas) hacían una encantadora residencia campestre, mientras que el precio solicitado –Rs. 9.000, o cerca de £ 600– era tan modesto, de hecho, muy nominal, como para hacer factible el proceso de su compra, incluso para nosotros. Nos decidimos a tomarla, y a su debido tiempo esto se efectuó con la noble ayuda de P. Iyaloo Naidu y el Juez Muttuswamy Chetty, el primero de los cuales adelantó una parte del dinero y el otro aseguró el préstamo del resto, en términos muy favorables. Al momento se publicó un llamado de suscripción, y al año siguiente tuve la satisfacción de ser capaz de pagarlo todo y recibí el título de propiedad. Lo barato del precio se debe al hecho de que la apertura de la línea férrea a los pies de las colinas Nilgiri hizo que el adorable sanatorio de Ootacamund quedara a un día de Madrás, a caballo, lo cual provocó que los altos funcionarios pasaran allí la mitad del año, y pusieran en el mercado sus grandes bungalows de Madrás, sin postores. Lo que pagué por «Huddleston's Gardens» fue más o menos el precio de los viejos materiales si los edificios se hubieran derribado. De hecho, esto fue lo que hubiera pasado si no hubiéramos aparecido como compradores justo cuando lo hicimos. Nos detuvimos una semana más en Madrás, durante la cual conferencié dos veces y fueron admitidos nuevos miembros, y el 6 de junio tomamos el tren para Bombay. Nos despidieron más de cincuenta

amigos, con ofrendas de flores, y nos rogaron que apresuráramos el regreso para ocupar nuestra residencia permanente entre ellos. A las 11 a.m. del día 8 llegamos a Bombay, y encontramos a muchos amigos reunidos para recibirnos y acompañarnos hasta la casa.

La gente habla con ligereza de Madrás como «La Oscura Presidencia» y como insoportablemente calurosa. El hecho es, sin embargo, que con respecto al clima lo prefiero antes que a otros, y en cuanto a la literatura sánscrita y la filosofía aria es la más ilustrada de las Presidencias indias; hay más pandits instruidos en las aldeas, y la clase educada, como un todo, ha sido menos afectada por la educación occidental. En Bengala y Bombay hay más *litterateurs* de la clase de Telang y Bhandarkar, pero no puedo recordar uno igual a T. Subba Row, de Madrás, por su genio brillante para comprender el espíritu de la Sabiduría Antigua. Y que viviera en Madrás fue una de las causas para fijar en esa ciudad de Presidencia nuestra residencia oficial. Aunque ya está muerto, nunca lamentamos nuestra selección, pues Adyar es una especie de paraíso.





CAPÍTULO XXIV

DE BARODA A CEILÁN Y LA CURACIÓN DE ENFERMOS ALLÍ

Una de las tempestades morales que nos sobrevinieron en aquellos días fue el maligno ataque contra nosotros de Swami Dayanand Saraswati, en marzo, 1882, y veo en mi diario que mi primer trabajo después de nuestro regreso a Bombay fue la preparación de nuestra defensa. Apareció en el *Theosophist* de julio, como un suplemento de 18 páginas y creo que debió haber sido tolerablemente convincente, pues sus hechos nunca fueron refutados por el Swami o sus seguidores. Entre las pruebas estaba el facsímil de su documento como apoderado que me facultaba para otorgar su voto como miembro del consejo en sus reuniones. Había negado su membresía a la sociedad y afirmaba que habíamos utilizado sin permiso su nombre como Consejero, ¡estigmatizando nuestra conducta como taimada y falta de principios! ¡Cuántos otros cargos, insinuaciones, calumnias y ataques literarios igualmente sin fundamento han estado circulando contra la Sociedad y sus dirigentes, desde su fundación hasta el día presente, y en qué total olvido han caído felizmente!

En junio, 1882, H.P.B. y yo aceptamos una invitación para visitar

Baroda, la floreciente capital de S.A. el Gaikwar (NOTA: Título del príncipe reinante de Baroda.—*El Traductor*. FINAL NOTA). El Juez Gadgil, M.T.S., y otros altos funcionarios (*Durbaris*, es su nombre en todos los estados nativos) nos recibió en la estación y nos llevó a un bungalow adosado al nuevo y espléndido palacio de Su Alteza. Recibimos tantos visitantes como lo usual en nuestros viajes, lo que quiere decir que nuestra sala de recepción estuvo atestada de curiosos día y noche. El Gaikwar celebraba un durbar ese día y fui invitado a este, más tarde hablé sobre Teosofía con Su Alteza durante tres horas o más. Tenía grandes esperanzas entonces de encontrar en él a nuestro amigo más leal entre los príncipes indios. Era joven y muy patriota, lo cual, en la India, significa tener un ardiente amor por su religión ancestral y ser amable con todos sus amigos. Su vida privada era pura y sus objetivos, elevados, en fuerte contraste con aquellos de la mayoría de su clase, quienes están, como regla, corrompidos por las influencias infernales de sus cortes. Su marcada y amable manera hacia mí me ofrecía más razones para mi esperanza, pero nos decepcionamos: su tutor inglés lo convirtió en una bizarra suerte de materialista, los asuntos de estado lo habían extenuado y aunque hablaba mucho de teosofía, no era teósofo ni en sus creencias ni su práctica. Al mismo tiempo, es un hombre de gran energía y habilidad, y su vida ha sido completamente pura. Su Dewan, o Primer Ministro, en la época de nuestra visita, era el Raja Sir T.Madhava Row, K.C.S.I., cuya conspicua habilidad como hombre de estado ha sido destacada por el *Times*. Era un hombre apuesto, de apariencia distinguida y maneras corteses, y un objeto pintoresco cuando se vestía con su traje de corte. Con nosotros fue amable y simpático, habló inteligentemente sobre asuntos filosóficos y le pidió a H.P.B. tales pruebas fenoménicas de sus supuestos poderes supra físicos que le convencieran de la solidez de las bases de nuestra teoría de la naturaleza dual del hombre. No obtuvo más que unos pocos golpeteos sobre mesas y sonidos de campanillas

en el aire, pero sí las recibió su Naib o Asistente del Dewan. Este caballero, ya fallecido, era uno de aquellos graduados de la Universidad de Bombay, altamente educados e intelectualmente dotados, que habían dejado su brillante impronta en la historia contemporánea de la India. El Sr. Kirtane era un viejo amigo y camarada de colegio del Juez Gadgil, quien ardientemente aspiraba a que entrara en nuestra Sociedad y ayudara a formar una rama local. Pero el primero, aunque era piadoso y más bien inclinado hacia el misticismo, era un escéptico como su jefe, Sir T., sobre el desarrollo en nuestros tiempos de los poderes yóguicos, y nos miraba de reojo por nuestras declaraciones afirmativas. Sir T. Madhava Row era más un hombre de estado que un erudito, y nada de un místico; el Sr. Kirtane era más de lo segundo y lo tercero que de lo primero. Pero obtuvo las pruebas del Dewan Sahib. Sucedió de esta manera, según lo recuerdo ahora. Yo había salido para ver al Gaikwar y a mi regreso encontré a Kirtane y Gadsgilk parados en el umbral de la puerta abierta de H.P.B. mientras ella estaba en el medio de la habitación con su espalda vuelta hacia nosotros. Nuestros dos amigos me pidieron que no entrara, pues Madame B. estaba realizando un fenómeno y los acababa de enviar a la veranda, donde yo los había encontrado. Un minuto después ella vino hacia nosotros, y tomando una hoja de papel de la mesa, le pidió al caballero que la marcara como signo de identificación. Recibiéndola de vuelta, dijo: «Ahora volvedme en la dirección de su residencia». Así lo hicieron. Ella colocó entonces el papel entre las palmas de sus manos (horizontalmente), estuvo sin moverse un momento y entonces nos lo entregó y fue a sentarse. Gritos de asombro salieron de los dos durbaris al ver sobre la que un momento antes era una limpia hoja de papel, una carta dirigida a mí en la letra y que llevaba la firma del entonces Residente Británico en esa corte. Era una caligrafía muy peculiar y pequeña y la firma más como un pequeño entrelazado que el nombre de una persona. Entonces me contaron su historia. Parece que

estaban pidiéndole a H.P.B. que explicara científicamente el proceso de precipitar sobre papel, tela o cualquier otra superficie, una pintura o escritura, entonces invisible al observador y sin la ayuda de tinta, pinturas, pinceles u otros agentes mecánicos. Ella les contó lo mismo que yo he explicado en mi primer volumen de HOJAS DE UN VIEJO DIARIO, con relación a sus precipitaciones de Nueva York de los retratos del yogui y de M.A. Oxon, la caligrafía del último y otros fenómenos. Ella explicó que, puesto que las imágenes de todos los objetos e incidentes están almacenadas en la Luz Astral, no se requería que hubiera visto a la persona o que hubiera conocido su forma de escribir, cuya imagen deseaba precipitar. Solo tenía que seguir el rastro, poder encontrarlos y verlos por ella misma y después objetivarlos. Perentoriamente le pidieron que lo hiciera para ellos. «Está bien», dijo finalmente, «decidme el nombre de algún hombre o mujer muy hostil a la Sociedad Teosófica, alguien a quien ni Olcott ni yo pudiéramos haber conocido jamás». Al instante mencionaron al Sr...., el Residente Británico, quien nos profesaba a nosotros y a nuestra Sociedad un odio especial, quien nunca perdía la oportunidad de decir cosas desagradables sobre nosotros y que había advertido al Gaikwar de que no nos invitara a H.P.B. ni a mí a su entronización, como este había pretendido por sugerencia del Juez Gadgil. Ellos pensaron que esto iba a ser difícil. Que no lo fue, lo demostró la secuela. Yo pensé que estallarían de risa cuando leyeran el contenido de la nota. Estaba dirigida a «Mi querido Coronel Olcott», solicitaba mi perdón por las malignas cosas que había dicho en contra nuestra, me solicitaba que lo registrara como subscriptor a nuestra «mundialmente reconocida revista, el *Theosophist*» y decía que deseaba hacerse miembro de la Sociedad Teosófica: estaba firmada «Suyo sinceramente» y con su nombre. Ella nunca había visto una línea de la letra del caballero, nunca lo había conocido personalmente y la nota fue precipitada en aquella hoja de papel, sostenida entre sus manos mientras estaba

en el centro de la habitación, a plena luz del día, con nosotros tres como testigos.

Rara vez he enfrentado a un público más brillante que el que asistió a mi primera conferencia sobre teosofía en Baroda. Sucedió en el hermosísimo Marriage Hall, donde se casan los miembros de la familia real de Baroda. Estaban presentes el Gaikwar, su primer ministro y todos los nobles y funcionarios del estado que entendían inglés junto con el Residente Británico y su plana mayor, y al final fue propuesto un voto de agradecimiento por parte de un durbari musulmán, quien después se convirtió en Dewan. Su discurso me sorprendió por ser una gema de pura retórica inglesa y fina cortesía. Fue a la vez instructivo y divertido escuchar sus cumplidos, pues yo conocía que el orador era un total infiel, que no creía en ninguna religión con excepción de aquella de «sigue adelante»; ¡no tenía fe en nosotros y su actuación fue una inteligente hazaña de cargar agua en ambos hombros simultáneamente!

Una segunda lectura sobre «Ciencia e Hinduismo» siguió al día siguiente, en el mismo lugar, ante el mismo público resplandeciente. Esa noche ganamos un muy valioso colega en el Dr. Balchandra, Funcionario Médico Principal de Baroda, quien es uno de los hombres más intelectuales y mejor educados de la India. Creo que fue por su beneficio especial que H.P.B., esa noche, leyó el contenido de un telegrama en su sobre sellado antes de que fuera abierto. También hizo sonar sus campanillas atmosféricas y al día siguiente accedió a la petición del Gaikwar de realizar algunos golpeteos de mesa durante el transcurso de una larga entrevista que él deseaba.

De Baroda continuamos hasta Wadhwan para ver a nuestro amigo el reinante Thakore Sahib (**NOTA: Título utilizado por los gobernantes de varios estados principescos de la India.—El Traductor: FINAL NOTA**). Después regresamos a Bombay y dividimos el trabajo entre los dos, ocupándome yo de los asuntos editoriales

para el próximo *Theosophist*, y ella al borde de la apoplejía, pues veo en una entrada del 28 de junio que «H.P.B. está amenazada por la apoplejía, por lo que mi partida para Ceilán se pospone otra vez». En su momento recuperó su salud normal, habiendo pasado entre tanto por una crisis de extrema irritabilidad, en la cual hizo las cosas difíciles para todos nosotros. Finalmente zarpé el 15 de julio y dejo al lector que imagine cuan encantado debo de haber estado en el vapor de la P. and O. cuando se registra que el monzón había estallado hacía quince días, que el barco se bamboleaba como un loco en el mar irritado y que viajaba con tanta carga que todos los camarotes de la segunda clase, salvo los tres o cuatro que ocupábamos, estaban repletos de madera de sándalo, cebollas y madera de regaliz, mezclando sus diversos olores con el del aceite caliente del motor y el fétido olor de colchones de algodón mojados. Escribo esto como mi peor episodio en travesías por el océano.

Regresaba a la isla después de una ausencia de medio año para proseguir con la propaganda educativa. Mi primera impresión fue de lo más desalentadora. Parecía como si la vida hubiera abandonado a las ramas y a los miembros cuando partí para Bombay y solo Rs. 100 de las subscripciones aun sin pagar –unas Rs. 13.000– se habían recaudado. Del dinero del fondo de confianza, se habían gastado Rs. 243 para gastos ordinarios, y junto con este Rs. 60 pertenecientes al Fondo del Catecismo Budista. Se ofrecieron miserables excusas, y tuve que aceptarlas al no poder hacer nada al respecto. No quedaba otra cosa sino comenzar a trabajar otra vez, volver a insuflar vida a todo, borrar la historia de medio año de pereza y poner la maquinaria en movimiento. Así que comencé con el Gran Sacerdote y con Megittuwatte y organicé algunas conferencias que el comité me había pedido que ofreciera en Colombo. Después, en la reunión de una rama, expliqué el sistema de impuestos voluntarios adoptado por algunos buenos cristianos, por el cual a veces

el diez por ciento de sus ingresos se aparta para obras religiosas o de caridad, yo había visto a mi padre y a otros piadosos caballeros cristianos hacer esto como un asunto de conciencia, entonces leí un memorando en el cual demostraba que lo que ellos, nuestros mártires de Colombo habían dado y gastado por este movimiento de renacimiento budista, llegaba a $\frac{3}{4}$ del 1 por ciento de sus ingresos: esto era fácil de hacer, pues muchos de ellos eran sirvientes del gobierno y recibían salarios fijos. Dejé que ellos mismos sacaran las conclusiones.

Se ofrecieron las conferencias de la ciudad y el 27 de julio la S.T. de Colombo celebró su aniversario con una cena. Nuestro salón estaba decorado con flores, hojas verdes y ramilletes, a la manera de buen gusto en la cual sobresalen los singaleses. En la pared del fondo estaba el dibujo de unas manos, una blanca y la otra negra, cerradas bajo la palabra «Fraternidad» y en los otros lados se leía la siguiente declaración condensada de la Ley del Karma: «No puedes anular el pasado. El presente es tuyo. El futuro será el que construyas». Al día siguiente continué hacia Galle para comenzar mi gira en esa provincia.

Mi primer discurso público fue en Dondera, el punto más sureño de la isla. Celebré mi cumpleaños cincuenta en Galle inmerso en trabajo literario y en una retrospectiva mental de mi pasada vida, en la cual más de la mitad había estado dedicada al trabajo por el público. El conocimiento de que no volvería a ver otro aniversario de medio siglo, solo fortaleció mi determinación de lograr tanto por la Teosofía como fuera posible en los días que tuviera disponibles.

No sobrecargaré mis recuentos con las notas sobre las diversas aldeas que fueron visitadas, ni de la suma suscrita al fondo budista. El 9 de agosto, sin embargo, ofrecí una conferencia en Wijananda Vijara, donde H.P.B. y yo tomamos públicamente los pansils (NOTA: Votos budistas.—*El Traductor*: FINAL NOTA) por vez

primera y así nos proclamamos budistas, en el año 1880. Mi neutralidad con respecto a las diferencias de casta y secta me hacía bienvenido por todos, y pasé de vihara a vihara, ahora dirigiéndome a un público de willallas, después a otro de la casta de pescadores, seguidamente a uno de la gran casta de peladores de canela; en cada ocasión recogía dinero para el objetivo común. La reunión en Kelagana Junction fue pintoresca y radiante con las brillantes sombras del verde peculiares al Ceilán tropical. Mi tribuna estaba formada por grandes mesas y sobre esta, una pequeña tribuna y tres sillas, dos de las cuales estaban ocupadas por la misma cantidad de monjes con túnicas amarillas, la tercera por mí mismo. Fue bajo la espesa sombra de un árbol del pan. Se había celebrado una gran procesión con banderas, estandartes, y tam-tams, telas de colores brillantes colgaban en los frentes de las casas y a través de las calles, y no se avizoraba un fin para los saludos y los gritos, pero como se destaca en mi diario, fue «mucha gloria pero poco efectivo para el fondo». La recaudación fue solo de Rs. 42.77 y no sorprende que yo haya agregado en mi nota la palabra «¡Farsa!». Sucedió lo mismo al día siguiente, cuando solo se subscribieron Rs. 50, y yo resumí la experiencia con las palabras: «Procesión y pamplinas». Las cosas continuaron día tras día con diverso éxito, pero en todas partes con mucha buena voluntad y amabilidad. Es un pueblo adorable, el singalés, y sus gentes pretenden hacer todo lo que pueden de acuerdo a sus luces. Estuve en Colombo el 24 de agosto para asistir a la boda de uno de nuestros mejores trabajadores con la hermana de nuestro primer amigo singalés, J.R. De Silva. La ceremonia constituía solamente en la firma del contrato civil y el intercambio de compromisos en la oficina del Registro Gubernamental de Matrimonios, no habiendo llegado aún el momento de nuestro Registro Budista y la modificada ceremonia antigua ahora usada en este. La casa del Sr. De Silva estaba ricamente decorada por él mismo con lechada y la convirtió en un entramado de verdor. Fuimos en una procesión de

carruajes hasta la oficina de registro con la pareja nupcial y la escoltamos de vuelta hasta la casa de la novia, después hubo un refrigerio y a las 5 p.m. todos fuimos en tren hasta su futura residencia, en la aldea de Morutuwa. Aquí se formó una procesión a pie, con la pareja de recién casados al frente, junto a la banda, la novia cubierta por su velo, vestido blanco y zapatillas de raso. Toda la aldea vibraba de vitalidad, ardían luces azules, estallaban cohetes y candelas romanas, la banda de voluntarios tocaba excelente música. Pero cuando nos acercamos a la casa encontramos un puente que cruzar, la música cesó y la procesión se movió en silencio. Me pareció un grupo de fantasmas moviéndose sin ruido e iluminados por la luna. Se sirvió una buena cena en una gran estructura cubierta con hojas de palma, especialmente levantada, y hubo brindis en honor de todo el que lo mereciera hasta media hora antes de la medianoche, cuando regresamos a la ciudad en un tren especial. Una conferencia con Summangala Thero y Hiyeyentaduwe, su Asistente Principal de la Universidad, sobre una serie de preguntas y respuestas que yo había bosquejado para una nueva edición del *Catecismo Budista*, ocupó el día siguiente, después regresé a Galle y al trabajo de mi gira.

Un incidente ocurrió el 29 de agosto, en China Garden, un barrio de Galle, que se ha convertido en parte de la historia de Ceilán. Después de mi conferencia, la planilla de subscripción fue colocada sobre una mesa y la gente venía por turnos para subscribirse. Un hombre llamado Cornelis Appu me fue presentado por el Ser. Jayasakere, el Presidente de la Rama, y subscribió la suma de media rupia, disculpando lo pequeño de la cantidad por estar totalmente paralizado de un brazo y parcialmente de una pierna desde hacía ocho años y por lo tanto incapacitado para para ganarse la vida. Pero ahora en Colombo, a mi arribo desde Bombay, el Gran Sacerdote me había dicho que los católicos romanos habían hecho sus arreglos para convertir el pozo de la casa de un católico, cerca

de Kelanie, en un santuario de sanación, al estilo de Lourdes. Ya se había reportado la cura milagrosa de un hombre, pero al investigarla resultó ser una farsa. Le dije al Gran Sacerdote que esto era un asunto serio y que debería ocuparse de él. Si comenzaban con la sugestión hipnótica, pronto habría curas reales y habría una ráfaga de budistas ignorantes dirigiéndose hacia el catolicismo. «¿Qué puedo hacer?» dijo. «Bueno, debe usted ponerse a trabajar, usted u otro bien conocido monje, y curar a las personas en el nombre del Señor Buda». «Pero no podemos hacerlo, no sabemos nada sobre esas cosas», respondió. «De cualquier manera debe hacerse», dije. Cuando este semi-paralítico hombre de Galle me hablaba de su sufrimiento, algo pareció decirme: «¡Aquí está tu oportunidad gracias al pozo santo!». Yo había estudiado todo sobre el mesmerismo y la sanación mesmérica durante treinta años, aunque nunca la había practicado, salvo para hacer algunos experimentos necesarios al principio, pero ahora, movido por un sentimiento de simpatía (sin el cual el sanador no tiene el poder de curación para curar radicalmente), hice algunos pases sobre su brazo, y dije que esperaba que pudiera sentirse mejor gracias a este. Después se marchó. Esa noche estaba conversando con mis colegas de Galle en mi alojamiento junto al mar, cuando el paralítico entró cojeando y excusó su interrupción diciendo que se sentía mucho mejor y que venía a darme las gracias. Estas inesperadas buenas noticias me alentaron a ir más lejos, por lo que traté su brazo durante un cuarto de hora y le pedí que regresara en la mañana. Debo mencionar que nadie en Ceilán sabía que yo poseía o que alguna vez había ejercitado el poder de sanar a los enfermos, ni me imagino que alguien lo tuviera, por lo que la teoría de la sugestión hipnótica o la de alucinación colectiva, difícilmente se aplique a este caso, ciertamente no en esta etapa del mismo.

Volvió en la mañana ansioso de adorarme como algo súper-hu-

mano por lo mucho mejor que se sentía. Lo traté otra vez y durante los días sucesivos hasta el cuarto, cuando ya podía girar su brazo baldado sobre su cabeza, abrir y cerrar su mano y agarrar y manipular objetos tan bien como antes. En los cuatro días siguientes era capaz de firmar con su nombre con la mano curada en una declaración sobre el caso para su publicación, era esta la primera vez en nueve años en que había sostenido una pluma. Yo también había estado tratando su costado y su pierna, y después de un día o dos podía saltar con los dos pies, dar brincos con el pie paralizado, patear alto contra la pared con los dos y correr libremente. Como un fósforo aplicado a la paja, las noticias se esparcieron a través de la ciudad y el distrito. Cornelis trajo a un amigo paralítico, a quien curé, después vinieron otros, primero dos y tres, después por docenas, y en una semana más o menos mi casa estaba sitiada por personas enfermas desde el amanecer hasta tarde en la noche, todos reclamando la imposición de mis manos. Al final se hicieron tan inoportunos que yo no tenía idea sobre como disponer de ellos. Desde luego, con el rápido crecimiento de la confianza en mí mismo el poder magnético se multiplicaba enormemente y para lo que yo había necesitado días con un paciente, al principio, ahora se podía lograr en media hora. Un aspecto muy desagradable del asunto era la egoísta falta de consideración de la multitud. Me asediaban hasta en mi dormitorio antes de que estuviera vestido, seguían cada una de mis pisadas, no me daban tiempo para comer y continuaban presionándome, sin importar lo cansado o agotado que pudiera estar. Yo trabajaba firmemente durante cuatro o cinco horas, hasta que sentía que ya no tenía nada en mí, entonces salía por media hora y me bañaba en el agua salada de la bahía, justo detrás de la casa, entonces sentía las corrientes de fresca vitalidad entrando y reforzando mi cuerpo, regresaba y retomaba la sanación, hasta media tarde, cuando ya no podía más y tenía que sacar a la multitud de la casa. Mis habitaciones estaban en el piso superior –un tramo de escaleras hacia arriba–

y la mayoría de los casos graves tenían que ser llevados por amigos y colocados a mis pies. Los he tenido totalmente paráliticos, con sus brazos y piernas contraídos por lo que el hombre o la mujer se parecía más a la retorcida raíz de un árbol que a otra cosa, y a veces sucedió que después de uno o dos tratamientos de media hora cada uno, hice que estas personas enderezaran sus miembros y caminaran. A un lado de la ancha veranda que rodeaba la casa lo bauticé «el hipódromo de los lisiados», pues yo solía reunir dos o tres de aquellos casos peores y los obligaba a correr uno junto al otro toda la longitud de ese lado. Ellos y la multitud de observadores solían reír con este chiste y se maravillaban al mismo tiempo, pero yo tenía un propósito con esto, que era impartirles a ellos la misma confianza resuelta que yo sentía en la efectividad del remedio, para que así las curas fueran radicales. Muy recientemente, estando en Ceilán de camino a Londres, me encontré con uno de mis pacientes graves de aquellos días, a quien había curado de parálisis total, y le pedí que le contara a los presentes lo que yo había hecho por él. Dijo que había estado confinado en su cama durante meses en un estado completamente sin esperanzas, sus brazos y piernas paralizados e inútiles. Había sido llevado escaleras arriba hacia mí. Lo había tratado media hora el primer día, y quince o veinte minutos el siguiente. Lo había curado tan efectivamente que en los siguientes catorce años su enfermedad no había retornado. Imaginad el placer que debió resultar para mí el haber aliviado a tantos sufrientes, y en muchos casos restaurar a los inválidos todas las alegrías de la buena salud y todas las actividades de la vida.

Veo que al primer paciente que Cornelis me trajo después que fue curado, tenía paralizados los dedos de su mano derecha y los tenía tan cerrados que parecían tan recios como la madera. Había estado así durante dos años y medio. En cinco minutos a la mano se le restauró su flexibilidad. Al día siguiente regresó con su mano en

perfecto estado, pero con los dedos de su pie derecho contraídos. Lo llevé a mi cuarto y lo dejé como nuevo en un cuarto de hora. Este tipo de cosas continuó incluso en las aldeas campesinas en mis rutas a través de la Provincia del Sur. Yo llegaba a mi lugar de parada en mi carreta de viaje y encontraba pacientes esperándome en las verandas, el césped, y en todo tipo de vehículos, como carretas, vagonetas, vehículos de mano, palanquines, y sillas llevadas sobre varas de bambú. Una anciana enferma (¡cuánto, en verdad!) con la lengua paralizada, fue curada; el codo, la muñeca y los dedos de un niño fueron liberados; una mujer deformada por reumatismo inflamatorio se curó. En Sandravela, una mujer pordiosera con la espalda encorvada durante ocho años me entregó un cuarto de rupia (cerca de 4 d.) para el Fondo. Cuando supe de qué sufría, curé su columna y la hice caminar erecta.

Baddegama es un conocido centro de actividad misionera y – hasta donde podía ser de mi interés y del budismo en general – de malevolencia. Fue la vista de este hermoso paisaje – se dice – lo que sugirió al Obispo Heber el primer verso de su inmortal Himno Misionero. Hubo amenazas de que los misioneros iban a atacarme en mi conferencia allí, y los budistas naturalmente se aglomeraron para escucharme. Algunos de nuestros miembros vinieron desde Galle, y vi allí nada más y nada menos que a Cornelis Appu, *quien había caminado todas las doce millas*. ¡No había dudas, pues, en cuanto a su curación! Los gentiles misioneros llamaron la atención por su ausencia, y yo tuve al enorme público solo para mí.

Me divertió un caso que llegó a mis manos en el pequeño villorrio de Agaliya. Una anciana y arrugada mujer nativa, de setenta y dos años de edad, había recibido la patada de una búfala cuando la ordeñaba unos veinte años atrás, tenía que caminar con un bastón y no se podía mantener en posición erecta. Era una vieja y cómica criatura, y se rió francamente cuando le dije que la haría bailar. Pero

después de solo diez minutos de pases por su columna vertebral y miembros estaba como nueva, tomé su mano, lancé lejos su bastón y la hice correr conmigo por el prado. Mi siguiente paciente fue un niño de siete años, que no podía cerrar las manos, debido a la constricción de los tendones. Lo curé en cinco minutos y fue directo adonde el desayuno estaba listo para la familia, se puso a comer arroz con su mano derecha, ahora completamente bien.

En su momento regresé a los Cuarteles Generales de Galle, donde había que padecer una segunda persecución por parte de los enfermos. He registrado un incidente que muestra el espíritu poco compasivo y egoísta que muestran algunos de la profesión médica –no todos, felizmente– con respecto a la curación de pacientes realizadas por personas que no cobran, pues recordad, nunca tomé un cuarto de penique por todas estas curas.

Varios de los antiguos pacientes del Hospital General de Galle, que habían sido dados de alta como incurables, vinieron a mí y recobraron su salud, y naturalmente gritaron las noticias desde los techos de las casas, por así decir. La profesión médica no podía mantenerse ciega o indiferente ante tal cosa y un día mis acciones con mis pacientes fueron inspeccionadas por uno de los cirujanos civiles del distrito. Ese día 100 pacientes se presentaron y yo traté veintitrés, logrando, según veo en las notas, algunas curas milagrosas. El Dr. K. reconoció a uno de los hombres, me lo trajo con la observación de que había sido pronunciado incurable después de que habían fracasado todo tipo de tratamientos y quería ver qué podía hacer yo. Lo que hice fue permitirle al hombre caminar sin el bastón, por primera vez en diez años. El doctor franca y generosamente admitió la eficacia del tratamiento mesmérico y se quedó junto a mí todo el día, ayudándome a diagnosticar y haciendo los deberes de un asistente de hospital. Estábamos mutuamente complacidos, y al despedirnos se acordó que el vendría al día siguiente

después del desayuno para ayudarme en todo lo que pudiera. Él mismo sufría de un tobillo o de algo en su pie, he olvidado qué, lo cual alivié. Al día siguiente ni vino ni envió noticia. El misterio quedó explicado por una nota que le escribió al amigo común que me lo había presentado. Parece que, al dejarme, lleno de entusiasmo por todo lo que había visto –como lo estaría cualquier joven de mente abierta y no prejuiciado– fue directamente al Médico Jefe y dio parte. Su superior escuchó fríamente y cuando terminó, me dirigió la sentencia de excomuniación mayor y menor. Yo era un charlatán, esta pretendida sanación una estafa, los pacientes habían sido pagados para mentir, y al joven doctor se le prohibió que tuviera nada que ver conmigo o con mis trucos por dinero. Para afirmar sus argumentos, le advertió que, si persistía en no obedecer sus órdenes, correría el riesgo de perder su nombramiento. ¡Y si descubría que yo cobraba alguna tarifa me acusaría ante la ley por practicar medicina sin licencia! Así, mi antiguo asistente y admirador, olvidadizo de su deber de perfeccionarse en al arte de la sanación, de las principales exigencias de la Verdad y la lealtad, de su dedicación profesional a la ciencia, de todo lo que me había visto hacer y de su promesa de lo que él mismo podría hacer en su momento, ni siquiera recordando su aliviado pie, ni las exigencias de la cortesía para aquellos que hacen compromisos y deben mantenerlos, no vino al día siguiente ni me envió una nota de disculpa. Lo siento por él, porque todas sus perspectivas futuras en el servicio gubernamental estaban en juego; al mismo tiempo me temo que no lo respeté como lo hubiera hecho si con hombría se hubiera manifestado contra esta lamentable y asquerosa esclavitud profesional, esta oblicuidad moral que prefiere que la humanidad permanezca sin cura a menos que sea sanada por médicos ortodoxos, en una atmósfera de santidad e infalibilidad médica. La adquisición del poder de aliviar el sufrimiento físico por procesos mesméricos es tan fácil que, en noventa y nueve casos de cien, será la propia falta si esta no puede ser desa-

rrollada, pero pienso que es un asunto muy importante como para plantearlo al final de un capítulo, por lo que dejémoslo estar por el momento.





CAPÍTULO XXV

POSIBLE DESCUBRIMIENTO DEL SECRETO DE LA CURACIÓN PSICOPÁTICA

Los asiáticos ciertamente han perfeccionado el arte de alimentar la vanidad de los hombres públicos, y su gente parece gustar de ello. Para nosotros los occidentales, sin embargo, tanto esplendor es una molestia y uno se encuentra siempre en dilemas donde tranquilamente hay que jugar el papel de víctima voluntaria, o mediante un grosero rechazo parecer a los amigos orientales una persona muy maleducada. Esto es a propósito de mi entrada en el diario del 3 de octubre, 1882, donde dice que ese día había cruzado un copioso río en Ceilán y camine una milla hasta el templo donde iba a ofrecer una conferencia sobre telas blancas esparcidas por todo el camino para mis eminentes pies, entre dos líneas continuas de hojas de palma y bajo un dosel blanco (*kodiya*) que entusiastas budistas portaban sobre duelas pintadas, sobre mi respetable cabeza. Al mismo tiempo, me perseguían paráliticos a lo largo del camino clamando por la imposición de mis manos. Yo podía haber prescindido de todo el *tamasha* (NOTA: Teatro, en hindi.—*El Traductor*: FINAL NOTA) sin la menor dificultad, pero la multitud no. Qué tonto se siente uno cuando, en lo alto de un engalanado elefante o llevado en una silla de manos abierta, medio

asfixiado por las gruesas guirnaldas de flores exuberantes y rodeado de miles que gritan, ve a un europeo parado en el borde del camino o en una veranda, mirando burlescamente como si uno fuera voluntariamente un charlatán de feria. Una de las cosas que hay que soportar es la conversación sobre el propio descaro, pues fácilmente se puede prever la circulación del relato por todo el lugar y los despreciativos comentarios que se harán sobre la humillación que se ha causado a la dignidad racial, cuando el corazón de uno está empeñado en hacer el bien a otros y se impacienta ante todo este espectáculo infantil. La lección más difícil para un hombre blanco en Asia es el comprender que las costumbres de su pueblo y aquellas de la oscura raza son absolutamente diferentes y que, si sueña con llevarse bien con la última, debe dejar a un lado todos los prejuicios y normas hereditarias de comportamiento y ser uno con ellos tanto en espíritu como en formas externas. Si los conquistadores ingleses de las naciones de piel oscura se pudieran dar cuenta y actuar sobre este principio, gobernarían mediante el amor en lugar de la habilidad y la fuerza. Ellos se hacen respetar y temer, pero ¿amar? nunca. Sin embargo, no van a cambiar su naturaleza para complacerme, por lo que pasaré al ejemplo mediante una experiencia que tuve en una pequeña aldea en el sur de Ceilán, durante el viaje que ahora estamos siguiendo, sobre la cuestión que traté en el último capítulo, el verdadero secreto de la psicopatía exitosa, o curación mesmérica.

El secreto en cuestión me fue revelado por una vivencia en una pequeña aldea en el sur de Ceilán, durante esta gira. Creo que fue en Pitiwella, a cinco millas de Galle, aunque no estoy seguro, por no haber registrado el caso aparte de los otros tratados el mismo día. Mi traductor, secretario y sirviente, junto con muchos otros testigos, serán capaces de recordar los hechos si se duda de mi palabra, así que no importa. Un hombre que sufría hemiplejía, o parálisis de un lado del cuerpo, me fue traído para tratamiento. Comencé

con su brazo, haciendo pases a lo largo de los nervios y músculos. En menos de media hora el brazo había recuperado su flexibilidad hasta el punto que podía girarlo alrededor de su cabeza, abrir y cerrar sus dedos a voluntad, agarrar y sostener incluso un alfiler y, de hecho, hacer lo que quisiera con la extremidad. Después –como había estado trabajando sin parar en casos similares durante varias horas y me sentía cansado– le pedí al comité que lo sentara y me otorgaran algún tiempo para descansar. Mientras fumaba una pipa, el comité me dijo que el paciente tenía una posición acomodada, había gastado Rs. 1.500 en médicos sin obtener alivio y que era una persona avara, bien conocida por su tacañería. Ahora bien, de todas las cosas que disgustan al ocultista, la codicia es una de las principales: es una pasión tan baja e innoble. Mis sentimientos sufrieron un cambio instantáneo hacia el paciente. A sugerencia mía los del comité le preguntaron cuanto había decidido dar al Fondo Nacional Budista para las escuelas. Él se lamentó de ser un hombre pobre y haber gastado mucho en doctores ¡pero que daría una rupia! Eso colmó la copa. Les pedí que le dijeran que, aunque había gastado Rs. 1.500 en vano, ahora tenía su brazo curado gratuitamente y que ahora podría gastar una suma igual para ver si los doctores iban a curar su pierna paralizada y que mejor guardara la rupia ofrecida para las escuelas budistas y pagara con ella a los doctores. Les pedí que se llevaran a la criatura y que nunca me dejaran verlo otra vez. Pero los del comité, todos de acuerdo, me pidieron que recordara mis principios, pues la mera mención del dinero seguramente sería malinterpretada y tergiversada por nuestros amargos oponentes que no podían afirmar que había tomado un centavo por mis curaciones, o que el Comité Budista las había utilizado como excusa para influenciar en las suscripciones. Así pues, después de un rato, tuve al paciente delante de mí y en otra media hora había liberado su pierna de su estado de parálisis, y despedí al hombre que partió caminado tan bien como cualquiera. Mi secretario obtuvo de él,

parece, un certificado de la cura y lo conservo entre los papeles relacionados con la gira por Ceilán.

El comité encargado de mi trabajo había organizado una serie de viajes continuos que tomarían cerca de una quincena cada uno, los cuales me devolvían cada vez a Galle, como punto central. Cuando este viaje en particular hubo terminado, estuve preguntando un día como les había ido a algunos pacientes cuyos casos me habían interesado más particularmente que el resto, y entre otros, mencioné el de este avaro. La respuesta me sorprendió mucho: el brazo, dijeron, permaneció curado, pero *la pierna había regresado a su estado paralítico*. Aunque no había leído sobre casos similares en los libros sobre mesmerismo, la razón apareció al momento, yo no había sentido una simpatía real por el hombre después de escuchar sobre su tacañería y por lo tanto mi aura vital no había vibrado a través de sus nervios, como sí había sucedido cuando se aplicó a los nervios de su brazo; hubo un momentáneo estímulo sanador seguido por un retorno al estado de parálisis de los nervios. En ambos casos yo tenía exactamente el mismo conocimiento de la ciencia y la misma medida de fuerza vital para transmitir, pero en el último, nada de ese sentimiento de simpatía e intención benevolente la cual, en el caso del brazo, resultó en cura permanente. Sé que algunos escritores de psicopatía, –entre ellos Younger, cuya obra (NOTA: *The Magnetic and Botanic Family Physician*, Londres, 1887. (E.W. Allen, Ed.). FINAL NOTA) apareció cinco años más tarde que mi experiencia en Ceilán– ha afirmado que «la simpatía es la clave de casi todas las fases del desarrollo del estado mesmérico» (*Op. Cit.*, p. 28), pero no recuerdo un ejemplo como el citado antes. El buen M. Deleuze, antiguamente del Jardín des Plantes, en París, cuyas *Instrucciones Prácticas en el Magnetismo Animal* es un clásico, y quien describe los métodos adecuados de tratamiento para varias enfermedades, no señala ningún caso como este, aunque nos dice que «el magne-

tismo es efectivo en todos los tipos de parálisis». Dice, sin embargo, que el operador sensitivo siempre reconocerá un cambio que ocurra en sí mismo cuando magnetiza. «Esta disposición se compone de una determinada intención, la cual expulsa todo tipo de distracción (quiere decir el vagar de los pensamientos, desde luego, un estado absolutamente obstructivo para el trabajo de la cura de enfermedad, como lo sé por mucha experiencia.-O.) sin que hagamos ningún esfuerzo, por *un intenso interés que el paciente inspira en nosotros y que nos atrae a este*, y de una confianza en nuestro poder, el cual no nos deja dudas sobre nuestro éxito el aliviarlo» (*Op. Cit.*, p. 203). Pero no cita ningún ejemplo para probar lo indispensable de la benevolencia simpática del intento, y estoy inclinado a pensar que mi caso es casi único. Se debe observar también, al leerlo de las autoridades que, aunque no sentía simpatía por mi paciente, restauré sin embargo la actividad funcional de su pierna, hasta ahora: Le hice caminar tan bien como nunca antes. Mi voluntad y habilidad fueron lo suficientemente poderosas para ello, pero al no estar movido por el tercer elemento, la compasión, sucedió una recaída después que había pasado el primer efecto de estimulación nerviosa. Me parece que esto también demuestra que la curación mesmérica no es necesariamente atribuible al ejercicio de la fe, sino más bien a la transfusión del aura vital al paciente, y su operación bajo diversas condiciones dentro de su sistema.

Este era el caso de un paciente quien, si hubiera estado movido por la fe en el caso de su brazo, debió haber sucedido lo mismo doblemente en el caso de su pierna, después que la parálisis había sido eliminada del primero; estaban presentes varios espectadores cuyas mentes y demostraciones exteriores de creencia hubieran seguido la misma regla; y finalmente, estaba yo, ejerciendo idéntico poder y aplicando el mismo conocimiento técnico en ambos casos, y si usted escoge considerarlo así, haciendo silenciosamente la misma

sugestión de posible cura, pero curando el brazo y no logrando curar permanentemente la pierna. Es una importante evidencia en la cuestión de la ciencia psicopática, y vale la pena mantenerla en mente. Puedo concebir que no se puedan aplicar las teorías ya sea de la escuela de hipnotismo de La Salpêtrière o de la de Nancy a los casos como los anteriores; son casos aparte y explicables solo por la teoría de la transfusión vital del operador al paciente. El caso se vuelve más intenso cuando uno reflexiona que yo estaba operando sobre y en presencia de singaleses, que no sabían nada de nuestras teorías y de los resultados mesméricos occidentales, para quienes todo el asunto era un desconcertante misterio y quienes, por consiguiente, no estaban en condiciones mentales de sugestionar algo hipnóticamente al paciente. Los MM. Binet y Feré, en su obra académica sobre *Magnetismo Animal* (International Scientific Series, vol. lx, p. 178 *et seq.*), definen la sugestión hipnótica de varias maneras, específicamente las que resultan de palabras habladas y las que se logran por gestos. Por ejemplo, en el primer caso se puede transmitir la idea de un objeto real diciendo: «Hay una serpiente a tus pies», o de que hay un gato o un perro o un pájaro en la habitación; el animal es instantáneamente percibido por el sujeto mediante la influencia de la imagen mental evocada. En el otro caso la idea puede ser provocada por simplemente hacer gestos que indican los movimientos o hábitos del animal imaginario. Pero, nos dicen, los gestos «son un medio muy inferior... exitoso en el caso de sujetos que han estado bajo un largo tratamiento», o sea, hipnotizados a menudo y entrenados para aceptar sugerencias de todo tipo por el operador. ¿Qué había de esto en el caso de mi paciente? Nunca había sido hipnotizado, nunca había escuchado sobre algo así, no fue mesmerizado por mí, sino que estaba en total posesión de sus sentidos, no entendía una palabra de inglés o de otra lengua conocida por mí, y como dije antes, si era sensitivo hipnóticamente, debió haberlo sido doblemente por el hecho de que su pierna pudo ser

curada después que acababa de restaurarse el uso de su brazo.

Finalmente –para no proseguir demasiado sobre un tema cuya importancia bien disculpa que yo le haya otorgado tanto espacio– el caso de Ceilán sugiere poderosamente la verdad de la antigua enseñanza de que los pensamientos amables enviados de uno a otro llevan con ellos un poder casi mágico de bien, mientras los malos tienen el efecto contrario. Cuánto nos incumbe, pues, guardarnos de incluso pensar mal de nuestros vecinos, y cuan fácilmente podemos entender la idea de que el antiguo temor a los hechiceros y hacedores de maleficios tenían una sólida base, y que los poderes sutiles de la naturaleza pueden ser manipulados para el mal tan fácilmente como para la bendición de los hombres.

Un caso del tipo «amante del demonio» me fue traído a Galle por el Gran Sacerdote de una vihara (budista). Un joven monje, de unos veintisiete años, había estado perseguido desde hacía dos o tres años por una yakshino, o demonio femenino, quien –me dijo el viejo monje– había estado interpretando el papel de esposa espiritual, pero en un exceso tal como para apuntar a una persona afectada por ninfomanía. El pobre hombre estuvo así obsedido siete u ocho veces al día y se había reducido casi al esqueleto. El Superior tranquilamente me pidió que lo curara. Afortunadamente, yo había tratado con éxito un caso similar en los Estados Unidos algunos años antes, siendo el paciente una dama, por lo que sabía muy bien qué hacer. Puse al monje en una corriente de agua mesmerizada, haciéndolo venir todas las mañanas durante un mes, para el suministro del día, después de lo cual estaba completamente curado. Entonces envié por el Gran Sacerdote y le aconsejé que le quitara la túnica a su joven amigo y lo enviara fuera a tomar la vida ordinaria de un dueño de casa, lo cual se hizo. La simple explicación es que la influencia del mal espíritu elemental sobre su médium fue aniquilada y destruida por el poder de mi más fuerte voluntad humana,

acompañada por la acción constante del agua vitalizada. Entre los practicantes científicos del mesmerismo nunca ha habido dos opiniones, hasta donde sé, en cuanto al efecto del agua magnetizada como agente terapéutico. Deleuze dice «es uno de los agentes más poderosos y sanadores que pueden ser empleados... he visto al agua magnetizada producir tan maravillosos efectos que temía estar engañándome, y no podía estar convencido hasta que había hecho mil experimentos. Los magnetizadores en general no han hecho un uso suficiente de ella». Por cuanto tiempo el agua conserva su aura no ha sido –dice– claramente determinado, pero, «ciertamente la retiene durante muchos días, y numerosos hechos parecen demostrar que no la ha perdido después de muchas semanas» (*Op. Cit.*, pp. 216, 217).

Mi gira sureña rápidamente se acercaba a su fin. Conferencias, seguidas por recaudaciones de sumas subscritas para el Fondo Nacional, fueron ofrecidas en Bussé, Ratgama, Dodanduwa, Kumara Vihara, Kittangoda, Hikkaduwe, Totagumuwa, Telwatte, Weeragoda, Kahawe, Madumpe y Batticola, y mi rostro estaba entonces dirigido hacia Colombo; entre todas hubo sesenta y dos alocuciones públicas ofrecidas en el espacio de tres meses, y visitas a la mayoría de las más grandes poblaciones en la Provincia (sureña) de Galle. Debo mencionar el hecho de que siempre que me encontraba en una aldea junto al mar, tomaba un baño diario de agua salada, pues lo encontraba maravillosamente refrescante en el sentido mesmérico, sin importar cuánto me había sobrepasado en mis sanaciones; una inmersión en el mar restauraba mi fuerza vital en pocos minutos. Es un indicio que no deben perder aquellos que siguen la psicopatía como profesión. Llegué a Colombo el 25 de octubre y estuve presente en el Widyodaya College del Gran Sacerdote Sumangala, en la exhibición de algunas reliquias auténticas del Buda que habían sido excavadas en Sopara, de una antigua stupa o montículo, y pre-

sentadas al Gran Sacerdote por el gobernador de Bombay a través del Gobernador de Ceilán. Una inmensa multitud estaba presente para la ocasión y muchos representantes del Gobierno de Ceilán asistieron por respeto hacia Sumangala Maha Thera. A petición suya yo conferencí esa noche, y Megittuwatte, el gran orador, siguió con un elocuente discurso.

El 1.º de noviembre, en compañía del Sr. Thomas Perera, de Galle, un muy excelente colega nuestro, embarqué para Bombay, adonde llegamos después de un suave viaje, al tercer día. H.P.B. estaba en Darjeeling con algunos de nuestros miembros, y participó en reuniones en persona con dos de nuestros Maestros. El día 8 los Sres. Shroff y Pandurang Gopal, me sugirieron celebrar las reuniones anuales de la S.T. como convenciones representativas de todas nuestras ramas indias. Recuerdo que me sentí dudoso sobre la posibilidad de llevar el proyecto a la práctica, pero lo pasé a H.P.B. y cuando ella regresó, el 25 de ese mes, trajo con ella a cuatro bengalíes y a S. Ramaswaier, de la Presidencia de Madrás, como Delegados. Dos más vinieron desde Bareilly, P.N.O., y dos desde Baroda; al día siguiente otros vinieron de diferentes lugares, y cuando se celebró nuestro séptimo aniversario en el Framji Cowasji Hall, el 7 de diciembre, teníamos quince delegados presentes y algunos de ellos ofrecieron discursos. El Sr. Sinnett había venido desde Allahabad y oficiaba como Presidente a petición mía. Estuvo muy colmado, y el aplauso fue vigoroso. Así fue inaugurado el sistema de Convenciones Anuales de las ramas que ahora es universal, y por primera vez – para mostrar al público de Bombay cómo el movimiento teosófico se extendía por todo el mundo – colgué alrededor del salón tantos escudos como ramas tenía la sociedad, cada uno con la inscripción del nombre y la fecha de inscripción de una rama.

Entonces nos pusimos a trabajar, empacando nuestro mobiliario, libros y efectos personales para transferirlos a Madrás; la

bella propiedad de Adyar había sido comprada en un precio meramente nominal. La Rama de Bombay de la S.T. nos ofreció una recepción de despedida, con nueve discursos, un sinfín de flores, música, comida y el regalo de unos caros y artísticos vaso y bandeja, ambos de plata, hechas especialmente por los inteligentes plateros de la provincia de Kutch. El día 17 tomamos el tren para Madrás; el evento quedó en la memoria de H.P.B. por el robo de su hermoso chudder de cachemira, a través de una ventana exterior del coche del tren mientras estábamos ocupados en el otro lado ofreciendo y recibiendo saludos y salaams. Sus observaciones sobre el incidente, cuando fue descubierto, no soportan ser repetidas.

Fuimos bienvenidos en Madrás en la estación por un distinguido grupo de caballeros nativos y escoltados con gran estilo hasta Adyar, que parecía sonreírle a sus futuros propietarios. El lector difícilmente puede imaginar nuestro placer al acomodarnos en una casa de nuestra propiedad, donde estaríamos libres de cambios de dueños y de las otras preocupaciones propias de la condición de inquilinos. Digo en mi diario: «Nuestro hermoso hogar parecía un territorio de hadas para nosotros. Aquí nos aguardan días felices». Los amargos ¡ay!, no los previmos.

Los días que restaban de diciembre estuvieron ocupados en las banales molestias de conseguir sirvientes, supervisar a los mecánicos, hacer las primeras reparaciones necesarias y recibir y desempacar el mobiliario. El maestro (M) venía diariamente a ver a H.P.B. y he registrado que el 29 de diciembre «ella me hizo prometer que si fallecía, nadie más que a mí le sería permitido ver su rostro. Yo debía coserla dentro de un paño e incinerarla». Esto, veis, fue nueve años antes de que su cadáver fuera llevado al Crematorio de Woking, cerca de Londres; por consiguiente, ella

pensaba entonces en la posibilidad de su súbita muerte.

El año 1882 se marchó mientras yo trabajaba solo en mi escritorio.





CAPÍTULO XXVI

INCIDENTES DE LAS SANACIONES

El año 1883 fue uno de los más atareados, interesantes y exitosos de la historia de la Sociedad, algunos de sus hechos fueron muy pintorescos, como se contará a su debido tiempo. Fueron organizadas cuarenta y tres nuevas ramas, la mayoría en la India y por mí. Mis viajes se extendieron por unas siete mil millas, las cuales significan mucho más que en los Estados Unidos, donde para viajar a un lugar deseado solo basta tomar un tren, y no es necesario moverse a lomos de elefante o triturar los propios huesos sobre carretas de bueyes sin muelles. Mi colega y yo estuvimos separados la mayor parte del tiempo, ella en casa para sacar el *Theosophist* y yo viajando por la gran península para dar conferencias sobre Teosofía, sanar a los enfermos y fundar nuevas ramas.

Las primeras semanas de enero fueron dedicadas al establecimiento de nuestra casa en los nuevos Cuarteles Generales, y mi diario está lleno de detalles sobre comprar muebles, el arreglo del «salón santuario», de ahora repugnante memoria pero que para nosotros fue, durante los siguientes dos años, un lugar santificado por las frecuentes relaciones con los Maestros y muchas pruebas fenomenales palpables de su activo interés en nosotros y en el gran

movimiento,

El *Mr. Isaacs* de Marion Crawford nos fue enviado en esta época por su tío, el Sr. Sam Ward, uno de nuestros miembros más entusiastas, quien también escribió ciertas cosas interesantes sobre la escritura de este libro. Fue –nos dijo– inspirado en los relatos publicados del Mahatma K.H. y la idea tomó tal fuerza en el Sr. Crawford que, una vez que comenzó a escribir, no descansó un solo minuto y apenas comía, hasta que estuvo terminado. Lo escribió en menos de cuatro semanas y el Sr. Ward dice que casi parecía como si su sobrino hubiera estado bajo la influencia de un poder exterior.

El Sr. Crawford –como le diría cualquier verdadero ocultista– cometió el error de presentar a su adepto ideal oriental, Ram Lal, involucrado en los asuntos amorosos de su héroe y heroína, pues esto es inconsistente con las tendencias de una persona que ha evolucionado y vive principalmente en el plano espiritual. Bulwer se equivocó igualmente, por no decir más, al hacer que su adepto, Zanoni, abandone, después de edades de esfuerzo y éxito espiritual, los frutos de su yoga, y que caiga en los vulgares niveles de nuestras debilidades, que ocurren en los límites de la carne y son propios del matrimonio. Tanto Zanoni como Ram Lal son, tal como se nos presentan, imposibilidades, prácticamente, salvo como aberraciones de la naturaleza y víctimas de las conspiraciones abrumadoras de las fuerzas brutas, las cuales debieron vencer una y otra vez según ascendían desde los niveles inferiores, donde reinan las pasiones y está oculta la luz guía de la sabiduría. Las uniones sexuales son perfectamente naturales para el ser humano promedio, pero perfectamente contra natura para el hombre ideal evolucionado.

Cartas amistosas nos llegaron ese mes desde Suecia, Francia, Uruguay, Rusia y los Estados Unidos, que demostraban como se expandía el interés por las ideas teosóficas. En esta época se firmaron e intercambiaron los contratos para la compra de la propiedad

de Adyar, y yo puse manos a la obra de buscar el dinero, encabezando la lista con una donación de Rs. 2.000 o una quinta parte de la suma necesitada, de parte de H.P.B. y de mí mismo, cuya mención es quizás perdonable debido las crueles cosas que se dijeron acerca de nosotros en cuanto haber explotado a la Sociedad para nuestro beneficio personal.

El 16 de enero el público (nativo) de Madrás nos ofreció una recepción pública en el salón de Pachaiappah. Fue una escena de gran entusiasmo y exaltación. El edificio estaba atestado hasta las puertas, las multitudes se acercaban a este y todo fue realizado para mostrar el placer sentido por nuestro cambio de hogar. Raja Gajapati Row, un conocido personaje de la Presidencia de Madrás, hizo de presidente en esa ocasión y se hicieron discursos por él y los Jueces P. Sreenivasa Rowand y G. Muthuswamy Chetty, de la Corte de Casos Menores. Observo que en el transcurso de mi respuesta yo saqué a colación la idea de hacer una suerte de Asociación para las Escuelas Dominicales Hindúes, con el fin de abrir escuelas y publicar catecismos para la educación religiosa de los jóvenes hindúes en su propio campo, y que fue calurosamente apoyada por los líderes de la comunidad hindú y ratificada unánimemente por la clamorosa concurrencia. Quizás en aquella época esto podía considerarse como un proyecto fantástico, pero ahora, trece años después, vemos en ello una buena manera para lograrlo, muchas sociedades de niños hindúes están trabajando mucho y la pequeña revista que representa sus intereses (**NOTA: La *Arya Bala Bodhini*. FINAL** **NOTA**) tiene una circulación constante y creciente.

Como nuestras vidas están hechas de aturridas bagatelas y como deseo dar a mi narración un sello de realidad, he mencionado muchos pequeños incidentes que ayudan a completar la imagen y a colocarnos a nosotros los pioneros, ante los ojos de la mente como seres vivos, no como las absurdas exageraciones que han ocurrido

tan a menudo y tan desafortunadamente. Si H.P.B. escribió poderosos libros, también comía sus huevos fritos nadando en grasa todas las mañanas, y este relato se ocupa del personaje real, no del ideal. Por ello relato un pequeño detalle que me interesó lo suficiente en su momento y que me hizo registrarlo. La presencia de un pequeño río detrás de la casa despertó en nosotros el antiguo amor por nadar y todos nos dedicamos a ello, H.P.B. junto al resto de nosotros. Debe de haber asombrado a nuestros vecinos europeos el ver a nosotros cuatro europeos –pues era la época de los Coulomb– bañándose junto a media docena de hindúes de piel oscura, chapoleando y riendo juntos, pues no nos creíamos pertenecientes a una raza superior. Yo le enseñé a nadar a mi «compinche», o más bien a moverse torpemente de alguna manera, y también al querido Damodar, quien era hasta cierto punto uno de los mayores cobardes que alguna vez vi en el agua. Tiritaba y temblaba si el agua le llegaba a la altura de las rodillas, y podéis creer que ni H.P.B. ni yo le ahorramos nuestros sarcasmos. Recuerdo bien cómo fue que todo aquello cambió. «¡Qué vergüenza!», dije. «¡Qué buen adepto serás si no te atreves siquiera a mojar tu rodilla!». Entonces no dijo nada, pero al día siguiente, cuando estábamos bañándonos, *se sumergió y nadó a través de la corriente*, habiendo tomado mi burla en serio y decidido que nadaría o moriría. Esta es la forma en que las personas se pueden convertir en adeptos. INTENTA, es la primera, última y eterna ley de la auto-evolución. Fallad cincuenta, quinientas veces, si debéis, pero intentad e intentad siempre, y alcanzaréis el éxito al final. El «no puedo» nunca construyó a un hombre o a un planeta.

Fue este mismo enero cuando nos visitó S.A. Daji Raj, el joven Thakur reinante del Estado de Kathiawar de Wadhan, y miembro de nuestra Sociedad. Yo le había solicitado que dejara detrás su realeza y viniera como un caballero particular, con la usual pareja de sirvientes. Él asintió, pero cuando lo recibí en la estación traía una

hilera de diecinueve seguidores, cantidad que él consideraba modesta en extremo. De hecho, cuando yo protestaba sobre su llegada a nuestra casa con esa multitud de ayudas de cámara, cocineros, músicos, barberos y espadachines, mostró un gran asombro por mi falta de sentido común ¡y dijo que, si no hubiera sido porque yo le había escrito, hubiera traído cien o más!

El Thakur Saheb se quedó con nosotros desde el 30 de enero hasta el 8 de febrero, pasando el tiempo en conversaciones con nosotros, visitas al teatro, navegación por el río, una danza nautch y otras distracciones. En la noche del 7 tuvimos una fiesta y recepción para que los miembros de la Rama de Madrás conocieran al Rajah. El Pabellón de Convenciones se cubrió con nuevas alfombras, fue brillantemente iluminado y hermosamente decorado con flores y macetas de plantas. Se hicieron muchos discursos y, a petición, hice demostraciones experimentales del control mesmérico para ilustrar una breve exposición de esa ciencia.

El 17 de febrero estaba yo otra vez en movimiento, embarcando para Calcuta en el vapor de correos francés «Tibre». Después de un agradable viaje, llegué a mi destino el día 20 y fui alojado en el Palacio para Invitados (Boitakhana) del Maharajah Sir Jotendra Mohun Tagore. Su casa se convirtió virtualmente en un hospital, pues la multitud llegó buscando tratamiento y con sus amigos para curiosear. Uno de mis primeros casos fue un niño epiléptico que sufría de cincuenta a sesenta ataques diarios. Su enfermedad, sin embargo, sucumbió rápidamente ante mis pases mesméricos y al cuarto día las convulsiones habían cesado completamente. Si la cura fue permanente no lo sé, quizás no, pues no parece probable que causas muy enraizadas, tan poderosas como para producir un número tan alto de ataques al día, puedan ser eliminadas mediante pocos días de tratamiento; se debería mantener el tratamiento durante semanas, posiblemente, antes de que uno pueda decir que

ocurrió una completa restauración de la salud. Sin embargo, pudo haber sido así pues no he tenido noticias. La epilepsia, mientras que es una de las más temibles enfermedades, es al mismo tiempo una de aquellas que cede con más seguridad al tratamiento mesmérico.

Tuve varios sujetos igualmente interesantes. Entre ellos un joven brahmán, probablemente de veintiocho años, que había estado sufriendo de parálisis facial, durmiendo con sus ojos abiertos porque no podía cerrar los párpados e incapaz de mover su lengua o usarla para hablar. Cuando le pregunté su nombre, solo pudo hacer un horrible sonido en su garganta, pues no podía controlar su lengua y labios. Yo trabajaba en una gran habitación, y me encontraba en un extremo cuando fue traído este paciente. Fue detenido justo en el umbral por mi comité, para su examinación. Cuando declararon el caso retrocedieron y dejaron al enfermo de pie, solo y mirándome con expresión ansiosa. Indicó a la manera de los mudos la naturaleza su enfermedad. Me sentía lleno de poder esa mañana, parecía como si incluso pudiera mesmerizar a un elefante. Levantando verticalmente mi brazo y mano derecha y fijando mis ojos en el paciente, pronuncié en bengalí las palabras: «¡Que sea curado!», al mismo tiempo que llevaba mi brazo a la posición horizontal y apuntaba mi mano hacia él. Fue como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Un temblor corrió a través de su cuerpo, sus ojos se abrieron y se cerraron, su lengua por tanto tiempo paralizada la pudo proyectar y guardar, y con un salvaje grito de alegría se adelantó y se lanzó a mis pies. Abrazó mis rodillas, colocó mi pie sobre su cabeza y pronunció su gratitud en locuaces oraciones. La escena fue tan dramática, la cura tan instantánea que todas las personas en la habitación compartieron la emoción del joven brahmán y no hubo un ojo que no se humedeciera con lágrimas. Ni siquiera los míos, y esto es decir mucho.

El tercer caso fue el más interesante de todos. Un tal Babu Ba-

drinath Banerji, de Bhagalpore, abogado defensor de la Corte del Distrito, había perdido la visión. Estaba completamente ciego y tenía que ser guiado por un chico. Me pidió que lo curara, o sea, restaurar la vista a un hombre que sufría de glaucoma, con atrofia del disco óptico, que había pasado por las manos de los mejores cirujanos de Calcuta, ¡y dado de alta del hospital como incurable! Preguntad al cirujano más próximo y él os dirá lo que esto significa. Yo nunca había tratado a un ciego y no tenía idea sobre las posibilidades de hacerle algún bien al paciente; pero en el mesmerismo no se puede hacer nada si se tiene la menor duda sobre el poder: la confianza en uno mismo es la única cosa indispensable. Primero probé la sensibilidad del hombre a mi corriente mesmérica, pues no estaba haciendo cura mediante sugestión hipnótica, sino franca, honesta psicopatía a la antigua, esto es, mesmérica. Descubrí para mi gran satisfacción que era el paciente más sensitivo que me hubiera tropezado jamás. Ciego, incapaz incluso de distinguir el día de la noche y por lo tanto, incapaz de ver mis movimientos y ser sugestionado por ellos para mis propósitos, estaba ante mí, y mientras yo avanzaba la punta de mis dedos hasta media pulgada de su frente y concentraba mi voluntad sobre mi mano para dirigirla hacia sus nervios como un fuerte imán para la aguja, su cabeza se inclinada hacia mis dedos. Yo los retiré despacio, pero la cabeza también se movió, y así se mantuvo siguiéndolos hasta que su frente quedó a la distancia de un pie del suelo. Entonces moví la mano silenciosamente hasta la parte de atrás de su cabeza y al instante la movió hacia arriba y así lo llevé hacia atrás, por lo que perdió el equilibrio y tuve que sujetarlo con mis brazos para que no cayera. Todo esto en silencio, sin una palabra o sonido que le ofreciera una clave de mis procedimientos. Estando así mi camino despejado, sostuve el dedo pulgar de mi mano derecha cerrada ante uno de sus ojos y el de la izquierda sobre su cuello, y deseé una corriente vital que fluyera del uno al otro, completando con mi cuerpo un circuito magnético,

del cual formaban parte uno de los ojos con glaucoma y el tracto óptico hasta su origen en el cerebro. Este proceso continuó durante una media hora, el paciente permanecía totalmente consciente todo el tiempo y hacía observaciones de vez en cuando. Al final del experimento podía ver un resplandor rojizo de luz en ese ojo. Similarmente se operó sobre el otro ojo, con el mismo resultado. Regresó al día siguiente para continuar con el tratamiento, y esta vez la luz perdió su color rojizo y se volvió blanca. Perseverando durante diez días finalmente fui recompensado al verlo con su vista recuperada, capaz de leer con un solo ojo la letra más pequeña de un periódico o libro, prescindir de su lazarillo y andar por ahí como cualquiera. Un cirujano amigo, cuando me mostró las señales del glaucoma, encontré las bolas de los ojos tan duras como nueces, y me empecé en hacerlas normalmente elásticas, como las mías, lo cual hice al tercer día, mediante simples pases y sosteniendo mis dedos pulgares con «intención mesmérica», es decir, con concentración de la voluntad sobre el resultado que se persigue, ante las ciegas órbitas. Esta cura, naturalmente, generó mucha conversación, pues el paciente mostraba cada prueba que se le solicitaba de que su enfermedad había sido pronunciada incurable por los mejores médicos, además de que su ceguera era bien conocida por toda la comunidad de Bhagalpore. Dos doctores, graduados ambos de la Universidad Médica de Calcuta, estudiaron los ojos utilizando un oftalmoscopio y escribieron un reporte de sus observaciones para el *Indian Mirror*, el cual creo que fue copiado en el *Theosophist*. La secuela de la cura fue muy interesante y sorprendente. Su visión desapareció dos veces y dos veces fue restaurada por mí, la primera vez después que durara seis meses, la segunda después de todo un año. En cada caso lo encontré totalmente ciego y restauré su vista con un tratamiento de media hora. Para curarlo permanentemente debía haberlo tenido junto a mí, para tratarlo diariamente hasta que la tendencia del glaucoma fuera completamente erradicada.

De alguna manera fui extremadamente afortunado curando la sordera. Un interesante caso vino a mí el 8 de marzo. Su hermano era, y es, un funcionario de alto grado en el Departamento Gubernamental del Telégrafo y estaba tan sordo que había que gritar en su oído para que escuchara. En dos tratamientos, durante dos mañanas sucesivas, lo llevé al punto donde –mi diario está ante mí y hablo «según el libro»– me podía escuchar hablar en un tono conversacional normal a la distancia (que fue medida) de 52 pies 8 pulgadas: él se colocaba de espaldas a mí para que no pudiera «leer mis labios». Citaré un caso más que pude observar durante la visita en cuestión a Calcuta, y este será el último, pues debo dejar espacio para otros escritores.

Un día mi querido colega, Norendro Nath Sen, me escribió solicitando que visitara a una dama hindú que yacía enferma de una penosa dolencia, y pronunciara una opinión sobre esto. El esposo de la dama me llevó a su casa y dentro de la zenana, donde encontré a su bella y joven esposa acostada sobre un colchón sobre el suelo, con un espasmo hístico. Así permanecía de seis a ocho horas diariamente, con sus ojos convulsivamente cerrados, las órbitas introvertidas, las mandíbulas cerradas como con tétanos y sin hablar. Había ocurrido una transferencia del sentido de la visión, podía leer un libro con las puntas de sus dedos, y demostraba su anormal facultad copiando las líneas sobre una pizarra. Yo recordé los experimentos que cuarenta años antes, el Dr. James Esdaile, Cirujano de la Presidencia, había hecho y registrado en esta misma Calcuta, y los repetí. Encontré que la hística no solo podía leer con las puntas de sus dedos, sino también con su codo y el dedo pequeño de un pie, pero no con otro. No podía leer con la boca del estómago ni con la parte de atrás de la cabeza, como había visto hacer a otros pacientes y como otros escritores sobre mesmerismo han testificado, pero podía escuchar con el ombligo, incluso cuando yo presionaba fuer-

temente sus oídos con mis dedos y su esposo le hablaba en susurros. El caso podía ser curado, naturalmente, mediante el mesmerismo, pero decliné tomarlo pues me marchaba de Calcuta en dos días, y este caso podría necesitar un tratamiento que se extendiera por días, si no semanas. Presentaba, evidentemente, rasgos de profundo interés para el psicólogo, pues aquí, si alguna vez existió cosa tal, vimos la transferencia de los sentidos de la vista y el oído a lugares del cuerpo alejados de sus propios órganos, y el hecho no podía ser explicado por ninguna hipótesis razonable de carácter materialista. Aquí la mente funcionaba en las extremidades del sistema nervioso mediante una extensión, por así decir, de su órgano, el cerebro. De esto al prodigio de la clarividencia, o la observación inteligente de hechos a gran distancia del cuerpo del observador, solo hay un paso. Una vez que se permite que la facultad de pensar se desplace de su propio lugar a uno o más puntos dentro de los límites del cuerpo del pensador, no existe barrera lógica para la extensión de su activa conciencia fuera del cuerpo, salvo los límites del poder de lo Finito para asir lo Infinito.





CAPÍTULO XXVII

DE GIRA Y CURACIONES EN BENGALA

Desde que nuestros contemporáneos hombres de ciencia asumieron seriamente el estudio del mesmerismo bajo su pseudónimo de hipnotismo, se le adjudicó el estigma de la charlatanería, con mayor o menor justeza. Sus partidarios eran tan culpables por lo demasiado que ansiosamente le exigían, como lo eran sus oponentes al concederle demasiado poco. La validez indiscutible de sus bases está ahora demostrada más allá de las objeciones por los resultados de las recientes investigaciones hipnóticas. Aunque aspectos tan trascendentes como la realidad de la visión clarividente, la transferencia del pensamiento y la existencia del aura mesmérica o «fluido», están aún en disputa, resulta consolador saber que diariamente se acumula la evidencia de su existencia. Antes de mucho tiempo los materialistas estarán obligados a admitirlo, como han tenido que hacerlo en otras cuestiones relacionadas con el mesmerismo.

Los pensamientos anteriores me los sugiere el registro de mis experiencias psicopáticas del año 1883, que ahora estamos recordando. Yo había gastado una enorme cantidad de mi fuerza vital intentando indiscriminadamente el tratamiento de los pacientes

que se me presentaban. Mientras tenía éxito curando a cientos, había fallado en cientos de otros casos y otorgado solo un alivio temporal en otros tantos, a pesar de haber ejercido todo mi poder de voluntad y haber derramado mi vitalidad tan libremente como en los casos exitosos. No, debo decir que cuando fracasé había hecho el doble y a veces diez veces más del esfuerzo que había ejercido cuando efectué curaciones del tipo más sorprendente y sensacional. Un día, cuando me sentía muy cansado después de una mañana de trabajo, comencé a pensar que debía ahorrar mis fuerzas en el futuro adoptando un sistema de selección: ¿No podría aplicar algún tipo de examen –alguna medida áurica, o digamos un *aurae metrum*– mediante el cual podría seleccionar a los pacientes más sensibles y abstenerme de operar sobre los otros? Me postulé a mí mismo la existencia de un fluido nervioso en cada individuo, que sería propio de este y muy diferente de aquel de cualquier otro individuo. Este, al ser conducido por los nervios hasta las extremidades desde la fuente de su origen en el cerebro, la columna vertebral y los otros centros (los *sat chakrams*), serían conductibles por el sistema nervioso de otra persona en la cual estuviera ocurriendo un idéntico estado de emoción vibratoria o pulsaciones del aura que podría ponerse en relación simpática con este y no por alguien más. Por lo tanto, un sanador como yo no podría provocar que su aura nerviosa entrara en el sistema nervioso de cualquier paciente que no tuviera una vibración simpática con su propio sistema, igual que a una corriente eléctrica no se le puede hacer correr a través de un no-conductor. *Per contra* (NOTA: Por el contrario, en latín.- El Traductor. FINAL NOTA), la certitud y rapidez de esta cura de un paciente dado estaría en proporción con la plenitud de esta vibración simpático-compasiva. La acusación de charlatanería solo sería válida si el sanador pretendiera poseer alguna influencia divina capaz de curar a cualquier paciente que tuviera fe en sus poderes sanadores, sin importar la cuestión de la simpatía nerviosa entre los

dos individuos. El proseguir con esta última hipótesis sería llevar a la psicopatía al reino de la ciencia positiva. Entonces ¿qué examen se podría aplicar? ¿Cómo se podría saber y demostrarlo a los curiosos, que eran los pacientes más curables? El examen debe producir fenómenos visibles, como aquellos que los más analfabetos pueden apreciar por sí mismos. El único de este tipo de fenómenos es el de la «atracción mesmérica» y pudiera aplicarse de esta manera: Se coloca al paciente de pie, erguido sobre el suelo y sin recostarse a nada, con sus manos (a menos de tenerlas paralizadas, desde luego) colgando a sus lados y sus ojos cerrados para prevenir que su ser sea controlado por la «sugestión silenciosa» de los movimientos de las manos del practicante. Mejor aún si le diera la espalda al sanador. Entonces este último, concentrando sus pensamientos y voluntad sobre la cabeza del paciente, levantando sus manos hacia esta y uniendo sus dedos hacia un punto, deseará silenciosamente que sus manos se vuelvan un imán atrayente que dirija la cabeza del paciente hacia él mismo durante unos minutos, hasta que se pueda comprobar si le sigue o no el efecto pretendido. Si, casi inmediatamente, el paciente comienza a tambalearse y su cabeza se mueve hacia las manos de operador, este último puede estar seguro de estar tratando con un sensitivo muy adecuado y la cura de su enfermedad sería virtualmente instantánea. El caso del joven brahmán cuyas parálisis facial y lingual fueron curadas, ilustra lo que quiero decir, y también el de Badrinath Babu, el ciego de Bhagalpore, quien era un sensitivo maravilloso. Pero si se muestra un grado menor de atracción, pero fuerte de todos modos, el paciente puede ser curado después de dos, tres o más tratamientos. Y así, hasta el punto donde después de tres o cuatro minutos de examen, la cabeza y el cuerpo del paciente no ofrecen movimientos responsivos. No hay nada original en este experimento, hasta donde llega el acto de tracción –pues esto es conocido desde la época de Mesmer– pero la novedad radica en el uso de este como un *aurometer*, un indicador de la sensibilidad

psicopática. Lo intenté al día siguiente con los resultados más gratificantes: mis mejores pacientes demostraron ser los más efectivamente consumados, Badrinath Babu a un grado tal que –como se explicó en el capítulo anterior– pude llevar su cabeza hasta el mismo suelo, y después, moviendo mi mano hacia la parte de atrás de su cuello, llevarlo hacia arriba y hacia atrás, hasta que cayó en mis brazos extendidos. Desde entonces no tuve que gastar más fuerza nerviosa sobre sistemas nerviosos rebeldes, mientras que la confianza ganada al ser capaz de conocer cuan sensitivo era mi paciente me ayudó inmensamente a realizar curaciones. Para mi propia guía, agrupé mentalmente a todos los pacientes en diez clases o grados de sensibilidad y procedí a manipularlos en consecuencia.

Entre los europeos inteligentes que fueron llevados al Palacio de Invitados del Maharajah para ser testigos de mis curas estaba el Rev. Philip S. Smith, de la Misión de la Universidad de Oxford, hombre pequeño y pálido, extremadamente educado, desde luego, que representaba al ejemplar del asceta religioso y se vestía de acuerdo a la moda romana, con sotana blanca y un sombrero de aproximadamente la forma de un pastel norteamericano. Fue muy agradable conmigo y le ofrecí todas las oportunidades para que se convenciera de la realidad de la psicopatía: observó cada caso, le hizo muchas preguntas a los pacientes y solo se detuvo cuando quedamos solos al anochecer. Entonces mantuvimos una larga conversación sobre el asunto y nos detuvimos y analizamos cada caso. Se declaró totalmente satisfecho y dijo que no hubiera podido creer lo que había visto si se lo hubieran dicho terceras partes. Entonces introdujo el tema de los milagros de la Biblia y tuvo que confesar que me había visto hacer varias de las cosas atribuidas a Jesús y a los Apóstoles en lo que concierne a las curaciones, devolver la vista al ciego, el oído al sordo, el habla al mudo, el uso de miembros a paralíticos y eliminar males como neuralgia, cólicos, epilepsia y otros. «Bien, Sr. Smith,

por favor dígame», dije, «¿como trazaría usted la línea entre estas curaciones y las curas idénticas que aparecen en las narraciones bíblicas? Si yo hago las mismas cosas ¿por qué no se puede otorgar a ellas la misma explicación? Si los casos bíblicos fueron milagrosos, por qué no los míos; y si los míos no son milagrosos, sino perfectamente naturales, perfectamente posibles de realizar por cualquiera que tenga el carácter adecuado y pueda seleccionar los sujetos adecuados, ¿por qué pedirme que crea lo que hicieron Pablo y Pedro como prueba de un poder milagroso? Me parece muy lógico». El hombrecito reflexionó profundamente durante algunos minutos mientras yo fumaba tranquilamente en silencio. Entonces me ofreció una respuesta muy original y que nunca podré olvidar: «Le concedo que los fenómenos son iguales en ambos casos: No puedo dudarlos. De la única forma que puedo explicarlo es asumiendo ¡que las curaciones de nuestro Señor fueron hechas *por la parte humana de Su naturaleza!*».

El 9 de marzo (1883) cené en la casa del muy erudito pandit brahmán de Bengala, el difunto Taranath Tarka Vachaspati autor del famoso Diccionario Sánscrito. Él mismo cocinó para mí y me otorgó el mayor honor posible en la India al ofrecerme el cordón sagrado brahmánico, me adoptó en su gotra (NOTA: Clan, en sánscrito.—*El Traductor*: FINAL NOTA) (el Sandiliya) y me entregó su mantra. Esto era una suerte de cargo superior honorario conferido a la casta brahmánica, el primer caso, creo, en el cual los detalles de la ceremonia habían ocurrido con un hombre blanco, aunque el cordón mismo le fue entregado a Warren Hasting en su momento. Se me dio a entender que el favor mostrado hacia a mí se debía a la gratitud que sentían los hindúes por mis servicios para el renacimiento de la literatura sánscrita y del interés religioso entre el pueblo de la India. Mi profundo aprecio por ese honor lo he expresado a menudo desde entonces y aunque soy un declarado y

convencido budista, entonces y ahora, siempre he llevado la *poita* desde que el venerable pandit colocó la primera en mi cuello.

Recientemente, nuestros esmerados enemigos han tenido a bien decir que los dos fundadores no habían hecho nada en la India por los niños, quizás porque no se preocuparon en recordar las escuelas religiosas para niños, bibliotecas y otras sociedades que hemos formado a través del país. Veo en mi diario que la primera escuela religiosa que abrimos en Calcuta comenzó el 11 del mismo mes que la anteriormente mencionada, con Babu Mohini Mohun Chatterji como maestro principal y otros miembros de la Rama de Calcuta como ayudantes. Desde entonces, han surgido en esa metrópolis sociedad tras sociedad para el beneficio moral, religioso e intelectual de la juventud de ambos sexos, y en el día de hoy cientos de ellos están siendo instruidos en los principios de su antigua religión. La S.T. para Damas fue formada en 1883, con la encantadora y dotada Sra. Ghosal como Presidenta, y el logro de este movimiento fue la fundación del *Bharati*, una revista que merece ser comparada con las grandes publicaciones de Londres y Nueva York.

Terminado mi trabajo en Calcuta, que incluía varias conferencias públicas frente grandes auditorios, volví a viajar el día 12 y me dirigí hacia Krishnagar. Ofrecí conferencias allí, sané a los enfermos y admití a diecisiete nuevos miembros en la rama local. Al día siguiente ofrecí agua mesmerizada a ciento setenta solicitantes. En la ciudad vivía un alfarero que debió haber tenido el alma de un antiguo escultor, renacida en su cuerpo, por lo hábil que era modelando figuras. Una pequeña estatuilla, cuyo precio era solo de una rupia, representaba a un brahmán sentado en sus devociones matutinas y creo que nunca vi mayor carácter expresado en la arcilla: el rostro mostraba la más intensa concentración de mente e introspección y era una *chef d'oeuvre* (NOTA: Obra maestra, en francés.—*El Traductor*: FINAL NOTA). Hice todo lo que pude, más tarde, para per-

suadir a mi buen amigo el Maharajah Sir Jotendro Mohun Tagore, K.C.S.I. para erigir en algún populoso barrio nativo de Calcuta la escultura de tamaño natural de un rishi ario, según el diseño de Ram Lal, con adecuadas inscripciones en el pedestal para recordarle a los modernos hindúes sus gloriosos antecesores. Con el Maidan (NOTA: Parque o plaza, en persa.—*El Traductor*: FINAL NOTA) y otros espacios abiertos adornados con llamativas estatuas de exitosos soldados extranjeros y astutos políticos, es una gran lástima que ningún rico caballero hindú, o grupo de caballeros, hayan dado el paso para erigir estos recuerdos para las generaciones venideras, de los poderosos sabios y santos cuyo reconocimiento mundial lanza un brillo radiante sobre la raza aria.

Después a Dacca, uno de los centros históricos de la historia india, y desde hace años, de la cultura moderna. Mi anfitrión allí fue Babu Parbati Charan Roy, un empleado gubernamental muy ilustrado y materialista. Conocí en su casa a una muy cultivada sociedad, entre ellos a Babu P.C. Roy, Ph.D. de la Universidad de Londres, posteriormente Archivero de la Universidad de Calcuta y a su educada esposa, representante de la cultura superior entre las damas de la Brahma. El tiempo que no fue empleado en conferencias y otros deberes públicos fue agradablemente ocupado en conversaciones privadas con estos amigos sobre temas filosóficos y teosóficos. Parbati Babu fue un hombre que valía la pena que se uniera a nosotros, me alegró responder sus preguntas y tratar de resolver sus dudas en cuanto a temas religiosos. Recuerdo como me llevó a su biblioteca y me mostró su excelente colección de libros, casi exclusivamente por autores occidentales; cuando llegamos hasta el último estante fingí que buscaba más. Le dije que suponía que debería tener otra habitación donde guardaba sus obras sánscritas e indias. «No», dijo, «esto es todo; ¿no es suficiente?». «Suficiente», respondí, «bien, ciertamente no para un brahmán que desea

conocer lo que su religión puede responder a las críticas de los escépticos extranjeros: puede servirle a un europeo, que no conoce ni se interesa por lo que enseñan los shastras arios». Mi huésped se sonrojó un poco, pues supongo que era la primera vez que un hombre blanco le reprochaba por conocer solo la opinión de los blancos. No importa cómo haya sucedido, en el curso del tiempo este brillante universitario volvió su atención más seriamente a los estudios de sus Shastras, y recientemente publicó un libro donde anunciaba su aceptación total de los puntos de vista de su religión ancestral (NOTA: *Del Hinduismo al Hinduismo*. FINAL NOTA).

Desde Dacca a Darjeeling hay un largo tramo, incluso por tren. En Siliguri fuimos transferidos del tren ordinario al tranvía de vapor que sube hacia los Himalaya por una ruta muy sinuosa, por curvas que rodean las colinas, doblando y retorciéndose sobre ellas mismas, en una ocasión haciendo la figura de un ocho, atravesando selvas y junglas salvajes a lo largo de hileras de flores silvestres que crecen a lo largo del sendero, encontrando grupo de culíes de Bhooteah y butaneses, que viajaban con cargas sobre sus espaldas en cestas parecidas a conos invertidos, sujetadas por cintas que pasaban por su frentes, a través de pequeñas aldeas de hombres de las colinas y tenderos bengalíes, cuyas mercancías estaban expuestas a los pies de los malolientes y escuálidos antros que le sirven como negocio y vivienda combinados; hacia arriba, siempre hacia arriba, hacia el frío y delgado aire de las alturas, donde el descenso de la temperatura obliga a un cambio de vestuario y al uso de sobretodos y cobertores; nuevas vistas de la caliente y humeante llanura se abrían a cada vuelta del camino, hasta que los ríos parecían brillantes hilos allá abajo, las casas como casas de muñecas, y los animales y hombres en movimiento como las figuras de un Arca de Noé de juguete. Finalmente, uno se encuentra entre una confusión de picos de montañas coronados por los relucientes pináculos del

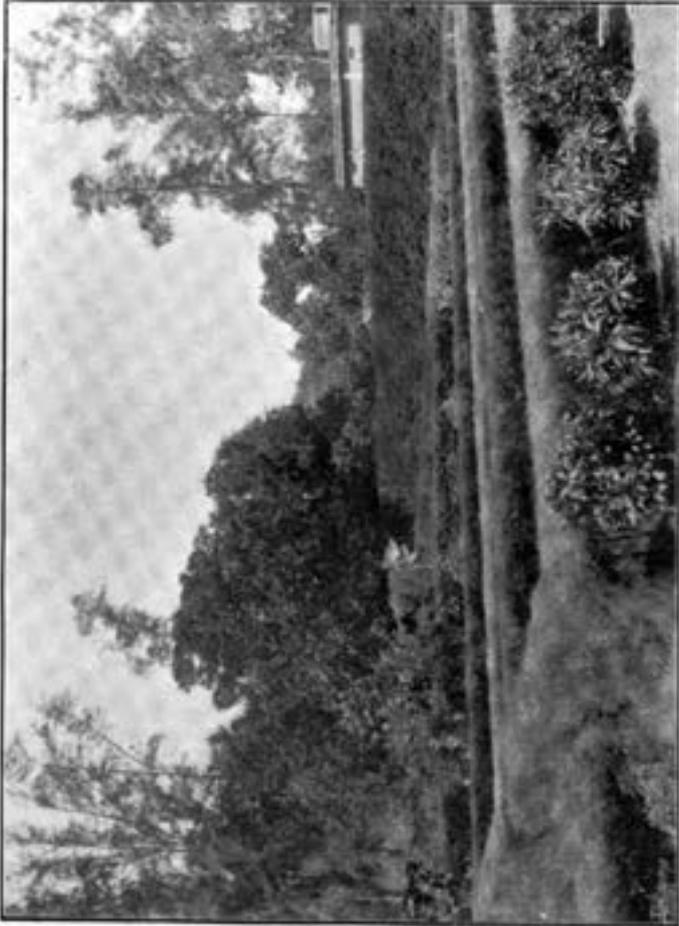
Kanchanjunga o del Dhavalagiri, el doble de alto en el cielo que la cúspide del Mt. Blanc. En el andén de la estación en Darjeeling fui recibido por los hermanos de la rama local, quienes me ofrecieron una calurosa bienvenida y me llevaron al palacio de montaña del Maharajah de Burdwan, quien había dado órdenes de ponerlo a mi disposición y ofrecerme hospitalidad.

Solo aquél que ha estado viviendo en el caluroso clima de las llanuras indias puede conocer realmente el inexpresable alivio y encanto que es el llegar a esta estación elevada de montaña, donde, a la altura de unos 8.000 pies, uno encuentra el clima de Inglaterra, y el resplandeciente fuego en las chimeneas recuerda los deleites del hogar. Per afuera, especialmente en el bazar o mercado, poco lo recuerda, pues uno se encuentra entre una multitud de rostros mongoles, de pieles amarillas, con raros trajes y tocados, parlotando en una docena de lenguas. Aquí un comerciante vende molinillos tibetanos de oración, collares de turquesa, cajuelas de ensalmos para llevarlas en el cuello y el brazo; allí otro ofrece las gruesas alfombras rojas tibetanas para dormir o los hermosos cobertores estampados en blancos y azules de Bután o los artísticos ceñidores tejidos en lana con flecos que todo hombre y mujer de las colinas parece usar para sujetar sus prendas superiores a la cintura, y más allá de este, un tercero toca los dulces címbalos y campanas de Lasa; comerciantes de ponis, telas, granos y de todo tipo de mercancía que se pueda vender, atestan el lugar y la escena es puro movimiento y vociferación. Mientras me abría paso hasta la zona oriental del bazar, me detuve súbitamente el ver a un hombre acercándose y que fijaba en mí sus espléndidos ojos negros con una sonrisa en su rostro. Por un momento casi no pude creer a mis ojos, tan lejos estaban mis pensamientos de la posibilidad de verlo. Era uno de los discípulos principales de un Mahatma, con quien yo había entrado en relaciones en un lugar muy distante de este. Me quedé quieto, esperando por

los avances que él decidiera hacer, pero justo cuando estaba muy cerca, se volvió a un lado, con sus sonrientes ojos fijos en los míos y desapareció. No lo pude encontrar en ningún lugar.

Durante los dos días estuve tan ocupado como era posible, recibiendo visitantes, discutiendo temas elevados y tratando a personas enfermas. El día veinticuatro ofrecí una conferencia en el ayuntamiento sobre «Teosofía es una Ciencia Verdadera, no un Ilusión». Esa mañana había visto algo que nunca olvidaré hasta el día de mi muerte. Vi al Dhawalagiri en un cielo claro, sin un velo de niebla entre este y yo. Fue como el descubrimiento de un mundo de dioses e inmortales y el lenguaje es demasiado pobre para hacerle justicia. Antes del amanecer había salido de la casa y estaba esperando la salida del sol. No había una nube en el cielo azul acero que opacara la luz de las estrellas. Mirando hacia el este vi aparecer, de repente, un pináculo de nieve eterna, como nacido del pecho de la noche: una masa pequeña, blanca, brillante, tan alta en los cielos que tuve que estirar el cuello para mirarla. Esa era la única masa brillante en el cielo, todo lo demás era noche y estrellas, mientras que las montañas en derredor y ante mí estaban cubiertas por una profunda oscuridad. En seguida, la gloria prorrumpió en otro pico y después corrió como un destello de plata derretida de uno al otro: en los momentos siguientes toda la escabrosa cúspide de la majestuosa montaña era un resplandor de nieve iluminada. Al elevarse a 20.000 pies sobre Darjeeling y 7.000 más sobre las llanuras, vistas desde lejos como un sueño más que una realidad, ¡no puede causar asombro el hecho de que la creencia popular hindú las conviertan en el hogar de los Rishis, esas encarnaciones ideales de todas las perfecciones humanas!

El día 26 dejé Darjeeling, para desandar mi ruta bajando hacia Siliguri, donde otra vez me vi sujeto al calor de las llanuras, pero ahora más terrible debido al contraste de cuarenta y tantos grados Fahren-



Jardín de flores delante de los edificios de la sede en Adyar.

heit. Mi objetivo, Jessore, fue alcanzado el día 28. Ofrecí conferencias como de costumbre y el 29 formé una rama local. De allí hasta Narail, donde fui alojado en un bungalow para viajeros compuestos de separadores de bambú y con techo de paja, frágil construcción que hace pensar que no aguantaría la fuerza de un viento fuerte. El mercurio se mantuvo en 106° Fah. por lo que puede imaginarse mi estado de comodidad. Ofrecí una conferencia a una gran multitud desde los escalones de una escuela, por ausencia de una habitación lo suficientemente grande para el propósito, y como no estaba ningún europeo por los alrededores, vestí mi traje hindú de muselina con mucho alivio. Si los europeos en los trópicos tuvieran realmente sentido común, descartarían su vestuario pegajoso, estrecho y caluroso, por los vestuarios espaciosos y delgados y las coberturas de cabeza de los nativos de esos países. ¿Pero que se puede esperar de personas que visten ropas de Piccadilly, incluyendo el gran sombrero, en las recepciones al aire libre, y sumisamente se someten al traje convencional de hacer visitas en el momento más caluroso del día y el más inconveniente? En Narail se formó una rama de la S.T. con catorce miembros. Fui hasta Calcuta vía Jessore por palanquín, botes y gāt gharry (coche de correos), viajando una noche y un día con el termómetro marcando 101°. Yo soñaba con algo de descanso al llegar al Palacio de Invitados del Mahrajah, pero no lo tuve, pues los pacientes se habían reunido y eran persistentes y reclamantes. Así que trabajé todo el día lo mejor que pude y naturalmente por la noche sufrí una fiebre nerviosa, alta temperatura y agotamiento de mis fuerzas. Por lo que a la mañana siguiente me llamé a capítulo y tomé mi necesario descanso. Por la noche, sin embargo, visité a mis queridos amigos, los Gordon, y más tarde sostuve una reunión de la S.T. de Bengala para la admisión de nuevos miembros. A la mañana siguiente (abril 4) salí para Berhampore, en el distrito de Murshidabad.

Nuestros miembros jainistas de Azimganj me recibieron como el año anterior, y después de ofrecerme las guirnaldas usuales, ramos de flores, perfumes rociados y refrigerios, me condujeron con gran pompa a un bote engalanado con flores en el cual fui llevado a través del río hasta algunos aparatosos vehículos enviados desde Berhampore para mi uso, a cargo de mi probado y leal amigo Dinanath Ganguli, Abogado Defensor del Gobierno. La recepción en Berhampore fue tan llamativa como aquella de mi visita previa, y el entusiasmo y la bienvenida igualmente calurosos. Después vino la curación de los enfermos, una conferencia al aire libre en un gran patio hermosamente iluminado para la ocasión y una gran reunión de la rama local donde se admitieron siete nuevos miembros. Partí al tercer día, a cargo del Dewan y Secretario Privado del Nawab Nazim (NOTA: Gobernador de una provincia, en urdu.—*El Traductor: FINAL NOTA*) de las Provincias Inferiores, quien había sido enviado para invitarme a pasar una noche en el palacio de Su Alteza en Murshidabad. Mi anfitrión y yo sostuvimos una larga conversación esa velada, y pasé una buena noche a pesar de los lujosos alrededores, que ofrecían un contraste tan grande con mis alojamientos de paredes de bambú y cabaña con techo de hierbas, además de las otras extrañas casas en las cuales, recientemente, había sido recibido. Fue divertido ver el jubiloso asombro del Nawab cuando, a la mañana siguiente, alivié a un gran Pathan (NOTA: Individuo perteneciente al grupo étnico iranio conocido con ese nombre.—*El Traductor: FINAL NOTA*) de su casa militar, de un severo ataque de ciática antes de reanudar mi viaje hacia Azimganj.

Mi siguiente parada fue Bhagalpore, adonde llegué a las 10 p.m. y recibí una muy amable bienvenida. Desde luego hubo discursos que responder y flores para ser coronado según la costumbre. Babu Tej Naraen, un hombre muy benévolo y enérgico me alojó en su suntuoso palacio para invitados. Al día siguiente curé a seis perso-

nas, visité una escuela, o más bien un instituto, fundado por el caballero citado bajo los auspicios de la S.T., donde unos 300 chicos indios recibían instrucción en la religión nacional y los alumnos musulmanes en los dogmas del islam. Había gastado Rs. 20.000 en la construcción y ofreció una subvención mensual de Rs. 250 para la cuenta de gastos corrientes, como suplemento de las Rs. 250 mensuales derivadas del pago de estudios. El hábil administrador era el Dr. Ladli Mohan Ghose, uno de nuestros antiguos y firmes miembros de la S.T. Mis sanaciones del día siguiente están registradas como dos histerias, un lumbago, una hemiplejía y tres reumatismos. En la reunión de la rama se admitieron ocho nuevos miembros, entre ellos un caballero jainista que ostentaba un puesto judicial para el gobierno y hombre de gran mérito. A la mañana siguiente abrí mi clínica habitual y veo que logré que un sordo, después de un tratamiento de media hora, escuchara palabras en el tono de una conversación ordinaria a una distancia de veinte pies. Fueron admitidos otros cuatro candidatos a la membresía, y después tomé un tren de mercancías para Jamalpur, un gran centro ferroviario, donde fui alojado en una muy destartalada casita cerca de la estación de trenes, que fue lo mejor que pudieron conseguir nuestros pobres miembros, y fue tan buena para mí como lo hubiera sido un palacio. Siguió una reunión de la rama y se admitieron candidatos.

Al día siguiente fueron curados veinte pacientes, pero el calor era tan excesivo que me sentí más que contento cuando llegó la hora de vaciar las habitaciones de la multitud. Esa noche conferencí en un salón grande y aireado que estaba atestado hasta los rincones. Un europeo, un tipo de cabeza de cerdo perteneciente a alguna secta discrepante, se empeñó en interrumpirme al final con un lenguaje duro, pero obtuvo lo que se merecía, quizás más de lo que esperaba. Gaya, Buda Gaya y Dumraon, vinieron después en ese orden y en cada uno ocurrieron los mismos incidentes de sanaciones,

conferencias, reuniones de las ramas y admisiones de miembros. La temperatura oscilaba diariamente entre 100° a 106° día tras día.

Algo muy desagradable y vergonzoso para mí, como europeo, sucedió en la conferencia de Dumraon. Un colono, dueño de una plantación de índigo, borracho y con la boca pestilente, llegó con una botella de brandy y una cesta de botellas de soda, y mientras yo ofrecía la conferencia continuó bebiendo. ¡Imaginad cual fue la impresión que hizo esta mala conducta sobre el público de hindúes sobrios, inteligentes y respetuosos! ¿Puede alguien sorprenderse por el desprecio que ellos sienten por la raza dominante, cuyos hábitos sociales son tan diferentes de su propio patrón de lo apropiado? Me alegra decir, sin embargo, que ninguna exhibición similar de mala conducta degradante había sucedido jamás en mis conferencias a través de la India, por mucho que hayan podido ver los hindúes entre los soldados y marineros del Ejército y la Armada Británica.

Mi paciente ciego, Badrinath Babu viajaba conmigo para el tratamiento diario y ocurría un mejoramiento constante de su visión. Fue en Dumraon que se le aplicó el oftalmoscopio a sus ojos, y como este es un asunto de hechos y de ciencia, no de imaginación o superstición, puedo citar un pasaje o dos de la carta del médico que hizo la observación, la cual dirigió al *Indian Mirror*, de Calcuta, desde Arrah, el 18 de abril, 1883. El caballero, Dr. Brojendra Nath Bannerji, L.M.S. (NOTA: Acrónimo en inglés de Licenciado en Medicina y Cirugía. — *El Traductor*: FINAL NOTA) es graduado del Calcutta Medical College y fue el alumno favorito de los cirujanos oftalmológicos de esa institución. Aparece en su totalidad en el suplemento del *Theosophist* de mayo, 1883. Dice:

La palabra maravilloso no es lo suficientemente formidable para caracterizar las curas realizadas por el Coronel Olcott

durante su gira actual... Es un hecho simple que, casos abandonados por eruditos médicos nativos y europeos como irremediables e incurables, han sido curados por él como por magia... No hay nada secreto en sus métodos. Al contrario, él invita especialmente a los doctores para que observen sus procesos y los conozcan, si así lo disponen, como hechos científicos. Ni recibe dinero, ni desea fama, ni espera agradecimientos; sino que lo hace para la instrucción de los miembros de su sociedad y el alivio de los sufrientes. El gasto de energía vital que hace para aliviar casos incurables es algo tremendo y cómo un hombre de su avanzada edad puede soportarlo, parece maravilloso. Lo he visto tratar, quizás, treinta o cuarenta pacientes, pero unos pocos ejemplos serán suficientes para daros una idea de todos.

El doctor entonces enumera curaciones de un dolor fijo en el pecho que duraba cuatro años, resultado de la patada de un caballo; dos casos de sordera, uno de los cuales duraba ya veinte años; disentería crónica, epilepsia, y después viene el caso más instructivo del ciego Badrinath. Pienso que mejor lo cito en su casi totalidad. «Boidya Nath (la mala pronunciación provinciana de Badrinath) Banerji, instruido caballero, Abogado Defensor de la Corte Judicial de Bhaugulpore, había estado sufriendo de glaucoma (crónico) y de atrofia de los dos discos ópticos por los últimos siete años... Las pupilas no respondían al estímulo de la luz. Su caso fue declarado incurable por dos de los mejores oculistas de la india, a saber, los Dres. Cayley y R.G. Saunders. Boidya Nath Babu posee certificados del Dr. Cayley a este efecto. Solo recibió catorce tratamientos (de mi parte) y en intervalos desde el 25 de febrero pasado (unas ocho semanas). Había recuperado perfectamente la vista en su ojo izquierdo, el derecho también mejoraba. Esta mañana podía incluso discernir con éste el color de las flores a

una distancia de veinte yardas. Yo mismo y mi amigo, Babu Bepin Bahery Gupta, cirujano asistente, Dunraon, examinamos sus ojos ayer con un oftalmoscopio. Encontramos que los atrofiados discos se sanaban, los atrofiados vasos sanguíneos admitían que circulara la sangre y alimentara los discos... Podía caminar fácilmente sin la ayuda de nadie y la tensión del glaucoma de la bola del ojo había desaparecido... Nuestros libros médicos no reportan un caso así, y todo cirujano oftalmológico entre vuestros lectores admitirá esta cura como sin precedentes. Someto a mis hermanos profesionales si la cura de este caso no debería inducirlos a investigar sobre este tema del merismo, el cual, por puros principios científicos, efectúa tan asombrosas maravillas de curación... He mencionado los nombres de los Dres. Cayley y Saunders con relación a este caso solo debido a mi respeto por la eminencia de su autoridad y a la importancia que sus certificados desfavorables oficiales le dan a la cura que el Cor. Olcott ha hecho en este caso. He escrito principalmente para mis colegas profesionales, y nadie conoce mejor que ellos cuan seguro estoy al retar al mundo médico para que produzca el registro de un duplicado de este caso».

Entusiasta generoso, al estar tan ciego gracias a su no perjudicado corazón, para imaginar que sus colegas se sentirían motivados a mirar incluso un solo volumen de Braithwaite para convenirse a sí mismos de que yo pudiera enseñarles algo valioso y que alivia el sufrimiento humano: ¡Debió haber tomado advertencia de la experiencia de aquél joven asistente cirujano de Galle, quien también se aventuró a contar la verdad acerca de las curas que me había visto hacer a pacientes «incurables»!

En el mismo suplemento del *Theosophist* (mayo, 1883) el curioso lector verá el certificado médico enviado al editor del *East*, un periódico local, por Purna Chundra Sen, practicante de medicina y cirugía homeopática, de Dacca, acerca de que yo había curado

en veinte minutos dos alarmantes casos de fiebre de malaria, con agrandamiento del bazo y trastorno funcional del corazón, resultando en histeria aguda. Después, en el suplemento de junio del *Theosophist*, de 1883, se puede ver el reporte del Dr. Ladli Mohun Ghose sobre tres destacados casos que yo había sanado, entre ellos el suyo propio, que era la ceguera del ojo izquierdo y que los Dres. Cayley y Macnamara de Calcuta, habían declarado incurable y probablemente congénita, después de examinarlo. «Pero hoy», dice el Dr. Ladli Mohun, «después de algunos minutos de simple tratamiento mesmérico, mediante el respirar a través de un pequeño tubo de plata, el Cor. Olcott ha restaurado mi visión. Me hizo cerrar el ojo derecho y con mi hasta ahora inútil ojo izquierdo, leo impresos ordinarios. Mis sentimientos se pueden mejor imaginar que describir». Sí, ¡pero imaginad los sentimientos de aquellos grandes oculistas y cirujanos oftalmológicos que habían declarado al ojo incurable!

Continué a Bankipur desde Arrah, donde pasé por la rutina usual, y fui recibido y tratado durante toda mi visita de la manera más afectuosa. Mis auditorios en el College Hall fueron muy grandes; el segundo, cuando ofrecí un discurso especial a los alumnos, excesivo. Después de hablar durante una hora quería detenerme, pero el salón gritaba: «¡Continuad, por favor, continuad!», por lo que continué durante otra media hora y los chicos me hubieran retenido toda la noche, sospecho, si no les hubiera dicho que estaba hambriento y me marchaba directo a casa para cenar. Queridos jóvenes, ¡qué campo sin límites existe entre los escolares y estudiantes universitarios de la India para aquellos a quienes conocen y aman! Y este es el campo que es incomparablemente el más importante de todos, pues los chicos aún no están echados a perder, ni la dulzura de sus jóvenes naturalezas

destruidas por el contacto con la vida pública. No pido un mejor epitafio cuando muera que ser llamado el Amigo de los Niños.





CAPÍTULO XXVIII

FLORIDOS ELOGIOS

Me es muy desagradable verme obligado a otorgar tanto espacio al relato de mis propios viajes y hechos, pero ¿cómo evitarlo? Durante todos esos años primeros yo era, en mi capacidad oficial, el centro de nuestra actividad ejecutiva: Los Estados Unidos dormitaban, con todo su trabajo esperando por el futuro; Inglaterra tenía un grupo de amigos que evitaban la publicidad, y otro (el de la S.T. de Jonia) no tenía medios para hacerlo si lo hubieran deseado; H.P.B. se mantuvo en casa para editar el *Theosophist* y escribir para las revistas rusas, cobrando, y yo tenía que estar constantemente en el campo o en la tribuna para llamar la atención pública y formar ramas locales. Mi sanación de enfermos se me había impuesto sin premeditarla, bajo circunstancias que estaban más allá de mi control y como los resultaron levantaron tan amplio e intenso interés como para constituir el rasgo más sensacional de ese año de la historia de la Sociedad, el lector debe disculpar amablemente el uso continuo del pronombre personal y absolverme de la acusación de egoísmo. Deseo que este se figure que se trataba del P.S.T. trabajando solo por la Sociedad, y que fue a este, no a mi pobre personalidad, a quien se mostraron todas esas amabilidades y se hicieron los elogiosos

discursos. He aquí un ejemplo del tipo de cosas que tuve que enfrentar sin sonrojo y asumiendo gran interés; un amigo inglés, en cuyo buen juicio tengo confianza, me ha aconsejado que copie aquí, para diversión e instrucción, la traducción del texto de un discurso en sánscrito que se me leyó en Bhagalpore. Pero, realmente, incluso escondiéndome detrás de la figura de mi *carapace* (NOTA: Caparazón, en francés.–*El Traductor*. FINAL NOTA) presidencial, no puedo acreditar las frases más extravagantes, porque sus pasajes, que pueden ser considerados perfectamente moderados aquí, serán leídos en muchos países distantes donde la sangre corre más fría y la imaginación es menos florida que en la India. Con estas eliminaciones, indicadas por los puntos, este es el texto del borrador y que me fue leído por aquellos eruditos pandits de Bengala.

(1) Oh, noble y filantrópico Coronel Olcott: aquí estamos, los hijos de la antigua Aryavarta, venidos a ofrecer una cordial bienvenida, nosotros que hemos deseado tiempo ha la bendición de vuestra presencia. Nuestra buena fortuna os ha traído a esta ciudad de Bhagalapore.

(2) Bendiciones y larga vida a vos, noblemente dispuesto Fundador de la Sociedad Teosófica. Nuestros peores demonios huyen ante vuestra noble presencia. Vuestra defensa revive los secos huesos de la Filosofía Aria.

(3) Oh..., en la presencia de vuestros pies de loto la gente de este lugar encuentra floreciente su árbol de deseos. Nuestras buenas acciones de un nacimiento anterior han resultado en la larga búsqueda de la bendición de vuestra presencia entre nosotros.

(4) Oh..., la tristeza que llenaba nuestros corazones se desvanece por vuestra llegada. La pasión, la envidia, el odio

y todo el conjunto de *karmas* han dado lugar a una profunda calma en nuestras mentes, tan volubles por naturaleza. Un encanto misterioso ha traído hoy un súbito cambio y nos ha sumergido profundamente en un estado de suprema bendición.

(5) La antigua diferencia de los Vipras desaparece en el aire ante vuestra presencia, la cual, a pesar de vuestro nacimiento extranjero, se siente como la de uno de nuestra propia casta. Es este el goce del yoga que habéis practicado..., podéis otorgar a otros el beneficio de vuestra bendita compañía.

(6) Auto-negación, pureza, erudición védica, ritual sagrado, buenas maneras, modestia, meditación, caridad, piedad, reverencia por los dos veces nacidos y los mayores; estas y otras cualidades similares, que una vez formaron el carácter hindú, se habían marchado de nuestro país. De nuevo han visto la luz debido a vuestro santo contacto.

(7) Aquellos malvados gigantes una vez destruidos por Rama y otros héroes de la antigüedad, que de nuevo corrieron incontrolables bajo la aegis (NOTA: Escudo o peto que usaban Atenea y Zeus, de acuerdo a la *Ilíada*.- *El traductor*. FINAL NOTA) de la civilización occidental, han sido otra vez llevados a las llamas ardientes de una noble filosofía.

(8) Muchos de los que habían cesado de creer en la poderosa palabra de los Rishis y se han salido de su sendero para hacerse mal ellos mismos mediante todas las formas de maldad por entregarse a vicios extranjeros, ahora han retornado al rebaño del cual se habían extraviado.

(9) ¿Cómo podemos devolver la deuda de gratitud que le debemos por vuestros esfuerzos en cada rincón del mundo, para despertar en las mentes de los hombres una sagrada reverencia por las preciosas verdades que yacen guardadas en los sistemas propuestos por nuestros antiguos Rishis, como fruto de sus

largas vidas de profunda meditación?

(10) Todo el honor a ti, Oh India, pues nada menos que un personaje como el mismo Coronel (*karnala*=todo oídos) ha escuchado la poderosa palabra del Rishi. Con su noble ejemplo mirándonos directamente al rostro, nosotros, los doblemente nacidos de la gran raza aria, nos sentimos avergonzados de nuestra actual degeneración.

(11-12) Oh, vos, cuya gran alma mira la relación en todo el mundo, cuyo sendero es el sendero de los antiguos brahmanes, habiéndoos despedido de la opulencia, la riqueza y de todas las preocupaciones mundanas, habiendo roto en pedazos todos esos lazos que atan al propio lugar de nacimiento, tan caro a la humanidad, habéis tomado en la mano una tarea muy difícil, hacernos el bien en un país lejano.

(13) ¿Dónde se encuentra vuestro propio país en la lejana región de Patala (NOTA: Las siete regiones inferiores del universo, en sánscrito.—*El Traductor*: FINAL NOTA), y donde nuestro propio país de Aryavarta? Grande e inconmensurable es la distancia entre ambos. Vuestra venida a nosotros demuestra la atracción todopoderosa del amor actuando desde un anterior estado de existencia.

(14) De la noble Dama cuyo cuidado maternal por el bienestar humano y que la palabra de los Mahatmas han hecho <dejar todas las preocupaciones egoístas a un lado> para el bien nuestro, los caídos, y de vos mismos, oh, Coronel, afligida por la edad, la decadente Teosofía, revivida, recibe su alimento.

(15) Naciones una vez conocidas como extranjeras se han convertido ahora en más que nuestro propio hogar; el mundo futuro que supuestamente seguirá a este, lo hemos llegado a sentir como nuestro propio mundo; los hombres una vez considerados como de diferentes razas se han, mediante el

amor mutuo, convertido en más que hermanos. Por ello, ante el encanto de vuestra amorosa naturaleza, todo pierde su carácter de forastero.

(16) ¿Qué os pediremos, pues habéis gratificado todos nuestros deseos por haber venido a nosotros?

Ahora nos queda rogar con todo nuestro corazón para que tengáis una larga vida de continua salud y éxitos sin fin.

9 de abril, 1883.

Lo anterior es una muestra entre el gran número de ellas que los Fundadores recibieron desde su llegada a la India. La costumbre es antigua, y deben pasar generaciones antes de que sea abandonada.

Retornando a nuestras curaciones mesméricas: Un importante hecho en su sugestión se advirtió en el caso de nuestro ciego Badri-nath. Sin importar lo súper-sensitivo que era cuando lo conocí, de todas formas él se sentaba y me dejaba tratarlo durante toda una media hora sin siquiera perder su consciencia, pero en una ocasión, cuando se me ocurrió la idea de que debería dormir, su cabeza al instante cayó hacia atrás, sus párpados se movieron rápidamente, las órbitas de sus ojos giraron hacia arriba y cayó casi dormido; en un momento dado estaba completamente despierto, observando su entorno y listo para hablar conmigo o con cualquiera en la habitación, en el siguiente no escuchaba los altos sonidos con que, en vano, los presentes trataban de excitar su atención, gritando en sus oídos, etc. Este fue el mejor ejemplo de transferencia de pensamiento que jamás se haya registrado. El cambio fue tan repentino como para sorprenderme por un instante. Era como si su vida colgara de mi voluntad y como si por mi deseo pudiera caer muerto de un ataque al corazón. Obtuve una valiosa lección de ello, a saber, mantener alerta las obras de la propia mente mientras el cerebro de un sujeto estaba sujeto mesméricamente a mi propia voluntad. Para

anticipar una teoría que pudiera ser sugerente a algunos lectores hábiles en hipnotismo, puedo someter la cuestión de si Badrinath Babu no estaba igualmente obedeciendo un pensamiento mío no expresado cuando se sometía conscientemente a mi tratamiento de sanación, cuando caía dormido obedeciendo mi mandato silencioso. Esto puede ser así, pero en ese caso solo nos ofrece una prueba aún más convincente de la transferencia de pensamiento, pues mientras mi aura de pensamiento quería que estuviera despierto para ser tratado, después quería que cayera en el sopor mesmérico. ¡Y cuan maravillosamente sensitivo debe ser el sujeto para exhibir estos fenómenos diferentes y opuestos!

Aun así, una entrada en mi diario del 21 de abril muestra la cuestión de si se sostiene la teoría de la unión mental absoluta entre mi paciente Badrinath y yo mismo. El día de marras, mientras estaba bajo tratamiento para sus ojos y mis pensamientos profundamente concentrados en ello, de repente comenzó a describir a un hombre brillante a quien vio mirándolo benevolentemente. Parece que su visión clarividente se había desarrollado y lo que vio fue a través de párpados cerrados. De la descripción detallada que después me ofreció, no pude evitar el reconocer el retrato de uno de los más reverenciados de nuestros Maestros, un hecho que fue aún más delicioso por ser tan inesperado y tan independiente de cualquier dirección mental por mi parte. Concediendo incluso, que Bradinath pudiera haber, por asociación de ideas, relacionado mi presencia con aquella de ese personaje, es improbable hasta el último grado que él me hubiera descrito un individuo con ojos azules, cabello lacio claro, barba clara y rasgos y complexión europeos, pues en verdad yo no he encontrado entre los brahmanes ninguna leyenda de un adepto así. Pero la descripción, como dije antes, se correspondía con precisión al personaje real, el Maestro de nuestros Maestros, un *Paramaguru*, como son llamados en la India, quien me había dado

un pequeño esbozo en colores de sí mismo en Nueva York antes de partir para Bombay. Si Badrinath estaba leyendo mi mente, debió haber llegado profundamente dentro de mi memoria subjetiva, pues desde que llegué a la India, no había tenido ocasión de ver el rostro de ese Bendito con los ojos de mi mente.

Los suplementos del *Theosophist* para el año 1883 pululan con certificados firmados de las curaciones que fui tan feliz de realizar en la mayor parte de la India, durante mis largos viajes de ese año. De estos copiaré uno, no porque sea más sorprendente que muchos otros, sino porque sucede que tengo a mano el papel original en que fue redactado y firmado en la época por los espectadores. El incidente ocurrió en Bankipur, el 22 de abril, 1883. El certificado dice así:

BANKIPUR, 22-4-'83.

El abajo firmante certifica que su habla acaba de ser restaurada por el Cor. Olcott, después de un tratamiento mesmérico de no más de cinco minutos; también le fue restaurada la fuerza a su brazo derecho, el cual, hasta entonces, estaba tan débil que no podía levantar el peso de una libra. Él había perdido el poder de articular palabras en el mes de marzo 1882.

(Fdo.,) RAM KISHEN LAL.

Como testigo, el primo del paciente.

(Fdo.) RAMBILAS.

La anterior curación maravillosa sucedió en nuestra presencia, como se describe arriba.

(Fdo.) Soshi Bhooshan Moitra, Amjad Ali, Jogash Chandra Banerji, Govinda Cheran, M.A., B.L. (NOTA: *Abreviaturas de Magister Artium* (Maestro en Artes) y de Bachelor in Law (Licenciado en Leyes), respectivamente. —*El Traductor*: FINAL

NOTA), Amir Haidar, Pleader, Mohas Narayan, Gaja Dhar Pershad, Abogado Defensor, Corte Judicial, Sajivan Lal, Lal Vihari Bose, Haran Chandra Mittra, M.A., Purna Chandra Mukerji, Bani Nath Banerji, Girija Sakhat Banerji, Hem Chandra Singh, Ananda Charan Mukerji, Ishwar Chandra Ghose, Baldeo Lal, B.A. (**NOTA: Abreviatura de Bachelor of Arts (Licenciado en Artes).**—*El Traductor: FINAL NOTA*), y Purnendu Narayan Singh, M.A., B.L.

Y puede decirse, de una vez por todas, que estas curaciones no fueron hechas en privado, sin testigos, o con alguna parafernalia mística o tonterías, sino abiertamente, a la vista de todos los hombres, a veces incluso en templos colmados de personas, por lo que todos mis relatos son capaces de ser verificados por testigos vivos, por no decir nada de los mismos pacientes sanados, de los cuales muchos deben haber sido radicalmente beneficiados, como el joyero singalés, Don Abraham, de quien he hablado antes.

Esa noche dormí sobre un banco en la estación ferroviaria, para poder tomar un tren muy temprano y ahorrarles a mis amigos la desagradable necesidad de levantarse antes del amanecer y venir a despedirme. Llegué a mi siguiente destino, Durbangha, a la 1 p.m., y fui huésped del Maharajah Lakshmiswar Singh Bahadur, un príncipe bien instruido, quien me ofreció todas las atenciones posibles y se hizo miembro de la Sociedad. Ofrecí una conferencia la segunda noche, ante un gran público, y el 25 fue formada una rama de la S.T. con diez miembros. Este Maharajah es enormemente rico y posee un palacio que contiene un Salón para Durbar (audiencias) que es espléndido en sus dimensiones y en sus adornos arquitectónicos. En mi inocencia en cuanto a lo que el futuro nos deparaba, escribí esta pregunta en mi diario: «¿Será él el Asoka de la S.T.?». Los acontecimientos han respondido decididamente a esto en forma negativa, como se mostrará a su debido tiempo. En esta ocasión, no

pudo ser más gentil y encantador.

Ranegunge fue mi siguiente parada. Aquí fui huésped de Kumar Dakshiniswar Malliah, propietario de veinticinco minas de carbón, quien me alojó en su villa campestre y fue extremadamente amable. Al día siguiente hubo tratamientos psicopáticos y en la noche organicé la S.T. de Searsole después de lo cual hubo la usual *conversazione* (NOTA: *Sic, en el original. Si no se trata de un error tipográfico, parece que el Cor. Olcott quiso utilizar la palabra italiana conversazione. —El Traductor. FINAL NOTA*), en la cual tuve que responder innumerables preguntas y a la 1 a.m. me dirigí hacia Bankura. Pude dormir algo desde las 7 hasta las 11:30 a.m. y entonces comenzaron de nuevo los asuntos. Esa noche hubo una conferencia y al día siguiente sanaciones y mesmerizaciones de ocho grandes cántaros de agua para distribuirlos entre los enfermos; en la noche una reunión de la rama de la S.T. con la admisión de seis nuevos miembros. A la mañana siguiente, a las 5:30 a.m. fui en coche de caballos de nuevo a Searsole, dormí en la estación hasta las 3 a.m., cuando tomé el tren para Burdwan. Fui recibido por el Dewan Sahib (ahora Raja) Bun Behari Karpur, el Dr. Mohindranath Lal Gupta, y por el Profesor Dutt de la Universidad del Maharajah y alojado en la hermosa residencia del Dewan. Mi público en la Universidad esa noche fue muy grande y entusiasta, la presidencia la ostentaba el Sr. Beighton, Juez de la Audiencia. El 3 de mayo, durante tres o cuatro horas, curé a los enfermos en la casa del Dewan en presencia del Maharajah y de sus principales nobles, pasé parte del día con él en el palacio y en la noche formé una rama local, de la cual el Dewan fue uno de los miembros. El Maharajah quería unirse, pero lo rechacé debido a sus disipadas costumbres. Como demasiados de nuestros mejores jóvenes príncipes, tenía la salud y la moral completamente arruinadas por los cortesanos corrompidos que lo rodeaban. Es una buena prueba de su innata bondad de corazón el hecho de que mi

decisión pareció incrementar, más que disminuir, su respeto por mí, y obtuve más de una evidencia de su buena voluntad antes de su muerte prematura, que ocurrió poco después.

En Chakdighi, mi próxima estación, fui alojado en la casa campestre más confortable y amueblada con mejor gusto que hasta el momento había visto. El nombre del zemindar era Lalit Mohan Sinha Rayam y lo consideré un joven muy estimable. Una rama de la S.T., fue formada esa velada y se realizaron diversas curas mesméricas a la mañana siguiente. El otro día me sorprendió en ruta otra vez, siendo la estación en vista Chinsurah, donde también fue organizada una nueva rama. Como de costumbre, hice mis curaciones y ofrecí una lectura en el cuartel ante un gran auditorio, cuya bienvenida fue expresada de la manera más demostrativa. Después hacia Calcuta otra vez, adonde llegué a las 9:30 a.m. el 8 de mayo, muy cansado, como se puede imaginar cuando digo que esta era la estación más calurosa del año, cuando el viento sopla como el aliento de un horno y remolinos de polvo lo sofocan a uno, si se aventura salir afuera antes de la caída del sol.





CAPÍTULO XXIX

LA CURACIÓN DEL MUDO EN EL TEMPLO DE NELLIAPPA

Lo que para el «esclavo del trabajo» es su domingo, lo fueron para mí los raros mediodías de descanso en este circuito de 7.000 millas alrededor de la India en el año 1883. Disfruté de uno según veo, el 9 de mayo, y al menos hasta el 14 estuve asentado en Calcuta, pero había que retomar la ronda sin fin y zarpé en un vapor para Midnapore, que transita por el Canal de Ooloobaria-Midnapore en un viaje de dos días. Ofrecí una conferencia la noche de mi llegada, realicé curaciones de enfermos el 17 y la formación de una rama local con diez miembros, después de lo cual regresé a Calcuta. Fue ofrecida una conferencia en Bhowanipore el 20, y al día siguiente, en el ayuntamiento de Calcuta, celebramos en presencia de un gran público, el primer aniversario de la S.T. de Bengala. Babu Mohini Mohun Chatterji, Secretario de la Rama, leyó un interesante reporte en el cual dijo que la formación de la misma se debía a mi primera conferencia en el mismo salón el año anterior; el presidente, Babu Norendranath Sen, ofreció un extenso y elocuente discurso; Babu Dijendranath Tagore, el altamente respetado y cultivado Acharya (NOTA: Guía o instructor religioso.–El

Traductor. FINAL NOTA) de la Adi Brahma Samaj, habló sobre la hermandad, el Dr. Lepold Salzar, sobre el Protoplasma y los descubrimientos de la materia odorífera por parte del Dr. Jaeger, y yo terminé con una retrospectiva histórica de los hechos del Dr. James Esdaile sobre la anestesia mesmérica, aplicada a operaciones quirúrgicas en Calcuta en los años 1846, '47, '48, '49 y '50. Veo en el reporte (*Theosophist*, Suplemento, julio, 1883) que leí, entre otras cosas relacionadas con el mesmerismo, el sorprendente pasaje del *Sariraka Sutra*, donde dice «Mediante el aura (*ushma*) del hombre interno (*sukshma sarira*) se percibe el aura (*ushma*) del hombre externo (*sbtula sarira*, o cuerpo)» (NOTA: El pasaje dice así: *Asyaiva chopapatte resha ushma*. En los diccionarios, *ushma*, según conozco, se explica como calor, con la implicación que tiene *prana* en algunos casos. Que no se trata del calor animal del cuerpo queda lo suficientemente claro por el hecho que se menciona el *ushma* del cuerpo espiritual. En estas circunstancias, creo que nuestra palabra aura (sánc. *tejas*) explica mejor que cualquier sinónimo inglés, la idea transmitida en el contexto. FINAL NOTA). La afirmación del Sr. Leadbeater (véase *Theosophist*, diciembre, 1895, art. «The Aura») de que el aura se extiende, en el hombre promedio, hasta una distancia de unas dieciocho pulgadas o dos pies desde el cuerpo en todas las direcciones, se sustentaba por la advertencia ofrecida en el antiguo *Atharva Veda*, de que si una persona sana se acerca a dos codos, o sea, a unos tres pies, del cuerpo de un enfermo, la enfermedad es probable que se le transmita; el aura del paciente transmite sus gérmenes a medio camino entre las dos, en el punto donde las esferas se mezclan y los microbios se transfieren desde el emisor al aura receptora. De acuerdo a Susruta, «la lepra, la fiebre, la hidropesía, las enfermedades de los ojos y algunas otras condiciones anormales» se comunican desde un paciente a una persona sana por la conversación (coito), contacto, respiración, sentarse juntos a comer en el mismo diván, el uso de las mismas ropas, guirnaldas de flores y

perfumes (*anulepan*). A propósito de la ahora furiosa plaga bubónica de Bombay, el *Atharva Veda* dice que: «Incluso si un hijo nacido del propio vientre es atacado por... absceso... nunca debe ser tocado»: un mandamiento que no es muy observado en nuestra época de valiente y altruista asistencia a los enfermos. Pero salgamos de esta digresión. La ocasión mencionada antes fue mi última aparición pública de ese año en esa parte de la India, pues al día siguiente zarpé para Madrás. Al comunicármeme que algunos de los hechos ofrecidos en esta narración con respecto al mesmerismo y a la curación mesmérica han sido ampliamente comentados por la prensa, quizás pueda interesar al público leer un sumario de la tabla estadística publicada por mi amigo, Nivaran Chandra Mukerji, quien me acompañó en la gira y amablemente actuó como mi secretario privado: su reporte se encontrará en el *Theosophist*, Suplemento, junio, 1883. Dice él que la tabla representa en una columna «el número de pacientes (fueron de ambos sexos, de todas las edades, condiciones de vida social y sectas) sobre quienes él (yo) impuso sus manos y en otra, la de los dones del agua vitalizada o mesmerizada hecha por él (yo). He utilizado vasijas de todos los tamaños, *ghurras*, *lotabs*, jarras, botellas, etc., llevándolas a la norma uniforme del recipiente de una pinta». En la primera columna enumeró los veinte lugares donde sané enfermos y se reporta que traté a 557 pacientes; en la otra columna se muestra que entregué 2.255 botellas con el contenido de una pinta de agua mesmerizada, y Nivaran Babu, asumiendo que cada botella representaba solo un paciente –un estimado muy moderado, creo– infiere un total de 2.812 personas enfermas tratadas por mí en el recorrido de cincuenta y siete días. Entre otros hechos adicionales de interés, para mis colegas al menos, está el que yo viajé «2.000 millas por tren, vapor, budgerow (bote de canal), gharry de caballos, elefante, a caballo y en palanquín; el viaje a veces se hacía durante la noche, a veces por el día». Ofrecí, parece, «veintisiete conferencias, organicé doce ramas, visité treinta de las anti-

guas y mantuve conversaciones diarias sobre filosofía y ciencia con cientos de los más hábiles hombres de Bengala y Behar». Nivaran incluso describe mi dieta con elogios liberales, y enumera cuantas patatas, onzas de verduras, macarrones, fideos, rebanadas de pan con mantequilla y tazas de té y café que tomé, y lo bien que yo seguía una dieta sin carne. Los vegetarianos no me pueden reclamar como un converso indiscriminado, debo decir que si Nivaran me hubiera acompañado en la gira de 1887, me hubiera visto tan debilitado por esta dieta que se me ordenó perentoriamente volver a mi alimentación usual, y aparentemente salvé mi vida por no ser tan fanático como el pobre Powell, quien perdió la suya por el ascetismo. Creo que se estará de acuerdo en que es cierto que cualquier dieta especial pude ser la «carne» de un hombre en una ocasión, y su «veneno» en otra. No tengo simpatía por los fanáticos que no disciernen. Ahora mismo, al preparar este volumen para la imprenta, estoy practicando de nuevo el vegetarianismo como prevención para la gota hereditaria y lo encuentro muy eficaz. El comparar pigmeos con gigantes, parece que fue mi caso, en este como el de Buda, quien se desmayó después de un largo ayuno y salvó su vida comiendo alimento nutritivo que le trajo Sujata, la de dulce alma, hija de un noble. Recuerdo que cuando la Sra. C. Leigh-Hunt Wallace, autora de una importante obra sobre mesmerismo, vio la estadística de la puntuación total de mi año de tratamientos, me escribió que no existía un mesmerizador en Europa que soñara con tocar con intención mesmérica a la mitad de ese número de pacientes. Ella se refería, desde luego, a sanadores profesionales como ella misma, no prodigios como Schlatter, Newton, el Curé d'Arts (**NOTA: Sic, en francés. Se refiere a San Juan María Vianney, llamado "el cura de Arts", localidad de Francia. -El Traductor. FINAL NOTA**), Zouave Jacob y otros que han profesado haber trabajado bajo un control espiritual dominante. Hasta donde esto llega, confieso francamente mi creencia de que no hubiera podido proyectar tan grande y

sostenida efusión de mi vitalidad a menos que hubiera sido asistido por nuestros Maestros, aunque ellos nunca me lo dijeron. De lo que estoy obligado a darme cuenta es que no he tenido un poder de sanación tan fenomenal desde que se me ordenó detener el trabajo, esto es, hacia finales de 1883 y estoy convencido de que, aunque lo intentara tan firmemente como siempre, no lograría curar aquellos desesperados casos, de los cuales entonces podía disponer con gran facilidad en media hora o incluso menos.

Recibí una calurosa bienvenida en casa por parte de H.P.B. y los demás, y se realizaron una serie de fenómenos, principalmente para mi beneficio, entre los cuales solo mencionaré aquél anotado en mi entrada del 6 de junio. Digo allí que: «no pudiendo decidir si aceptar la invitación de Colombo o la de Allahabad, coloqué la carta de A.C.B. en el santuario, cerré la puerta con llave, la reabrí al instante y allí estaba la orden escrita de • • a través de... (un segundo adepto) en francés. Se efectuó mientras estaba de pie allí, y no había transcurrido medio minuto». Hasta donde podemos apreciar, esto elimina claramente la pretensión de que esas comunicaciones eran fabricadas por adelantado y pasadas a través de un panel deslizante en el fondo del santuario. Todo un mes de trabajo de mesa en Adyar constituyó un delicioso episodio, combinado con la curación de pacientes, recibir visitantes y conversaciones metafísicas con H.P.B. Le devolví el habla a un paciente, curé a parálíticos, sordera, etc. Resulta interesante un caso como muestra de la cura progresiva de la pérdida de la audición. Se trataba de un joven que no podía escuchar el tic-tac de un reloj junto a su oído; el primer tratamiento fue concebido para que lo escuchara a la distancia de 4 pies 6 pulgadas; el segundo, a 6 pies, el tercero, a 15 pies; en el segundo podía escuchar una conversación a una distancia de 13 pies. El 24 de junio un chico que llevaba largo tiempo con las piernas paralizadas, pudo caminar por la habitación con un solo un tratamiento.

El 27 de junio zarpé para Colombo, llegué al tercer día y me sumergí en los asuntos que me esperaban, a saber, las quejas de los budistas con respecto a un ataque provocador que le hicieron los católicos, sin recibir un desagravio por parte del gobierno. Los siguientes quince días estuve muy ocupado con este asunto y con entrevistas personales con el Gobernador de Ceilán, el Secretario Colonial, el Inspector General de la Policía, el Agente del Gobierno para la Provincia Occidental, los principales budistas, los grandes sacerdotes y el Consejo. Redacté peticiones, protestas, instrucciones al Consejo, apelaciones al Gobierno en Londres y a la Cámara de los Comunes, sostuve muchas consultas y discusiones, presidí reuniones de la rama y en general, estuve muy ocupado. Una vez que todo quedó despejado, crucé hasta Tuticorin los días 14-15 de julio, y comencé una larga gira por el Sur de la India, que estuvo colmada de cosas diversas, entusiasmo, y pintorescos episodios.

Comencemos con nuestra llegada el 17 de julio a Tininevelly, el lugar donde nuestro Comité Budista de Colombo y yo plantamos el cocotero entre la alegría tumultuosa descrita en un capítulo anterior. Llegamos a las 6 p.m. y encontré que me aguardaba una gran multitud. Cinco grandes cuerdas de flores, más que guirnaldas, fueron puestas alrededor de mi cuello y colocadas sobre mi cabeza; mis manos, brazos y bolsillos se llenaron con limones maduros, el fruto de la bienvenida y el respeto; fui colocado en una silla de manos con dosel, el jefe local y los funcionarios gubernamentales caminaban a los lados, al frente y detrás de mí por el polvoriento camino; un joven brahmán arrojó flores sobre y alrededor mío y las lanzó al aire, cubriendo la vía con una alfombra olorosa; los brahmanes del templo vinieron y me entregaron el lotah plateado engalanado con flores y la bandeja en la que estaba un coco abierto, un tipo de polvo rojo, limones y alcanfor. La procesión continuó con banderas y estandartes ondeantes; dos bandas de músicos –una

del templo— hicieron sonar su música estruendosa y así procedimos hasta que llegamos al bungalow festoneado de flores y plantas asignado para mí y se me permitió entrar desde el calor del camino y disfrutar su frescor. Aquí expresó una bienvenida un ex-juez de Travancore, erudito y estimable caballero, al cual respondí, desde luego. ¡No parece que todo esto demuestre la mentira del relato enemigo misionero de 1881, de que los brahmanes ortodoxos se habían sentido tan ofendidos con la impureza del templo causada por nuestro grupo que plantó el cocotero, que habían desenterrado la nuez y purificado el lugar para deshacerse de la mancha impía! Pero ¿por qué perder el tiempo o «envenenarse la sangre» como dicen los rusos, refutando las innumerables calumnias que han circulado contra nosotros, cuando ellas se refutan a sí mismas en su debido momento?

Al día siguiente conferencié en el césped fuera de mi bungalow a un auditorio que incluía a todos los principales hombres del lugar. Al final hice un ardiente llamado para el equipamiento de una buena biblioteca teosófica para niños indios y al momento conseguí la subscripción de una muy buena suma. Este, si la memoria no me traiciona, fue el primero de una larga serie de éxitos en esa dirección, y hasta el momento actual he continuado apoyando las reclamaciones de la juventud india a sus mayores para poseer los medios de una cultura religiosa propia. Espero que, cuando abandone la escena, alguien de entre mis colegas cultivará completamente este, el mejor y más fértil de todos los campos mentales y morales en la India. No existe otro que se le compare.

Al igual que la publicidad otorgada por la prensa de Ceilán creó una inoportuna demanda de repeticiones en la gira de Bengala, de la misma forma las excitantes narraciones de los periódicos del norte de la India provocaron que me urgieran con igual pertinacia para ejercitar el poder para el beneficio de los enfermos en el sur de la In-

día. Me asediaron en Tinnevelly, como en todos los demás lugares, y se lograron algunas curas maravillosas. Una entrada de pocas palabras en mi diario del 20 de julio, recuerda una de las experiencias más dramáticas de mi vida. Yo había ido a la pagoda para asperjar el «Árbol de la Amistad», con fina agua de rosas y fui seguido por al menos 1.000 ociosos, quienes, a falta de mejor diversión, observaban cada uno de mis pasos e intercambiaban opiniones sobre mi apariencia personal. Un padre desesperado me trajo a un joven de unos veinticinco o treinta años, con la súplica de que le devolviera el habla, la cual había perdido tres años antes. No teniendo ni un rinconcito ni espacio para respirar, me subí sobre el pedestal continuo o basamento que soporta una línea de figuras monolíticas talladas de deidades hindúes, llevé al paciente conmigo, pedí silencio y le solicité al padre que le contara a la gente sobre el caso. Lo que pasó entonces bien puede ser citado según el registro impreso contemporáneo, una carta escrita por el bien conocido, ahora fallecido, S. Ramaswamier, M.S.T. en el Suplemento del *Theosophist*, agosto, 1883. «Entre una gran multitud», dice él, «justo frente al templo de Nelliappa, el Coronel colocó sus manos sobre el infortunado mudo. Siete pases circulares sobre la cabeza y siete otros largos pases, todos demoraron menos de cinco minutos, ¡y se le devolvió el habla al hombre que dejó de ser mudo! El Coronel, entre ensordecedores aplausos y atronadoras palmadas, le hizo pronunciar los nombres de Shiva, Gopala, Rama, Ramachandra y otras deidades tan locuazmente como cualquiera de los presentes. Las noticias de esta restauración del habla se esparcieron al momento por la población y crearon una gran sensación». Y no hay que maravillarse, pues cuando hice que el paciente gritara los nombres sagrados todo lo alto que su voz le permitía, la mitad de la multitud se lanzó a la calle en loca exaltación, moviendo los brazos sobre sus cabezas y gritando, a la manera India: ¡Wab! ¡Wab! ¡Wab! Al recordar los malvados ardidés que los misioneros me habían hecho en mi primera

visita, circulando un panfleto injurioso contra H.P.B. y yo, en el cual, contraviniendo la ley, no aparecía el nombre del editor o del impresor, y al propagar la falacia de que el cocotero había sido arrancado por brahmanes indignados, planifiqué para ellos un pequeño castigo merecido. Le pedí al padre del paciente que llevara a su hijo a los principales misioneros en Palamcottah –un suburbio de Tinnevely– les contara sobre la cura, le citara los versículos 17 y 18 del capítulo XVI de San Marcos y pidiera, de parte de la comunidad hindú que, como prueba de su encomienda divina, devolvieran el habla a alguien, tal como yo lo había hecho en la pagoda. Su respuesta debía ser comunicada al público hindú. Varios días después, vino y me reportó el resultado. Yo había esperado alguna diversión, pero imaginad mi sorpresa cuando me dijo que uno de los principales *padris* (NOTA: *Sic*, en el original. Quizás el Coronel Olcott quiso decir «padres». –*El Traductor*. FINAL NOTA) había declarado que su relato era una mentira, ¡y que nadie creería que su hijo alguna vez fue mudo! El subterfugio era tan ingenioso que provocó mi profunda admiración, y me reí mucho de su astucia. Más de lo que ellos merecían, creo, pues el hombre era conocido en toda la ciudad, y la cura había sido hecha con la mayor publicidad (NOTA: Como prueba de primera mano de estas extrañas curas y por ser la mejor de todas, se copian aquí los certificados que fueron impresos en el suplemento del Theosophist de agosto, 1883. Dicen así: «Por este medio certificamos que en nuestra presencia el Cor. Olcott acaba de devolver el habla a Oomayorubagam Pillay, hijo de Utheravasagam Pillay, de Palamcottah, luego de un tratamiento de menos de diez minutos. Durante tres años no había sido capaz de pronunciar una palabra, excepto la primera sílaba del nombre de Rama, e incluso confusamente. Puede ahora articular muchas palabras y con buena voz. (Fdo.) Utheravasagam Pillay (padre del paciente); Soccalingam Pillay (su tío); Sonachellum Pillay (su suegro); N. Padmanabha Aiyar, M.S.T.; Vallinayagam Pillay. Lo anterior es

estrictamente cierto. (Fdo.) Oomayorubagam Pillay (el paciente). Tinnevelly, 21 de julio, 1883». FINAL NOTA).

Continué a Trivandrum, la capital de Travancore, en carreta de bueyes, y todo mi cuerpo fue zarandeado y magullado; la distancia es de unas cien millas y el camino difícil. Llegamos a Trivandrum en la segunda mañana, y los nobles principales y los funcionarios vinieron para presentar sus saludos y bienvenidas. Hice visitas ceremoniales a S.A. el Maharajah, hombre cultivado, bien conocido por sus artículos para revistas sobre la Vedanta y otros serios asuntos, y al Residente Británico, el Eliyah Rajah (El Heredero), el Dewan (Primer Ministro) y a otros importantes personajes. Su Alteza el Maharajah, había enviado a los pandits de su palacio para que se reunieran conmigo y comenzamos una discusión sobre el yoga, él mismo sirviendo como intérprete. En mi conferencia de esa tarde estuvieron presentes la mayoría de los príncipes reales, y como uno de ellos era notoriamente inapropiado, aproveché la ocasión para esbozar una imagen de lo que era el antiguo ideal de un príncipe indio y compararlo con el triste contraste presentado en la mayoría de las cortes indias en el día actual, sin mencionar desde luego, su especial aplicación en el ejemplo actual, pues eso –como dicen los franceses– *sautait aux yeux* (NOTA: Saltaba a la vista, en francés.– *El Traductor*. FINAL NOTA). Se presentaron muchos pacientes para tratamiento, y veo que el primer día, todos, salvo uno, fueron más o menos beneficiados. La segunda mañana la Familia Real estuvo presente en mis habitaciones para observar las operaciones y entre otras curas está registrada la de una anciana a quien le devolví el habla en su presencia. Antes de dejar la ciudad admití a varios respetables candidatos en nuestra membresía. Había que enfrentar de nuevo el viacrucis sobre la carreta de bueyes y a su debido tiempo regresé a Tinnevelly, con la sensación de que era consciente de mi anatomía al final del viaje. *En route* (NOTA: Durante el viaje, en

francés.—*El Traductor. FINAL NOTA*), conferencié en Nagercoil a un gran público. Se realizaron más adiciones a nuestra membresía en Tinnevely y de allí continué a Srivilliputtur, donde formé una rama local; de allí a Sattur y después a Madura, una de la ciudades más grandes, prósperas e ilustradas de la Presidencia de Madrás. El templo de Meenakshi es, creo, la más hermosa estructura hindú en la India, tiene un área de 847 x 744 pies, está colmado de gigantes estatuas monolíticas; fue una vez la sede de la erudición tamil y las estatuillas de cuarenta de sus más reconocidos pandits se guardan en una habitación cerrada que probablemente pocos extranjeros visitan, y que es el triste recuerdo de los días gloriosos de antigua erudición, ahora casi olvidados. Existía, cuando visité la ciudad —y aún existe— una brillante abogacía local, cuyo líder de entonces, el Sr. S. Subramanier, M.S.T. se está creando para sí mismo un renombre permanente como Juez de la Corte Suprema de Madrás. Fui alojado en su casa campestre y pronto conocí a cada hombre en la ciudad que merecía ser conocido. La noche siguiente ofrecí mi conferencia, en el noble palacio de Tirumala Nayak (el rey pandyan (*NOTA: Dinastía tamil.—El Traductor. FINAL NOTA*) del siglo diecisiete), con dificultades. El palacio está construido y pavimentado con piedras, y el efecto de la presencia de la multitud dentro de los edificios es crear un estruendo y una confusión de sonido absolutamente inimaginable. Primero fui colocado para hablar bajo la cúpula en la rotonda, donde el Príncipe de Gales había celebrado su durbar, pero el simple roce de los pies descalzos de 2.000 personas sobre el pavimento y el murmullo de sus voces amistosas impidieron que fuera escuchado, incluso por los amigos que estaban a pocos pies de distancia. Estos alargaron sus cuellos, colocaron sus manos detrás de sus orejas, me observaron con sus ansiosas miradas, como si sus ojos hubieran sido taladros y con sus bocas medio abiertas, como lo hacen los sordos instintivamente para atrapar la vibración del aire dentro de la cavidad de la boca, así como aquellas

del tímpano. Pero fue inútil, yo solo estaba gritándome a mí mismo, por lo que me detuve e hice signos de desesperanza y disculpa. Siguió entonces una conversación a gritos entre el comité y yo, la cual terminó en que yo me dirigiera hasta el majestuoso salón lleno de esculturas donde ahora radica la Corte del Distrito. Una fuerte guardia se colocó en la entrada, para admitir solamente a aquellos que sabían inglés, y desde los bancos en los levantados estrados, donde se dispensa la justicia británica, pero donde anteriormente el soberano indio recibía protocolarmente, hablé durante más de una hora a una atenta multitud de quizás 800 a 1000, incluyendo todos los de alta cuna, posición e influencia y los más brillantes en intelecto (NOTA: El *Hunter's Gazetteer*, cuando describe el palacio, dice que es «la reliquia más perfecta de la arquitectura secular en la Presidencia de Madrás». La estructura principal consiste de dos partes, un patio abierto y un elevado pabellón. El estilo es una mezcla de hindú y sarraceno. El patio tiene unas 100 yardas cuadradas, con altos muros de ladrillo que forman largas galerías coronadas por cúpulas. Uno de los lados constituye el pabellón y su techo alto en forma de cúpula está apoyado sobre columnas circulares de granito. FINAL NOTA).

Al día siguiente y al otro, mis servicios como sanador tuvieron gran demanda y cada cura palpable se agregó al entusiasmo. Me tuve que poner en las manos del comité y dejar que este seleccionara a los pacientes de la atropellada turba que estaba en la puerta. El reporte del Sr. V. Cooppooswamy Iyer al *Theosophist* dice que coloqué las manos sobre veintisiete personas, y que «las curas más destacadas fueron tres casos de sordera, un obstinado caso de reumatismo crónico de nueve años en la columna vertebral que había desafiado mucho la habilidad de la facultad médica, y dos casos de parálisis, una del dedo medio de la mano izquierda y el otro de toda la mano izquierda. En el último caso la cura se efectuó en cinco mi-

nutos». En breve, un muy respetable surtido de «milagros», suficientes si hubieran sido explotados por un sacerdote emprendedor de cualquier religión, para demostrar a los extraños su posesión de un Mandato Divino especial: Estos estúpidos ignorantes son el crédulo público de todos los países. Espero que el lector inteligente ya se ha percatado de que si los dos Fundadores de la Sociedad Teosófica hubieran sido esos tramposos especuladores que a menudo se ha dicho que eran, hubieran acumulado grandes sumas de dinero y hubieran sido adorados como personajes sobrehumanos, en vez de tener tan magros ingresos como lo muestra el reporte financiero anual de la Sociedad. No es que nunca hubiéramos tenido la oportunidad, pues si alguna vez cualquier reformador religioso en la India la tuvo, esos fuimos nosotros. En esta época de fe disminuida y sacerdotes corrompidos, cuyo aspecto animalesco a veces es suficiente para que a uno se le revuelva el estómago, los fenómenos incontestables de H.P.B. y mis sanaciones cautivaron la imaginación popular de manera tal que, literalmente, magnates pusieron sus tesoros a nuestros pies y se nos ofrecieron fabulosas sumas para que mostráramos nuestros diversos poderes. (NOTA: Un musulmán en Bengala me ofreció en una ocasión Rs. 10.000 para que fuera por unas horas y curara la parálisis de su esposa, lo cual desde luego no hice, como pudiera haber hecho, si él hubiera sido un pordiosero y ninguno de sus amigos me hubiera pronunciado la palabra dinero. FINAL NOTA). El que hayamos rechazado todas esas ofertas con evidente sinceridad es el secreto de mucha de la amistad leal que se nos mostró por toda la India, desde el principio hasta ahora. Si hubiéramos tomado un solo presente para nosotros, todo el público indio nos hubiera abandonado en la crisis de los Coulomb y hubiéramos sido considerados como farsantes religiosos, mientras que tal como son las cosas, con todos los misioneros combinados de todas las sociedades del mundo, no pueden borrarlos de nuestro lugar en los corazones de los hijos de la India,

lamentablemente degenerados como lo están.

La cura de la parálisis de la mano tuvo una divertida secuela. El paciente pertenecía a una buena familia de brahmanes, hermano de un B.Á., y vakil (abogado defensor), impulsivo por naturaleza y no moralmente fuerte. Estaba tomando su cena cuando el hombre regresó de mis habitaciones, su mano paralítica brillaba y ardía como el fuego con la ráfaga de vitalidad a través de ella. El vakil, un escéptico religioso, demasiado elevado en su propio engreimiento para admitir que el alma es una realidad, tan pronto como asumió el hecho de la cura de su hermano por la simple imposición de mis manos, fue barrido su escepticismo como por una inundación, dejó su comida sin terminar, corrió hacia mí, me agradeció extravagantemente por la cura, estuvo junto a mí todo el día, se hizo miembro de la Sociedad y cuando partí para Negapatam y otros lugares fue conmigo para servirme o luchar por mi causa, según yo lo decidiera. No vino con una muda de ropa, si recuerdo bien, sino que vino tal cual, como alguien que salta a un bote justo cuando está escapando de un barco que se hunde, sin pensar en comida, agua o equipaje. Este celo tan ardiente no podía durar mucho, a pesar de sus votos de lealtad gritados a las cuatro esquinas del cielo, mi entusiasta vakil demostró ser uno de los amigos más vacíos que conocí en la India, rompió cincuenta veces sus promesas y finalmente me dejó que pagara de mi propio bolsillo una buena suma para suplementos de construcción que me había solicitado a sus expensas para los Cuarteles Generales, y nunca reembolsó el dinero. Un tipo de carácter muy diferente fue el del otro vakil brahmán que me acompañó a Negapatam. Ha sido fiel todo el tiempo, es un Fideicomisario de la S.T. y lo escogí como uno de los albaceas de mi propio testamento. *Quod homines, quod sententiae.*

En Negapatam las cosas fueron similares a Madura. Una gran multitud me recibió a mi llegada, me cubrió con flores, se formó en

procesión con una banda de músicos y me llevaron a un bungalow adornado, donde respondí a los discursos, mantuve conversaciones en habitaciones llenas de preguntones, formé una nueva rama con veintisiete miembros, ofrecí conferencias a un público ilustrado (es decir, que conocía el inglés) y a otro público popular: el primero fue en mi bungalow, el segundo en la pagoda, con traductores, a 3.000 personas. El 5 de agosto dormí en la estación de ferrocarriles y tomé un temprano tren a la mañana siguiente para Trichinopoly, donde me esperaba más adoración de héroe, con el termómetro por encima de 100° Fah. en la sombra. ¡Una cálida bienvenida, en verdad!





CAPÍTULO XXX

MILAGROS EN EL SUR DE LA INDIA

La popularidad, cuando sobrepasa un cierto punto, es muy agobiante, como lo advertí en la gira por el sur de la India de 1883. Cuando, el 7 de agosto, llegué al ayuntamiento de Trichinopoly donde tenía que hablar, me fue prácticamente imposible alcanzar la puerta; una inmensa multitud ocupaba cada centímetro de las inmediaciones y en lugar de hacerme espacio, se aglomeraba en una masa compacta de carne sudorosa para echar un vistazo al objeto de su curiosidad momentánea. En vano mi comité suplicó, increpó, gritó y empujó, al final me vi en un punto muerto. Así pues, hice la cosa más natural, subirme al sólido techo de un palanquín desde donde todos podían verme. Si alguien quiere controlar a una multitud no debe excitarse ni precipitarse, debe dar el adecuado impulso inicial y dejar que él mismo se incremente. Sabía perfectamente bien que ni un solo hombre en quizás una docena, entendía inglés ni realmente conocía algo sobre mí aparte de que yo era el amigo y el defensor de su religión y que tenía una manera de curar a los enfermos que la gente llamaba milagrosa. Así, de pie y muy quieto allá arriba hasta que se hartaran de mirar, realmente estaba preparando a la cerrada multitud para dividirla en unidades. Primero se gritaron unos a otros y se respondieron pidiendo orden en un grado

que ninguna voz se hubiera podido hacer escuchar, por lo que hice silencio. Finalmente, sin embargo, mientras llegaba un momento de calma parcial y el sol me golpeaba hasta el punto que deseaba entrar, levanté los brazos sobre mi cabeza y en silencio los mantuve así. A veces una multitud es como un niño que llora y cuya atención puede conseguirse mostrándole algún objeto extraño o brillante que excite su curiosidad. Esto lo sabía y por ello me mantuve callado. Si hubiera comenzado a hablar, al instante cincuenta personas hubieran gritado a otras cien que se callaran, y por todas partes se hubiera escuchado una repetición de «*chis*» y «*psis*»; pero al verme detenido en la misma actitud y preguntándose qué iba a decir, el resultado fue que pronto fui capaz de pronunciar mis primeras palabras mediante un intérprete, quien había subido detrás de mí. Esto me recuerda un ardid realizado por el difunto Prof. James J. Mapes al amodorrado auditorio en una de sus conferencias públicas. Fue mi profesor cuando estudiaba agricultura científica hace cuarenta y tres años y él mismo me contó la historia en su inimitable manera simpática. Viendo que su público de cansados granjeros se estaba quedando dormido en medio de su erudito discurso, silenciosamente se volvió hacia la pizarra que se encontraba detrás de él, la borró con un paño, se quedó mirándola como meditando algún problema, dibujó una gruesa línea vertical por el medio, soltó la tiza, se limpió los dedos, pensó un minuto, después se volvió hacia el público –ahora completamente espabilado y preguntándose de qué iba aquello– y continuó con su conferencia hasta el fin. Nunca hizo la menor referencia a esa línea perpendicular de tiza sobre la pizarra. ¡Los granjeros se mantuvieron despiertos creyendo que lo haría!

Cuando hube pacificado a la multitud exterior en Trichinopoly, me deslicé a través de la otra sudorosa multitud que se encontraba dentro del edificio en un predio trasero donde, con mi público que

me seguía, ofrecí mi conferencia sin interrupción. Me mantuve de pie con mi espalda contra la pared de la casa para convertirla en una caja de sonido. Muchos fiascos le han ocurrido a un orador por descuidar esta precaución: su voz se pierde en la multitud.

Las curaciones de enfermos continuaron aquí diariamente, como en todos los lugares, y el día 8 (de agosto), según aparece en el registro, traté setenta casos con más o menos éxito. Desde luego, nadie puede predecir si alguna de estas sanaciones, por muy efectivas que puedan parecer en el momento en que el paciente abandona las manos del sanador, serán curas radicales o no: todo depende del presente estado de su constitución. Sin embargo, se dieron varios casos de aparente cura perfecta de la enfermedad.

Esa misma noche figuré en una escena difícil de sobrepasar por lo pintoresca e impresionante. Tenía que ofrecer una conferencia en una de las grandes plazas del venerable templo Vaishnava Srirangam, conocido por todos los viajeros como la mayor estructura religiosa en la India. Comprende un santuario central rodeado por cinco recintos, cada uno de los cuales incluye el siguiente que es menor; la pared del recinto exterior mide cerca de media milla de largo a cada lado. Este es el lugar donde Ramanuja, el fundador de la escuela Visishtadvaita de filosofía brahmánica, elaboró su sistema en el siglo once y comenzó su misión de predicar a través del sur de la India. El lugar de la conferencia que se me asignó fue en la plaza interior frente al Pabellón de las Mil Columnas, una estructura de 450 por 130 pies y de una sola planta. Imaginad la escena que se abrió ante mí cuando di la vuelta al ángulo del perímetro y se me presentó la visión del gigantesco pabellón y de la plaza abierta. Bajo el baldaquín del cielo estrellado aguardaba una multitud de hindúes de rostros oscuros, con turbantes y ropas blancas, que llegaba quizás al número de 5.000, de pie y acuclillados sobre la tierra, cubriendo la porción frontal de la terraza de la estructura de mil columnas.

Muchos jóvenes habían subido por las tallas del *gopuram* piramidal, o puerta de entrada a la derecha, y se sentaban en la cornisa. Se me había construido una pequeña tribuna de tablas, ornada con flores y plantas, sobre el pórtico a los pies de la escalera que conducía a la terraza en cuestión, y tuve que emplear alguna agilidad para llegar a ella. Cuando lo conseguí, sin embargo, toda la imagen irrumpió a la vista, y por su extrañeza impresionó profundamente mi imaginación. La única luz, salvo la de las estrellas parpadeantes, provenía de antorchas oscilantes sostenidas por muchos criados colocados contra las paredes y de media docena en mi tribuna, dispuestas para darle a mi figura una luz intensa contra el oscuro fondo de la pirámide. La silenciosa multitud, media oculta en la sombra, variaba aquí y allá debido a alguna figura de pie de un brahmán desnudo hasta la cintura, cuyo cordón sagrado se veía contra su piel de bronce como gotas de leche; y allí sobre la plataforma, a diez pies sobre sus cabezas, el orador, también vestido de blanco, de pie con su traductor y uno o dos miembros de su comité, era el centro de observación, mientras el aire de la noche nos refrescaba y la multitud escuchaba en completo silencio el discurso sobre hinduismo y la necesidad de una educación religiosa para los jóvenes. Las aclamaciones, por largo tiempo contenidas, estallaron al final, los portadores de antorchas las movieron, los que estaban sentados se pusieron de pie, los chicos se lanzaron de sus sitios en el *gopuram*, y cargado con guirnaldas y cercado por miles, lentamente me abrí camino hasta el predio exterior donde me esperaba el carruaje. Como en todos los lugares, se formó una rama local de la S.T. y al día siguiente fui a Tanjore, la capital de una de las más grandes de las antiguas dinastías hindúes del sur de la India, y en todas las épocas uno de los más importantes centros políticos, literarios y religiosos del sur (Hunter's *Gaz. Ind.*, xiii, 195). Qué lástima que el flujo de visitantes a la India raramente se dirige al sur, sino que todos comienzan en Bombay, y después de vagabundear por las ciudades del norte, donde el sello de la con-

quista musulmana está en todas las cosas, terminan en Calcuta o regresan a Bombay. El viajero orientado por los Sres. Cook casi no ven nada de las más antiguas dinastías indias, ni ve los incomparables templos hindúes que embellecen la India del sur; es como visitar Escocia e Irlanda para ver Gran Bretaña, ¡omitiendo visitar Londres y otros centros del desarrollo nacional inglés!

Al llegar a la estación ferroviaria de Tanjore a las 5 a.m. encontré a una multitud que me esperaba y el tren emitió vapor para acompañar a una banda de músicos. Los notables del lugar me dieron la bienvenida con coronas florales, en una mesa colocada en el andén se me sirvió café y recibí y contesté a las alocuciones usuales de cortesía. Fui alojado en el bungalow para viajeros, y amablemente me dejaron disfrutar mi privacidad hasta la noche, cuando se me enseñó la ciudad y me llevaron al magnífico templo que, como dice Ferugsson, es conocido en todo el mundo. Consiste en dos patios, y en el gran patio se alza el santuario, una estructura que tiene una base de dos pisos en altura, coronada por una pirámide que se eleva trece pisos hasta la cúspide a 190 pies sobre el suelo y de la que se dice está compuesta por una única gran piedra. Entre esta y la puerta de entrada está colocado, sobre un pedestal de piedra, el toro colosal de Nandi, el Vahan (**NOTA: Vehículo, en sánscrito.—El Traductor: FINAL NOTA**) de Shiva. El gran animal está tallado, si recuerdo bien, en un bloque de granito y mide, aunque está en posición yacente, unos diez o doce pies de altura. El pedestal está cubierto por un dosel de piedra apoyado en columnas talladas cuadradas. Ofrecí mi conferencia desde ese pedestal, la multitud sentada sobre el pavimento del patio lleno de banderas. Directamente frente a mí estaba un gran lingam de piedra, el emblema de Shiva de la fuerza generativa de la naturaleza, y detrás se alzaba la gran pirámide, cuyos pisos están enriquecidos con grandes figuras talladas en alto-relieve. Hablé mediante un intérprete y en las pausas cuando éste

hablaba, mientras miraba en derredor, fui sorprendido por la experiencia romántica de que yo, un norteamericano, representante de la más joven y más febril civilización del mundo, estuviera de pie allí, junto al gran toro, rodeado por los esculpidos emblemas de la más antigua de las religiones del mundo y hablando a sus creyentes vivos sobre las verdades encarnadas en las añejas enseñanzas de sus medio olvidados sabios y rishis.

Fui capaz de declarar personalmente la falsedad de un relato supersticioso al uso de que la gran pirámide no daba sombra. A las 5 p.m. cuando la vi, había una gran sombra negra alargándose por el medio del patio. ¡El brahmán a quien se lo mencioné dijo que el rumor popular está basado en el hecho de que no ofrece sombra al mediodía! Hubo otra conferencia en el Salón de Lectura de la ciudad y disfruté mucho una visita a la mundialmente conocida biblioteca sánscrita del palacio real, catalogada por el Dr. Burnell, quien descubrió que contenía unas 35.000 hojas de palma y otros manuscritos, más 7.000 volúmenes encuadernados, entre los primeros, muchos muy raros y valiosos. Antes de dejar la ciudad traté a muchos pacientes e hice algunas interesantes curas.

Kumbakonam, mi siguiente estación –el «Oxford» del sur de la India– es un famoso centro educacional, y los profesores indios de la universidad se comparan favorablemente en conocimiento y dotes intelectuales con cualquiera de este país. Al mismo tiempo están prejuiciados mentalmente hacia el materialismo, y en la época de mi primera visita ejercían una fuerte influencia anti-religiosa sobre los estudiantes, e indirectamente, sobre los chicos de todas las escuelas. Previamente había sido advertido de esto, por lo que, cuando conferencí en el templo de Sarangapani (vaishnava) a un público de 2.000 a 3.000 que llenó el Prakara (lado) Oriental, y el cual –dice el reporte contemporáneo del periódico– abarcaba «Vakils, profesores, maestros, mirassidars, ryots (NOTA: Mirassi-

dar: Miembro de una casta hindú, sikh y musulmana. Ryot: campesino encargado de la siembra.–*El Traductor*. FINAL NOTA), mercaderes, y estudiantes», abordé la religión desde el punto de vista de la ciencia. La conferencia del día siguiente, en el mismo lugar, fue de un carácter más popular y trataba en su mayor parte del deber de los padres hindúes para con sus hijos. Los resultados prácticos de la visita y de los discursos se manifestaron –a pesar de los profesores y maestros escépticos– en la formación de la ahora muy conocida rama local, el retorno del interés público a la religión hindú y en la recolección de un buen fondo para una biblioteca local. Esto, hay que recordar, sucedió en el año en que lo que ahora se llama el Renacimiento Hindú, comenzaba a diseminarse por toda la India, cuando cuarenta y tres nuevas ramas de la Sociedad vieron la luz y se rompió la espina dorsal del movimiento indio hacia el materialismo. Y esto aconteció diez años antes de que se reuniera el Parlamento de las Religiones en Chicago.

Veo registradas entre las curas psicopáticas conseguidas por mí en Kumbakonam otro de esos maravillosos casos de sordera. El paciente era un abogado de Negapatam, creo, quien había venido con la esperanza de tener la oportunidad de que yo lo tratara. Podía escuchar sonidos con dificultad desde una distancia de una yarda, pero después de un tratamiento de media hora –en la veranda del bungalow para viajeros– le hice caminar despacio alejándose de mí y escuchando mi voz, elevada solo al tono ordinario conversacional, y con órdenes de detenerse en el momento en que la perdiera. Hice que mi criado caminara junto a él, sosteniendo la punta de una cinta métrica de la cual yo sostenía la otra extremidad. Cuando el abogado se detuvo, la cinta mostró que podía escucharme a la distancia de 70 pies 6 pulgadas, y yo lo comprobé conversando con él a esa distancia, dándole la espalda para que no se engañara a sí mismo leyendo mis labios. No sé cuál fue la secuela del caso.

La recepción que se me ofreció en Mayavaram, mi siguiente parada, fue entusiasta a un grado que no se puede sobrepasar, igualando aquellas de Tinnevely, Trichy y Guntur. Llegué allí a las 7:30 a.m., fui honorablemente recibido en la estación, alojado en la ornamentada casa de descanso, recibí visitantes todo el día y en la noche, después del oscurecer, fui llevado en palanquín abierto, en medio de una procesión con antorchas a dar una conferencia en el templo de Mayuranathasami. El reporte del periódico dice que la procesión fue guiada por el elefante del templo, por camellos con sonajas y una banda de músicos. Siete mil personas se aglomeraban en el interior del edificio, y –se me dijo– cada hombre y mujer de la ciudad que no estaba confinado en una cama, tomó parte en el desfile. De un reporte técnico sobre las curas, publicado por el Sr. D.S. Amirthasamy Pillay, Apotecario Civil (un funcionario médico gubernamental), parece que se hicieron algunas novedosas. Estas incluían casos de paraplejía, sordera, neuralgia y epilepsia. En este lugar Damodar llegó desde Madrás por asuntos de la Sociedad y me trajo un nuevo voluntario para que actuara como mi secretario privado, a saber, el Sr. T. Vijiaraghava Charlu, ahora conocido desde hace muchos años como gerente del *Theosophist*. Había renunciado a su puesto en el Departamento de Correos para trabajar con nosotros, y lo ha hecho muy fielmente desde entonces. Carente de las afables maneras por las cuales más de un indigno miembro entre nuestros asociados ha ganado amplia popularidad temporal, él se ha aferrado a su trabajo con la firme perseverancia de un viejo Covenanter (NOTA: Término inglés que literalmente significa «el que firma un pacto». También denomina, y aquí se usa en ese sentido, al firmante escocés de la Reforma Religiosa en el siglo XVI.–*El Traductor*: FINAL NOTA), y es aún más apreciado por aquellos que lo conocen íntimamente.

Habiéndose formado una rama, continué hasta Cuddalore,

donde se repitió lo mismo. Mi primera conferencia fue en inglés, la segunda en el templo de Pataleswaraswami, ante miles de personas apretujadas, y hubo que recurrir a los servicios de un intérprete. Aquí recibí un cumplido inusual, según apareció en el reporte publicado del Sr. A. Rama Row. Dice:

Tan pronto como llegó aquí, fue llevado en procesión, seguido por una gran multitud, con música hindú sonando y banderas ondeando. Fue llevado alrededor del templo, dentro del recinto cuya función, de acuerdo con la creencia religiosa hindú, es realizar el sagrado *pradakshana*, una ceremonia que hasta ahora solo a un hindú le es permitido realizar. Después fue llevado a la puerta del templo, cerca de la imagen de Nandi (el sagrado toro de Shiva). La ceremonia *Arati* fue entonces realizada por el Gran sacerdote y el llameante alcanfor ofrecido al Coronel, y una guirnalda de flores colocada alrededor de su cuello. Después subió a la tribuna. Todo el templo estaba atestado al punto de la asfixia.

Lo que hace más significativo este acto de respeto y amor es que no solo era yo un hombre blanco, sino un declarado budista; estos impedimentos, sin embargo, no evitaron que fuera aceptado como el funcionario principal de una Sociedad que no está comprometida con ninguna religión en particular, sino que fraterniza con todas por igual y que estaba trabajando tan lealmente con los indios para promover el hinduismo, como lo había estado con los budistas singaleses para revivir el budismo. Me aceptaron como el amigo de su Madre India, por lo tanto, su hermano del alma. Y como tal lo acepté.

Una visita a Chingelput terminó con esta parte de la gira anual, y de allí fui a Ootacamund para reunirme con mi querida colega H.P.B., en la hospitalaria casa del Mayor General y Sra. Morgan. El



Estatua de H.P. Blavatsky en Adyar.

ferrocarril termina en Mettupalayalam, a los pies de las colinas Nilgiri, y el viajero prosigue por el bien allanado camino de montaña en un tonga de caballos, o carreta de correos de dos ruedas guiada por un par de ponis galopantes. La subida es simplemente encantadora, y al pasar a través de bosques, por hileras de flores y enjambres de bellamente pintadas mariposas, el aire se hace cada vez más frío, hasta que a medio camino uno se ve obligado a detenerse en la casa de descanso y cambiar la ligera ropa tropical por pesadas lanas e incluso ponerse un sobretodo. En casi cada vuelta de ese camino lleno de curvas, se presentan a la vista espléndidos panoramas de paisajes, mientras que uno encuentra en Ootacamund a un hermoso pueblo de casas pintorescas, que se extiende por las laderas de las colinas, con sus caminos bordeados por rosas, los recintos alegres con lirios, verbenas, heliotropos y otras «sonrisas florales de Dios». En la entrada del peaje en Coonoor Road, H.P.B. me recibió en compañía de nuestra querida Sra. Morgan, la Sra. Batchelor y otros de la familia, el General se encontraba temporalmente ausente de casa. Mi antigua «compinche» parecía realmente encantada de verme y parlotaba en su forma afectiva como alguien que saluda a un familiar ausente por largo tiempo. Ella se veía bien, el aire de montaña, cual champán, hacía que su sangre saltara por su cuerpo y estaba del mejor ánimo debido a las amabilidades que le ofrecieron algunos de los altos funcionarios y sus familias. ¡Pero abandonó algo de su entusiasmo esa misma noche manteniéndome hasta las 2 a.m. leyendo pruebas y corrigiendo su manuscrito! ¡Qué criatura tan divertida era cuando estaba de buenas, cómo hacía que una habitación llena de personas estuviera pendiente de sus labios mientras contaba historias de sus viajes y aventuras en busca de los hacedores de milagros mediante magia y hechicería, y que abrieran sus ojos en asombro cuando ella, de vez en cuando, sonaba alguna campanilla astral, o hacía algunos golpeteos, o algunos fenómenos menores! Y después, cuando se habían marchado y ambos

estábamos trabajando en nuestros escritorios, ¡como solía reírse de su sorpresa y de sus a menudo estúpidos intentos para explicar los curiosos hechos, los cuales, hasta ese momento, no habían tenido paralelo en su experiencia! Si algo detestaba, era al auto-satisfecho ignorante de sociedad, que ofrecía explicaciones infantiles para los fenómenos físicos y trataba de alardear con su inteligencia, a costa de ella, y solía tomarlo por el cuello y aplastarlo, metafóricamente hablando, con ira feroz. ¡Y cuánto odiaba a la matrona presumida que, aunque absolutamente falta de calificación para pronunciar una opinión sobre estos temas superiores y no bendecida con la caridad cristiana (!) la considerada como un horror que no debía ser mencionado en los círculos respetables! Escucharla comentar sobre ellos era mejor que asistir a una obra de teatro. Solía decir que las mujeres rusas, austríacas y francesas podían ser muy malas en su conducta, pero que eran mucho más honestas que las británicas y las norteamericanas del mismo rango social, pues hacían sus cosas malvadas a la vista de todo el mundo, mientras que las otras hacían las mismas cosas malas detrás de las puertas y detrás de todo tipo de escondites. Sin duda, sus rudas maneras, sus atrevidas excentricidades, sus palabrotas y otras peculiaridades, eran simplemente su apasionada protesta contra los fingimientos e hipocresía de la sociedad. Una mujer bella, con su cerebro, nunca hubiera soñado que se hablara tanto de ella; siendo el reverso de lo bello, tanto en rostro como en forma, instintivamente permitía que se hiciera una opinión sobre ella, pues al no tener admiradores que perder, no tenía razones para contener sus sentimientos. Ahora estoy hablando, por supuesto, de la mujer, no de la sabia.

Para introducir nuestras ideas a la comunidad europea de la presidencia de Madrás, ella y nuestros amigos estuvieron organizando dos conferencias públicas por mi parte, y algunos de los funcionarios principales se interesaron amablemente en el asunto. Como

necesario precedente tuve que visitarles a ellos y sus familias y los siguientes dos o tres días fueron dedicados a esto. Durante horas continuó nuestro trabajo de mesa conjunto y la dura tarea fue amenizada con su brillante conversación y por sus frecuentes quejas por el frío. Ciertamente con razón, pues el mercurio marcaba cuarenta grados más de frío del que sentimos en las llanuras, las casas se calientan con hogueras de leña en estufas abiertas, el viento descendiendo soplando en ráfagas por las abiertas chimeneas, llenando las habitaciones de humo y empolvando los papeles y libros con fina ceniza. H.P.B. escribía cubierta con un abrigo de piel, con un chal de lana sobre su cabeza y sus pies envueltos por una alfombrilla, una cómica visión. Parte de su trabajo era tomar al dictado, de su invisible maestro, las «Respuestas a un M.S.T. Inglés», que contenía entre otras cosas, la ahora a menudo citada profecía de las horribles cosas y muchos cataclismos que ocurrirán en el futuro cercano, cuando se cierre el ciclo. Que ella tomaba un dictado era completamente obvio para quien estaba familiarizado con sus costumbres. Mi primera conferencia fue ofrecida en la Brecks Memorial School, a público lleno, a pesar de la fuerte lluvia. Se intentó el plan que había sido adoptado en Bombay por el Rev. Joseph Cook, tener un cesto en la puerta, con pedazos de papel y lápices a disposición del público, para que al entrar escribieran los temas sobre los cuales debía tratar la conferencia. Los papeles eran leídos después por el Presidente, el mayor General Morgan, y como el tema de «Ciencia Oculta» fue votado casi por unanimidad, procedí a extenderme sobre él. Al final de una hora quise detenerme, pero se me pidió que continuara y lo hice por otra media hora. La segunda conferencia fue también un éxito. Para «alejar a la chusma», como se dijo, se cobró la entrada, y cuando se me entregaron los ingresos los envié con una amable carta al tesorero del hospital local. Este era un funcionario militar prejuiciado de mente mezquina, quien realmente rechazó al principio aceptar la donación bajo el alegato de que era «dinero del dia-

blo», ¡pues H.P.B. y yo éramos considerados por él como emisarios del Rey del Infierno! Desde luego, él mismo se convirtió en motivo de risa para la fracción sensata de la comunidad, y sus colegas en la Junta del Hospital lo obligaron a reconsiderar su estúpida decisión. El Hon. Sr. Carmichael, Secretario del Gobierno, hizo algo valiente al invitarnos a cenar para que conociéramos a sus principales colegas, después que un malvado párrafo en el principal periódico de Madrás insinuara que éramos agentes políticos secretos: esta fue su declarada protesta personal contra la injusticia. Nos sentimos muy agradecidos, podéis creerlo, y esta repetición de la vieja calumnia sin fundamento me obligó a dirigir una protesta oficial al Gobierno de Madrás sobre ciertas mezquinas tiranías que se habían ejercido sobre algunos de nuestros asociados hindúes en los distritos por sus funcionarios superiores, debido a que eran miembros de la Sociedad. Envié copias de mi correspondencia con el Gobierno de la India y su fallo a nuestro favor, y le pedí protección al Gobierno de Madrás. El asunto fue elevado al Gobernador y a los Miembros del Consejo, y en la reunión del Consejo del 12 de septiembre se nos garantizó total protección mientras no infringiéramos ninguna ley y nos abstuviéramos de mezclarnos en cosas no incluidas en nuestro declarado campo de actividad. Esto fue todo lo que se necesitaba para estar a salvo de contrariedades, y desde ese momento no hemos sido molestados de ninguna forma.



ÍNDICE

PREFACIO.....	4
CAPÍTULO I.....	8
El Viaje.....	8
CAPÍTULO II.....	21
Instalándonos en Bombay.....	21
CAPÍTULO III.....	33
Establecimiento de las bases.....	33
CAPÍTULO IV.....	46
Muchos milagros.....	46
CAPÍTULO V.....	64
Un viaje al norte de la India.....	64
CAPÍTULO VI.....	77
Andanzas norteñas, Dayānand Saraswati, encantamiento de serpientes, los comienzos del «Theosophist».....	77
CAPÍTULO VII.....	93
Comienzan a llegar los futuros trabajadores.....	93
CAPÍTULO VIII.....	106
Visitas a Allahabad y Benarés.....	106
CAPÍTULO IX.....	121
Fenómenos y pandits.....	121
CAPÍTULO X.....	139
Primer viaje a Ceilán.....	139
CAPÍTULO XI.....	155
Entusiasmo popular.....	155

CAPÍTULO XII	175
El fin de la gira.....	175
CAPÍTULO XIII.....	191
Una pequeña explosión doméstica.....	191
CAPÍTULO XIV.....	199
ElyogadeswamiDayānandSaraswati.....	199
CAPÍTULO XV.....	210
Simla y los cerulianos.....	210
CAPÍTULO XVI.....	220
LossucesosdeSimla.....	220
CAPÍTULO XVII.....	232
Hermosasescenas.....	232
CAPÍTULO XVIII.....	243
Benarés la santa.....	243
CAPÍTULO XIX.....	255
El amo de los djinns	255
CAPÍTULO XX.....	266
DondeseexplicaelbudismodeCeilán.....	266
CAPÍTULO XXI.....	281
Lacreacióndeunfondobudistasingalés.....	281
CAPÍTULO XXII.....	302
DesdeBombayahaciaelnorteyelregreso.....	302
CAPÍTULO XXIII.....	319
Un viaje en barca con H.P.B.....	319
CAPÍTULO XXIV.....	335
De Baroda a Ceilán y la curación de enfermos allí.....	335

CAPÍTULO XXV.....	351
Posible descubrimiento del secreto de la curación psicopática.....	351
CAPÍTULO XXVI.....	362
Incidentes de las sanaciones.....	362
CAPÍTULO XXVII.....	372
De gira y curaciones en Bengala.....	372
CAPÍTULO XXVIII.....	391
Floridos elogios.....	391
CAPÍTULO XXIX.....	401
La curación del mudo en el templo de Nelliappa.....	401
CAPÍTULO XXX.....	416
Milagros en el sur de la India.....	416